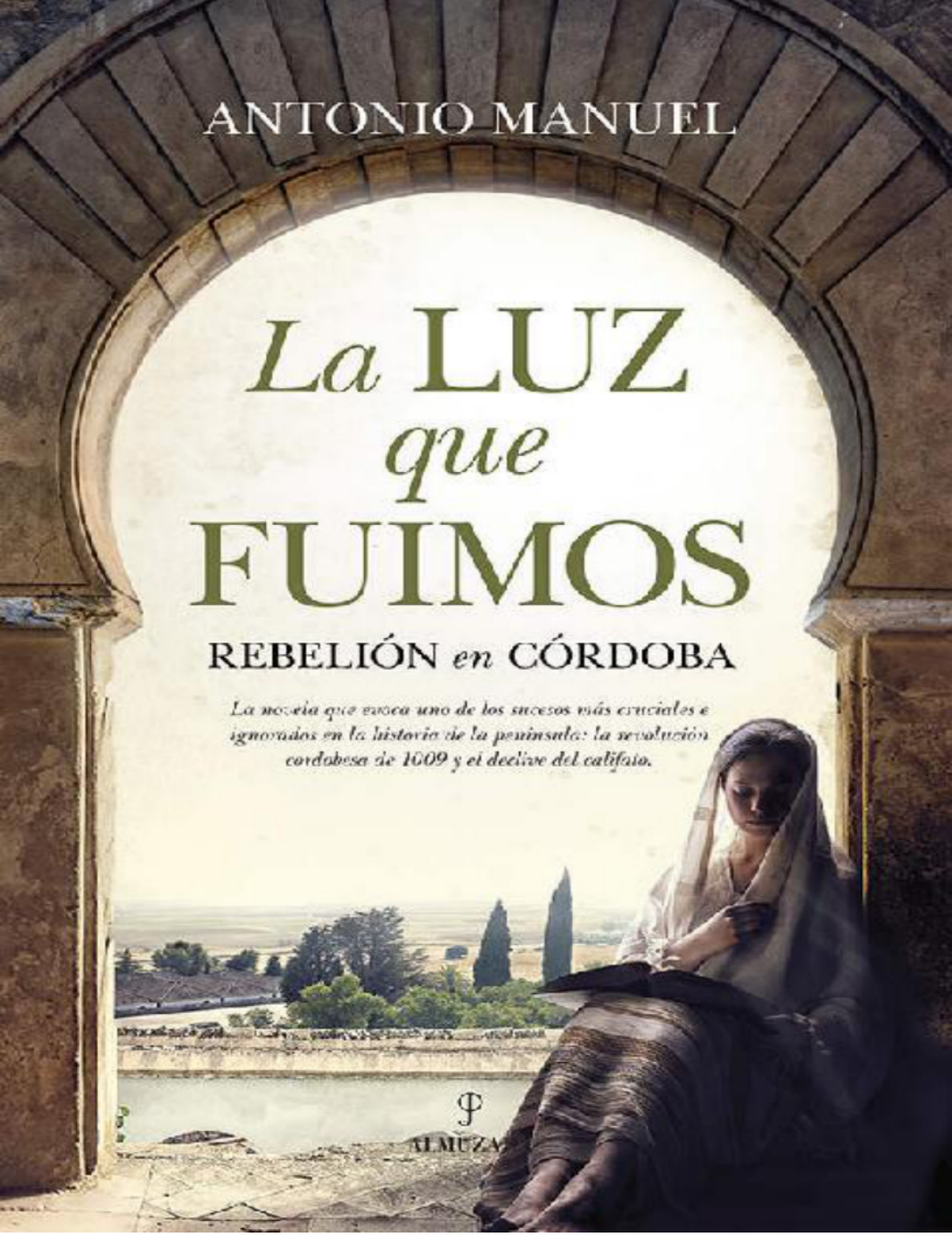
ANTONIO MANUEL
La LUZ que FUIMOS
REBELIÓN en CÓRDOBA
La novela que evoca uno de los sucesos más cruciales e ignorados en la historia de la península: la revolución cordobesa de 1009 y el declive del califato.
ALMUZA

Antonio Manuel

La luz que fuimos
Rebelión en Córdoba

© Antonio Manuel Rodríguez, 2022
© Editorial Almuzara, s.l., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición: Javier Ortega
Ebook: R.Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzaracom
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Hecho en España - *Made in Spain*

Para mi hermano de alma,
José Luis Serrano,
Príncipe de Granada.

En la historia aprendimos que ellos, los muertos, somos nosotros los encarnados, y que nosotros seremos vosotros, los por nacer libres e iguales, y que vosotros seréis pronto ellos, los muertos, es decir, nosotros.
José Luis Serrano. *Zawi.*

Y nosotras.

Su hermano

Su hermano ve la luz durante un instante eterno antes de cerrar los ojos para siempre. Después nace ella. La partera los agarra por los tobillos como a dos conejos desollados, se aparta de la cama con los críos cabeza abajo y los deja caer sobre una mesa vestida de limpio, a la vera de un aguamanil con agua hervida. El hermano muerto guarda un educado silencio en su réquiem.

Y ella llora por los dos.

Otra esclava como la madre, más negra que una ceguera, los asea con sus manos desnudas, a caricias, tras llevarse el agua a los labios y comprobar que tiene la temperatura de un beso enamorado. Todas en el harén de Medina Azahira la llamamos la Nubia, a pesar de ser hija y nieta de andalusíes, porque a sus ancestros los lavaron al nacer en el mismo Nilo. Con la precisión de un orfebre, despega de sus pieles lascas de placenta y sangre coagulada, una a una, hasta no quedar más rastro del parto que el tocón de sus ombligos. Luego seca sus cuerpos con paños perfumados de lavanda y los envuelve con una sábana de lino rasgada por mitad, que a la niña sirve de arrullo y a su hermano de sudario. La partera los toma con ternura para entregárselos a su madre, muy despacio, uno en cada brazo. Y justo cuando los está mirando para fraguar el primer recuerdo de sus caras, quizá el más perenne de la vida, entra el visir de Almanzor y pregunta a la comadrona:

—El hayib quiere saber si fue varón.

—Uno de ellos sí. Pero nació muerto.

—Entonces, por mandato del hayib y de nuestro Derecho, que la madre sea devuelta a su anterior dueño. Es el merecido castigo que se impone a las esclavas por tener descendencia con su amo, aunque se trate del mismísimo Almanzor.

La madre no contesta. Ni lo mira siquiera. Solo tiene oídos, ojos y voz para sus hijos. Se los echa en el pecho. Y movida por el instinto, en fiel cumplimiento de una misión atávica, recuerda una nana que su abuela cantó a su madre y que esta vez, por una sola vez, cantará a sus niños recién paridos para que ella se duerma y él no despierte nunca. De fondo se oye a los muecines llamar a la oración del ocaso, en el último día de la luna de Ramadán del año 384 de la Hégira, en la constelación de Escorpio.

Nadie se atrevió a perturbar sendas melodías sagradas. Tampoco el cielo, a pesar de estar cubierto de esas nubes de color ceniza que amenazan tormenta en otoño. Solo cuando enmudecieron sus ecos, cayó la noche en Córdoba y la desgracia para la madre. El visir manda a la Nubia quitarle los niños de encima y enterrar al muerto.

—La madre se vendrá conmigo. Rápido. Ponedle trapos en la entrepierna para que no manche la montura de sangre. Y que la partera nos acompañe.

En esta ocasión, la orden del visir le trepana los oídos y los ojos y la voz, y cada uno de los átomos de su alma. Vuelve a sentir invertidos los dolores del parto, como si un fantasma le asestara un espadazo desde el útero hasta la garganta. Pero no grita. Ni llora. Se limita a derramar los brazos por los costados de la cama, sin oponer la más mínima resistencia. No lo hace en señal de tregua. Ni por la obediencia sumisa que se le presume como esclava. Todo lo contrario.

Un sabio granadino escribió que *los recuerdos grandes se quedan a vivir en los cuartos del corazón, durante la vida asoman cuando quieren, vuelven a la hora de la muerte y se transmiten por la sangre*[1]. La madre lo hace en un póstumo acto de rebeldía para que sus hijos no la recuerden más rota por fuera que por dentro.

A diferencia de la Nubia, ella es una esclava cristiana de ojos claros y de una carne tan pálida que deja traslucir la blancura de sus huesos. Pero las dos se quieren como hermanas: habían mamado la misma leche, crecido entre las mismas faldas del harén, y fueron zaheridas por el sexo del mismo hombre. Nadie mejor que la Nubia para confiarle el legado de sus hijos. Así que cuando la esclava negra toma al niño muerto en sus manos, la madre le susurra al oído que no le ponga nombre, que ya lo hará ella en el paraíso. Y al abrazar a la niña viva, le pide que la llame Maryam, como su madre y su abuela, que se las ingenie para que la niña jamás olvide que también es hija de Almanzor, y que sea educada para amar y morir como una mujer libre aunque haya nacido esclava. *Así será*, le promete la Nubia con una sonrisa que duele nada más verla, antes de separarlos por segunda vez del vientre que los protegió de la lluvia, del frío y de la maldad humana. La niña, al presagiar el trauma de la despedida, despliega sus brazos sin soltar la sábana y los sacude en un aleteo estéril intentando regresar al regazo materno.

Desde esa noche hasta el día de su muerte será conocida con el *laqab* de *al Hamama*, Maryam la Paloma.

* * *

Cuando Ali Ahmad ibn Hazm supo que sería nombrado visir de Almanzor, se trasladó con su familia de los viejos arrabales del algarbe, camino de Medina Azahara, a las aristocráticas almunias de la axerquía, cercanas a Medina Azahira. De poniente a oriente, de los caprichos del Califa omeya a los del dictador amirí, desafiando al sol, al destino y al orden natural de las cosas. Su diplomacia y su aparente frialdad, sin embargo, le permitieron ubicarse en una mediatriz política que lo mantenía indemne, cerca y lejos a la vez, como un péndulo prendido de una cuerda invisible entre ambos. Guardaba la misma distancia de seguridad frente a una borrachera de Hixem que ante una matanza de Almanzor. En contra de lo que se cree, la política no es el arte de la traición y de la amnesia. Para sobrevivir en esa jauría de lobos hay que respetar para ser respetado y recordar para ser recordado. El visir era un buen político porque sabía respetar lo que no merece ningún respeto y recordar lo que cualquiera desearía borrar de su cabeza. Más allá de los avatares de su oficio, tenía el corazón más abierto y frágil que los pétalos de las amapolas.

Por eso regresa a pie hasta su casa, bajo la negrura de la última luna de Ramadán, acompañando a la madre y a la partera subidas en un *piostro* a lomos de su caballo, con las riendas en una mano y un candil en la otra que apenas ilumina sus babuchas. Quien conozca al visir por dentro apostaría una mano a que ese gesto no se debe a una impostada galantería sino a la pura generosidad. Y a fe que no se estaría equivocando. Además de hombre erudito que domina las etimologías griega de la empatía y latina de la compasión, Ali Ahmad es un hombre bueno porque las lleva a la práctica, sin importarle el nombre exacto que tengan para las tres razas y las tres religiones de Al Ándalus. El visir defiende, como humanista, que a todas las personas nos corre el mismo rojo por las venas; como jurista, que todas gozamos de la misma ciudadanía andalusí; y, como teólogo, que todas somos hijas de Dios y merecemos la misma fraternidad como hermanas, cualquiera que fuera nuestra forma de rezar. *Los problemas nunca provienen de la religión, siempre de sus creyentes,* mascullaba con sorna cuando le tocaba terciar entre unos y otros. Como político, sin embargo, hará lo que se le mande, incluso contra sus creencias más firmes.

Cruzan el barrio al abrigo de los candiles que cada noche prenden los serenos en las esquinas de las calles de Córdoba. Ya en la boca del adarve que conduce a su casa, una de sus criadas lo espera nerviosa, agitando un farol para hacerle saber que su mujer ha roto aguas. El visir agradece el aviso con una sonrisa serena a pesar de que ya se escuchan los gritos de la madre tras la puerta. Sin perder la calma, golpea el llamador alto para advertir al servicio que no viene solo. La sirvienta y la matrona entran a toda prisa para asistir a su esposa, mientras él descabalga a la recién parida, la lleva en volandas como a una novia atravesando el umbral, el zaguán, el salón, el patio, para acomodarla sobre un jergón mullido de lana que tiene en su biblioteca para echarse las siestas. La cubre con su *alquicel* blanco a modo de manta y le dice:

—Perdóname. No soy cruel, te lo juro por Dios. Más bien, otro esclavo como tú. Me debo a los caprichos de mi amo, que unas veces es el Califa y otras el padre de tus hijos. Intentaré ayudarte. No te puedo devolver a tu hija viva, y mucho menos a tu hijo muerto, pero sí que puedo no devolverte a tu antiguo dueño. Te quedarás en mi casa. Nadie podrá saberlo. Nadie. Será como cambiar de cárcel, lo sé. Solo que yo no te rozaré el cuerpo con mis manos, ni te dañaré el alma con mi lengua. Te doy mi palabra. A partir de ahora te llamarás Salma. Y tu pasado no existe.

Antes de abandonar la sala, el visir busca entre sus libros una Biblia en latín que heredó de su padre y se la deja junto a la lumbre como última muestra de respeto. Sabe que una madre no encontrará

consuelo en ningún libro sagrado, por muy creyente que sea, después de perder a sus hijos y la memoria de lo vivido —la misma tragedia a fin de cuentas—. Y mucho menos reconociéndose en cada uno de los alaridos de dolor y alegría que profiere otra parturienta en el cuarto contiguo. Pero qué más podía hacer para apaciguarle el alma. Ella entiende la razón íntima de la ofrenda. Solo que, en legítima defensa y no por despecho, aparta la Biblia de su lado, apaga el candil y se jura a sí misma que si su pasado ya no existe, tampoco el Dios que la había abandonado, cualquiera que fuera o ninguno, mientras retumban en sus oídos el llanto del recién parido y la llamada de los almuédanos a la oración de *al subh*, en la aurora del 7 de noviembre del año 994, después del nacimiento del profeta Isa para los musulmanes, Jesús para los cristianos.

* * *

A la semana del día posterior al alumbramiento, como manda la tradición, el visir invitó a sus allegados al ritual de la *aqiqa* para dar al niño la bienvenida a la vida. Fue la propia madre quien, después de la ablución y ataviarlo de blanco con una faja verde, le confiesa en los oídos su condición musulmana, que ya había adquirido en la intimidad desde el primer respiro. De seguido, su padre se encarga de la ansiada *tasmiya* declamando en voz alta su nombre: Ali ibn Ahmad ibn Said ibn Hazm. Y tras las alabanzas a Dios coreadas por todos los presentes, le rasura la cabeza con escrúpulo, guardando el cabello en un pequeño estuche de oro que muestra orgulloso a los invitados para que le entreguen a cambio unos dinares equivalentes al peso imaginario de aquellas pelusas recién cortadas.

Al convite de limonada con menta, dátiles, cordero y dulces, no pudo asistir Almanzor y no quiso asistir el Califa, poco importa que se debiera a su antojadiza voluntad o a las órdenes de su madre. El primero regresaba victorioso de unas aceifas por las taifas cristianas del norte, escoltado por el ejército de mercenarios beréberes y eslavos que tanto recelo despiertan entre nosotras. El segundo apenas salía de Medina Azahara para dejarse ver en la Mezquita Aljama, la legítima y omeya, no la que se construyó el caudillo amirí con el mismo rango en su ciudad palatina; o para verse a sí mismo disfrazado de mujer en las fuentes del Alcázar, el legítimo y omeya, no en los estanques de Medina Azahira con peces enjalbegados de oro para que nadie dude dónde se halla la ceca y el poder de Córdoba. Salma siente un alivio en las tripas por la ausencia de Almanzor en la ceremonia, y una quemazón insoportable por la suya en la de su hija.

Tuvo lugar al caer la tarde, en el harén de Medina Azahira, cuando la luz mortecina del sol dibuja un bosque de columnas inclinadas al

atravesar las *mawdas* de ocho puntas que horadan el techo de los baños. La Nubia sostiene a la niña de cara a una de esas estrellas tartesias, en cueros, igual que su madre la trajo al mundo, apenas arropada con las vueltas rojas de su túnica de seda blanca. Es tan divina la estampa que ninguna de nosotras consigue distinguir si el haz luminoso proviene del cielo o del rostro de la niña. Tan divina, que a ninguna de nosotras se nos pasa por la cabeza discutir la apariencia virginal de la esclava negra que la sostiene.

Nos reunimos otras cincuenta mujeres más, entre esclavas y criadas, para dar las gracias a Dios por el nacimiento de la Paloma. Pero no sabíamos a cuál. Así que, por respeto a su origen rumí, decidimos que otra esclava vascona y cristiana como su madre le rocíe el cabello con agua tibia, sin llegar a rapárselo. En su lugar, la Nubia le corta las uñas mientras le canta al oído que no hay Dios sino Dios. Nos movía la mejor de las intenciones, ignorando que su madre había abdicado de todos los dioses y que quizá cometíamos la misma herejía honrando a dos a la vez. Para nuestro corazón, libre siendo esclavas, Dios y el amor son cuerpos desnudos a los que sientan igual de bien cualquier atuendo, más hermoso cuánto más humilde. O ninguno, a poder ser.

La misma partera que la sacó del vientre le abre los agujeros en las orejas para unos zarcillos de plata que le regalamos a juego con los aladares de su pelo negro, la única herencia de la que no podrá renegar de su padre. Y para terminar con nuestro particular rito de bienvenida a la vida, sincrético, femenino y rebelde, sabedoras de estar perpetrando un acto prohibido, le tatuamos invertido en el cuello su nombre para que jamás olvide su alcurnia al mirarse en el espejo: Maryam bint Maryam ar Rummyya bint al Mansur al Amirí al Hamama.

María, hija de María la cristiana, hija de Almanzor el amirí, la Paloma.

---

1 José Luis Serrano.

Aurora

Cuando murió su abuela Aurora, aún éramos demasiado niñas para entender que las cosas tienen tantos lados como ojos las miran. Ignorábamos, felices, que la vida es un rasguño en la eternidad, porque cada instante parecía estar hecho de una resina mágica que estirábamos y estirábamos sin temor a romperla. Hasta que descubres que los cántaros se rompen y se desangran cuando caen al suelo. Que eso que consideras un accidente sin pena ni culpa, otros lo juzgarán catástrofe, pecado, indisciplina, torpeza. Y que siempre habrá alguien que te castigue por ello.

Así muere a pedazos la infancia, igual que se desconchan las paredes encaladas en invierno.

No a todas las personas les ocurre lo mismo. El Califa sintió que su niñez moría de un tajo la noche que Almanzor lo confinó junto a su madre en Medina Azahira. Tenía veinte años. Ya había perdido la virginidad y el decoro con mujeres y hombres, bebido, fumado y roto mil cántaros de carne y hueso. Pero su infancia, a diferencia de la nuestra, permanecía embalsamada entre las murallas de su palacio, donde nadie había osado reprocharle falta alguna. Nunca. Ni siquiera su madre, la semidiosa Subh, esclava navarra de nombre Aurora, concubina de Al Hakem y amante de Almanzor, a la que el encierro precipitó la vejez y la muerte.

Aquella noche, la corte regresaba de darse un baño de masas por los aledaños de la Gran Mezquita, en una cabalgata organizada por el hayib con la excusa de ofrendar al Califa sus últimas conquistas y el saqueo de Santiago de Compostela. En realidad era un despiadado y astuto ejercicio de propaganda política. Escoltados por un océano de mercenarios y *arbonaidas*, Almanzor presidía la comitiva en una carroza junto a sus hijos Abdelmalik y Sanchuelo, sentados sobre las campanas confiscadas a los cristianos del norte, arrojando dinares de oro al gentío para dejar claro que la dinastía del caudillo amirí era la dueña y señora de Al Ándalus. A unos cien pasos detrás, Hixem desfilaba sobre un palafrén y su madre sobre un asno, solos, con las manos ocupadas en sus monturas, él sin la mitra califal y ella con el rostro al descubierto, humillados a los ojos de Córdoba. Ésa fue la última vez que el pueblo los vio juntos con vida.

La siguiente procesión sería la de sus entierros.

* * *

No existe en la creación un metal más denso que el sueño de una niña de tres años. Maryam duerme cuando los guardianes sudaneses abren la Puerta de la Victoria al séquito de Almanzor, haciendo sonar la calavera de su suegro que cuelga del dintel a modo de aldaba siniestra. Tampoco despierta la niña durante el revuelo que armamos en Medina Azahira al reconocer entre los cautivos al mismísimo Califa y a su madre. Una cárcel no deja de serlo porque tenga los barrotes de marfil, ni los prisioneros pierden su condición por muy noble que sea su sangre. Almanzor ordena al visir que los recluya junto a nosotras como dos esclavos más de la corte. *Escóndelos donde no pueda verlos, hasta que mueran*. Y se marcha a sus aposentos con su hijo preferido de la mano. En su cara no cabe más soberbia y venganza. En la de Subh, todo el odio que habita en los infiernos.

Ella fue el sol de Al Ándalus y la luna de Almanzor durante veinte años. Pasó de ser la bellísima esclava que encandiló a Al Hakem con sus cantos y sus bailes, vestida de efebo, a convertirse en *Um Walad* y

Sayda Al Kubra, Madre de Califa y Gran Señora. Pero se enamoró como una chiquilla de Almanzor e hizo con él lo mismo que el Califa había hecho con ella, sin reparar en que la ambición es un cáncer de ida y vuelta que pudre el corazón de los amantes.

Gracias a ella, aquel joven que caligrafiaba contratos de compra y venta por dos dinares en las puertas de las mezquitas, no dejó de medrar en la administración omeya hasta convertirse en el mayordomo de sus asuntos y hayib del Califa. Parasitaban el uno del otro en la corte y en la cama. Todas sabíamos que fue Almanzor quien empuñó la espada con la que Subh asesinó al hermano del Califa para impedir que le sucediera en el trono. Todas vimos con nuestros propios ojos cómo Almanzor coronaba al hijo de Subh cuando aún tenía los dientes de leche. Todas escuchamos la voz grumosa de Almanzor ordenando a sus hombres que se arrodillaran ante Subh, la reina regente de Al Ándalus y mujer más poderosa de la tierra. Almanzor se manchaba las manos de sangre por ella. Y a Subh le besaban sus manos limpias por él.

A partir de entonces, los dos fueron uno. Tanto es así que en sus bocas se acabaron emulsionando sus salivas apasionadas con el sarro de sus intereses. Juntos abortaron la conspiración de los nobles cordobeses para derrocar al niño Hixem y poner en su sitio a cualquier otro, aunque fuera una cabra, con tal de recuperar el poder y el prestigio que los dos les habían usurpado. Juntos planearon casar a Almanzor con Asma, hija del general Galib, un eslavo valiente y leal a quien el Califa confió la marca superior como si fuera su dueño, para heredar su poder tan pronto muriera. Juntos pactaron que Asma solo sería un trozo de carne cuando Almanzor la encimara para consumar su matrimonio. Juntos rompieron la tregua que mantenían con Galib, cansados de esperar a que otros lo mataran, y colgaron su cabeza rellena de harapos de la Puerta de la Victoria para que su hija y toda Córdoba no dudaran de la crueldad con la que Almanzor castiga a sus enemigos. Juntos encerraron a Asma en una alcoba de Medina Azahira con un peine de marfil y una daga para que decidiera en soledad si desenredarse el cabello durante el resto de su vida o cortarse las venas. Juntos prendieron fuego a las obras de lógica, astrología, matemática, botánica, medicina y filosofía de la biblioteca de Al Hakem para ganarse el favor de los fundamentalistas faquíes. Juntos ampliaron la Mezquita Aljama con las dependencias para mujeres más colosales construidas en Dar al islam: ella, porque nunca olvidó que fue una de las nuestras; y él para hacernos creer que le interesábamos más que una camada de vacas. Juntos levantaron Medina Azahira como espejo del palacio omeya en la frontera oriental de la ciudad, para que Almanzor pudiera sentirse el Califa que jamás sería al no provenir su tribu de la sangre del Profeta. Y allí, en cualquiera de sus

cuartos, en los pasillos, en los jardines, o donde les diera la gana, perder el juicio con las bocas preñadas de vino y de lujuria. Juntos. Siempre juntos.

El equilibrio se rompió al presentir Almanzor que su amante le arrebataría el poder tan pronto el Califa alcanzara la edad de gobernar. Y no le faltaba razón. Al otro lado de la balanza, Subh temía la muerte de su hijo en un golpe de Estado promovido por su amante. Y tampoco se equivocaba. Qué difícil resulta simular el recelo mientras se besan los traidores. Una gota de saliva envenenada de codicia debió caer antes en la lengua de Subh y lanzó la primera ofensa. Sustrajo ochenta mil dinares de oro de la ceca para financiar la insurrección del gobernador de Mauritania contra el hayib. Los escondió en lebrillos cubiertos de grasa, miel, mermeladas y otros mejunjes en la alacena del Alcázar. Pero fue descubierta por un espía de Almanzor que le mostró como prueba un puñado de monedas de oro con el jubón manchado de pringue hasta los codos.

Merece ser gobernante quien se traga la cólera en silencio aunque le provoque una úlcera, y hacía años que al hayib le sangraban por dentro las llagas del estómago. A nadie cortó la cabeza, ni levantó la voz siquiera. Le bastó con usar el inmenso poder que la propia Subh le había concedido como respuesta a su ultraje. En la sombra, convenció a los visires y faquíes para que respaldaran el traslado del tesoro califal a Medina Azahira. Y con susurros, intimidó al Califa para que desautorizara a su madre a cambio de mantenerlo con vida. Sin dinero y sin poder, Subh volvía a ser una esclava como Maryam la Paloma, hija del que fue su amante y ahora amo de las dos, dormida todavía.

Por eso la niña no recuerda que Subh mantuvo la elegancia en su porte y en sus palabras, a pesar del escarnio. Fuimos nosotras quienes se lo contamos años más tarde, como todos los secretos de palacio y de la vida, cuando tuvo edad de comprender. Antes de dar audiencia al visir, vimos a la madre del Califa colocarse una diadema en la frente, pulirse los dientes con palillos de árbol de Arak, refrescarse los ojos con polvo de carbón, pintarse los labios con arcilla de amapola y dividirse el cabello por una raya exacta. *Pase*, conmina al visir con voz solemne cuando terminó de adecentarse, tendiéndole la mano coronada con un anillo de ópalo negro.

—No besaré la mano de una esclava que apesta a dinero robado y almorraque.

—«¡Ay de los defraudadores! Esos que cuando reciben su parte de otra gente, la exigen completa, pero cuando ellos miden o pesan lo que deben a otros, dan menos de lo debido». —Contesta altiva, recitando de memoria esta aleya de nuestro sagrado Corán, mientras recoge la mano hacia su vientre igual que reculan las culebras cuando fallan al morder su presa—. Tú sí que me has defraudado, visir. Te

creía honesto y cabal, pero has pasado de servir a un ángel a someterte al demonio. ¿De verdad te crees lo que dices?

—Creo en lo que hago y en lo que se reveló al Profeta, la paz sea con Él: «Cuando la Tierra sea sacudida por el último terremoto, expulse sus fardos y el hombre pregunte ¿qué le ocurre?, ese día se le contará lo que su Señor haya revelado. Surgirán los seres humanos, separados unos de otros, para que se les muestren sus obras pasadas. Y, entonces, quien haya hecho el peso de un átomo de bien, lo verá; y quien haya hecho el peso de un átomo de mal, lo verá». Ha hecho mucho mal, señora. Agradezca al hayib que adelante el día del terremoto y reciba en vida la sentencia del Juicio Final.

Todo eso le dijo el visir con la cabeza gacha, sin levantar la mirada y sin temblarle la voz, ni el pulso, ni la sangre, guardando la flema que ordenan los cánones de su cargo, pero con un nudo punzante entre el estómago y los genitales, allí donde se fabrica la vergüenza. Ella percibe esa minúscula señal de vulnerabilidad con el sexto sentido que solo algunas de nosotras poseemos, y se levanta para plantarle cara.

—¿Acaso vas a matarme? ¿Y por qué no lo hace él con sus propias manos? Tan bravo ante la espada de un hombre y tan cobarde ante los labios de una mujer.

El visir no muerde el anzuelo, mantiene la mirada clavada en las baldosas de mármol blanco y, sin perturbarse y sin compasión, la destripa con la palabra.

—El hayib me ha ordenado que la señora muera en vida. Que su pelo encanezca o se caiga, que sus manos se encallen como si llevaran siglos sumergidas en el mar, que su piel amarillee y sus ojos se agrisen, que se abran surcos en su rostro que no puedan cubrir dunas de arena, que su cuerpo se arrugue y mengüe hasta confundirse con el de un topo, que su sombra hieda a orines de vieja, y que cubra las paredes con espejos para que solo la ceguera o la muerte evite contemplar su decadencia.

Tras escuchar la condena y comprender que ya no habría marcha atrás, el Califa se echó a dormir y su madre a llorar, como una niña, dibujando en su cara con lágrimas de carbón los barrotes de una cárcel que certificaban su estado civil y su derrota. Subh vuelve a ser una esclava.

Vuelve a llamarse Aurora.

* * *

A veces, cuando se devasta el alma, aflora la ternura igual que nace la yerba en el lecho de un pozo seco. Y debe existir un cordón umbilical, invisible y perpetuo, que mantenga vinculados y en estado de alerta

los sentidos de todas las madres y mujeres de la Tierra. Ambas premisas se cumplieron para que fuera Aurora la primera en sentir el llanto de la niña Maryam al otro lado del patio de las azaleas, y la primera en correr a calmarla para aliviarse la culpa por haberla despertado con el suyo.

El visir marcha tras ella ignorando lo que ocurre, debido a esa incapacidad congénita, tan común entre los hombres, para presentir el dolor ajeno a distancia. Al tomar a la niña en sus brazos, Aurora lee el tatuaje del cuello reflejado en el ópalo de su anillo, y se le estremecen las cárcavas de la sangre. Descubre que se trata de otra esclava como ella, de madre cristiana y de padre Almanzor. Más que temer por la supervivencia de Maryam, le recorre por el espinazo una pena inmensa y premonitoria al comparar el porvenir de la niña con su propio destino. *Pobre mía*, se dice con la mente puesta en el desalmado de su padre. Y movida por una compasión irreprimible, recuerda una nana que había escuchado a sus abuelas y se la canta con dulzura en las dos lenguas populares de Al Ándalus, el romance y la algarabía, fundidas en una sola como los veneros de una fuente. La misma nana que le había cantado su madre a Maryam recién parida.

Nam, nam.
Dormi, dormi
ma ninna rumiya
ke ies de ueliellos
da Virien Maríia

Nam, nam
ma ninna rumiya
Dormi, dormi
ke venred ia la díia[2]

El visir podrá ser incapaz de percibir esta comunicación esotérica entre mujeres y madres, pero no un imbécil. Y se da cuenta enseguida de que aquella esclava es la hija de Salma, la concubina de Almanzor a la que protege en su propia casa. A todas nos sorprende que se levante del asiento como si le ardieran los pies, que no haga por despedirse de nosotras saltándose su rutinaria urbanidad, y que se vaya sin dar ruido para no despertar a la niña. El visir decide regresar a pie por el camino más largo, en plena madrugada, bordeando la ribera del río y la muralla hacia el norte por los arrabales del Sabular, el horno de Burrul y las almunias de Abd Allah. Necesita tiempo para pensar qué decir y qué callar. Cuando llama a la puerta, le abre la única mujer a la que no deseaba encontrar en ese momento: Salma, su madre.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

—Señor, sentí de repente una congoja en las tripas que no me dejaba dormir y me he levantado a recoger los cacharros de la cocina.

El visir no se atreve a responder. Siendo honesto, no sabe qué decir. La lengua es así: se deja someter cuando la muerde el deseo, aunque la parta por medio y sangre a raudales; pero se rebela contra los bocados que da una conciencia intranquila, aunque no le cause un rasguño. El visir mantiene su lengua entre los dientes los segundos que tarda el remordimiento en inundar sus venas. Tarde o temprano, Salma conocerá la verdad. El dilema consiste en revelársela justo ahora o esperar a que Dios le perdone en el Juicio Final los átomos de mal que se estaba tragando al ocultársela. Aquel combate entre la lengua y la moral lo perdieron las dos a partes iguales.

—He visto a tu hija. Y tiene tus ojos.

A Salma se le resbala de las manos la boronía de barro cocido que estaba secando. Y se hace mil añicos como sus ventrículos. Pero es el visir quien se agacha a recogerlos del suelo.

—Lo siento. La culpa es mía.

* * *

Por cada luna llena que contaba con sus dedos Maryam, se multiplicaron por diez las que dejó de contar Aurora hasta su muerte. Su cuerpo se precipitaba hacia la decrepitud con el vértigo de una piedra en el río, mientras su espíritu se expandía como las ondas que se forman en la piel del agua, más grandes y alejadas del centro cuanto más se hunde la piedra. Nadie que la viera mimar a la Paloma se tomaría en serio que aquel amasijo de pellejo ordenó torturar y asesinar a cientos de personas cuando regía los destinos de Córdoba. Saberse y sentirse nadie le sirvió para amar a aquella niña sin límite, sin suspicacias y, por primera vez en su vida, sin exigir contraprestaciones. A pecho descubierto.

Apenas la tuvo pegada a su falda tres años lunares. Suficientes para que Maryam se encariñara con su yadati, la abuela Aurora. Ella le enseñó a lavarse y perfumarse en el hamam con el escrúpulo de una concubina del Califa. A recitar azoras del Corán con la misma elegancia que versos de pasión y celos entre amantes homosexuales. A no morderse las uñas y a morderse la lengua. A ser libre siendo esclava. A admirar la belleza de un gato tanto como a temer los arañazos de sus uñas. A cuidar gusanos de seda para respetarlos igual que a las mariposas. A rezar todos los viernes en la Mezquita de palacio y negar con la cabeza cada vez que el *imam* la llamase Aljama. A jugar como si no hubiera mañana. Y a ganar sin hacer trampas, sabiendo que los demás sí las harán.

En el tiempo de los caracoles, al echarse la calor, salimos juntas a los jardines que rodean la fuente de los espejos a mirarnos en sus aguas y peinarnos las unas a las otras. Aurora prefiere alejar a la Paloma del estanque, vaya a ser que descubra su estirpe en el reflejo de su tatuaje, y caminan alrededor de nosotras hablando de sus cosas, mientras buscan cabrillas que guisar en caldo con cilantro, jengibre, comino y yerbabuena. Otras veces cogen hojas frescas de arrayán que machacan con el mortero, maceran en aceite, y dejan semanas al sol hasta quedar hechas una pasta que nos untamos en el cabello para impedir su caída. Pero su pasatiempo por excelencia consiste en sacar a puñados la tierra de los arriates para jugar al *fial*, formando montones donde esconder una cruz hecha con ramitas cruzadas y un *felús* de cobre. A nuestros ojos, parece ganar la que encuentre la moneda. A los suyos, la vencedora será quien halle la cruz. De esta manera aprendió la Paloma que, en política como en la vida, conviene simular las derrotas en público y celebrar las victorias en privado, porque siempre será más rentable despertar la piedad que la envidia.

Pero por encima de todo, la abuela Aurora le enseñó a no ser como ella. A no cometer sus errores. A no odiar. *Huye de quien odia*, le decía, *incluso de ti misma si te descubres odiando a quien te odia. Y no quieras el poder, ni permitas que el poder te quiera*. Con estas palabras inició su

última lección magistral, moribunda en su lecho, mientras su hijo el Califa dormía la borrachera tras una noche de jarana.

—Escúchame, mi niña. Si aspiras a ser libre, no codicies el poder para ti y lucha para que lo tenga el pueblo. No hagas como yo. Tener un hijo con el Califa o con el hayib no te librará de esta prisión. Que no te confundan las joyas que te cuelguen del cuello porque serán grilletes. Y si un maldito día terminas mandando como me ocurrió a mí, solo habrías cambiado de amo, serías la esclava del peor de los amos, del más inhumano, del poder mismo. Escúchame, mi Paloma, aunque ahora no me comprendas. Todas las semillas tardan en convertirse en fruto, tú no eres tierra estéril y sé que germinará este recuerdo cuando llegue su hora. Huye del poder como de la peste. Y si te contagias, por favor, no se lo encomiendes a Dios y entrégaselo al pueblo, a su legítimo dueño, que diseminado en pequeñas dosis no hace tanto daño. Lo que te digo no es una herejía, solo es la verdad y la mejor manera de protegerte. Porque te quiero, mi niña. Gracias por hacerme feliz en los últimos días de mi vida. Despídeme de los pájaros y de la luna.

Aunque Maryam solo tiene seis años cuando siente el hielo de la muerte al besar la frente de Aurora, a todas nos conmueve que se despida de su abuela con una sonrisa, sin perder la compostura, como si la anciana le hubiera transfundido su serena madurez al morirse. Cumpliendo la tradición, las mujeres suplimos la ausencia del faquí leyendo y repitiendo a coro la azora 36 del Sagrado Corán «Oh, Tú, Ser Humano» durante el trance que nos desgaja el alma del cuerpo: «¡Ay, qué angustia para los seres humanos! ¡Jamás vino a ellos un enviado del que no se burlaran!».

Lavamos su cadáver con agua de rosas y la amortajamos con siete lienzos blancos, entre plegarias a Dios y abrazos fraternales por haber perdido a una de las nuestras. Qué ilusas. Almanzor aprovechó la oportunidad para demostrar al pueblo su falsa clemencia y, después de ordenar que se repartiera en memoria de la fallecida una limosna de quinientos mil dinares entre los pobres, restituyó su nombre, la honra y el estado civil que tenía cuando él y todos los reyes del mundo se arrodillaban a sus pies. Había muerto una esclava, pero sería enterrada con los honores de la madre de un Califa.

El cortejo parte de Medina Azahira hacia la rauda del Alcázar donde se hallan los restos de los omeyas desde Abderramán el Emigrado. Ninguno de ellos fue hijo de mujer libre, todos fueron sepultados junto a sus madres y Subh no sería la excepción, por más que a Almanzor le provoque ardentía en el estómago, pues no se trata de una costumbre que pueda derogar a capricho, sino de un dogma emanado de la Naturaleza: que los hijos al morir regresen al vientre que les dio la vida.

La misma Córdoba que fue testigo de su humillación pública abarrota las calles para velarla con un silencio tan respetuoso que daña los oídos. Así es la ciudad que amamanta a sus hijos con vinagre y riega con vino sus sepulturas. Los rezos del faquí encabezan la comitiva fúnebre, entreverados con el llanto de unas plañideras judías y las campanas de las iglesias evocando el origen cristiano de la difunta. Tras ella, una estela humana tiñe el puente romano con el sagrado blanco del luto andalusí. La llevan a hombros, entre otros, su hijo y su amante, el Califa y Almanzor, a cual más hipócrita. Los ojos vidriosos de Hixem, que el pueblo imputa a la pena por la pérdida de su madre, en verdad se deben a la resaca. Y la mueca de Almanzor, que todos achacan al sufrimiento de cargar descalzo con la muerta, en verdad simula su dicha al librarse de la rival más peligrosa que le quedaba en la península y el Magreb.

Todas las mujeres del harén y todas las esclavas de Córdoba asistimos al sepelio sin tener que pedir licencia a nuestros amos, por derecho propio. Entre la multitud que atesta los alrededores de la Mezquita, Salma pasea con el hijo del visir de la mano, y la Paloma con la Nubia de la suya. Cada una se acerca a la cabecera del entierro con intenciones opuestas: Salma quiere ver al padre de su hija para desearle la muerte instantánea; la niña quiere estar cerca de su abuela para desearle la vida eterna. Una y otra estaban condenadas a encontrarse. Ocurre a las puertas del cementerio. Sus miradas se cruzan enfermas de una extraña mezcla entre amnesia y melancolía porque, sin llegar a reconocerse aún, las dos sienten que un rayo les atraviesa el cuerpo. A la niña se le escurre la descarga eléctrica por los pies, pero a Salma se le anida en las tripas como una solitaria, más hambrienta si cabe por la sospechosa presencia de la Nubia, su amiga del alma, a la que encomendó el cuidado de su hija tras el parto. *Tiene que ser mi niña*, se convence ensimismada en sus ojos. *Tiene que ser mi Maryam*.

Solo a nosotras nos dejan pasar al cementerio, a las mujeres, a las más de siete mil *gawari* y esclavas del harén, la única familia que le quedaba a Aurora y la única que la quería de corazón, sin intereses. Ni el Califa ni Almanzor, ni su hijo ni su amante, tuvieron la decencia de cruzar el portal de la rauda, excusándose en esa estúpida superstición de que quien pronto la pisa, pronto se muere. A la par que inhuman sus restos con la cabeza hacia el sur, los pies al norte y la cara mirando a Meca, cada una de nosotras coge un puñado de tierra para cubrir entre todas la tumba con el mismo polvo en que nos convertiremos. Nada más vernos con las manos sucias, los niños se toman la libertad de imitarnos y, sin mediar palabra, se retiran de la escena para jugar al *fial*. El hijo del visir esconde la moneda en uno de los montones y la Paloma hace lo propio con la cruz, sin entrar a

discutir las reglas del juego, feliz por saberse ganadora antes de comenzar la partida. Radiante. Contadas veces desde que tiene recuerdos se había sentido tan niña jugando con otro niño, hasta el punto de perder la noción del tiempo y olvidar que se estaba enterrando a su yadati Aurora.

En ningún momento, Salma ni la Nubia les quitan ojo de encima. Tampoco el visir. El único hombre que se dignó a entrar en el cementerio y despedirse de la que fue regente de Al Ándalus con los honores que merecía. Solo él conocía todos los secretos sobre la protagonista de aquel juego infantil en el que, digan lo que digan, siempre gana quien encuentra la moneda. Hasta esa tarde. Al concluir la ceremonia, Salma se acerca a los montones de tierra, saca el *felús* de cobre de uno de ellos, y le propone este trato a la niña: *Te lo cambio por tu nombre.* Ella, sonriendo a boca llena, contesta con el que compartieron las dos durante la noche de su nacimiento: *Maryam*.

No hay secreto que resista la intuición de una madre. Y no existen palabras en todas las lenguas del universo para definir lo que siente Salma al confirmar que se trata de su hija. Ni siquiera nosotras, como mujeres o madres, nos atrevemos a ponernos en su lugar por temor a que nos estalle un volcán en el pecho. La vemos palidecer, desconocemos si por el éxtasis del reencuentro tras seis años del parto, por la angustia de volver a perderla, o por ambas cosas a la vez. La Nubia acude a abrazarla para sentir a medias y evitar que caiga desmayada. Sus latidos se oyen con más fuerza que la llamada del muecín *al magrib* desde el alminar de la Mezquita más luminosa de occidente. Ha llegado la hora de regresar y separarse. La niña abandona la cola que formamos las mujeres camino de Medina Azahira, todas vestidas de blanco, para dejar la cruz del juego y unas lágrimas sobre la tumba de su yadati Aurora. Fue su mejor estela funeraria. Para no mentir, no tuvo otra. Luego la Paloma se dirige al visir para devolverle educadamente la moneda de cobre de su hijo. Pero éste niega con la cabeza y le pide que la guarde como si en ello le fuera la vida: *algún día será el precio de tu libertad,* le dice.

Esa noche, su madre no puede dormir pensando cuándo volverá a verla. Marcha a la cocina para secar los platos de la cena y allí se encuentra desvelado al visir pegando los pedazos de la cerámica rota con migas de pan, miel y polvo de oro. *Ahora será más valiosa que antes*, le asegura, *porque sus cicatrices doradas revelarán que ha sufrido y que se ha curado.*

Como tú.

---

2 Nam, nam (origen de la palabra nana que significa en árabe «duerme, duerme»).

Duerme, duerme
mi niña rumiya

que tienes los ojitos
de la Virgen María
Nam, nam
Mi niña rumiya
Duerme, duerme
que ya viene el día.

Traducción al romance andalusí de Pablo Sánchez Domínguez.

Su padre

—Almanzor ha muerto. Eres libre.

—Ha dejado de ser mi amo, pero nunca dejará de ser mi padre.

Así contestó Maryam al visir.

—Almanzor ha muerto. Eres libre.

—Mi amo es usted. Solo seré libre si mi señor lo desea.

Y así, la madre de Maryam.

La misma respuesta, al fin y al cabo. A la misma persona. Y en la misma noche de final de Ramadán iluminada por la lluvia de Perseidas, esas estrellas fugaces que presagian la muerte con más acierto que el aullido de los perros. Para los poetas a sueldo del caudillo, hasta el cielo de Córdoba llora por Almanzor. Para las que fueron su concubina y su hija, hasta el cielo de Córdoba celebra su fallecimiento con fuegos de artificio.

A pesar de la alegría, ninguna de las dos aceptó ser liberada.

Corre el año 392 de la Hégira, 1002 en el calendario cristiano. La Paloma cumplirá ocho años lunares en Medina Azahira. En todo ese tiempo, su padre jamás preguntó por ella, jamás supo de su existencia, ni le habría dolido su muerte. *Entonces, por qué tendría que dolerme la suya*, se pregunta Maryam con el corazón inmune a su pérdida. El dolor no se quita con jabón y estropajo como si fuera manteca untada en la carne. El dolor se clava más hondo en los huesos que en la memoria, y por eso se escucha a veces a los muertos quejarse en sus tumbas de lo que olvidaron en vida. Pero la Paloma no sintió dolor cuando leyó el nombre de su padre en el reflejo de su cuello tatuado. No sintió asco. No sintió odio. No sintió nada. A Maryam no le duele la muerte de su padre porque no sintió nada cuando supo que lo era. Solo asfixia y unas ganas locas por escapar de Medina Azahira, el palacio de su progenitor, su cárcel.

Nada más enterrar a su yadati Aurora, cubrimos con sábanas todos los espejos que el visir mandó colgar en su alcoba, como si hubiera muerto judía. Queríamos evitar a toda costa que lo primero que aprendiera a leer, antes que *los sietes redobles* que abren nuestro sagrado Corán, fuera el nombre de su madre ausente y el del padre que la repudió por nacer mujer. Pero no fuimos capaces de impedir que se viera reflejada en el mármol de las columnas, en el oro de las bóvedas, en la plata de la vajilla, en el agua de los baños, en nuestras pupilas.

Fue celebrando las candelarias de *mirhayán* en el solsticio de verano, mientras bailábamos ebrias en torno a la hoguera, cuando una insensata le ofreció almojábanas de queso y canela sobre la hoja de un cuchillo. La Paloma ya dominaba el alifato y leía con soltura los caligramas de las paredes. Al tomar el dulce con sus dedos, el acero dejó al descubierto el nombre de Almanzor refulgiendo con las llamas. Maryam se echó mano al cuello como si fuera a desanudarse una soga. Sintió que un frío glaciar le recorría el cuerpo en plena canícula de agosto, que necesitaba respirar aire puro, huir de allí, aprisa, lejos de la sombra de su padre que lo contaminaba todo de mal olor y mal fario. La esclava negra intuyó por sus jadeos que una bicha le estaba devorando los pulmones a la niña y, sin preguntar los motivos, la sacó del palacio y se la llevó a la orilla del río. Caminaron calladas hasta calmar los compases desbocados de su aliento. Bajo las arcadas del puente romano que reconstruyera el primer Hixem, cubriéndose el cuello con un velo, sentimos crujir su corazón igual que una vara verde en las candelas que centelleaban por toda Córdoba.

—Ya sé quién es mi padre —le confesó a la Nubia—. Ahora dime quién fue mi madre. Si está viva o muerta. Si me quiere o me desprecia. Dímelo o me tiro al río.

La Nubia la rodeó con sus brazos negros como túrdigas de luna

nueva, y le dijo:

—Te lo cambio por tu moneda de cobre.

* * *

La madre de Maryam tiene prohibido merodear por Medina Azahira. Como muy lejos, trae el agua de la fuente, lava la ropa en el arroyo, compra las especias en el mercado del arrabal, los viernes acude al hamam y, a media tarde, reza en la Mezquita de la calle larga donde nace y muere el sol en sus extremos. Pero cuando le mandan a por avíos menos corrientes, vestidos, guadamecíes, artesanías y cosas por el estilo, no tiene más remedio que atravesar las murallas de la Medina. Nunca sola, siempre velada.

Las mujeres solemos quedar en la Puerta del Hierro para después charlar y distraernos juntas serpenteando por el zoco. Los tintoreros ocupan las calles con sus telas recién teñidas, manchándonos de colores las suelas de las babuchas. Los especieros forman pirámides de comino, cúrcuma, canela, azafrán, alcaravea, jengibre, ajonjolí, cilantro, nuez moscada o anís, que apelmazan sin descanso para que no se las lleve el viento. Las campesinas que vienen andando desde Almodóvar venden la fruta y las hortalizas sentadas en el suelo, descalzas para orear los pies comidos de moscas, con la cara descubierta y cuarteada como tierra sedienta. Nosotras, depende. Algunas nos cubrimos por decoro. Salma, por instinto de supervivencia. Y, aun así, se le desbordan los ojos del pañuelo escrutando cada niña que se le cruza. Es su única obsesión. Volver a verla. *No quiero ser libre*, le propuso al visir*, solo le pido seguir siendo esclava en Medina Azahira, junto a mi hija.*

—No puedo. Almanzor decapitó a su hijo favorito, a su primogénito, alegando que Dios no ama a los traidores. Metió su cabeza en un saco y se la regaló al Califa como advertencia. Ahora gobernará su segundo hijo, Abdelmalik, que me prometió continuar de ministro gracias a mi probada lealtad con los amiríes. Si descubre que traicioné la voluntad de su padre, cortará la mía. La tuya. Y la de tu hija.

* * *

En la noche de *mirhayán,* niños y niñas pasean por las calles sus farolas hechas de sandía, con una escalera y una luna caladas en su cáscara. Nadie sabe a ciencia cierta qué significa, pero todas queremos creer que simboliza las utopías posibles, tocar el firmamento con los dedos, alcanzar la libertad, amar sin ataduras, esos sueños por los que merece la pena luchar desde chiquillas. Madres con sus hijos, mujeres

sin ellos, todas las cordobesas aprovechamos la fiesta para recorrer las hogueras que se prenden en cada barrio, sin importar nuestra condición cristiana, judía, musulmana o cafre. A partir de mañana, el sol viajará hacia el sur y se debilitará a la par que la luna se fortalece, día tras día, noche tras noche, hasta compartir en otoño el mismo tiempo en el cielo, igual que los hombres y las mujeres compartirán idéntica recompensa divina en el paraíso. Nada que ver con lo que ocurre en la Tierra.

Después del entierro de su yadati Aurora, es la segunda vez que la Paloma vuela fuera de su jaula. Pero ahora sus ojos están como lavados en nieve, ávidos de mirar lo que de verdad pasa en la vida, de aprender de la gente más digna y humilde, lejos del mezquino teatro de Medina Azahira donde nada es lo que parece.

Sin duda, lo que más le sorprende es la alegría en nuestros rostros. Sincera. Limpia. Y nuestra libertad. Las mujeres salimos a la calle de la mano de otras mujeres, en plena noche, sin permiso, como si fuéramos a velar un muerto, mientras los hombres venden peras de agua y las primeras brevas del verano a la muchedumbre, o reparten agua fresca en unos botijos adornados con tres arañazos verdes simbolizando el nombre en árabe de Dios, sea cual sea. En las tabernas se despacha vino a los mozárabes y judíos, que se entienden en la jerga nativa que no quieren que hablemos en palacio, mitad romance, mitad borrachera. A través de la ventana, Maryam observa cómo beben algunos musulmanes en su interior, y a prostitutas sentadas a horcajadas sobre sus chilabas remangadas hasta la cintura. Los niños saltan la hoguera mientras las niñas canturrean en corro «sandiqa ladin», herejes sin religión, en harapos, descalzas, hambrientas, pero rabiosamente felices. Porque son libres. Porque no rinden cuentas a nadie. Ni a Dios siquiera.

La Paloma se siente una más entre el pueblo. La calle es su casa. Y se pregunta en su niñez por qué siendo iguales los pecados para ricos y pobres a los ojos de Dios, reciben un juicio tan diferente a los ojos de los hombres. Aquellas prostitutas ejercen la misma profesión que las esclavas del harén. Los borrachos de la taberna beben el mismo vino que la boca del Califa. Pero unos aceptan su miseria como el cadáver en manos de quien lo lava. Y los poderosos, no. Son insaciables. El miserable ya tiene bastante con su hambre para desear la de otros. El poderoso, sin embargo, es una la lengua bañada en sal que no se harta de agua, mejor si es ajena. Maryam recuerda entonces las enseñanzas de su abuela Aurora y, consciente de la clase a la que pertenece, se une al corro de las niñas, a cantar alrededor de la hoguera, feliz como si fuera libre.

Su madre fue la nodriza de Ibn Hazm, el hijo de su dueño, un bálsamo que le permitió sobrevivir a la pérdida de los suyos: Maryam

y su hermano sin nombre. Mamó la leche que deberían haber mamado ellos, se durmió con sus nanas y, aunque jamás llegó a suplantarlos, aquel niño rellenó el vacío de sus entrañas como el serrín de un animal disecado. El visir conocía y alentaba los efectos curativos de su hijo para el maltrecho corazón de Salma. Por eso le confío su cuidado, en casa y fuera de ella: *Ibn Hazm será tu salvoconducto*, le aseguró, *nadie se atreverá a tocar los vuelos de tu vestido sabiendo que llevas al hijo del visir de la mano.*

Aquella noche de *mirhayán* salieron juntos a ver las hogueras por capricho de Ibn Hazm, a quien su padre había fabricado una farola de sandía. La escalera y la luna titilan en los ojos del niño, oscuros y profundos como cuevas, camino de las candelas más cercanas a las almunias de al Mughira. A medida que escucha la bulla de la fiesta, Salma siente un aleteo creciente de mariposas en el estómago, similar a cuando acaricia el pelo de Ibn Hazm mientras se imagina a su hija echada en su regazo. Y nada más llegar a una plazuela cerca de la Puerta de Roma, entre un enjambre de cientos de ojos, vuelven a quedar imantados los de la madre y los de la niña. Maryam abandona el corro; Salma, al hijo del visir. Caminan la una hacia la otra. Se toman de las manos. Se miran las pupilas incendiadas por el fuego y los abrazos pendientes. La niña le ofrece una moneda de cobre y le dice:

—Toma, madre, tú la encontraste. Es tuya.

* * *

Abdelmalik sucederá a su padre Almanzor manteniendo el estado de cosas que deje el caudillo a su muerte, sin tocar lo que no esté roto, sin manchar lo que no esté sucio, aconsejado por su madre y por algunos visires de su confianza. Solo que habrá demasiadas cosas rotas y sucias en Al Ándalus cuando eso ocurra, más todas las que rompamos y ensuciemos después.

Como nuestra indignación por la subida de impuestos para sufragar sus aceifas, su burocracia, sus obras faraónicas, sus orgías de palacio. Estábamos muy enfadadas por el traslado de la Mezquita Aljama a Medina Azahira, ordenado por Almanzor para alimentar su megalomanía, avalado por unos faquíes corruptos, y bendecido por la marioneta del Califa. Qué torpeza. Y qué infamia. ¿Cómo puede cegar tanto el poder para subestimar al pueblo de Córdoba cuando le hurgan en el alma? Igual que nos enfrentamos al segundo Al Hakem para impedir el cambio del *mihrab* de la Aljama, sabiendo como sabemos que no mira a Meca, volveremos a enfrentarnos con cualquiera que ultraje la memoria de nuestra Mezquita, corazón espiritual de la capital del mundo desde mucho antes de la llegada de los omeyas.

Hasta la aristocracia cordobesa, heredera de patricios béticos y bizantinos, se cansó de callar y otorgar ante la merma de sus ingresos comerciales por culpa de estas batallas estúpidas y de los excesos sibaritas de los amiríes. Pero por encima de todos los males, lo que nos provocaba sarpullido era la imparable ascensión de los nuevos beréberes en la corte y en la vida pública de Córdoba. Además de apropiarse de esclavas y tesoros como botín de guerra durante las razias en el norte; además de recibir oro y tierras por media Al Ándalus en pago de sus servicios militares; además de sus desmanes con nosotras tratándonos como si fuéramos sus putas; no podíamos tolerar que se apoyaran en el fundamentalismo de los ulemas para colarse como un gas entre las rendijas del poder, sin que nadie les pusiera freno.

Solo el visir, consciente de los nubarrones que amenazan al gobierno amirí, se atreve a convencer a la madre de Abdemalik para que nos baje los tributos y reparta limosna entre los pobres, temiendo una insurrección popular a causa del hambre y de la peste que traen las ratas de los arrabales de las afueras. Le hizo entender el error impertinente de la Mezquita. Y ella, sin llegar a retirar el rango que Almanzor había otorgado a la nueva, permitió que el pueblo rezara y siguiese llamando Aljama al templo más luminoso del mediodía. Pero el visir fracasó en todo lo demás. La madre de Abdelmalik continuó despreciando como a un perro muerto a los nobles de Córdoba, mucho más al descubrir que conspiraban con otro visir para asesinar a su hijo y al Califa Hixem, con la intención de sustituirlo por un nieto del último Abderramán. Sobra decir que mandó decapitar al ministro traidor y colgar su cabeza en la Puerta del Puente para que los pájaros le vaciaran las cuencas de los ojos. No hay castigo más despiadado que no poder contemplar la silueta de la Mezquita de Córdoba desde la margen izquierda del Guadalquivir, ni después de muerto. El aspirante a Califa se cortó las venas antes que padecer semejante calvario.

Siendo preocupante que la madre de Abdelmalik decida no contar entre sus aliados con la aristocracia cordobesa, mucho más grave fue que ningunease al visir cuando le alertó del peligro que corríamos si los beréberes nuevos toman las riendas de Al Ándalus. *Ellos son mis pies y mis manos. Te ruego que te limites a ser mi cabeza cuando yo te lo pida.* Así le contestó, convencida de que solo podía confiar en ellos para proteger la vida de su hijo y la suya propia.

Ella se llama Dalfa. Esclava, concubina de Almanzor, pero goza del mismo reconocimiento que la madre de un Califa. Tiene cuarenta y dos años lunares, el pelo suelto, rubio, la nariz como un pellizco en la cara, la mirada turbia de tanto desconfiar de la gente y los labios carnosos, más rojos que el vino, siempre apetecibles. En su cabeza le caben todas las conspiraciones de Al Ándalus. En el corazón, solo su

hijo y el polvo de no usarlo. Siente la misma repugnancia que nosotras hacia los mercenarios berébers, pero los parasita como un rezno en el cuello de un asno.

Son ellos los que irrumpen en la plaza. Apagan la hoguera. Nos dispersan como si removieran un hormiguero con los pies. No llegan a la docena. Armados. Y visten a la usanza de los obispos cristianos pero con chilaba púrpura y turbante. Nos odian porque se niegan a entender que seamos capaces de amar a Dios y desobedecerlo al mismo tiempo, de la misma manera que engañábamos a nuestras madres cuando niñas y no por eso habíamos dejado de quererlas. ¿Qué pecado cometemos celebrando el solsticio de verano que ha creado Dios, con el júbilo del que solo pueden disfrutar hombres y mujeres? Como en todas las dictaduras, nos tratan igual que a párvulos a los que adoctrinar a fuerza de latigazos en las nalgas, sin darse cuenta que somos un pueblo condenado a la adolescencia eterna. Revolucionario y sumiso a la vez. Lobos y bueyes. Y no lo aceptan porque no lo ven. En medio de la desbandada, en una esquina de la plaza, Salma y Maryam se abrazan. Pero a ellas sí las vieron.

Ninguna de nosotras recuerda el primer abrazo de su madre. Maryam no lo olvidará nunca porque contiene todos los abrazos que no pudieron darse. Y porque las dos son conscientes de ello. Hace tanto calor y tanta humedad que el aire parece una mucosa. Con el sudor que empapa las túnicas de madre e hija se podrían regar las macetas de todos los patios de Córdoba. Los mosquitos nos muerden las piernas, el suelo hiede a fruta pisoteada, la gente se resbala en la huida. Los gatos se pelean por lamer los vómitos de los borrachos. Pero ellas no perciben nada de lo que ocurre a su alrededor, anestesiadas por el magnetismo de aquel primer abrazo, que rompe un soldado beréber al acusarlas de incumplir la *sharía*.

—Sois mujeres y deberíais estar en vuestras casas como buenas musulmanas, junto a vuestros hombres, no en la calle de madrugada celebrando rituales paganos que ofenden a Dios y a nuestros profetas.

—Yo soy esclava del visir Ali Ahmad Ibn Hazm y cuido de su hijo, aquel que juega alrededor de las ascuas. Guarde su reproche para mi amo que me concedió el permiso, si se atreve.

—¿Y la niña? ¿También es del visir? ¿Por qué la estaba abrazando?

—Porque la habéis asustado.

—Contésteme, ¿es hija del visir o es suya?

La madre se muerde la lengua hasta tragar sangre. Cometería una imprudencia si dice la verdad o calla durante demasiado tiempo. Para impedirlo, la Nubia se arriesga a contestar asumiendo la custodia de Maryam. Pero la niña corta en seco a la esclava, muestra el tatuaje del cuello y toma la palabra para salvar a las tres.

—Yo soy hija de Almanzor.

El soldado beréber llama al resto de la cuadrilla y ordena llevarlas a la casa del visir y a Medina Azahira, cada una por separado, para comprobar que no mienten. Madre e hija se miran, sonríen cómplices, dichosas a pesar de todo. La partida que escolta a Salma es la primera en llegar a su destino. Al abrir la puerta, uno de los mercenarios pregunta por el visir que espera en duermevela el regreso de su hijo y le interpela desafiante.

—Un ministro debería saber que no son horas para dejar a sus hijos en manos de una mujer por las calles de Córdoba, saltando hogueras como si estuvieran en el infierno. Las leyes de Dios están por encima de las leyes de los hombres.

—Y yo estoy por encima de un soldado y entiendo que mi hijo y mi esclava no han incumplido ninguna de las dos. Pero su insolencia, quizá sí.

El otro grupo de beréberes acompaña a la Nubia y a Maryam hasta las mismas dependencias del hayib en Medina Azahira. Almanzor había salido días antes de Córdoba acompañado por sus hijos Abdelmalik y Sanchuelo, al encuentro con tropas norteafricanas camino de la ribera del Duero. Fue Dalfa, la madre de Abdelmalik, quien se levantó a recibirlos. El soldado le cuenta lo ocurrido, y ella toma un espejo para mirar el cuello de la niña y cerciorarse. *Dejadnos solas*, ordena.

La Paloma se sienta con los brazos en escuadra y las manos sobre las rodillas, adoptando la postura de esas diosas antiguas que nosotras siempre hemos adorado y algunas seguimos adorando en secreto. Dalfa prefiere seguir en pie para dejarle claro que, puestos a adorar, ella sería la diosa.

—Conocí a tu madre en el harén. Sentía unos celos endemoniados cada vez que Almanzor la nombraba. Era joven, mucho más joven que yo, y a los hombres les gusta que el tiempo se detenga para las mujeres cuando se trata de penetrarnos. Nos usan y nos escupen como huesos de aceituna. Pero con tu madre se encaprichó. Por eso lo convencí para que la echara de palacio por haberte parido hembra. Y menos mal que tu hermano nació muerto, porque yo misma lo habría matado para evitar que pusiera en riesgo la sucesión de mi hijo. Tú eres valiente pero no eres rival. Solo una esclava, como yo. Ser hija de Almanzor es una enfermedad incurable. Aunque no tuvieras tatuado su nombre en el cuello, lo llevarás siempre en tu sangre.

Dalfa arrastra un cojín para sentarse junto a la Paloma, como si la cercanía pudiera mitigar su mala leche, y prosigue.

—No te preocupes, mi niña, que yo te aliviaré la carga. A partir de esta noche dormirás en mis estancias de palacio. Te enseñaré a tocar el *ud*, a cantar *nubas* y a bailar zarabandas. Quiero que aprendas a maquillarte las pupilas con *al khol*, a limpiarte los dientes con palillos

del árbol de Arak, a colorearte los labios con cáscara de nuez y las uñas con alheña, a perfumarte el pelo con aceite de algalia y los pechos con ámbar gris, a mirar a los ojos de los amantes como las víboras hipnotizan a sus presas, a desnudarte lenta sin que te suden las manos ni te tiemblen las piernas, y a recitar poemas eróticos que hagan salivar a hombres y mujeres. Te convertiré en la concubina más deseada del harén para que seas la madre de mi nieto. De esta manera llevará la sangre de su abuelo Almanzor por partida doble. Si no estás de acuerdo, encontraré a tu madre y la mataré.

* * *

Dos meses después de partir al norte, la alimaña que le raía el estómago a Almanzor lo mató de un bocado. *No quiero que me entierren con los honores de un Califa, pero sí con la austeridad de un guerrero*. Eso le confesó a su hijo Abdelmalik con la lengua morada y esos ojos traslúcidos que se le ponen a los moribundos. *Y no quiero que nadie me perdone, pero sí quiero que nadie me olvide. Te lego Al Ándalus y mi memoria.*

El hombre más temido de la Tierra fue sepultado en Medinaceli con el polvo que guardaba de sus batallas en un saco, lejos de Córdoba, sin una lápida que lo recuerde, como una oveja devorada por los lobos. Sanchuelo, su otro hijo, quedó a cargo del ejército de mercenarios beréberes y eslavos, mientras su preferido Abdelmalik regresa a Medina Azahira para gestionar la noticia de su muerte y adelantarse en su sucesión. Primero se la comunica a su madre. Es ella la que encomienda a una esclava de su confianza llamada Nizam, escribiente en el Alcázar y espigada como un cálamo, la carta oficial de pésame y el texto que el Califa ratificará para el nombramiento de Abdelmalik como *hayib* y *saif al dawla,* legítimo heredero de Almanzor y espada de su dinastía. Después convoca al consejo de visires, siempre acompañado por Dalfa. Y allí les informa que dejará las cosas como la dejó su padre, salvo para las que fueran sus esclavas, que quedarán libres por la muerte de su amo. Empezando por su propia madre.

Tras acabar la reunión, el visir busca a Maryam por Medina Azahira. No está en la alcoba que fue de su yadati Aurora. No está en el hamam. No está con la Nubia, ni con el resto de niñas esclavas. Atraviesa los patios, las fuentes, los estanques, los jardines. Incluso se atreve a buscar en la estancia donde mantienen encerrado al Califa como un cochino de engorde. Al fin la encuentra, ya herida la tarde, cortando jazmines que aromatizarán sus sábanas y espantarán a los mosquitos cuando duerma. El visir se le acerca y le cuenta la noticia, ensayando un sucedáneo de dulzura que desconocía tener bajo la lengua.

—Almanzor ha muerto. Eres libre.

La paloma lo mira de reojo pero sin dejar de hacer lo que hacía, igual que miramos a las avispas que nos merodean por si nos pican.

—Ha dejado de ser mi amo, pero nunca dejará de ser mi padre.

—Tienes razón, Maryam. Pero si me devuelves la moneda de cobre que te di, comprarás tu libertad y te ayudaré a que lo olvides.

—Ya no la tengo. Se la regalé a mi madre.

Al visir se le encala la piel y se le paran los pulsos. Un instante. No puede permitirse que una niña lo desarme con más facilidad que el peor de sus enemigos. Toma aire. Y simula.

—Los dos sabemos quién es tu madre. Pero nadie más puede saberlo. Tu silencio cuesta ese *felús* de cobre pero vale tu vida, la mía y la de tu madre. Es verdad que el precio de tu libertad está en tus manos, pero desde ahora también en las mías. Tienes prohibido acercarte a mi casa. Nombrarla, siquiera. Si decides ser libre, te buscaré aposento, comida y una educación digna. Pero lejos de tu madre.

Maryam asiente con una templanza impropia para su edad, como si en sus pocos años hubiera sufrido los errores y las amarguras de una vida entera. Aspira a ser libre porque no consigue borrar de su cabeza la alegría del pueblo al que pertenece. Pero también se le quedó clavada nuestra cobardía como una alcayata en su memoria. Le cuesta asumir que no hiciéramos frente a aquel puñado de soldados beréberes, por muy armados que estuvieran, arrojándoles la fruta podrida, los palos ardiendo, con los puños, a escupitajos, cómo sea antes que tragarnos la dignidad de una manera tan amarga y sumisa.

—Seré libre cuando el pueblo lo sea.

* * *

El visir regresa a casa con la obligación moral de liberar a Salma, igual que malogró hacer con su hija. La encuentra blanqueando las sábanas con añil, tendiéndolas al frescor de la noche para que se sequen despacio y no las amarillee el sol, más feliz que de costumbre. Del cuello le cuelga una moneda de cobre. Y del cielo, una lluvia de estrellas.

—Almanzor ha muerto. Eres libre

—Mi amo es usted. Solo seré libre si mi señor lo desea.

—No lo deseo.

* * *

Sus labios

Abdemalik murió con los labios rojos. Lo mataron en una orgía, borracho de vino y besos envenenados con pigmento de rejalgar. Su madre le limpia la boca con una ruilla mojada en orines para destruir la prueba del crimen y de su deshonra. *Lo has echado todo a perder por hacer más caso a tu polla que a tu madre,* le riñe. A solas. Como cuando era chico. Llorando. Sospecha de cualquiera de las mujeres del harén menos de Maryam. O al revés. Quizá lo asesinó su hermanastra para no tener que parir un hijo incestuoso. O todas somos culpables menos ella. O todas inocentes, menos ella. No hay más opción.

O tal vez sí, se convence: *el asesino será quien yo diga.*

Antes de lavar el cadáver para su mortaja, Dalfa ordena a un criado que vaya en busca del visir y que se cuiden de ser vistos. Solo brilla la mitad de la luna en la madrugada del mes de *iafar* de 399 de la Hégira, 19 de octubre de 1008 en la cuenta cristiana. Le ofrece un jugo de granada y unos pestiños con miel y matalaúva. Cierra la puerta, corre la cortina, y le habla en voz baja:

—Eres el ministro al que más aprecio y el único en quien confío porque tuviste la decencia y la osadía de decirme la verdad, aunque me costara un disgusto, acostumbrada como nos tienen los súbditos a no llevarnos nunca la contraria. Ahora me toca decírtela a ti. —Dalfa avanza un paso, se desvela, le acaricia la mejilla con la palma de su mano derecha, y le habla tan pegada a los labios y tan bajo que por un momento creímos que fuera a comerle la boca—. Necesito que me ayudes. Han matado a mi hijo. Lo han envenado con polvo de cianuro y todo el mundo debe saberlo. Pero la culpable ha sido una mujer del harén y eso debe quedar entre nosotros.

—No cambia el volumen pero sí el tono de voz, a más macho y mandón, mientras hurga en el desván de sus ojos alguna mota de deslealtad que no encuentra—. Organizarás esta noche un ejército y saldrás mañana temprano de aceifas contra Sancho III de Navarra con la excusa de recuperar la arqueta de oro que nos robó. Asegúrate que sea de la partida Sanchuelo, el hijo que tuvo Almanzor con la hermana del ladrón, la princesa Abda. El cadáver irá escondido en una de las carrozas y disculparás al hayib que no salude a las tropas por hallarse indispuesto. Nadie sospechará conociendo de las jumeras que se cogía por las noches el cafre de mi hijo. Pararéis como de costumbre en *Dar Armilat*, a unas veinte millas de palacio. Allí dirás a los soldados que ha muerto de un infarto, pero correrás el rumor de que mordió una manzana que había cortado Sanchuelo con su alfanje. Los rumores no tienen dueño y corren más aprisa que la verdad hasta que se apoderan de ella. Córdoba creerá que lo mató su hermanastro para proteger a su familia vascona, aliarse con ella y hacerse con el poder. Y será más verdad que la verdad misma. A cambio de tus favores, no haré correr el rumor de que Maryam fue la asesina.

El visir toma un sorbo de jugo para desanudarse la garganta. Dos más.

—Gracias, señora, por confiar en mí, pero me temo que ya no soy su consejero. Si es verdad que el hayib ha muerto, Allah lo tenga en su gloria, ahora soy visir de Sanchuelo y solo a su voluntad y a la de nuestro Califa me debo. Y, si me permite, tampoco entiendo a cuento de qué viene su amenaza con esa niña de la que me habla.

En el catálogo de sonrisas siniestras que hayamos visto o veamos en nuestra vida, ninguna llegará a la altura de la que Dalfa esboza al visir como respuesta. Le quita el vaso de jugo de las manos, sin resistencia,

y se lo bebe de un trago antes de apuntillar su discurso, por si quedaba alguna duda en el aire.

—Quizá me he explicado mal, visir. Mi hijo no respira, no siente, no le late el corazón, pero no está muerto porque morirá mañana. Y esa niña es la mejor amiga de su hijo Ibn Hazm, con el que estudia y juega en Medina Azahira desde hace años, además de entregarle las cartas que se escribe con su madre, una concubina a la que repudió Almanzor y que usted protege en su casa.

—Disculpe, señora, fui yo quien la entendí mal. ¿A qué hora quiere que muera su hijo?

—Mejor al mediodía, después de almorzar, para que podamos lavarlo, amortajarlo y velarlo durante la noche, ya en palacio —con un ademán no menos siniestro que su sonrisa, le invita a salir de la alcoba—. Ah, y no olvide perfumarlo de vez en cuando, que los humores de los muertos son impacientes.

* * *

Ay, Ibn Hazm. Cómo queríamos a ese niño. Nos traía a todas por la calle de la amargura. Insolente como la mala yerba y más inquieto que el rabo de una lagartija. Astuto. Valiente. Testarudo. Y guapísimo, eso sí. Tenía la tez cobriza a pesar del origen muladí de su abuelo, cristiano de Niebla converso al islam. Abría la boca y se abría la mañana. Los rizos de su pelo negro se le metían en los ojos, radiantes y oscuros como bocas de una mina de oro. Raro era el día que no lo pasaba con nosotras. En los jardines, en nuestras alcobas, en los patios, en el hamam, leyendo, cantando, bailando, dormidas, despiertas, vestidas, desnudas. Allí volvió a encontrarse con la Paloma. Y con ella, la otra mitad de su alma.

Se reconocen sin mediar palabra. Maryam sabe que el padre de Ibn Hazm es el visir. Y él, que la madre de Maryam es su nodriza. Ella muerde una manzana y la parte de cuajo. Se la ofrece. Él toma su porción pero, en lugar de llevársela a la boca, la junta con la que sostiene Maryam en su mano, y dice:

—La unión de las almas es mucho más bella que la de los cuerpos. Ni la magia negra conseguirá que esta manzana vuelva a ser una, íntegra. Lo mismo les ocurre a los cuerpos de los amantes...

Se miran. Sonríen. Y muerden la manzana. Los dos a la vez para demostrarse que las almas de Ibn Hazm y Maryam son una. Como si él fuera la reencarnación de su hermano muerto. Como si ella fuera la hermana que nunca tuvo. Ambos lo saben. Y lo sienten. Adentro, muy adentro.

Siempre que su padre despacha en palacio, Ibn Hazm aprovecha para acompañarlo y colarse en nuestras intimidades como una más de

nosotras. Tan acostumbradas nos tiene, que echamos de menos su traviesa indiscreción cuando lo castigan a quedarse en casa o lo mandan a estudiar a la madraza. Así de locas nos tiene el niño. Casi nunca viene solo. Le acompañan tres amigos poetas, aristócratas como él, vestidos siempre de blanco y sin turbante: Ibn Suhayd, Ibn Ishaq y su primo Al Wahab. Escriben sus casidas en árabe y se enfadan con nosotras cuando recitamos jarchas o zéjeles en las lenguas vulgares de Al Ándalus. *Ninguna de ellas consigue fusionar el mundo visible con el invisible*, nos reprochan con altanería. *Las veintiocho letras del alifato, sí. Divididas en solares y lunares, igual que se divide el día, su número resulta de multiplicar los siete cielos, los siete colores del arco iris, o los siete modos del ruh o espíritu universal, con los cuatro humores del cuerpo o los cuatro elementos de la Naturaleza. Así, cada palabra en árabe que pronuncies, cantes o sueñes, revelará tu posición en el universo y del universo dentro de ti.*

La Paloma aprende a tocar el ud mientras Ibn Hazm y sus amigos disertan sobre nuevas formas literarias andalusíes, únicas, nuestras, fruto del mestizaje culto de las fuentes orientales con el sustrato milenario de Tartessos, de la Bética y de Bizancio. Aquel grupo de estetas adolescentes se arrogaron la responsabilidad histórica de nacionalizar la literatura andalusí, siguiendo la estela de lo que ya había ocurrido con la arquitectura, con el sufismo o con la música. Maryam interpreta la *taqwasya* de una nuba con la que en Al Ándalus mostramos nuestra hospitalidad al forastero, y les explica:

—Ziryab añadió una quinta cuerda al ud que concentrase el simbolismo de las otras cuatro. Si el cosmos está compuesto de fuego, tierra, aire y agua, la quinta cuerda será la vida. Y si las personas estamos hechas de bilis, sangre, flema y melancolía, la quinta cuerda será el alma. Cada vez que suene la quinta cuerda, estaremos escuchando la melodía de nuestro espíritu fundida con la del universo que nos rodea. Una sola vibración en el aire que contiene el aliento de Dios sobre todas las cosas.

La Paloma era la quinta cuerda para aquellos cuatro amigos. La que integraba sus vidas y sus almas. La revolución en carne y hueso que necesitaban para confirmar que Al Ándalus no era un plagio arrabalero de Oriente, sino la epifanía en árabe de una cultura propia, luminosa e irrepetible. Bastaba con escucharla. Solo ella era capaz de cantar sus poemas, elevando al cuadrado la conjunción mística de lengua y música, ambas andalusíes, en la voz de una mujer. De una diosa humana.

Su refinada instrucción obedecía al plan de Dalfa para convertirla en la concubina predilecta de su hijo Abdelmalik. Todas en el harén lo sabíamos. Incluso el padre de Ibn Hazm. Su madre, no. Maryam acaba de cumplir trece años lunares cuando la naturaleza mancha su túnica

con un renglón rojo desde la entrepierna a los tobillos. Corre asustada a buscar a la Nubia que la oculta en la alacena de la cocina. La esclava negra toma del pozo agua fresca, colma una palangana, y con un paño limpio le asea los coágulos de sangre con la misma delicadeza que cuando recién parida: *Ay, mi paloma, ya eras mujer y desde ahora podrás ser madre*. Le advierte que sus entrañas se sincronizarán con la luna como hacen las mareas y toda la creación con nombre de mujer; que en cada ciclo sentirá el bochorno del verano, el frío del invierno, la pasión de la primavera y la nostalgia del otoño; que no desespere si el ánimo se le resiste a aflorar cuando más lo requiera, porque el hastío pasará igual que pasan las noches oscuras que son presagio de la luna llena; y que renacerá, renacerá y renacerá hasta el día de su muerte, aunque ya no sangre, mientras haya estrellas en el cielo.

Se oyen pasos afuera. Es Dalfa. Abre la puerta. La esclava arroja el agua de la palangana a un lebrillo con carne de cordero. Maryam se moja el dedo en la vagina y se pinta los labios de rojo. *¿Qué hacéis?*, pregunta la madre de Abdelmalik. Y la Nubia contesta:

—Enseñando a la niña a ser mujer.

Dalfa es hielo y flema. Desconfía de ellas pero no es momento de diatribas menores con la de incendios políticos que tiene encima, así que decide creerlas porque le interesa creerlas y se marcha. Por el contrario, Ibn Hazm es sangre y fuego. Las espiaba debajo de una mesa con las venas ardiendo. Pero no quiso ver la escena porque el pudor de su moral se impuso a la curiosidad del adolescente, la estricta instrucción de su padre al instinto de la madre naturaleza. Tampoco hace el menor ruido, sabedor del alto precio que pagan los fisgones imprudentes dentro del palacio. Se limita a escuchar los consejos de la Nubia a Maryam, sin ser visto ni oído, como hacen los chismosos y los sabios viejos.

—Ay, mi niña que ya no es niña. Dalfa no puede saber que has menstruado. No puede sospecharlo. No puede adivinarlo. Será nuestro secreto. Evita salir de tu habitación mientras manches. Arroja las gasas al estercolero. Lávate y perfúmate a diario con la fragancia del almizcle que más huela. Enciende incienso en tu alcoba. Y haz gárgaras con aguardiente para que el aliento no te apeste a sangre estancada. Mejor que te crea una niña borracha que una mujer fértil.

—Así lo haré. Te juro por lo más sagrado que Dalfa no lo sabrá, que nadie lo sabrá, salvo mi madre. Ayúdame, por favor. Tiene derecho a saber que a su hija le puede pasar lo mismo que le pasó a ella.

—Claro que sí, mi Paloma. Te ayudaré, aunque no se me ocurre la manera. No puedo acercarme a la casa del visir, ni quedar con tu madre en ninguna parte de la Medina, salvo que lo quiera Dios o la casualidad. Necesitamos que alguien medie por nosotras.

—Yo lo haré.

Eso dice Ibn Hazm, altivo y seguro, saliendo de entre las enagüillas de la mesa como un hurón de una conejera. *Con una condición*, añade:

—Que mi padre no se entere. Lo más seguro para todos será que le escribas una carta y yo me encargaré de dejarla en casa de mi vecina Esther. Ella es viuda, judía, fea, sin hijos y me quiere. Tan fea que su cuñado prefirió descalzarla y darle el doble de lo que le pertenecía antes que cumplir la ley del *levirato* y casarse con ella. Tu madre suele ir los sábados a encenderle el fuego de la *adafina* que después comemos juntos, o las velas de *Sabbat* cuando una corriente de aire se las apaga. Nadie sospechará. Aun así, la acompañaré para no levantar suspicacias y vigilaré por la ventana. Mejor que la lea allí. Y si tu madre responde, tranquila que yo te llevaré su carta a palacio. Confía en mí como si fuera tu hermano.

La Nubia sale a buscar un pliego de papel de los que se fabrican en el secadero de Medina Azahira, cerca del arroyo de Rabanales, donde prensan una pasta de lino y cáñamo, macerada en agua de cal muerta y encolada con almidón, única en el mundo por su blancura y delgadez. Ella misma lo corta en recuadros con una navaja de la cocina. Luego le acerca a Maryam un cálamo que moja en la cazuela con sangre de cordero mezclada con su propia sangre.

> *Querida madre:*
>
> *Te escribo para que no te culpes por no haber estado junto a mí cuando me sobrevino la hemorragia, el dolor y el miedo con el que Dios nos prepara para ser madres. De haber sido una Diosa, seguro que no nos castigaría con semejante tortura. Solo saben que he menstruado la Nubia y nuestro cartero, el hijo del visir, Ibn Hazm. Tengo que evitar que se entere Dalfa, la madre del hayib con el que quiere aparearme como una burra. Quema esta carta cuando la leas. Te escribiré muchas más, palabra.*
>
> *Tu hija, Maryam.*

Sopla suave sobre las letras rojas, abanica y dobla por mitad el papel, besándolo por fuera con sus labios ensangrentados como si lo sellara con lacre. Luego hace lo mismo en la mejilla de Ibn Hazm para darle las gracias y, de paso, quitarse el mal sabor de la boca. Entre la sensación del beso o la del expurgo, el chiquillo se ruboriza porque no deja de ser un chiquillo, rumbo a casa para cumplir con su palabra.

Como cada sábado, la vecina judía pide a Salma que le ayude con alguna que otra menudencia del hogar prohibida en su día sagrado. La carta espera bajo el candelabro de dos velas. La toma y la huele como hacen las hembras con el miedo de sus crías. Y llora. Más que cuando la parió. Más que cuando la separaron de sus brazos por primera vez.

Por segunda vez. Por tercera. Más que cuando la imaginaba mamando de otro pecho. Más que nunca porque se sabe querida. Y perdonada.

La lee tiritando, pero contesta con el pulso firme. Ni las piedras tienen el aplomo y el umbral del dolor de una madre.

> *Hija mía:*
>
> *Hablas como una mujer mayor. Y libre. Haces bien cuidándote de Dalfa. Solo te pido que también lo hagas de su hijo, del Califa y de cualquier hombre con la mirada turbia por el celo. En verdad, cuídate hasta del aire que respiras. El de Córdoba huele raro. Las mujeres se apartan de mi vera en el zoco. Saben que soy criada del visir y no quieren hablar conmigo. Algo se debe estar tramando contra el hayib. Lo presiento igual que me sube la fiebre cuando enfermas. Algún día las dos seremos libres y te cuidaré sin intermediarios. Ojalá que sea pronto.*
>
> *Tu madre, que te quiere.*

Durante semanas se estuvieron intercambiando cartas sin ser descubiertas. Mientras la Paloma le contaba sus avances con el ud, en la caligrafía kúfica, recitando casidas de amor o resolviendo problemas algebraicos, la madre le advertía del odio creciente en la ciudad hacia los hijos de Almanzor. Y con razón. Qué nos importan sus victorias en el campo de batalla, a cientos de millas de Córdoba, si solo sirven para cebar a los ulemas y a sus mercenarios como cerdos. Ellos cada vez más ricos y nosotras cada vez más pobres. El pueblo está indignado. Tiene hambre. Y sed de grandeza. Cualquiera de nosotras desea la muerte del hayib y lo podría haber envenenado a besos en una de sus orgías, aunque tuviera que pasar escupiendo el resto de la vida para quitarse el veneno de la lengua. Pero temíamos la crueldad con la que el moro Zawi había reprimido cada conato de insurrección para derrocar a los amiríes y al pelele del Califa. Hace diez años que Almanzor lo invitó a formar parte de su ejército regular junto a sus mercenarios beréberes de la tribu de los ziríes, a los que llamábamos moros por provenir de las montañas de Cabilia, en la antigua Mauritania romana. Hoy es el general de Al Ándalus y quien gobierna en la sombra. A nadie extrañaría que Zawi fuese el verdadero asesino de Abdelmalik, por su propio interés en consolidar el dominio beréber en la corte, o a sueldo del mejor postor. Solo Dalfa tenía arrestos para darle órdenes a la cara. Pagando, por supuesto.

La luz de Medina Azahira parece una viga comida por las termitas, de esas que todavía se mantienen intactas por fuera pero que en cualquier momento pueden venirse abajo. Las que ya somos viejas percibimos su decadencia en el olor a pocilga que traen los eslavos del

norte; en el trasiego de negreros que acuden a comprar cargos a Abdelmalik con lo que ganan tratando esclavas como vacas; en la podredumbre del poder cuando no se ama al pueblo que se gobierna.

Nada de esto perciben Maryam, Ibn Hazm y sus amigos, ensimismados en su juventud, devorando la vida a boca llena. Uno de ellos perdió la cabeza con un eunuco yemení al que dedicó poemas y poemas, eróticos en su mayoría. A los pocos días, también perdió el corazón cuando lo encontró en brazos de un soldado que prefería abrirle el ano con su verga al juego casto de las rimas. Otro se enamoró de una esclava etíope a la que habían circuncidado de pequeña dejándole el hueso al descubierto. Sentía tanto deseo como compasión por ella. Al final le pudo el instinto y acabó engañándola con otra esclava hindú, de las que cuentan se vuelven vírgenes una vez desfloradas. El tercero de sus amigos perdió la virginidad con un esclavo cristiano que acudía a sus fiestas de vino y poesía junto a la Puerta de los Judíos. Antes de cada penetración, se santiguaba y tomaba un trago de aguardiente, no sabemos si para mostrar arrepentimiento a su Dios o para desafiarle. Ibn Hazm merodeaba por las flores de nuestro gineceo más que las abejas en el estallido de la primavera. Tanto nos atraía ese niño que solo por él cosíamos para la calle, a sabiendas de que, tras paladear nuestro sexo, se marcharía a temblar de emoción junto a la Paloma como si fuera la primera vez que lo hacía.

Ibn Hazm y Maryam se quieren como hermanos, pero se aman con la torpeza y el afán de dos adolescentes primerizos. Llueve. Ella se resguarda bajo una higuera donde rezamos a una sabia sufí enterrada a sus pies, cuyo nombre se perdió en los desvanes del tiempo. Él se acerca para que la santa bendiga la saliva de sus bocas mezclada con el agua de las nubes. Quizá les acusen algunas mojigatas de profanar un lugar sagrado. Para nosotras, sin embargo, no hay lugar más sagrado que la mediatriz de un beso. Maryam bromea rozando los labios de Ibn Hazm, huye, corre, se pierde por los laberintos del jardín, y entra en los aposentos de Dalfa, sin darse cuenta, jugando al escondite como una parte más del cortejo. Cierra la puerta, empapada. Ibn Hazm se queda afuera porque sabe que si existe un lugar sagrado en Medina Azahira, más que la falsa Mezquita Aljama, más que la alcoba del Califa, es la cama donde duerme la madre del hayib. La niña lleva en su mano la última carta de la suya. Dalfa se la arrebata. La mira. Finge desdén, a pesar de la migraña que le provoca leer que el pueblo de Córdoba ya no la soporta, ni a su hijo, ni a su hermanastro, ni a nada que traiga causa de los amiríes. Eso ha escrito Salma a su hija para advertirle de las borrascas que le acechan, no por ser hija de esclava, sino por ser hija de Almanzor y llevarlo grabado a fuego alrededor de la garganta.

Dalfa sale a husmear al umbral de la puerta por si la niña viene acompañada. Y acierta. Descubre a Ibn Hazm hecho una estatua de carne, con la cara más blanca que el mármol de las columnas. *Niño, ven acá*, le ordena y el hijo del visir obedece con las orejas gachas y los andares zambos de quien se ha meado del susto.

—¿Te manda tu padre?

Ibn Hazm tiene la lengua seca como la mojama y niega con la cabeza.

—Entonces tú debes ser el niño de los recados. Escúchame bien porque te voy a mandar uno. —Lo toma de las orejas y le susurra—. Sin que tu padre sepa nada, le vas a decir a la madre de Maryam que voy a meter presa a su hija porque menstruó en el hamam y que, por su culpa, hemos tenido que vaciar el baño de agua templada y limpiar los azulejos con cal viva y un cepillo con cerdas de jabalí. Si no quiere que se pudra en la mazmorra con la chusma de Al Ándalus, dile que nos veremos mañana tras el azalá del alba en el lavadero del arenal. Me reconocerá sin problema porque iré velada de rojo y llevaré a la Paloma de la mano.

Y al soltarle las orejas, Ibn Hazm sale corriendo con el miedo en el cuerpo y las ganas de soltarlo en la letrina tan pronto llegue a su casa.

* * *

Aunque la madre de Maryam había abdicado de todos los dioses conocidos desde el día del parto, el desasosiego la empujó a rezar tres veces antes de partir temprano al encuentro con Dalfa. La primera, santiguándose como le enseñó su abuela, dibujando una cruz imaginaria con el pulgar de su mano derecha, desde la frente al final del esternón y de un extremo al otro de la clavícula. La segunda, en el rincón de su cuarto que mira a Meca, de pie como si su cuerpo fuera el eje sobre el que gira el universo, doblegándose por la cintura para escenificar que se acepta parte de la unidad divina, y extinguiéndose sobre la alfombrilla al saberse nadie. La tercera, besando la moneda de cobre que lleva colgada del cuello. Solo con la última oración se emociona y llora como hacía años que no lloraba, porque para una madre no hay más diosa que su hija y no hay peor infierno que perderla. Se viste de negro de la cabeza a los calcañares. Y sale de casa con un enjambre de polillas revoloteando en el estómago. Camina por la ribera del río grande con las primeras sombras del segundo amanecer. El calor del alba infusiona las flores de manzanilla al evaporar la lluvia de la madrugada. El arenal está enfangado y debe rodearlo para llegar al lavadero. Las mujeres que la reconocen se apartan de su lado. Todas menos una. En una esquina de la pilona espera Dalfa con el rostro cubierto por un velo púrpura, un canasto de

trapos sobre la coronilla y la Paloma pegada a su falda, simulando ser una esclava más entre nosotras. Salma hace el ademán de abrazarla. Pero Dalfa le coloca la mano en el pecho y se lo impide.

—No te acerques. No la toques. No la mires. Será tu hija porque la pariste pero nunca fue de tu propiedad. Ahora me pertenece y podría sacrificarla igual que Allah ordenó al Profeta Ibrahim matar a su hijo Ismail. Si quieres que salve su vida y la cambie por un cordero, tendrás que hacerme caso como si yo fuera Dios y tú mi sierva. —Asienta los trapos sobre el filo de la fuente, Salma hace lo propio, y prosigue la cháchara mientras los empapa y frota con un jabón de uva roja que fabrican en la almona de palacio—. Me consta que os mandáis cartas a través del hijo del visir. Gracias a ellas he sabido que el aire de Córdoba apesta a traición. Hace cuatro años descubrí a tiempo la conjura del poeta Yaziri. El muy cobarde pasó de escribir el epitafio y la elegía de Almanzor a desear la muerte de su hijo que es el mío. Así que le corté la cabeza, sin epitafios ni elegías, mientras me moqueaba los pies rogando clemencia. Hace dos años fracasó otra conspiración liderada por uno de mis visires y un príncipe omeya. Al primero lo decapité y el segundo se suicidó para ahorrarme el trabajo. Parece que cada dos años un bicho pica a quien sea y le contagia la obsesión de derrocarnos. La plaga ha llegado. Lo presentía, pero tú me lo has corroborado en las cartas y al ver a las mujeres huyendo de ti como si tuvieras la lepra. Solo que esta vez no sé quién anda detrás de la conjura. —Pide ayuda a Salma para estrujar las ropas mojadas agarrando cada una de un extremo y, ni con los dientes apretados por el esfuerzo, Dalfa pone coto a su monserga—. Siempre desconfío de la arrogante nobleza de Córdoba. No los soporto cuando plantan palmeras en sus alquerías para simular que provienen de oriente, cuando todo Al Ándalus sabe que son herederos de los patricios béticos y bizantinos a los que dimos de comer cuando se arrastraban como gusanos por la calle. Pero mis espías me juran que no. Y ahora también recelo de ellos. Así que te propongo el siguiente acuerdo. —Entre las dos sacuden los trapos, los doblan y los van metiendo en el canasto—. Os seguiréis escribiendo cartas a espaldas del visir. Que Maryam te hable de sus cosas íntimas o de las más despreciables que ocurran en Medina Azahira, no me importa. Pero tú me contarás todos los tejemanejes que descubras contra mi hijo. Yo cuidaré de que él no le meta mano.

* * *

La traición es como una encina centenaria. Si quieres acabar con ella, no basta con podar sus ramas porque volverán a nacer con más vigor que antes: debes cortarla de raíz. Escrutar al asesino entre las sombras,

preguntar quién le manda y luego ajusticiar a los dos rebanándoles la lengua de un tajo, para que ni en el juicio final puedan delatarte. Dalfa no puede ver a sus traidores porque ni los más poderosos tienen ojos en la nuca. Necesita comprar ojos y confiar a ciegas en lo que otros atestigüen haber visto por ella.

Unos de sus ojos comprados aseguran que los judíos se reúnen a diario en las sinagogas como si fuera sabbat, acompañados de nobles cordobeses, sin que se escuchen rezos ni cantos en hebreo. Los amiríes les deben millones de dinares con los que financiaron sus aceifas y orgías. Pero en lugar de saldar la deuda y sus intereses, el hayib optó por pagar a sus mercenarios beréberes con tierras y cargos. Los judíos están hartos de que jueguen con su dinero y parece ser que ya han decidido cambiar a los amiríes por otros deudores más solventes.

Otros ojos comprados le cuentan que Asma, la hija del general Galib y primera mujer de Almanzor, se pasa las noches afilando aquella daga que le dieron para cortarse el pelo o matarse, obsesionada en vengar las muertes de su padre y de su hijo. Desde entonces vive enclaustrada en sus estancias de palacio, sola, deambulando en camisón, con trenzas por debajo de la cintura, más largas aún que cuando niña. Solo sale para ir al baño y más de una vez se ha cruzado con Dalfa. Nosotras la damos por loca y quizá nos estemos equivocando: demasiadas veces la justicia se viste de locura.

Pero es la madre del hermanastro y sucesor de su propio hijo, la vascona Abda, de quien menos se fían sus ojos. Fue bautizada con el nombre de Sancha Sánchez, en honor a su padre Sancho Abarca, Rey de Navarra, que la entregó a Almanzor como esposa a cambio de la tregua firmada tras su derrota en la batalla de las Tres Naciones peninsulares, siendo Al Ándalus la cuarta y vencedora. Abda tampoco pudo resistirse a los encantos del hayib, se convirtió al islam y terminó dándole un hijo que tomó por nombre el de su abuelo y cristiano de su madre. Pero como era tan poca cosa, nosotras lo apodamos Sanchuelo. Cuando Almanzor cumplió con el trámite de asegurar descendencia común para Al Ándalus y Navarra, la desdeñó. Y toda la pasión que ella le profesaba se convirtió en tizne y venganza. Eso dicen los ojos comprados que ven en sus ojos. Por eso Dalfa ya no sabe a quién creer, ni cuántos fantasmas rondan a su hijo con un cuchillo entre los dientes. Judíos, beréberes, ziríes, eslavos, nobles, visires, príncipes omeyas o las viudas de Almanzor: Abdelmalik tiene más enemigos a su alrededor que avispas una alberca en verano.

* * *

Dalfa se despide de la madre de Maryam llevándose la mano al corazón, a la boca y a la frente, en ese orden, para dejar claro que lo

dicho es lo que piensa y lo que siente. Salma la imita en señal de conformidad con la palabra dada, aunque su significado sea bien distinto de pellejo adentro: lo dicho le dolerá en el alma y en la cabeza para siempre. Sin más trámite, Dalfa toma a la Paloma de la mano y regresan a Medina Azahira llevando el canasto de la ropa mojada entre las dos. Madre e hija anudan sus miradas con una soga invisible para decirse adiós sin decirse nada. Al igual que pasó en la ida, ningún soldado les acompaña de vuelta. Dalfa se detiene a unos cien codos árabes de la muralla sur del palacio. Mira a su alrededor para asegurarse que nadie las sigue. Se suelta el pañuelo rojo y lo agita con el brazo extendido como si estuviera pidiendo auxilio. Limpia la tierra mojada con los pies, con las manos, con el velo, hasta alumbrar una puertezuela de madera. En esas, se aproxima uno de los eunucos al servicio de Dalfa atendiendo su llamada. Abre la trampilla, enciende dos candiles para ahuyentar a los murciélagos, y las ayuda a bajar por un qanat con un palmo de agua que desemboca en los aljibes de Medina Azahira. Caminan en mamarones por el túnel cogidas de la mano. Se descalzan al llegar a palacio para secarse los pies y cambiar de babuchas. *No has visto nada y no dirás nada. Hoy no tenías ojos y mañana no tendrás lengua.* Eso le advierte a la Paloma que asiente responsable más que asustada. El eunuco tapa con yerbas y barro la compuerta de afuera para no dejar rastro. Se aleja sin ser visto con el canasto de la ropa acuestas como si llevase un ahogado. Y lo que no se ve, jamás ha existido.

A la madre de Maryam le cuesta asumir que el futuro de su hija vuelve a recaer en sus manos después de tanto tiempo. De regreso a la casa del visir, ya no huele a manzanilla la ribera del río, solo a légamo y estiércol, al olor de las traiciones. Salma tendrá que engañar a quien le acogió en su casa, a quien tanto le ha dado, para poner a salvo la vida de su hija. Atraviesa la calle larga a la que llamamos del sol y todas rodeamos la cabeza, precavidas, vaya a ser que nos infeste con su mal agüero. Entra en la Mezquita del emir Hixem para buscar amparo en la comunión del centro de su corazón con el centro del universo, y todas le damos la espalda. Llama a la puerta de Esther, su vecina judía, pero ella no le abre y echa el serón de la ventana hasta el antepecho. Ya en la cocina, Salma agarra el ataifor de barro que arregló el visir con miel, migas de pan y polvo de oro. Las grietas atraviesan una paloma que tiene dibujada en su fondo con manganeso, de esas que prohíbe representar el islam en cualquier parte del mundo menos en Al Ándalus. Su mirada recorre cada una de las estrías doradas como el quiromante las líneas de una mano y, tras confirmar los peores augurios, lo estrella contra el suelo. Enfadada. Impotente. Permanece absorta en los añicos blancos y verdes del esmalte hasta que escucha la llamada de los muecines *al zhur*, justo cuando el sol se

encuentra en su cénit y la sombra se esconde debajo de las cosas. El visir acaba de regresar de Medina Azahira y entra en la despensa para beber del pozo. La ve. Rota. Más rota aún que la vasija diseminada por la loza. Y se agacha a recoger las escarciladuras.

—Esta vez no, señor. La culpa es mía.

* * *

Su hija se aleja de Dalfa como gata a la que prendieran fuego por el rabo. Nos rehúye a todas, menos a la Nubia. Y le pregunta:

—De entre todos los enemigos que tienen los amiríes, ¿quién crees que tiene más motivos para matar a Abdelmalik? Necesito saberlo para ayudar a mi madre.

—El pueblo, mi paloma. Nosotras.

Esa noche habrá sendas orgías en los aposentos del hayib y del Califa. Efebos y esclavos de las tres razas y religiones se acicalan para complacer a Hixem, cada día más gordo y nauseabundo. Nosotras haremos lo propio con Abdelmalik, tan varonil como repelente. La Paloma se encierra en la habitación que fuera de su yadati Aurora para templar las cuerdas del ud y de su garganta con las que amenizará la jarana. Las paradojas del destino querrán que Al Ándalus se resquebraje aquella madrugada de manera irreversible, como la boronía de barro de su madre, a la par que ella alcanza la unidad con Dios interpretando nubas con poemas en árabe de Ibn Hazm y sus amigos. Al verse el tatuaje del cuello en los espejos que cubren las cuatro paredes, la Paloma recuerda aquello que le enseñó su abuela y que hasta ahora no supo comprender. Toma conciencia de que ha dejado de ser una niña, que no todas somos madres pero sí que todas somos hijas, que ha llegado el momento de velar por la vida de la mujer que le dio la suya, y se maquilla para la bacanal pintándose un lunar en la mejilla emulando a Venus y la media luna de sus labios con veneno de rejalgar.

Rojos como la sangre.

* * *

Su estrella

Solo la crueldad y la estupidez de un ser humano pueden superar la crueldad y la estupidez de otro ser humano.
Lo mismo da que orine de pie o sentado.

Con el cadáver de Abdelmalik todavía caliente, el Califa nombra hayib a su hermanastro Sanchuelo con los sobrenombres de Fidedigno y Defensor de la Dinastía, a cual más falso. Esa misma tarde, usurpando el trono del Califa, Sanchuelo manda jurar fidelidad a los visires y demás cargos de la corte, de rodillas y besando la mano de su madre, la vascona Abda. La última en personarse fue Dalfa, que no acata una cosa ni la otra. Se mantiene firme, irredenta, en su condición de mujer libre. La madre del nuevo hayib corresponde al desaire dándole el pésame por la muerte de su hijo, levantando cínica la comisura izquierda de sus labios, más rojos que nunca.

Maryam se quita el rubor de la boca con el agua del lavadero, al rayar la mañana, cuando aún bullía la sangre de su hermanastro muerto sobre el diván. Aprovechando la primera llamada del almuédano, toma el pasadizo de los aljibes con el sigilo del aire. Lleva consigo una muda limpia de diario, se cambia a oscuras bajo el revuelo de los murciélagos, y deja para lavar la ropa que había llevado puesta durante la orgía, apestando a veneno y deseo, a vino y muerte. A pesar de la hora temprana, le sorprende encontrar a muchas más mujeres en el arenal que en la mañana de ayer cuando estuvo con su madre y con Dalfa. Se coloca a su lado una adolescente como ella, delgada, morenísima de piel, cabello y ojos, acaso con el pecho un poco más pronunciado. Maryam le pide una pizca de jabón para frotar la *hulla* y el vestido sucios en las estrías de la pila. *Me llamo Nurya*, se confiesa a la Paloma que no devuelve el saludo, temerosa de ser descubierta demasiado pronto. Amanece. Una mujer velada de amarillo grita el nombre de Abdelmalik y todas las demás soltamos los canastos en el suelo, nos abrazamos felices, lanzando hurras al viento, celebrando su asesinato. La Paloma se pregunta cómo es posible que lo sepamos cuando aún Dalfa le está quitando con orines el rejalgar de los labios. Entre la faena y el jolgorio, solo la mujer de amarillo se mantiene con el canasto sobre la cabeza, que acerca a cada una de nosotras para recaudar dírhams de plata. Hace frío. Maryam se asusta al comprobar que se le han amoratado los dedos mientras nos espiaba. Y echa a correr con la ropa sin estrujar, trazando con los chorreones de agua sobre la tierra el camino de vuelta a palacio. Delatándose.

Nada más llegar, tiende los trapos en el jardín que está a espaldas de los aposentos del hayib. Y sin perder de vista la puerta, se esconde tras los setos de romero y tomillo que sembramos en Al Ándalus para ahuyentar a los insectos y aliñar las aceitunas. Entre dos soldados y el visir sacan el cadáver de Abdelmalik envuelto en siete sábanas blancas, sin necesidad de parihuelas, más tieso que una estaca. Desde el umbral, como una sombra chinesca, Dalfa les pide discreción y silencio colocándose el dedo índice sobre los labios. En la fuente que tiene delante, una mirla toma agua en su pico rojo para llevársela a

sus crías. El mismo instinto materno y con el mismo color en la boca. A Maryam le ocurre lo contrario. Siente que debe proteger a su madre, pero sabe que ya es demasiado tarde para el agua y demasiado pronto para el secreto. Dalfa quería encontrar a los conspiradores para evitar el asesinato de su hijo, no para vengarlo. Y ahora, por más que la madre de Maryam revele nuestros nombres y nos cuelguen a todas bocabajo en una jaula de buitres, nada le devolverá la vida. Seguro que Dalfa la mataría por envidia, porque su hija vive y su hijo no. La única manera de salvar a su madre, piensa la Paloma, pasa por darle a Dalfa un poco de la droga a la que siempre estuvo enganchada: el poder que ha perdido.

* * *

La misma noche del entierro, Sanchuelo y el Califa se emborracharon hasta perder el sentido del equilibrio y la vergüenza. Ni la madre del nuevo hayib encontró un argumento racional para justificar su falta de decoro. Así que lo sacó a rastras de las orejas y lo sumergió en un pilón de agua helada, mientras a bofetadas le hacía entender que el poder, como los labios del amante, se marchita por el desuso más aprisa que por el desgaste. De poco le sirvió el escarmiento. No hubo madrugada que Sanchuelo no blasfemase pidiendo a los muecines que llamaran a vino y putas en lugar de las cinco oraciones sagradas, acompañado casi siempre del cachalote con aliento a bodega en que se había convertido el Califa. Al amanecer, la Paloma se tapaba la nariz al cruzar por sus estancias y verlos derrengados sobre las alfombras como dos salamanquesas al sol, camino del lavadero. A fuerza de frecuentarlo, se ganó la confianza de Nurya que le acabó contando a su manera el destino del dinero que recaudaba la mujer de amarillo: *Es para cortarle los huevos a Sanchuelo, eso dice mi madre*. Y fue su madre, apenas escuchar que su hija revelaba lo inconfesable, la que nos llama a todas para rodear a Maryam igual que hacen los perros de rehala con sus presas.

—¿Qué hace merodeando por aquí la hija de la criada del visir entre el populacho? ¿No nos estarás espiando, verdad? El otro día te vimos con una desconocida velada hasta las cejas y con tu madre, pero un pájaro nos ha dicho que no vives con ella porque eres esclava de los amiríes.

—Cierto. A mi madre la repudió Almanzor por parirme. Almanzor era mi padre.

Maryam se abre el cuello del vestido para mostrarnos el tatuaje, y añade:

—Por eso odio a los amiríes tanto como vosotras. Y por eso, como vosotras, también asesiné a mi hermanastro Abdelmalik, y no me

importaría asesinar a mi hermanastro Sanchuelo. Además, puedo ayudaros a conseguir dinero. Y sé cómo podéis entrar en Medina Azahira sin ser vistas.

La niña nos dejó a todas con la boca abierta. Solo una persona muy suicida o muy tarada se atrevería a decir lo que nos dijo, y Maryam no podía catalogarse una cosa ni la otra. No estaba loca y solo decía la verdad por una causa noble, la más noble que pueda existir para una hija: salvarse para cuidar de su madre. La mujer velada de amarillo se acerca y la toma de las muñecas con firmeza pero sin hacerle daño, justo en el límite que tanto ansían los gobernantes entre la autoridad y el autoritarismo.

—Somos mujeres y nos debemos lealtad de hermanas. Nuestra clemencia no consiste en perdonar ni en olvidar a quien nos traiciona. Si es verdad lo que dices, serás una hermana más. Si es mentira, te enterraremos viva como si te hubieran parido deforme. Sígueme.

Juntas atraviesan el laberinto de callejuelas de la Medina hasta llegar a la Mezquita de Tarub, nombre de la esclava de Abderramán II a la que está dedicada, cerca de la entrada al arrabal occidental de Córdoba. En la puerta del Patio de Abluciones espera un hombre menudo, con la cara sin aristas, los ojos abiertos en la carne a puñaladas, los labios caídos, y la frente subrayada por cejas de un dedo de ancho, del mismo color rojizo que la barba y el cabello. La mujer de amarillo lo saluda sin nombrarlo, *que la paz sea contigo*, y le entrega el dinero recaudado esa mañana escondido en una saca de nueces y quesos, con la misma naturalidad que si comprara en el zoco, parapetada en el anonimato y el bullicio de los fieles.

—También te traigo a esta muchacha. Quiere deciros algo muy importante para la causa.

—¿Quién es?

—Una hija de Almanzor y quien mató a su hijo.

El hombre la escruta de arriba abajo igual que hacen los sastres para cubrirnos la piel o los cirujanos para abrirnos en canal. No lo hizo porque le pudiera el prejuicio de verla tan niña para ser una asesina, sino por la precaución cabal de conocerla al detalle antes de tenerla como aliada o enemiga. Después le pide que se cubra los ojos con el velo y que no los levante de sus babuchas mientras le sigue. Rodean la muralla hacia el arrabal de los cristiano del noroeste de la Medina, junto a las ruinas de un colosal palacio que resistió la conquista bárbara y del que apenas queda en pie la Iglesia de San Acisclo y el hamam del rumí adonde entraron. Un puñado de hombres los espera sentados alrededor del antiguo *frigidarium* de las que fueron termas y después baños andalusíes, en completo abandono. El acompañante de Maryam entrega la bolsa del dinero al más anciano de la reunión que la abre para comprobar su contenido. No lo cuenta

pero aprovecha el trance para morder un poco de queso y nueces. A su lado, el más joven toma la palabra mientras juega con un dinar de plata que hace aparecer y desaparecer entre sus dedos.

—Ay, Al Harrar. Cuando dijimos que la revolución debía comenzar en las madrazas no era para que reclutases a niñas soldado.

—Ay, Tarsus. Se te da mucho mejor hacer magia con las manos que con las palabras. —Le responde mientras mastica un mendrugo de pan, espulgándose algunas migas de su barba roja—. Una de nuestras confidentes la ha encontrado en el lavadero del arenal. Debemos andarnos con cuidado porque es hija de la criada del visir. Pero también dice ser hija de Almanzor, vive en Medina Azahira, y jura haber colaborado en el asesinato de Abdelmalik.

—¿Y en qué puede ayudarnos?

—Que nos lo cuente ella.

Una corazonada es una verdad a medio construir y la Paloma tenía una que le rebosaba por las venas. Intuye que esos hombres vestidos sin oropeles, con las alpargatas llenas de hormigas donde debería haber agua, escondidos entre sombras donde en otro tiempo hubo luz, son pueblo y quieren devolver al pueblo la memoria y la dignidad de Córdoba. No los había visto nunca pero siente haberlos conocido desde antes de que existiera el tiempo. Y confía en ellos convencida de que así confiarán en ella.

—Me llamo Maryam y me conocen como la Paloma. Soy hija de Almanzor y de una concubina cristiana a la que el hayib repudió por parirme hembra. Desde entonces vivo en Medina Azahira, esclava de los amiríes. No sé quiénes sois pero presiento saber lo que queréis. Y me temo que es lo mismo que deseo yo y todas las mujeres del harén y de Córdoba: libertad. Doy por hecho que para conseguirla debemos acabar primero con la vida de Sanchuelo. Contad conmigo. Sé de una persona que nos puede ayudar con el mismo ímpetu que el nuestro pero movida por el odio y la venganza. La madre de mi hermanastro al que he matado, Dalfa. Un pasaje secreto os llevará a los pies de su cama.

A todos sorprendió el aplomo con el que habló la niña ante el consejo, impropio para su edad y para la mayoría de los hombres que lo componían. A todos, menos al anciano. Se llamaba Azaid y era un venerado sabio sufí, flaco y desaliñado, que articulaba las palabras muy despacio, con las manos cruzadas sobre el esternón, las piernas abiertas como los ojos de un puente, y la cabeza cubierta hasta la mitad de la frente por la capucha de la chilaba.

—¿Sabes por qué todas las azoras de nuestro sagrado Corán comienzan con los siete redobles, *Bismillah ar Rahmán ar Rahim*, En el Nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo? Te lo explicaré, Maryam.

Se desabrocha los brazos del cuerpo y la invita a sentarse junto a él con una leve flexión de manos. Ella acepta pero guardando esa distancia que nos protege de los malos alientos. El sabio se limpia las boqueras de saliva seca con las yemas de los dedos, vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho, y prosigue con esa lentitud que a unos calma y a otros desespera.

—El Corán es un espejo donde las almas se miran buscando una guía. No obstante, ese reflejo nos devuelve lo que cada uno llevamos dentro. Por eso nuestro Profeta quiso poner dos filtros al principio de cada capítulo para enseñarnos a leerlo. Y es que cada palabra que encontremos en el Corán debe estar preñada de misericordia y compasión. Olvidando ponerse estas benditas lentes, muchos seres oscuros hacen barbaridades en nombre de nuestra religión, buscando además una justificación legítima para ello, pero lo cierto es que han desobedecido el más elemental de los mandatos divinos, el Amor, que además abre y cierra nuestro bendito Libro[3]. —El viejo abre la boca a más no poder, ignoramos si para respirar por falta de aire o para bostezar por falta de sueño, alargando un silencio grasiento de esos que terminan pegando la lengua al paladar. Pide agua para aliviarse y continúa—. Dime, niña. Confiesas haber matado a tu hermanastro y no muestras remilgos en asesinar al otro. ¿Dónde está la misericordia y la compasión en tus acciones?

Cualquiera con apego a su pellejo hubiera echado a correr tras caerle encima la pregunta del sabio como un alud de cuchillos. Ella no. Sin mover los pies del suelo, sin perder la paz del espíritu, la Paloma piensa en su madre y abre la boca como el sabio, pero para desenvainar la lengua.

—¿Acaso no comienza de la misma manera la azora ٦٦ La Prohibición en la que se rebela la mujer del Faraón contra su tiranía, suplicando a Allah que la salve de su marido, de sus obras y de las gentes injustas?

—Te estábamos buscando, Paloma, pero has sido tú quien nos has encontrado. Bendita seas.

El viejo se levanta a duras penas sobre un cayado de olivo, se acerca a Maryam y le acuna la mejilla entre sus arrugadas manos, besándola. Mientras camina hacia la puerta con la bolsa del dinero colgada del hombro, rae un poco de queso y se dirige a los miembros del consejo para que sean ellos quienes desconfíen de ella: *Yo no puedo, me ha ganado el alma, pero sería un irresponsable si permitiera que vosotros no lo hicierais. Ya conoce vuestros nombres.* Y se fue.

Tarsus y Al Harrar se miraron a los ojos para culparse y avergonzarse a partes iguales por su imprudencia, con la boca cerrada, conscientes de lo estéril que resulta el reproche y el arrepentimiento cuando lo que está en juego es el futuro de sus vidas y de Al Ándalus, de pronto en manos de una desconocida, de una chiquilla. El nombre

de Tarsus proviene de su remota ascendencia muladí, cordobesa por los cuatro costados desde los tiempos de la Bética, y su sobrenombre *al mayusi* significa «el mago», no solo porque sea tan pagano que solo crea en sí mismo, sino porque gusta de hacer trucos para encandilar a los niños y a las novias con pañuelos, dedales y monedas. También con palomas.

—Tengo una torcaz en casa, esclava como tú, dentro de una jaula. La cuido más que a mí mismo porque me pagan un dirham de plata, como éste, cada vez que alguien me la pide para cazar con ella. Cuando zurea y se acercan los machos a cortejarla, zas, una flecha les atraviesa el cuello. Desde hoy serás mi nueva paloma, reclamo de los amiríes. Si gracias a ti conseguimos acabar con su estirpe, ganarás la libertad. Pero si nos engañas, te clavaremos la flecha dentro de la jaula para que mueras esclava. O mejor, se la clavaremos a tu madre.

Maryam no baja la cabeza. Niega y sonríe. Mordaz. Atrevida. Molesta.

—He llegado hasta aquí para prestaros mi ayuda y ya es la segunda vez que me amenazáis de muerte. No sé qué revolución tenéis entre manos, pero me temo que fracasará si no nace de la misericordia y de la compasión, como dice el Maestro y nuestro Sagrado Corán. Haré lo que me pidáis, pero no por miedo, sino por esperanza. Y si me matáis por equivocarme, también matareis mi esperanza, nuestra esperanza, y vuestro error no será comparable con el mío. Así que, por el bien de todos, si queréis que os ayude, mejor que cuidéis de mi vida y de la de mi madre.

Tiene razón, sentenció Al Harrar atusándose un mechón de su barba roja, abrumado por la oratoria y los argumentos de la joven. Dice un proverbio sufí que los niños y los extasiados siempre dicen la verdad: aquéllos, porque su alma aún no ha sido contaminada por la miseria humana; éstos, porque la purgaron al fundirse con Laila, el nombre divino y femenino del Amado. Sin duda, Maryam había dicho la verdad, no por niña ni por borracha, sino porque a su corta edad ya había sufrido lo bastante para aprender a separar la esencia del mal y del bien como los gusanos del trigo. Nosotras sabíamos lo farruca que podía llegar a ser solo con mirarla a los ojos. Pero ellos no, porque Allah olvidó mezclar la intuición en el barro con el que moldeó al primero de los hombres. De ahí que delegaran en nosotras la vigilancia de Maryam para quitarse sus escamas de encima: *Toda vuestra. Ya podéis iros.*

* * *

La mujer velada de amarillo y su hija Nurya la esperan en la misma puerta de la Mezquita de Tarub cuando los almuédanos de Córdoba

llaman a la oración del mediodía, inundando el aire con el recuerdo de uno de los ruidos más confusos y bellos de la creación, similar al que hacen los planetas al girar en torno al sol, las galaxias alrededor de su centro, o la sangre alrededor del nuestro, y que todas guardamos en la memoria del corazón, en el centro del centro, donde nadie pueda entrar a robarlo, para transmitirlo intacto a nuestras hijas como hicieron con nosotras las madres de nuestras madres. Al Harrar, en su calidad de correo entre el consejo y el pueblo, nos ordena que entremos por el pasadizo de Medina Azahira para negociar con Dalfa. *Ocurra lo que ocurra, toda la responsabilidad será vuestra*. Y se descalza y purifica para orar en la Mezquita, despidiéndose.

En dirección opuesta, Ibn Hazm sale con uno de sus amigos poetas del brazo, con los flequillos al viento a la usanza omeya desde que Ziryab la pusiera de moda, oliendo a esencia de jazmín, vestidos de blanco como si fuera viernes o volvieran de un entierro, pillando desprevenida a Maryam por la espalda. Las reacciones de ambos al encontrarse fueron el día y la noche: a él no le cabía más luz en los ojos; a ella se le nublaron los suyos de repente. Ibn Hazm le pregunta qué hace fuera de palacio, quién es el hombre que acababa de entrar en la Mezquita, quiénes son la mujer y la joven que la acompañan. Y a Maryam no se le viene una mentira a la boca, ni tampoco quiere que aflore la verdad. El silencio se hace denso e injusto. Ibn Hazm se enfada, harto de esperar respuesta, incapaz de mirar un palmo más allá de su ego. Porque ella se la estaba dando con los ojos, con el corazón, con la piel, con las manos, pero no con la lengua, atada como la tenía a la causa y al miedo a delatarla. Resentido, él sí se la da:

—Mientras no me digas nada, yo no llevaré nada a tu madre. Se acabaron las cartas entre las dos.

Y a la Paloma se le cae el alma al suelo, como una sombra que estuvo pisoteando hasta regresar a casa. O adónde quiera que la lleven.

* * *

Bajo los arcos del *sabat* que permite al Califa transitar desde el Alcázar a la Mezquita sin ser visto, discuten un astrónomo judío y un filósofo musulmán sobre la desaparición de una estrella en el firmamento, cerca de la constelación de Hércules, la misma noche del asesinato de Abdelmalik. Era costumbre andalusí que se adocenaran hombres y mujeres para escuchar estos apasionados debates callejeros, ellos sentados en el suelo y ellas de pie a sus espaldas. Para el astrónomo, tras buscarla varias noches con su *azafea* sin éxito, la estrella había muerto mucho antes de que su luz se extinguiera, igual que el alma trasciende a la rigidez y a la frialdad de un cuerpo sin vida. A su

juicio, más que un presagio, la desaparición del astro solo confirmaba un hecho ya pasado y, sin tener que dar más detalles, a todas se nos vino a la cabeza los días que Abdelmalik estuvo muerto antes de que hallaran su cadáver en Dar Armillat, a una jornada de Córdoba. El pueblo asiente mascullando el nombre de Sanchuelo al que imputan el crimen, mientras el filósofo niega vehemente con la cabeza antes de tomar la palabra: *la estrella comenzó a morir desde que brilló por vez primera, igual que todo ser humano muere un poco cada día desde que se desprende del seno materno*. Y concluye diciendo que el destino augura este mismo final a todas las ciudades y a todos los imperios de la historia: *cuando se apaga una estrella, se muere una dinastía*. Nadie mueve un músculo después de escuchar el vaticinio del sabio. Temen lo irremediable. Y lo temen cerca. En su último delirio, desoyendo las recomendaciones que su padre Almanzor le dio en testamento, Sanchuelo se proclamó heredero del Califa en el mes de *rabí* del año 399 de la Hégira, cuando más frío hacía en noviembre del año cristiano de 1008. La misma noche que murió la estrella.

Ibn Hazm atendía los argumentos de uno y otro, decantándose por la predicción del astrónomo a pesar de la tirria que le produce la petulancia de los judíos, porque se negaba a creer que la luz de Córdoba y de los omeyas languideciera más aprisa que una vela sin cera en mitad de una ventisca. Por eso y porque, con el berrinche que le había dado Maryam, ya tenía las alforjas llenas de disgustos para una larga temporada. Así que decide aliviar la carga contándole a la madre de la Paloma que la había visto lejos de palacio en compañía de desconocidos. Y, para darle la puntilla, le devuelve la carta que le debería haber entregado esa misma tarde. A la pobre madre, en lugar de enfadarse por la temeridad de su hija, se le encala la cara, muerta de pánico, dejándose caer a plomo en un rebate del patio. Sostiene en las manos una toca de lana que estaba tejiendo con dibujos de palomas en la cenefa, para que su niña se abrigue durante las cuarenta noches negras de invierno que se avecinaban. Pregunta dónde la había encontrado, Ibn Hazm le contesta que por los arrabales del algarbe, y para allá se va con el rostro cubierto hasta los ojos con la toca a medio terminar. Sola. En las postrimerías del otoño, las tardes se pierden aprisa y oscurece cuando menos lo esperas. Por eso Salma toma la precaución de marchar por las calles más concurridas, intentando mimetizar su soledad entre la muchedumbre. Sube por el empedrado de la antigua Vía Augusta desde su barrio oriental hasta la Puerta de Roma, y desde allí baja a la Puerta de Hierro, cerca de la ribera, atravesando la Medina por la espalda de la Mezquita Aljama hacia la Puerta de Sevilla, con una mano aferrada a la moneda del cuello y la otra a la esperanza de tropezar con ella por el camino. Pero sobrevino la noche en las afueras de la muralla, desolada, sin encontrar retales

de su sombra por ninguna parte. A esas horas, después de la llamada *al magrib*, todas las mujeres tenemos prohibido alejarnos de los adarves de nuestras casas. Si arriesgado era regresar a solas desde el otro extremo de la ciudad, mucho más peligro corría Salma ofuscándose en la búsqueda de su hija en mitad de la noche. El relente húmedo del Guadalquivir le escarcha la toquilla calando en su pecho como un acerico de estalactitas. Tirita de frío y de impotencia. Así que, derrotada pero prudente, regresa sobre sus propios pasos para intentarlo de nuevo al rayar el día. Los pocos hombres que quedan en el zoco recogen sus chambaos sin echar cuentas de quien transita por las callejuelas, con sus sentidos afanados en la tarea para terminar pronto, llegar a casa y tomar una *harira* que le caliente las tripas. Todos menos uno. En menos de un suspiro, sorprende a Salma por la espalda, le tapa la boca con una mano, le cubre la cabeza con la toquilla, y la maniata como un manojo de cebollas. Ninguno de los presentes vio lo ocurrido. Y quien lo vio, enfermó de amnesia repentina.

Nadie deshizo las camas de Salma y de Maryam aquella madrugada. Solo los ácaros y la sospecha se echaron a dormir sobre sus mantas. El visir esperó despierto a su criada tomando una infusión de yerbabuena y cilantro frente a la lumbre, leyendo tratados de política y jurisprudencia durante toda la noche, temiendo lo peor. La Nubia terminó echando un jergón en el descansillo del cuarto por donde pasaría la Paloma, harta de levantarse en duermevela para comprobar si ya había llegado. Ambos escucharon la primera oración del muecín sin tener noticias de la madre y de la hija. Y los dos pensaron a la vez en el otro para indagar por sus paraderos. El visir marcha en burro hacia Medina Azahira y la Nubia a pie camino de las almunias de Al Mughira, encontrándose en los aledaños de Bab al Abbas, uno a cada lado del arroyo de Gualcolodro. Y les bastó un parpadeo en la distancia para comprender que el destino de madre e hija nunca dejó de estar unido porque cortaran el cordón umbilical o las condenasen a vivir separadas desde el parto. El destino es una goma elástica que nos golpea en la cara tan pronto dejamos de estirarla, y ellas siempre la estuvieron sujetando en cada extremo. Ni el visir ni la Nubia podían imaginar que la goma se había roto para las dos esa misma noche.

* * *

La mujer velada de amarillo y su hija Nurya acompañan a la Paloma hasta la boca del pasadizo. Quedaron en verse cuando Dalfa les asegurase ser recibidas con todo sigilo y garantías. Ya habían salido todas las constelaciones del hemisferio norte cuando Maryam se

descalza para atravesar el qanat que la llevará a palacio. Con los pies mojados, en medio de la oscuridad, suspira en silencio con la misma beligerancia que un grito. Se siente liberada a pesar de que las manos le pesan toneladas por la responsabilidad que soportan. Abre precavida el portón del aljibe. Y allí, sentada sobre una tinaja, la espera Dalfa por sorpresa.

—Me alegra descubrir que haces buen uso de nuestros secretos. ¿No se lo habrás contado a nadie, verdad?

—Sí.

—¿A quién?

—A una mujer y a su hija.

—¿Para que me entren a robar? ¿Para que me maten?

—No. Para matar a Sanchuelo.

—Vaya, qué valientes. Y ahora seguro me dirás que guardarán el secreto igual que has hecho tú. Que te han jurado silencio como tumbas. Mira, niña, las únicas personas de las que te puedes fiar son las que están muertas y bien enterradas. Me temo que las has condenado a muerte.

—Deja que te explique, por favor.

—No. Mejor te lo explico yo.

Dalfa saca del bolsillo de su túnica una carta y un colgante con la moneda de cobre. La lee inmisericorde:

> *Hija mía*
>
> *Temo por ti. Más que nunca. Aunque el pueblo quiere creer que Sanchuelo asesinó a su hermanastro y lo odia a rabiar desde que se ha proclamado Califa, corre el rumor de que fueron las mujeres del harén quienes envenenaron a Abdelmalik en una orgía. Me han dicho que estuviste presente. Y me niego a creerlo porque me puede el espanto a que sea cierto, a que su madre se entere, a que intente vengarse con tu vida. Por favor, dime que es mentira. O al menos calla. No dudo de tus intenciones, pero menos dudo de las intenciones de la madre de Abdelmalik. La conozco y sería capaz de todo. Dalfa no tiene alma. Que Dios se apiade de ella. Y de nosotras si llega a enterarse.*
>
> *Te quiero, mi Paloma.*

A medida que Dalfa lee la carta, a Maryam se le desencajan los huesos de la carne. No suelta una lágrima. No abre la boca. No se mueve del sitio. No cierra los párpados. No hace nada más que dejarse morir igual que los muertos dejan a las alimañas que les arranquen la carne a mordiscos. Todo el plomo de las manos se le fue al páncreas, a los riñones, al hígado, a cada rincón de sus entrañas, hasta envilecer

su sangre y cada una de las células de su cuerpo. Mentía su aliento. Mentía su pulso. Estaba muerta. Ahorcada con el collar de la moneda que Dalfa colgó de su cuello en la más miserable de las condecoraciones.

—Ahora ya estamos en paz. Tú mataste a mi hijo y yo a tu madre. Negociemos.

La niña huye, corre por el pasadizo, descalza, rota como una vasija de cerámica que se estrella contra el suelo. Sale a respirar y, por más que resuella, le falta el aire porque no hay en el planeta oxígeno suficiente para colmar el vano de sus pulmones. Corre hacia el río. Tropieza. Cae. Primero el cuerpo y luego el alma. Maryam es una cáscara con forma humana a la que ya nada ni nadie le puede hacer daño. Se tumba cara a las estrellas. Se retuerce y se pliega igual que un feto. Araña la tierra con sus uñas. Toma un puñado, lo aprieta como si fuera un corazón que late, y se lo lleva al pecho, junto al suyo. Llora. Los músculos de sus ojos ya no pueden impedirlo por más tiempo. Echa de menos la vida que no ha vivido. El calor de sus pezones que no la amamantaron. Las yemas de sus dedos que no la acariciaron. El terciopelo de sus labios que no la besaron. La ternura de sus brazos que no la arrullaron. No hay Dios que ocupe el vacío de los recuerdos que no existieron. Y, como hiciera su madre al parirla, reniega de todos los dioses conocidos y del amor como terapia contra el mal y la locura. *Ya no amaré más*, declara en defensa propia.

A mitad de la madrugada, Dalfa se sienta a su vera, le mesa el cabello y la cubre con la toca de su madre.

—No vengo a pedirte perdón. Tampoco a regodearme en tu sufrimiento. Es legítimo que me odies, que nos odiemos, pero mucho más inteligente que me respetes, que nos respetemos. El pasado es irreparable. La melancolía no da de comer. Las dos hemos llorado todo lo que teníamos que llorar en siete vidas. Enterremos a tu madre con dignidad y pongámonos a trabajar juntas para devolver a Córdoba su grandeza y al pueblo su libertad.

Cuando Maryam se puso en pie, su alma había crecido dos palmos por encima de su cabeza. Mira a Dalfa con desdén y resignación a partes iguales. Admite la conveniencia de lo que propone pero le entran arcadas solo de pensar que lo hará de su mano. De la misma mano que ordenó asesinar a su madre.

—¿Dónde y cuándo será el entierro?

—Hoy, a la llamada del mediodía, en el cementerio de Um Salama, frente a la Puerta de los Judíos. Ya me encargué de que asearan su cuerpo con agua de rosas, que lo envolvieran en lienzos de seda blanca y que rezaran las plegarias que manda la tradición. Iré contigo aunque me lo prohíbas. Pero antes dime quiénes son esas mujeres y por qué les has revelado nuestra entrada secreta a Medina Azahira.

—Quieren hablar contigo para pedirte ayuda. El pueblo ya no soporta la tiranía de los amiríes.

—Solo pondré una condición: mi vida.

—Y yo pondré otra: la del visir que salvó la vida de mi madre. No se te ocurra tocar a su familia.

Dalfa regresa a palacio para acicalarse. La Paloma, no. Cubierta con la toca de su madre, se asea en el río y camina hacia el noroeste para velar el cadáver de su madre y acompañarla hasta el cementerio. No avisa a nadie. Pero el mismo destino que había roto la goma elástica que las unía, quiso que se encontrara con el visir y la Nubia por el camino. Ella abraza a la niña con el alma en carne viva. Y él le pregunta por su madre. Ahora es Maryam la que abraza al visir como al padre que nunca tuvo. *Ha muerto*, le confiesa. Sin añadir una palabra más, escondiendo su ira y su amargura en ese silencio que hiere al que lo provoca y perturba al que lo soporta. Tanto el visir como la Nubia quieren saber más, pero ambos saben que no es momento de quererlo: es momento de querer. Y entre los dos suben a Maryam al burro, dirección a la rauda de Um Salama, remontando el arroyo de Gualcolodro. Al pasar por el adarve de su casa, el visir toca la ventana de la vecina Esther, la judía a la que tanto mimó Salma, para que se sume al funeral. De paso, despierta a su hijo. El muy arrogante seguía enfadado con la Paloma hasta que supo de la muerte de su madre mientras se quitaba las legañas. Un arrebato de culpa le atravesó las costillas como un puñal. Maryam se dio cuenta. Todas nos dimos cuenta.

El agujero en el suelo espera tragarse a la muerta desde las primeras sombras de la mañana. Apenas una docena de personas lo rodean a la hora en que el sol alcanza su cénit, con Salma en su interior envuelta en sábanas blancas como una crisálida dispuesta a ser devorada por los gusanos. Es costumbre andalusí que cada uno de los asistentes arroje sobre el cadáver un puñado de tierra, cualquiera que sea el nombre del Dios al que recen. Maryam es la primera en cumplir el ritual, después de cubrir a su madre con la toca de lana que le regaló para que no pase frío durante la eternidad. Luego lo hace el visir. Su hijo. La Nubia. La judía Esther. La mujer velada de amarillo. Su hija. Nosotras y, en último lugar, Dalfa. A todas nos sorprende su presencia en el funeral y, más aún, que sustituya el puñado de tierra por la carta de Salma donde nos inculpaba a todas del asesinato de su hijo, la Paloma incluida. Ibn Hazm reconoce la misiva de inmediato, ata los cabos que por su imprudencia quedaron sueltos, se le viene la sangre a los pies y se aparta para vomitar. Siente asco de sí mismo. Y Maryam, más asco todavía de él, superando incluso el que sentía por Dalfa, pues de ella podía esperar la más repugnante de las traiciones, pero jamás de quien había considerado su confidente, su hermano, su

amante y su amigo desde que jugaron al *fial* en el entierro de su abuela Aurora. Ni siquiera tuvo agallas para despedirse, evitando el bochorno de ser despreciado. Su padre y la Nubia ofrecen a Maryam su compañía para que no regrese sola hasta palacio, pero ella la rechaza con una de esas sonrisas trágicas que te quitan las ganas de vivir. Dalfa fue la única que la besó en la mejilla antes de retirarse, pavoneando su cinismo como si alguna de nosotras dudara de su bajeza, mientras citaba a Maryam en sus aposentos al caer la noche.

—Y no se te ocurra venir sola. Tienes el resto de tu vida para pensar en tu madre. A partir de hoy solo deberías pensar en ti.

La Paloma enterró a su madre sin verle la cara. No quiso. No pudo. Eligió conservar en su memoria la complicidad que rezumaron sus ojos en su penúltima despedida. Además de la mujer velada de amarillo y su hija, apenas quedamos un par de esclavas al pie de la sepultura coreando las letanías funerarias. Cada vez más apagadas. Más negras. Hasta el silencio primitivo. Maryam se arrodilla sobre la tumba de su madre para cantarle una nana que la hace caer en un sueño más profundo que su muerte. La misma nana que su madre le cantó al nacer y que será cantada de madres a hijas hasta que el polvo cósmico del que todas estamos hechas vuelva a crear una nueva estrella en el firmamento.

---

3 Manuel Fernández Muñoz. *99 cuentos sufíes*. Almuzara.

Su inocencia

La Paloma perdió la inocencia antes que la virginidad porque la revolución se entrometió en su vida mucho antes que el sexo en su cama. Lo que nunca perdió fueron las alas para volar sin melindres desde las alcobas de palacio a las letrinas de los arrabales, tratando a rateros como a visires y a sultanas como a putas. Ni la mirada limpia para convencerse de que hay más podredumbre moral en la opulencia que en la miseria. Tampoco halló una brizna de belleza en la pobreza.

Sin duda, porque no existe.

Tras dejar dicho el recado de Dalfa a la mujer velada de amarillo, Maryam se encamina desorientada hacia donde sus pasos quieran llevarla. Nurya lo percibe y la toma de la mano, sin preguntar. Las dos adolescentes circunvalan la muralla dejando a sus espaldas el humo de los hornos de leña y el olor a pan recién hecho, adentrándose en el lodazal de los arrabales del noreste, atestados de tullidos de guerra, esclavas viejas, maleantes, mendigos y eslavos harapientos que bajaron a Córdoba buscando el paraíso para morirse del hambre y del frío que no pasaban en las montañas.

Sin despegarse de la muralla construida a soga y tizón por Almanzor, las dos jóvenes se detienen en la Puerta del Alquerque que marca la frontera entre los barrios ricos de la aristocracia amirí y los suburbios marginales de extramuros. Esta entrada a la ciudad toma nombre del juego con que unas niñas se disputan alinear tres piedras sobre un tablero con nueve posiciones, mientras los niños abren un agujero en el suelo para ganar el centro y desde allí golpear con su piedra a las de sus rivales. A medida que Maryam y Nurya penetran en el arrabal de los *menkubín*, los juegos cambian. Y sus lenguas, ininteligibles para los propios mozárabes andalusíes. Y las casas. Y las ropas. Y las caras, no más tristes pero sí más sucias. Familias enteras malviven en chozas de palos y barro que se apoyan entre sí como dos borrachos para no caerse. Duermen en zahúrdas. Unos sacos de piedra los separan del estiércol de las pocas cabras que dan leche a quien las tenga. Hacen sus necesidades unos al lado de los otros, sin intimidad y sin asearse. Se calientan con boñigas de vaca que encienden con taramas y pasto seco dentro de las cazuelas que desechan las ollerías reconvertidas en braseros. Aunque es invierno, los mosquitos campan en los charcos con la panza llena de sangre. Más que tenerles miedo por las enfermedades que les pudieran contagiar, todos les envidian por ser los únicos seres vivos que no mueren de hambre en aquel puche.

A Maryam se le tatúa en la retina el cadáver de una niña en el fangal, arrumbado como un trasto inútil, esperando que alguien lo aparte del camino para que no tropiecen las bestias con sus huesos. A su alrededor, acostumbradas al paisaje de la barbarie, buenas personas que solo aspiran a mantenerse en pie antes de quedarse dormidas, quizá para siempre. Ninguna se acercó a las jóvenes para quitarles las ropas o el dinero que llevasen encima. Ninguna les pidió nada. Todo lo contrario. Un niño semidesnudo que descansaba el mentón sobre una caña afilada, parte su mendrugo de pan y lo comparte con ellas. El gesto sacude el corazón y la razón de Maryam como un terremoto en mitad de aquel revoltijo de carne humana, limo y basura, hacinado en covachas menos dignas que los más viles establos de palacio.

—Debemos irnos. Se hace tarde.

Nurya se lo repite varias veces, cada vez con más fuerza, incluso tirando de la manga a la Paloma que asiente, al fin, con la mirada perdida cuando más segura estaba de sí misma, en la enésima prueba de lo imperfecta y contradictoria que es la anatomía humana. Por ejemplo, nos diseñaron los ojos para mirar hacia fuera y no hacia dentro, a todo lo que nos rodea menos a nosotras mismas y a nuestro interior. Tanto es así que nos podríamos aprender de memoria el mapa de la piel de nuestro amante, sin habernos visto una sola de las arrugas que nos encogen la cara. Eso explica por qué el mismo día que Maryam enterró a su madre, a todas nos parecía que tuviera los ojos extraviados por la tristeza cuando en verdad miraban una bandera clavada en el horizonte, a una revolución que acabe con el hambre de aquel niño que compartió el poco pan que tenía para quitársela, a la utopía que determinó perseguir hasta que el telón de sus párpados se eche para poner fin a la función de su vida.

La Paloma se acerca al niño y le regala el colgante con la moneda de cobre que llevó su madre hasta el día de su muerte y le dice:

—No es por el pan. Tómalo. A mí no me hace falta. Te lo regalo por haberme dado una razón para vivir, justo hoy que solo tenía razones para morirme, justo hoy que he perdido a quien me dio la vida.

* * *

A medida que la tarde se debilita, el frío se fortalece y quema la cara. Los almuédanos cuidan la voz para la llamada del ocaso abrigándose el cuello con jarapas calientes mientras hacen gárgaras con infusiones de jengibre, miel y limón. Los patios de las casas ya huelen a picón aromatizado con ramitas de romero. Y las calles se vacían de mujeres, como mandan los hombres.

Maryam y Nurya desandan el camino sin soltarse de la mano, serpenteando por la axerquía hasta llegar a una placita minúscula en las almunias de Abd Allah, solada con piedras de río, un caño de agua empotrado en el único testero sin puertas, dos lonjas a los lados y una yedra trepando por uno de sus rincones. Nurya hace sonar la aldaba del portalón que abre una esclava mulata tras cerciorarse de que vienen solas. Juntas atraviesan las cuadras y un corral hasta acceder por las habitaciones del servicio a la tahona, sin duda, el lugar más caliente de cualquier casa en los albores del invierno. Sobre unos poyos de mármol rojo de Cabra, dos mujeres orondas amasan harina, leche tibia, azúcar, huevos, aceite de oliva, agua de azahar y piel de toronja, para hacer mazapanes y roscones por las fiestas cristianas de *yannair* que en Al Ándalus, como todas las fiestas, celebramos en hermandad las creyentes de las tres religiones del Libro guardando coles debajo de la cama. Hacemos unas tortas circulares a las que

llamamos *hallun* porque nos recuerdan a la corona de una novia, cubiertas con frutas escarchadas como si fueran rubíes y esmeraldas, que después abrimos por mitad para rellenarlas con crema de algarroba, muñequitos de madera y un haba que da suerte a quien la muerde. También moldeamos unas figuras de mazapán que llevan por nombre *madain* porque, una vez sacadas del horno y dejadas enfriar en el alféizar de la ventana, se decoran con motivos evocadores del lugar donde se fabrican. A nosotras en Córdoba nos encanta adornar los dulces de enero con meloja y clara montada a punto de nieve emulando las dovelas de los mil arcos de nuestra Mezquita Aljama.

Al fondo, sentadas en torno a la lumbre, tres mujeres. Una de ellas es la velada de amarillo que toma la palabra para dar la bienvenida y presentar a sus acompañantes. Ninguna tiene apariencia de criada. La más anciana dice llamarse Aixa bint Ahmad. Debió ser bellísima cuando joven porque es bellísima siendo vieja. Cuentan que jamás se casó, que jamás tuvo hijos, que jamás se acostó con quien no quiso, que jamás bebió agua para quitarse la sed, solo vino, y que jamás se cortó el pelo que lleva enroscado hacia arriba como una culebra desafiante, cubierto por una enorme toca de seda que se eleva dos palmos por encima de su frente. Tiene los ojos verdes y se los retoca con más verde todavía, dentro y fuera de los párpados, rivalizando con las más verdes esmeraldas egipcias. Es elegante y rica. Muy rica. De esta riqueza congénita que se percibe a la legua aunque fuese desnuda por la calle. Nadie conoce su edad ni su fortuna. Quizá, ni ella misma lo sepa. Y quizá, porque tampoco le interese.

—Siento lo de tu madre, niña.

La otra mujer reitera el pésame llevándose la mano al pecho, declinando su presentación al saberse reconocida por Maryam de las veces que frecuentó y cruzaron sus miradas en el harén de Medina Azahira. Se llama Amina al Katiba, esclava *qayna* y favorita de Al Husayn Ibn Hayy, hombre de tal confianza para los amiríes que fue custodio de todos los secretos oficiales hasta que Sanchuelo, en uno de sus avenates de borrachera, lo destituyó tras encontrar un documento manchado con el vino que él mismo babeaba mientras lo leía. Amina tiene el pelo más negro que la pena y la cara más pálida que el alabastro. En medio, flotando como una granada madura, su boca. La más deseada de Al Ándalus. Y una de las más lúcidas cuando habla.

—La cobardía es el vicio de odiar al otro como a ti mismo. Seguro que odias a Dalfa tanto como la odiamos nosotras. Te juro por Dios que no la puedo ver sin que se me revuelva el estómago. Me sienta peor que si me hubieran forzado a comer morcilla de cerdo. Pero necesitamos su dinero, no su amistad. Y seríamos unas cobardes desaprovechando su ofrecimiento. Otra cosa es que aceptemos sus condiciones. Ella no es más que nadie. Y debe saber que la revolución

también es
contra ella.

Aixa se levanta para ofrecer a las jóvenes unos roscos recién salidos del horno con un poco de leche caliente con miel. Se queda en cuclillas para mantener sus ojos a la misma altura que los de Maryam y le dice:

—Me han dicho que para llegar en secreto hasta sus estancias en Medina Azahira tendríamos que pasar por un túnel oscuro con agua hasta las rodillas. Le dirás que Aixa solo se moja los pies para entrar en lugares sagrados: la Mezquita, su casa y su cama. Si quiere verme, que venga ella y se moje
los pies.

Y la acaricia con la ternura de la madre que nunca fue pero que sí sabe lo que duele perder una madre. Empieza por su pelo. Las mejillas. El tatuaje de su cuello. Las manos. Y es tal el poder balsámico de su tacto que Maryam se deja caer sobre ella con la languidez de las hojas que oxida el otoño.

—Se lo diré.

* * *

Antes de regresar a palacio, la Paloma toma unos *madain* que llevará a la chavalería del arrabal de los *menkubín* para que esta noche duerman con la certeza de despertar vivos. Lo hace sola, desafiando a la oscuridad y a las leyes de los hombres. Allah quiso que no tropezara con los soldados que vigilan la muralla, algunos más negros que la noche, hasta llegar a las puertas de Medina Azahira que golpea a patadas como una mula, mientras ordena a voces que se las abran con la altanería de un sultán. Y seguro que habría armado un alboroto de no ser porque toda la corte se estaba probando ropas y turbantes berberiscos en el ensayo de la ceremonia de proclamación de Sanchuelo como Califa. Cientos de antorchas iluminan la plaza de armas, repleta de militares, visires y altos cargos religiosos y civiles. Los jinetes pican espuelas para demostrar su destreza sobre la montura, realizando piruetas imposibles entre los vítores del gentío. Otros cabalgan raudos de aquí para allá como si apiñaran un rebaño de cabras. Ni la soldadesca a pie marcha de manera ordenada. Qué desastre. Nada que ver con la disciplina, la elegancia y el refinamiento de los desfiles andalusíes, hijos legítimos de aquellos triunfos romanos y de las coronaciones bizantinas, donde la corte procesionaba con sus coloridos y espigados bonetes tras la mitra califal.

A nosotras, sin embargo, mucho más que el caos, nos molesta la pantomima, la ofensa, la sumisión. Nos duele en la dignidad. Córdoba no se merece este esperpento. Porque podemos tolerar un Califa de

juguete pero no un intruso. O que los nuevos beréberes nos humillen pero no hasta el extremo de vestir a la corte como pastores del Atlas. El Califa Hixem nos daba vergüenza por majadero, casi lástima. Ahora nos entran ganas de colgarlo por traidor. A ninguno de los omeyas en su sano juicio se le habría pasado por la cabeza nombrar heredero a nadie que no lleve su sangre. Y, por la misma razón, antes de que a un amirí se le pase por la cabeza aceptar ese regalo envenenado, Almanzor se la habría cortado. El gobernante debe conocer los límites de la ambición para no convertirse en tirano, igual que el súbdito los de la obediencia para no ser un esclavo. Y ambas fronteras se traspasaron con creces aquella noche de invierno. De un lado, el Califa bendiciendo con vino y opio el nombramiento de Sanchuelo. De otro, los ulemas y visires tragándose nudos como panes en un silencio bochornoso que tronaba desde Tarifa a Santiago y desde Lisboa a Valencia, porque de abrir la boca, más que palabras, producirían rebuznos y balidos. Entre ellos, el padre de Ibn Hazm, disfrazado con el turbante beréber, callado como un muerto, incapaz de abrir los ojos por temor a ver reflejada su deshonra en las cimitarras de los ziríes. Ése es el alto precio que paga para que su joven esposa luzca las mejores galas, su familia viva en los mejores barrios, sus hijos estudien en las mejores madrazas o contraigan matrimonio con las hijas de los generales. Y el precio tiene nombre: se llama hipocresía, una enfermedad incurable para cualquiera que no tenga la política como sustento. El visir siempre la asumió sin reparos hasta aquella noche en la que no dejó de llorar por dentro la muerte de Salma, que vivió como un fracaso personal de mayor calado que la entronización de Sanchuelo.

A la izquierda del que será nuevo Califa de Al Ándalus, sentada en un trono castellano que ya calentaba el trasero de los reyes várdulos, dichosa a sonrisa llena, su madre Abda de blanco y sin velo. A su derecha, chilaba y capa rojas, con la barba más afilada que la espada, mayestático sobre una yegua blanca con las crines peinadas y la cola al viento, el único vencedor en esta catástrofe, el Califa en la sombra, el moro Zawi. Como muchos de los miembros de su tribu, presumía de tener la tez blanca, ojos de color ámbar, nariz romana y un pelo largo y rubio que se dejaba asomar por el turbante. Su patria era la libertad, no las montañas norteafricanas de Cabilia de dónde provenían sus ancestros. Su lengua era el *amazigh* con la que se hablaban por las calles cuando querían que no los entendiéramos. Y su Dios era cualquiera que le permitiese seguir siendo libre a cualquier precio. Al visir solo le quedaba la esperanza de confiar ciegamente en la azora del sagrado Corán que llama conspiradores a todos los seres humanos, y a Dios el mejor de los conspiradores. Solo Allah podría devolver las aguas a su cauce y el orden a Córdoba.

Maryam, por el contrario, tiene depositada la suya en el pueblo. En cada una de nosotras. Y en ella misma. Entra sin llamar en las dependencias de Dalfa que miraba de reojo los fastos desde las celosías de su ventana, a la par que regurgitaba su cólera, sus celos, su odio.

—¿Vienes sola, niña? ¿Dónde están las demás? Mal empezamos.

—No vendrán. Por cierto, una de ellas se llama Aixa y me dice que solo se moja los pies para entrar en la Mezquita, en su cama y en su casa. Allí te espera.

—Qué vieja más insolente. Cómo se atreve a hablarme de esa manera.

—Quizá porque puede permitírselo.

—Y tú, niña, qué demonio te ha entrado en la boca.

La Paloma parece otra. Más alta, metálica. Indestructible. La mira por encima del hombro y le responde:

—Es un ángel y se llama verdad. Mírate. ¿Quién eres? ¿Qué queda de lo que fuiste? ¿Acaso no eres tan vieja como Aixa? Qué más quisieras parecerte a ella en el blanco de los ojos. Aixa es mucho más hermosa y elegante que tú. Ella no ha perdido a su hijo porque nunca lo tuvo, ni su poder ni el respeto que toda Córdoba le profesa. Pero tú, ay Dalfa, tú lo has perdido todo. Has perdido a tu hijo, el poder y el respeto. Solo te queda el dinero. ¿Y para qué lo quieres en Medina Azahira? ¿Acaso te aliviará este ataque de cuernos?

A Dalfa le arde la sangre y le arrea una hostia en la cara con la mano abierta. La Paloma permanece hierática como las estatuas béticas que todavía decoran nuestros baños. No le duele la bofetada ni la ofensa porque se quedaron en el pellejo y no calaron en su conciencia. A Dalfa, sí. Y en menos que dura el aleteo de una mariposa, se rinde.

—He ordenado torturar y asesinar a tanta gente que perdí la cuenta, pero nunca lo hice con mis propias manos. Hoy las tengo sucias. Perdóname. Es la primera vez que pido perdón en mi vida. Ni a tu padre, siquiera. Me recuerdas a él. Has heredado su pelo y sus cojones.

—Eso significa que irás a verla.

—Sí. Eres muy valiente, niña.

—Llámame Maryam.

Una tormenta apagó las antorchas de la plaza de armas pero no el fuego en los ojos de Dalfa, Maryam, el visir y su hijo, colorados de tanto llorar durante la madrugada, cada cual por sus razones, cada cual por su pérdida. Dalfa porque se supo nadie y dependiente. Maryam porque los sueños que vendrán no suplen la vida que no vivimos. El visir porque sentía arenas movedizas bajo los pies. Ibn Hazm porque la poesía más sublime no amnistía su condición de

miserable. Y todos porque la muerte de Salma les había ensartado por el corazón como un pincho especiado de carne de cordero.

* * *

Es viernes, séptimo día del primer mes de *yumada* del año islámico de 399, equivalente al 13 de enero del año 1009 después de Cristo. La mañana despertó nublada a juego con el ánimo del pueblo de Córdoba. Hasta la voz de los muecines parecía más grave que de costumbre. Y no nos extraña con lo enfadado que debe estar Dios viendo desde las alturas como la Mezquita Aljama, su casa en la Tierra, alberga el ultraje a sus noventa y nueve nombres más hermosos en la coronación del necio de Sanchuelo.

A su alrededor pululan como moscas los pobres pidiendo limosna y los ricos pidiendo favores, aquéllos para matar el hambre y éstos para que el hambre los siga matando. El que será nuevo Califa de Al Ándalus, después de esparcir unas monedas por el Patio de las Abluciones y recrearse en cómo se muerden entre sí para hacerse con una, ordena espantarlos de su vista para que no desluzcan la ceremonia. No son pobres musulmanes los que se arrastran por el suelo, sino musulmanes pobres. No son pobres judíos los que suplican algo que llevarse a la boca, sino judíos pobres. No son pobres cristianos los que se arrodillan implorando comida para sus hijos, sino cristianos pobres. En verdad, Al Ándalus nunca fue el paraíso de las tres razas y de las tres religiones. Como toda la creación divina a los ojos simples de los seres humanos, la sociedad andalusí era dual como el día y la noche, la luz y la sombra, la inspiración y la expiración, el amor y el odio, la vida y la muerte, hombres y mujeres, ricos y pobres, unos rezando al dinero por Dios y los otros a Dios por el dinero, que el nombre de Dios no importa con la alcancía llena, sea en Al Ándalus, en Castilla o en los confines del universo.

Ninguna de nosotras acudió a este trampantojo. Aprovechamos el permiso que nos concedió el nuevo Califa para incumplirlo, frecuentar el zoco y pasear por Córdoba *al yana*, que así se dice paraíso en árabe, sabedoras de que algún día lo perderemos por culpa de nuestros actos como le ocurrió a Adán y Eva. A diferencia de lo que pregonan los cristianos, para los judíos y los musulmanes la expulsión del jardín no fue un castigo divino por desacato, sino la fatal consecuencia de nuestra naturaleza libre. Antes que al ser humano, Allah ofreció la libertad a las montañas, a los ríos, a los árboles, a los animales, a todas las criaturas de la creación, y todas la rechazaron intuyendo las nefastas consecuencias que les acarrearía elegir entre dañar y ser dañado, amar y ser amado. Por eso llueve cuando Dios quiere, la yerba crece cuando llueve, las ovejas pastan cuando tienen hambre,

pero mueren cuando las mata el ser humano, la única criatura libre de la creación. Tan libre como estúpida. Tan libre como cruel. Tan condenada a ser libre que no tuvo más remedio que obedecer a su instinto para desobedecer a Dios cuando nos prohibió morder la manzana, porque era la única manera de ejercer la libertad que el propio Dios nos había concedido. Desde entonces vivimos condenadas a perseguir el paraíso perdido. Y cuando al fin lo alcanzamos, ese instinto al que llamamos libertad nos condena a volver a perderlo.

No había opción. Córdoba se echaría a perder tanto si aclamábamos la proclamación de aquel fantoche en la Mezquita, como si pasábamos la noche maquinando para derrocarlo, bebiendo en las tabernas o retozando en el harén. El visir eligió libremente ser vasallo y asistir a la ceremonia vestido de mamarracho en calidad de miembro del gobierno. Nunca tragó más saliva ni pasó más vergüenza en su vida que formando parte de la comitiva más infame de la historia de Al Ándalus. Allá él.

Su hijo se fue con los suyos a la Puerta de los Judíos para declamar versos en árabe, en un gesto de rebeldía intelectual y de afirmación nacionalista andalusí, echando pestes de su padre, del Califa, de los amiríes, de los faquíes, de los beréberes, de los eslavos, de los judíos, y de cuántos aprovechados y cobardes habían convertido lo que fue una patena de oro en un lupanar de mierda. Fueron convocados por el líder del grupo y poeta de estirpe omeya Abdelmalik Marwan, conocido como al Sarif al Taliq, el amnistiado por un avestruz. Cuentan que quemó un turbante del que gastan los mercenarios ziríes, entre el estupor y el gozo de los presentes, mientras recitaba en voz alta que Córdoba jamás volverá a ser la misma igual que el vinagre jamás volverá a ser vino. También cuentan que uno de aquel corrillo de poetas se chivó al moro Zawi a cambio de garantizar su anonimato y ocupar un puesto de bardo en la corte. El general ordenó cortar la lengua al sedicioso hasta morir desangrado, y al chivato a comérsela cruda para saborear la textura de la traición. Tan pronto supimos de su nombramiento, lo atamos a una encina y sus testículos a las riendas de un caballo para que sintiera en sus carnes lo que conlleva anteponer los huevos a la cabeza.

Dalfa y Maryam tampoco fueron cómplices de aquella pantomima. Todo lo contrario. Ambas se tragaron el orgullo y sus deseos recíprocos de venganza para pactar una tregua entre sí con una sola cláusula: combatir juntas contra su enemigo común hasta devolver el paraíso al pueblo de Córdoba. Luego ya verían si ignorarse o arañarse la cara.

Caminan sin velo y sin miedo hasta la entrada principal de la mansión de Aixa, un antiguo monasterio levantado sobre un templo milenario dedicado a las diosas madre, custodiado por dos esclavos

sudaneses, más altos y anchos que la puerta, con las manos y los pies como barcazas de río. Un jovencísimo eunuco las recibe en el umbral del claustro circunvalado por columnas salomónicas rematadas con capiteles de avispero, jazmines colgantes vistiendo sus arquerías, arriates con rosales, naranjos, limoneros, palosantos y una higuera arrinconada junto al pozo para que luzca en su centro el mosaico de una leona devorando a su presa, unos dicen que en recuerdo de una escultura que se tragó la tierra mucho antes de Tartessos, otros que como advertencia a quien se atreva a enfrentarse con su dueña.

Si las huríes descendieran del jardín celestial serían más feas que aquel eunuco de piel cobriza y aterciopelada, apenas cubierto por un tafetán celeste que trasluce sus pezones empitonados por el frío, de edad impredecible, algo bajo y canijo pero musculado desde los meñiques de los pies a las pestañas de los ojos. Como manda la hospitalidad andalusí, les ofrece jugo de granada y unos dulces de algarroba sobre una bandeja de plata mientras esperan a la anfitriona en la biblioteca, la más coqueta que hayamos visto jamás, atestada de ejemplares escritos en todas las lenguas del Mediterráneo. La Paloma no sabe dónde mirar, hipnotizada por el colorido caleidoscópico de los tejuelos de los libros que forran las paredes, de los artesonados geométricos del techo, de los ataurique dorados de las puertas, de los azulejos del zócalo bañados en cobalto y galena, de las vidrieras persas de las ventanas, de los cristales venecianos de las lámparas, de los epigramas coránicos en los frisos, de los ojos y los labios del joven pintados con polvo de lapislázuli. Hasta que Aixa la deslumbra todavía más entrando como una diosa. Apoyada sobre un bastón, sí, imperfecta y anciana, sí, pero como una diosa.

—Bienvenidas a mi humilde casa. No es un palacio, pero es mía.

—En eso tienes razón, no se puede llamar palacio a un burdel para homosexuales.

Hace demasiados años que Aixa no se indigesta con salidas de tono como la de Dalfa. Al revés, le encienden esa chispa que le ilumina el cerebro sin necesidad de recurrir a las drogas. Sirva de ejemplo su respuesta:

—Sabes tan bien como yo que la única diferencia con el harén para hombres que tenéis en palacio es que allí no se paga por el servicio. Aun así, agradezco tu sinceridad, Dalfa, porque hoy nos hará más falta que nunca.

—Pídeme algo que honre mi visita.

—Dinero. Necesitamos tu dinero.

—Quiénes y para qué —Pregunta Dalfa, haciendo mohines por el amargor del zumo.

—No los conocerás hasta que no apoyes la revolución.

—De pobres, imagino. ¿No tienen bastante con tu fortuna, Aixa?

—Ya ves que no. Sé por experiencia que el silencio es mucho más caro que la traición. Toda Córdoba sabe a qué me dedico pero nadie dirá una palabra para delatarme porque de mí depende la honra de ulemas, de ministros, de faquíes, de médicos, de jueces y de cuántos hombres vengan a sodomizar jovencitos en los cuartos de la planta de arriba, tras esas puertas que en otro tiempo fueron retiro espiritual de frailes cristianos. Para eso me pagan: para guardar y hacer guardar silencio, y para que nadie culpe a nadie sabiendo que todos somos culpables. —Con la parsimonia propia de los achaques de la edad, Aixa se levanta para endulzar el jugo de Dalfa con una pizca de miel, y concluye—. Tú, sin embargo, serás la primera sospechosa cuando matemos a Sanchuelo. Todo el mundo pensará que se hizo con tu dinero y algunos querrán vengarse con razón. Si quieres salvar tu honra y tu vida, lo mejor es que la sospecha se corresponda con la verdad.

El alegato era inteligente y tentador a partes iguales. Se adivinaba en el fulgor de los ojos de Dalfa que aceptaría sin rechistar. Y aunque su instinto depredador le impedía reprimir sus deseos de venganza, toma un bocado del dulce de algarroba y un sorbo de jugo para, al menos, dilatarlos.

—¿Cuánto necesitáis?

—Todo lo que tengas y más. Unos cuantos dinares sobrarán para pagar al asesino, pero precisaremos toneladas de oro para comprar la voluntad de los ziríes.

—¿Acaso crees posible sobornar a Zawi? —Pregunta y exclama a la vez, incorporándose de un brinco más propio de una cabra de feria que de una dama de la corte—. Lo conozco como si lo hubiera parido y es un beréber insaciable al que si le das dos querrá tres, y si le das tres te pedirá cuatro, y así hasta desangrarte como un cordero degollado y colgado de las patas. Zawi no se fía de sí mismo y por eso no se mira en los espejos.

—Me consta. Lo haremos a sus espaldas. Ya hemos tratado con algunos de sus oficiales con el espíritu más frágil y el miembro menos pudoroso. Sé de lo que hablo. Aprovecharemos la primera aceifa al norte de Sanchuelo para tomar el poder sin que su ejército de beréberes y eslavos oponga resistencia. Seremos más y más fuertes. Ése es el plan.

—¿Quiénes?

—El pueblo. Córdoba. Nosotras.

Aixa se mantuvo en pie sobre su cayado durante toda la conversación, sin mudar el rictus solemne de su cara, dejando claro que sus ojos estaban por encima de los de Dalfa. La estética del poder es inversamente proporcional a su ética. No manda el más poderoso sino quien más lo parezca, sea por temido o por amado, sea por el uso

de la espada o de la palabra. A tal fin, Aixa escudriña entre los libros que tiene a su costado, escoge La República de Platón traducida al árabe y le pide a Maryam que lea en voz alta este pasaje:

> *El abuso de las riquezas provoca la democracia. Ansiosos de aumentar sus ganancias, los oligarcas ignoran la existencia de hombres valientes que se hallan sumidos en una desesperada pobreza. No existe ley alguna que prohíba la indebida adquisición de riquezas. Los que están al frente del Estado se entregan a los placeres hasta que los pobres, que llegan a observarlos de cerca, comprenden que si no se apoderan del gobierno es porque no quieren. Esto basta para que estalle la revolución. Triunfante el pueblo, se establece la democracia, luego de eliminar algunos ricos y obligar a los restantes a vivir en pie de igualdad.*

Dalfa capta el mensaje a la primera: la insurrección popular será inevitable y debe sumarse a ella si pretende derrocar a Sanchuelo sin ser eliminada.

—Acepto.

—Eres una mujer muy lista, Dalfa. Tosca en tu manera de vestir y chabacana en tu manera de hablar, pero lista. Menos mal que ambas cosas se pueden curar, gracias a Dios, porque para la deformidad de tu nariz y las grietas de tu cara no hay remedio conocido. Acompáñame. La joven se queda conmigo.

Salen a la panda este del claustro y al sonido de dos golpes de bastón acude el eunuco cubierto con turbante y una rebeca de lana. El frío aprieta tanto como el temor a ser descubiertas. Aixa ordena a su criado disponer lo preciso para trasladar a Dalfa a la Mezquita sin ser vista. *Aunque te rechinen los dientes, por tu bien y por el bien de todas, allí es donde debes estar. Nadie echará en falta a una esclava adolescente, pero no hay ojos en la corte que no te estén buscando.* Dalfa baja la cabeza para cubrirse con el velo y se va.

* * *

Si las manos hablan más de las personas que sus lenguas, cómo desconfiar de Aixa, cuyas manos debieron ser plumas de cisne en otra vida. Maryam se siente segura y querida cuando las toma. Quizá porque recuerden a las de su yadati Aurora. Quizá porque ayuden a cubrir el enorme vacío que dejó las manos de su madre. Quizá porque las necesite, sean de quien sean, aunque raspen como el esparto.

De la mano de Aixa sube a las celdas donde antes se amaba a Dios y ahora se follan los hombres. Se las muestra sin censura. Una cama

ancha que ocupa casi toda la habitación, una jofaina, toallas, un candil, unos clavos para colgar la ropa, y una mesita con aceite y vino. Más arriba hay una buhardilla que recorre los cuatro benedictos con mirillas en el suelo para espiar lo que ocurre dentro de los cuartos, más por previsión ante cualquier exceso que por pervertida curiosidad. Y asomando por el tejado, una espadaña que todavía conserva la campana que usaban los monjes, coronada por un *yamur* con tres manzanas de bronce y una media luna, desde donde observar los alminares que sostienen el cielo de Córdoba. Desde allí le habla Aixa, siempre de la mano.

—Mira todas esas palomas que vuelan a nuestro alrededor. Son libres. Claro que las puede matar un halcón en cualquier momento, pero seguro que lo prefieren a morir de tristeza dentro de una jaula. No me compares una muerte con la otra. Mejor dicho, no me compares una vida con la otra. Las palomas no pueden elegir, tú sí. —Mientras habla, Aixa acaricia con mesura las manos de la joven, desde las muñecas hasta las yemas de los dedos, como si las palabras fueran una pomada para untar que calase piel adentro—. He leído en el tatuaje de tu cuello que eres hija de Almanzor. Le das un aire, créeme. Pero tu padre hace años que murió. Ya no eres su esclava. También ha muerto tu madre. Nada te ata a los amiríes. No tienes más amo que tu voluntad. Sal de esa jaula. Ahora. —Le conmina en voz alta pero sin gritar, soltándole las manos de repente—. Te ofrezco vivir en mi casa. Libre. Sin ataduras. Seré tu madrina. Te enseñaré lo mejor y lo peor de la condición humana para que distingas donde posarte como una mujer *hurra*. Nada produce más pavor a un hombre que una mujer libre que haya perdido la inocencia. Un sabio cordobés dijo que *la razón que adquiere un adulto no es más que el envejecimiento de la inocencia*[4]. Y la tuya, joven Maryam, ya ha muerto de vieja.

Bajan a la buhardilla, otra vez de la mano. Se oyen gemidos en algunas habitaciones. La Paloma se arrodilla para husmear por la mirilla que le ha señalado Aixa con su bastón. Un efebo se desnuda con los ojos vendados delante de un hombre que bien podría ser su abuelo. Le da vino de su boca mientras con las manos le arremolina los caracoles de su pelo rubio. Si el adolescente no se moviera juraríamos que es una de esas estatuas romanas que todavía decoran nuestras playas. Se tumba en la cama de espaldas, con la cara hundida en la almohada, que muerde. Parece asustado. Quizá sea su primera vez. Aquel hombre se unta aceite en la verga, se arrodilla detrás, se arremanga la chilaba y lo penetra y lo penetra y lo penetra, jadeando. En una de las convulsiones, mira hacia arriba como si implorase la clemencia a Dios que no estaba teniendo con el muchacho. Y Maryam lo reconoce. Es el visir. El padre de Ibn Hazm. El mismo que acogió a su madre. El mismo que asistió a su entierro. El mismo que ha jurado

lealtad a Sanchuelo. El mismo.

Al ponerse Maryam en pie, se confunden el crepitar del suelo de madera con los chirridos de la cama, como si ambas cosas fueran lo mismo, como si obedecieran a la misma causa, como si merecieran el mismo castigo. En verdad, las dos son fruto de la libertad humana que nos condenó a perder el paraíso. Aixa rompe el silencio que ha quedado prendido en el aire, en voz queda, susurrando.

—No es más poderosa la persona que más tiene, sino la que más secretos calla. Ahora tú también eres poderosa. Decide libremente. ¿Te quedas?

Y la Paloma, con los ojos a la misma altura que Aixa, agarrada a sus manos como el hilo de una cometa al viento, asiente con la cabeza para devolver el silencio a la clandestinidad en que se encontraba.

---

4 Antonio Gala.

La soga

El secreto, como una soga, tiene dos cabos; y no siempre la mala leche se encuentra en uno de ellos.

Maryam sabe que le partirá el alma a Ibn Hazm cuando le descubra la cara más siniestra de su padre. Pero duda si hacerlo para vengarse de aquel arrebato infantil que por los avatares del destino acabó matando a su madre, o para no ocultarle la verdad que todo hijo merece conocer.

La otra opción, guardárselo bajo la lengua hasta que se la devore, no se la plantea.

No es eso lo que le quita el sueño a Maryam. Ese dilema moral le trae sin cuidado porque no le duele Ibn Hazm. Se lo tiene merecido por niñato, piensa. A ella le duele su dolor. Es la primera vez que duerme en otra cama fuera de Medina Azahira y siempre soñó que ese mágico momento ocurriría en casa del visir, abrazada a su madre tantos años después del parto. Sin embargo, ahora solo encuentra vacío al tentar las sábanas a su lado, frías y extrañas como el sudario de un muerto. Se sienta en el borde. Enciende una vela y se mira al espejo. Se ve despeinada, pálida, otra. Decide ponerse guapa para ella y para su madre, donde quiera que le esté viendo. Comienza desenredándose el pelo, pintándose de rojo los labios, coloreándose las mejillas, y deja para el final los ojos, sin prisa, una vez que se les hayan desecado de tanto llorar de pena, de rabia, de impotencia, de cualquier cosa menos de odio. Intenta contenerlo siguiendo los consejos de su abuela Aurora. Hace unos meses fue a su tumba y encontró que había nacido una acacia de sus entrañas. Vida de la muerte. Nosotras la hemos mimado en su ausencia hasta que el otro día una lluvia torrencial la arrancó de raíz. Las ancianas nos advirtieron que las crecidas reabrirían las cárcavas de la *maqbara* donde arrojan a los abortos, leprosos y apestados. Pero nadie les hizo caso y la Naturaleza se vengó en nombre de Dios porque solo a ella se le permite responder a un mal con otro mal. Aquella calamidad no fue producto del odio contra los muertos que nunca desafiaron la memoria del agua. Ni siquiera del odio contra los vivos que sí lo hicieron. Fue una llamada de atención para quienes quieran entender que el odio solo conduce al odio.

Aixa la escucha despierta y se acerca para consolarla.

—¿Cómo te encuentras, niña?

—Se me ha debido encoger el alma porque ya no me cabe más daño en el pecho.

—No lo hagas.

—El qué.

—Lo que estás maquinando. No le digas a Ibn Hazm lo de su padre.

—¿Por qué? Tiene que saberlo. Y, además, se merece sufrir lo que yo estoy sufriendo.

—No se lo digas, por favor. No por él. Calla por ti. Por tu bien. ¿No te has dado cuenta lo que se parece un ombligo al cráter de un volcán? Mientras está dormido se traga todo lo que le eches, pero cuando despierta arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Si revelas el secreto, despertarás al volcán y lo destrozarás a él, a su padre, a ti y a toda la gente que te necesita. Hazme caso, Maryam, piensa en tu ombligo, sé egoísta y guárdalo para cuando te convenga. Ahora no es el momento. Ahora debes dormir y olvidar.

Aixa desata los serones de la ventana para que no moleste la luz a la Paloma cuando amanezca, le quita el maquillaje con un pañuelo

húmedo, no vaya a ser que manche las sábanas de pena, y le ofrece un vaso de aguardiente que la fulminó indefensa hasta el mediodía, dormida.

* * *

El poder, como una soga, tiene dos cabos. Uno rodea el cuello de Sanchuelo. El otro lo sostiene entre sus manos el pueblo de Córdoba.

A Maryam la despiertan unas moscas de invierno frotándose las patas en su cara, la jaqueca del anís y el jefe de la policía pregonando por las calles obediencia y fe en el Príncipe de los Creyentes contra Sancho García, Conde de Castilla, que ha destruido la torre azenca de Molina y dirige sus ejércitos hacia la Sierra Morena para derribar cualquier piedra que luzca un pendón verde. Sanchuelo tiene que pararle los pies si quiere merecer por sus obras el honor de Califa que no merece por la sangre. A tal fin, ordena que toda Córdoba sepa que marchará al día siguiente hacia el norte para enfrentarse al frío, a la lluvia, a los cristianos y al mismísimo diablo con tal de ser aclamado por el pueblo a su regreso.

Es sabbat. Llueve a cántaros. Y a pesar de ambos inconvenientes, el primero en llamar a la puerta de la mansión de Aixa es un judío. Se llama Ben Daud, mide poco más que el zócalo de la pared, gordo y de brazos cortos como los de una tinaja, la kipá sellada a la calva con resina de almendro, las uñas negras de contar *feluses* y la nariz amorfa de gastárselos en vino. Pero si preguntas en Córdoba por él, más allá de su destartalada estampa, cualquiera te responderá que es ese judío que apesta a orines y excrementos de palomo con los que curte los pellejos que ciñen y calzan al Califa, a su corte, a su harén, a sus mercenarios y a sus caballos. De no ser por su inmensa fortuna, jamás pisaría esa casa. Y siendo así, cumpliendo órdenes de Aixa, el eunuco le rocía la chilaba con un frasco de perfume que el judío no toma como desaire de lo acostumbrado que lo tienen a ese trato. Hasta los rabinos abandonan la sinagoga para dejarlo a solas con el Dios de los judíos, el innombrable Adonai, el único junto a su esposa que puede soportar su hedor sin que le den náuseas: aquel, por su condición divina y omnipotente; ella, porque perdió el olfato a fuerza de compartir el tálamo con tal de malgastar su fortuna en vida y heredarla a su muerte.

Más tarde llegan Al Harrar y Tarsus, con la cara cubierta por sus chilabas para guarecerse de la lluvia y de los confidentes que los ziríes tienen apostados en cada rincón de la ciudad. Sobre la llamada de los almuédanos al azalá del mediodía, aparecen Amina y la mujer velada de amarillo con su hija cogida de la mano. También acuden a la reunión un zapatero, un carbonero, un carnicero y un panadero, cada

cual de su padre y de su madre, de una raza, de una religión y de un arrabal diferente. Los últimos en llegar son el anciano Azaid del brazo de un hombre maduro, alto y delgado pero ancho de costillas y con algo de joroba que lo hacen parecer inflado desde la boca del estómago a la garganta, vestido de blanco y babuchas amarillas como si fuera a casarse, atractivo siendo feo, sus ojos azules y su pelo rubio prueban que no miente cuando jura pertenecer a la estirpe de los omeyas. Aunque se llama Muhammad ibn Hixem, el pueblo lo reconoce con el apodo del Mehdi bi-lah, el enviado de Dios, porque será nuestro salvador y el verdadero Califa de Al Ándalus y único en el mundo.

Todos esperan de pie en la sala capitular a que baje Aixa de su alcoba para comenzar el mexuar. Es ella quien dispone los asientos y la cartografía del poder. Al fondo, mirando al sur como si fuera el *mihrab* de nuestra Gran Mezquita, ella. Por respeto a los presentes, será la última en acomodarse, sola, flanqueada por dos cojines vacíos. A su izquierda, el viejo Azaid, ideólogo espiritual de la insurrección. A su derecha, el Mehdi escoltado por Tarsus quien, además de mago y mujeriego, es el más valiente de sus generales. Enfrente, Al Harrar, muy querido por nosotras, encargado de llevar las decisiones del consejo a cada barrio. Aixa manda sentar en hilera al zapatero, al carnicero, al carbonero y al panadero, con toda la intención, para espiar sus reacciones cuando escuchen los rezos en la sinagoga, los toques de las campanas, las llamadas del muecín o los gemidos de las putas. Al otro lado, la mujer velada de amarillo, recaudadora de las aportaciones populares a la causa, acompañada por su hija desde que un eslavo la dejó preñada y sola. Amina será quien levante acta secreta de la reunión sentada a la mesa. Y arrinconado en el norte de la sala, en la corriente de la ventana, Ben Daud.

No es Aixa quien toma la palabra, sino Azaid. Pero será ella quien lo mande callar si fuese necesario.

—*Bismillah ar Rahman ar Rahim.* Deseo la paz y la luz a quienes hoy compartimos este mexuar y a cuántos nos precedieron en otras vidas, que Dios se llevó al paraíso y cuyas almas nos acompañan aunque no las veamos. Benditos seáis. Benditos sean. Y bendito sea Dios, la única realidad que existe, que condena a quien habla a espaldas de los demás y abomina de quien, además, miente. Doy por hecho que nada de lo que aquí se diga saldrá jamás de vuestras bocas. Confío en vosotros. Por eso os he convocado y no a ulemas, faquíes, jueces, rabinos, matemáticos, astrónomos, cirujanos, poetas o filósofos. Ellos perderían el presente debatiendo cómo ganar el futuro; nosotros vamos a ganar el presente para que no pierdan el futuro las generaciones que vendrán. Quizá entonces necesitemos sus saberes y los llamaremos, sin duda, a diferencia de ellos que no nos llaman

nunca aunque nos necesiten siempre.

Todos asienten al escuchar la sentencia del anciano que, después de hacer gárgaras con una infusión de manzanilla para aliviarse la ronquera, prosigue con esa paz que enamora y empacha.

—Ha llegado la hora de una revolución contra el despotismo de los amiríes, la corrupción de la corte, el integrismo de los ulemas y la tiranía de los ziríes. Nuestros hijos y nietos se merecen aquella luz de Córdoba que conocimos y lucharemos para que así sea porque, de lo contrario, jamás nos perdonarían haberles dejado esta cochambre.

—Gracias, noble Azaid, por tu aliento.

Es Dalfa quien responde al sabio sufí, atravesando la sala de norte a sur de la mano de Maryam, hasta sentarse sin permiso sobre los cojines vacíos que Aixa había dejado a sus costados. Luce un vestido hecho con seda de Xátiva que le transparenta las nalgas y los jarretes, del mismo color que las escleróticas de los ojos que no dejan de mirarla. Con un chasquido de dedos solicita del eunuco una copa de vino y, tras bebérsela de un trago, inquiere al sabio con la misma falta de recato.

—Ahora ilumíneme y díganos cómo acometeremos una empresa tan costosa y titánica con este rebaño de mequetrefes y apestosos.

—Con su dinero, Dalfa, y será una manera justa de indemnizar parte del enorme daño que nos ha hecho. Del resto, no se preocupe, nos encargaremos el pueblo de Córdoba.
—Le responde Azaid sin perderle la cara, apostillado por unos tímidos aplausos para disimular de quienes siguen absortos en el trasluz del vestido—. Mañana partirá Sanchuelo con sus tropas hacia la frontera del Duero. Es un suicidio. Está desquiciado. Sus visires lo saben, sus generales lo saben, hasta sus mercenarios lo saben, pero nadie se atreverá a decírselo con tal de no inflamar su locura y jugarse el pescuezo. Esperaremos unas jornadas a que se encuentre bien lejos de Córdoba y carezca de capacidad de reacción. Entonces ocuparemos Medina Azahira, el Alcázar y haremos rehenes a Hixem, a las reinas, a sus concubinas y demás miembros de la corte.

Se yergue a duras penas con el cayado que utilizará como puntero para distribuir las tareas entre los presentes. Confía en que todos asientan cuando se les señale. Comienza el reparto.

—Tarsus sobornará a los carceleros del Alcázar, liberará a los presos y a los esclavos para formar un ejército al que pagaremos con la dignidad que merecen. Al Harrar organizará asambleas en cada arrabal para ocupar las calles, levantar barricadas y prever el abastecimiento de comida y agua durante la revuelta, empezando por los suburbios de extramuros que son los que más hambre padecen. Contará con la ayuda del panadero, del carbonero, del carnicero, del zapatero y de todos los hombres buenos que se ofrezcan a colaborar.

Las mujeres seguirán siendo las responsables de transmitir nuestras consignas en la clandestinidad, así como de recaudar el dinero. Ben Daud comunicará a la comunidad judía que estará a salvo durante el gobierno del Mehdi. La revolución también se hace para ellos, no contra ellos. Por supuesto, su curtiduría y sus negocios seguirán suministrando lo que precisen a la nueva corte y el ejército del pueblo, eso sí, cobrando por adelantado. Aixa me ha prometido desmantelar las estructuras del gobierno amirí, ella sabrá cómo. A los que sobrevivan, les cortaremos la cabeza. Solo nos queda conseguir que los ziríes y eslavos que no acompañen a Sanchuelo no opongan resistencia. Estoy convencido de que solicitarán nuestro *amán* cuando vean que somos más y más fuertes. Pero ayudaría que sus oficiales mirasen a otro lado durante estos días. En eso gastaremos su dinero, Dalfa. Si todo sale conforme a lo previsto, en menos de un mes proclamaremos Califa al Mehdi y restauraremos la dinastía omeya en Al Ándalus. Llevamos mucho tiempo esperando este momento. El pueblo de Córdoba no va a fallar. No le fallemos al pueblo.

Aixa se pone en pie y golpea dos veces su bastón contra el suelo para dar por terminado el consejo. Deja que todos besen su mano antes de abandonar la sala, salvo Ben Daud en defensa propia y Dalfa por desprecio ajeno. Aixa se lo agradece mandando a lavar el cojín donde estuvo sentada, en voz alta. La comitiva sale como entró, de forma intermitente, por distintas puertas de la mansión para no levantar sospechas. El último en marchar es el Mehdi.

—Si fuese usted más joven, señora Aixa, sería mi esposa.

—Si usted fuese más inteligente, en lugar de Califa sería mujer.

* * *

El perdón, como una soga, tiene dos cabos. Y los dos pendían de las lenguas de Ibn Hazm y la Paloma, como dos funambulistas a punto de caerse.

No paró de llover en todo el día. Por fuera de la casa y por dentro de su boca. Cierto que Maryam despertó con la lengua áspera por la resaca, que mordió hojas de menta para aromatizarse el paladar y quitarse el tufo a pozo ciego que deja el aguardiente en el esófago, que a media mañana tomó agua hervida con jazmines que paladeaba a cada sorbo, y que estuvo salivando mientras mordía paloduz antes del almuerzo. Nada pudo consolar la sequedad y el mal sabor de su aliento hasta que una tormenta se desató en su boca al tener la de Ibn Hazm a un palmo de la suya. Ni el alquimista más prodigioso hubiera acertado con las proporciones de deseo, arrepentimiento, despecho o rencor que mojaban sus lenguas cuando se encontraron en la Puerta de los Judíos.

Era el ocaso del jueves. La hora y el día en que su grupo de poetas queda para declamar versos en árabe. Ella lo sabía y fue a buscarlo, esa es la verdad, aunque con los ojos vueltos de ira. Por el camino pensó en mil insultos y vejaciones para escanciarle en la cara todo el daño que llevaba dentro, tuviese la culpa o no, en una especie de ósmosis irracional que le aliviara la carga. Pero al escucharle recitar sus poemas de amor, con esa voz de niño hombre, la lluvia le caló dientes adentro. Y no supo qué decir. Ni qué pensar.

Porque nada más concluir la ronda de versos, Ibn Hazm se encarama sobre uno de los colosales capiteles béticos que se encuentran desperdigados por el suelo de Córdoba, radiante como un sol humano, y lee un durísimo manifiesto político contra la proclamación de Sanchuelo como nuevo Califa y contra quienes lo consienten, empezando por su propio padre. Las últimas líneas se las dedica a su amigo y líder del grupo Al Sarif Al Taliq, ejecutado por los ziríes. *Por ti, nos dejaremos la vida. Por Al Ándalus y por nuestra libertad.*

Le brillan los ojos. No le cabe el ego en el pecho. Los presentes le felicitan. Aplauden. Le abrazan. Le besan. Todos menos ella. Aunque reconoce la valentía del gesto, le indigna que pierda el tiempo en estos juegos florales mientras la gente más humilde se muere de hambre. Y se lo echa en cara, delante de los demás poetas, haciéndole sentir como un pavo real al que despluman en mitad del cortejo. Dolido en su orgullo, Ibn Hazm calla y no entra al trapo porque también se sabe culpable del dolor que ella sufre. En ese instante, apenas una cuarta separa sus labios. Se miran con la saña gastada de dos púgiles agotados tras horas de combate, a los que ya resulta indiferente ganar o rendirse. Maryam quisiera escupirle en la boca para bajarle los humos y, al mismo tiempo, comérsela con ternura por ser hijo de un hombre que no conoce. Ibn Hazm quisiera arrancarle su lengua de escorpión para clavársela en la espalda y, al mismo tiempo, fundirla con la suya para mitigarle las duquelas de su orfandad. En ninguna de las lenguas de Al Ándalus existe una palabra que contenga reunidos los sentimientos de reproche y compasión. Pero en las lenguas de Ibn Hazm y Maryam, sí. Y sin pensarlo, las juntan en un beso interminable que todavía se recuerda porque quedó colgado del aire y perdona a todo aquel que lo respira.

También colgaba del aire uno de los jueces más respetados de Córdoba. Se ahorcó a plena luz del día con las cien cuentas de un *tasbih*, para sentir cerca de su yugular los nombres del mismo Dios que lo condenará al infierno por haberse matado sin su permiso. Cuando lo encontraron muerto en el granado de su patio, aún estaba caliente y giraba en el aire como un derviche en otra desesperada petición de clemencia divina. A saber qué pecados habría cometido para exiliarse de una manera tan precipitada de la tierra y del paraíso. No se le

conocía enfermedad ni enemigo. Así que debió temer la revelación de algún escándalo tan grave sobre su persona, que prefirió perder la vida antes que su reputación y la de su familia. No vimos llorar a su esposa, sin embargo. Lejos de hacerlo, fue ella quien lo mandó descolgar igual que a un perro viejo, arrojar su cadáver a un carromato de estiércol, pasearlo por las calles de Córdoba, infestarlas con el hedor de su alma, subirlo a la sierra y tirarlo por un barranco para rancho de buitres.

Como los guardianes de las puertas impidieron a la macabra cabalgata acceder a la Medina, tuvo que rodear la muralla de este a oeste para cumplir el mandato de la viuda. Al llegar a la Puerta de Judíos, Ibn Hazm y Maryam separan sus lenguas por culpa de la peste a muerte y mierda que corrompe el aire. Con la nariz tapada, se acercan al carro para husmear por qué hay más chiquillos que moscas a su alrededor. Y el hijo del visir palidece nada más reconocer al cadí entre los excrementos, desnudo, sin más abrigo que la horca. Casi se desmaya. Le cuesta creer que esté muerto, que se haya ahorcado alguien tan creyente, y que degenere en un circo hediondo lo que hubiera merecido un funeral de Estado. No entiende qué ha podido ocurrir. Maryam, lo intuye pero se lo calla. Es Ibn Hazm quien habla primero.

—Yo lo conocía. Era buena persona, sabio y prudente. Muy amigo de mi padre. Me enseñaba a interpretar leyes en la Mezquita Aljama. Y aunque pertenecía a la escuela malikí, no se cansaba de repetirme que acatara los dictados del corazón cuando una ley fuera injusta.

—Ya ves en lo que se ha convertido.

—¿Qué insinúas?

Maryam aprieta los labios para no decir lo primero que se le viene a la cabeza. Que no se fie. Que las apariencias engañan. Que quizá esa luz que desprendían sus ojos solo fueran las puertas al averno de su espíritu. Que quizá nada se parezca más a su alma que el lecho de excrementos donde reposa. Que quizá se mereciera morir así. Pero se lo guarda bajo la lengua como el secreto del padre de Ibn Hazm. Y con la misma cautela, tampoco le cuenta una palabra de la revolución en marcha. La Paloma ya había aprendido que la prudencia y el silencio suelen ir de la mano, pero las suyas eran demasiado jóvenes y pequeñas para según qué cosas. Así que, en lugar de mantenerse callada y abrazarlo con la ternura que le pedía el cuerpo, Maryam le suelta todas los reprimendas que se le quedaron pendientes aún a riesgo de resultar dañada, como quien corta una hebra a mordiscos y se termina arañando la comisura de la boca.

—¿De qué sirven estos poemas? ¿Acaso el pueblo se alimenta de versos? Si tanto odias a los amiríes, ¿por qué no se lo dices a tu padre? ¿Por qué no te vas de tu casa?

—A mi amigo lo mataron por leer un poema. No banalices la valentía de los poetas, Maryam. Cuando pasen los años, el viento se llevará los nombres de la mayoría de las personas que se dejaron la vida en tantas insurrecciones perdidas, pero quedarán en las bibliotecas los nombres de quienes escribieron esos poemas que hoy consideras inútiles. Yo creo en la poesía más que en la espada.

—Qué equivocado estás, Ibn Hazm. Quemarán la rebeldía de los papeles, pero jamás podrán quemar la rebeldía de la memoria.

—¿Qué rebeldía? ¿La tuya?

Y sin dar tiempo a que replique y se enmarañen las palabras de uno y otro como alambres de espino, Ibn Hazm se lanza a morder la barbilla de Maryam donde se concentra en ese momento toda la pasión que siente por ella, igual que el punto de la letra *ba* que abre el sagrado Corán concentra todas las palabras reveladas, las intenciones humanas y las creaciones de Dios.

* * *

El beso, como una soga, tiene dos cabos. Y los dos se ahorcan recíprocamente con el silencio por testigo, no importa cuáles sean sus intenciones: amor o tregua.

Arrecia la lluvia con tal fuerza que parece hervir el carromato de estiércol con el cadí muerto. El chiquillerío se arrebuja entre las ruedas para no mojarse. Temiendo atropellarlos, el arriero retiene como puede a las bestias que relinchan y se agitan nerviosas por la tormenta. El estiércol se licúa y se derrama por las rendijas de la carreta. Un soldado azota a las mulas y al mulero para proseguir la marcha, sin escrúpulos, a sabiendas que se llevará a los niños por delante. Se escucha el crujir de los huesos rotos que atascan las ruedas. El soldado se desespera y fustiga con el látigo a los que huyen. Otros se protegen bajo la carga por su propia voluntad o porque se les ha quebrado el espinazo. Ibn Hazm y la Paloma interrumpen el beso para socorrerlos. Se encaran con el soldado que también los azota sin miramientos. Maryam le lanza una piedra y lo descalabra. La sangre se mezcla con la lluvia y los excrementos en una metáfora premonitoria de la Córdoba por venir. El resto de soldados se abalanzan sobre ella. Ibn Hazm se interpone para defenderla soltando puñetazos a diestro y siniestro. Los dos son detenidos. Camino de la prisión, Maryam lo mira orgullosa y le dice que también esto es poesía.

Gracias a la mediación del visir y de Aixa, él por su hijo y ella por la Paloma, ninguno de los jóvenes llegó a pasar la noche entre rejas. No pagaron fianza. Cada uno ejerció su poder con discreción, a su manera, para no dejar más rastro de su presencia en la cárcel que el sutil aroma de sus perfumes. Ambos esperan a sus liberados dentro del

recinto, en el mismo patio pero tan lejos el uno del otro que sería imposible que se contagiaran la lepra, la peste, la gripe o la sospecha. Se saludan por cortesía con la mirada, guardando la distancia que los protege y respeta a partes iguales. Aunque las celdas de las mujeres quedan en otro edificio, Maryam es la primera en llegar. Toma las manos de Aixa y se sonríen. Apenas caminan unos pasos cuando sale Ibn Hazm con la cabeza hundida entre los hombros, serio y abochornado ante su padre. Toman galerías distintas hacia la puerta pero no pueden impedir juntarse en el recodo de la salida trasera. Aixa le dirige la palabra al visir, restando importancia a lo ocurrido.

—Ha sido una travesura.

—La última.

—No estoy de acuerdo. Por el bien de los jóvenes, ojalá sea la primera de muchas. Por su bien, sin embargo, espero que el visir no cometa ninguna más a partir de ahora. En mi casa, al menos.

Y le dio un beso en la boca en señal de tregua. Y despedida.

* * *

El amor, como una soga, tienes dos cabos. De uno cuelga el amante. Del otro, tira el amado.

Dicen las malas lenguas que Aixa fue la amante de Almanzor. Mienten. Aixa fue su amada. La mujer que más amó en su vida. Más que a sus esposas. Más que a Subh. Más que a Dalfa. Más que a la madre de Maryam. Más que a todas sus concubinas. Más que al poder y más que a la guerra.

Se conocieron en la biblioteca del Califa donde Almanzor solía ir a estudiar derecho y jurisprudencia, gracias al permiso del cadí de quien era su escribano. El padre de Aixa se encargaba de custodiar sus miles de volúmenes escritos en todas las lenguas del Mediterráneo, mientras ella leía a Séneca en latín y en griego las tragedias de Antígona o Medea. Siempre que levantaba los ojos del libro, Almanzor la estaba mirando. Y aunque los dos eran jóvenes enamoradizos y nada tímidos, tardaron más de un mes en sentarse frente a frente. Fue ella quien tomó la iniciativa.

—¿Por qué no dejas de mirarme?

—Por la misma razón que el sol sale y se esconde cada día. Porque no puedo evitarlo. Y porque lo seguiría haciendo aunque estuviese ciego.

Y se tomaron de la mano, temblando. Se besaron una semana después, temblando. Y otra semana más tarde, aprovechando que el padre de Aixa había cerrado la biblioteca con ellos dentro, hicieron el amor, temblando. Porque se amaban sin límite. Porque hubieran muerto y matado por el otro. Porque hubieran negado a Dios si Dios

les hubiese negado amarse.

Esa gota de sangre que llora el himen al desvirgarse manchó uno de los libros abiertos que acolcharon sus cuerpos. Ella arrancó la hoja y la firmaron ambos para dar fe de lo vivido. Era la última página de Antígona.

Un día cualquiera, Almanzor dejó de temblar. Ya lo era todo en Al Ándalus, menos el esposo de Aixa. Y mucho menos, su amo. El hayib le regaló el monasterio donde vive. Todas las joyas que quiso. A ella le bastaba con abrir la boca para tener sus deseos cumplidos a los pies. Le ofreció mil veces ser su esposa y mil veces Aixa lo rechazó, para no perder su libertad a la que amaba por encima de Almanzor y de todas las cosas mundanas. A mayor rechazo, más la amaba por inasequible. El hombre más poderoso sobre la Tierra, al que todos rendían reverencia, fueran reyes o vasallos, era incapaz de doblegar la voluntad de una mujer libre. Eso explica que Aixa no sintiera celos de sus esposas o de sus esclavas, y que tampoco le importase compartir su cuerpo con otras mujeres, siempre que él no compartiera su amor con nadie. Pero la traicionó. De la forma más cruel. Amando a otra y destruyendo por orden de su amante buena parte de los libros de la biblioteca donde ella creció junto a su padre, donde aprendió leyendo que el ser humano es capaz de lo más vil y de lo más sublime, donde tembló de amor y donde perdió la virginidad, con él. Cierto que Almanzor ordenó salvar muchos ejemplares de la quema y llevárselos a escondidas a Aixa para limpiar los rincones más sucios de su conciencia. De nada sirvió. Desde ese mismo día, ella decidió dejar de amarlo y dedicar su casa al amor libre y secreto de los demás para compensar el que ella había perdido para siempre.

A la muerte de Almanzor, sintió alivio por quitarse un peso de encima y, de manera repentina, una llorera y un desconsuelo de chiquilla al descubrirse en el corazón un vacío que creía no tener. Algo parecido a esa nostalgia enfermiza de quien se deshace de un mueble viejo que estorbaba y no deja de mirar el hueco donde estuvo porque lo echa en falta. Hasta llegó a prohibir que lo nombraran en su presencia. Y cuando por fin creía haberlo borrado de la memoria, irrumpe la Paloma en su vida con su nombre tatuado en el cuello. Amarla como a la hija que no tuvieron será una de sus consignas hasta la muerte. La otra, morir matando.

Aixa envió una carta a las esposas de cada uno de los hombres más influyentes de Al Ándalus que pasaron por sus alcobas. El primero en quitarse la vida fue el juez. El segundo, un visir que se devanó el pescuezo con el cuchillo que usan los matarifes para capar a los corderos. El tercero, un faquí al que mordían los barbos flotando en el río. El cuarto, un ulema al que asfixiaron metiéndole sus testículos en la boca. El quinto, un general al que arrancaron los ojos y la lengua

para que no pudiera ver ni pedir perdón al diablo cuando pisara el infierno. Y así, hasta una docena de altos cargos del Estado. Nosotras sabíamos que la culpable era Aixa. Toda Córdoba lo sabía. Ellos también. La mujer velada de amarillo le advirtió que la matarían. Pero ella, tras tomar un sorbo de vino, le respondió:

—Debajo de mi vestido, llevo el cadáver puesto. Lo tengo desde que nací. Y seré yo y solo yo quien decida cuando desprenderme de él.

* * *

La muerte, como una soga, tiene dos cabos. Uno estaba atado a la rama de un olivo. El otro, a su cuello azul ártico, a juego con el color de la noche y de su vestido. El magnetismo telúrico hacía rotar al cadáver en el aire con la cadencia del péndulo de un zahorí cuando intuye agua. A sus pies, un arca y una niña.

Solo los forasteros y los suicidas se atreverían a rondar de madrugada las afueras del cementerio más alejado de Córdoba, donde solo aúllan los perros y cruzan las flechas de los furtivos. Aquella mujer reunía ambas condiciones. Llegó a hombros de dos esclavos en un trono cubierto al que nosotras llamábamos piojo verde, quizá por ser tan exótico como ella en un arrabal de extramuros donde nadie tiene joyas, ni vestidos, ni esclavos, ni carruajes pero sí piojos de todos los colores.

Era delgada como una vulgar muerta de hambre. Sin embargo, su altura y su manera de andar traspiraban esa envidiable morfología de alguna gente rica. Superaba los ochenta años pero no parecía tan vieja, a diferencia de las mujeres de los suburbios y de los pueblos de alrededor que a la mitad de su edad ya vestían de negro de los pies a la cabeza, tenían las manos como sarmientos secos, y más surcos en la cara que afanados en el campo.

Llevaba el pelo suelto, largo, ondulado en las puntas, gris como la nada y olía a limpio. Calzos de esos que gastan las concubinas para no mojarse las babuchas en el hamam, con los que destrozaba los terrones a su paso. Un arca con hebillas de cuero y capacidad sobrada para encerrar a un contorsionista. Un bolso de plata terciado en el hombro izquierdo, semidesnudo. Un pañuelo de biso teñido con púrpura de Tiro. Un collar labrado en oro con más ágatas que un racimo de uvas. Y una túnica con cuello de media luna, manga entre los codos y las muñecas, abotonada a la espalda y ceñida a la cintura con un cinturón dorado que dejaba el vuelo suelto hasta los tobillos, del mismo color que la cara de un ahorcado. Paradójicamente, azul vivo.

Después de regalar unas monedas a los esclavos, aquella mujer abandonó el halo raquítico que proyectaba el candil del trono para

adentrarse en las sombras del olivar y de la muerte. Sola y divina como un *alif*. Abrió el arca junto al tronco del árbol que haría las veces de patíbulo. Extrajo una soga y la arrojó sobre la panza de una rama a casi dos metros de altura, robusta a pesar de su extraordinario parecido con un dedo anciano con artrosis.

Detrás, apoyada en la tapia, una niña. Ninguna de las dos se asustó al ver a la otra. Ni huyó. Cada una cumplía con su deber: la anciana, matarse; la niña, sobrevivir. Su madre se prostituía tras los muros de un corral cercano en ruinas. La hija tenía mandado arrojar una piedra contra la cerca cuando advirtiera peligro. No lo hizo. Porque hasta una niña sabe que los ahorcados son inofensivos por egoístas y prefieren morir con su daño dentro que compartirlo con nadie.

En lugar de delatarla, se acercó a la mujer para cotillear el amarillo de sus ojos, muy parecido al de los calostros de la leche materna o al semen de los moribundos. Ella le agradeció su curiosidad cómplice con una sonrisa y una batería de preguntas tan inocentes como difíciles de contestar para la hija vigilante de una madre puta: *¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Estás sola?*

La niña enraizó sus pies descalzos y se mordió la lengua en señal inequívoca de quietud y de silencio. Para reforzar su declaración de principios, cruzó los brazos sobre el andrajo de arpillera que cuarteaba su desnudez. No se movería ni hablaría aunque la amenazaran de muerte. Eso dijo sin decir. Y aquel gesto infantil de lealtad y valentía le provocó a la anciana un calambre de compasión que le retorció el espinazo. Abrió el bolso y le entregó una hoja que llevaba a modo de testamento.

—Toma, niña. Mañana se la das a quien venga a descolgarme y le dices de mi parte que el vestido y el pañuelo son para tu madre. Y ahora vete. No es sano que veas tanta muerte con tanta vida por delante.

La niña acató la orden, disciplinada. Y apenas se dio la vuelta, la mujer se encaramó sobre el arca para abrocharse la soga al cuello en una pirueta efímera que terminó con sus pies y su vida colgando. Pero no le causó la muerte.

La cuerda se tensó como un odio antiguo hasta que los tacones rozaron la tierra, generando el contrapeso exacto de las agonías innecesarias. El ruido de los espasmos alertó a la niña y, más en defensa propia que por solidaridad, le quitó los zapatos para ahorrar unos centímetros el tránsito a las parcas. Sin quitarle la vista de encima. Ni sentir pena. Ni miedo. Solo desconfianza. Las niñas viejas se comportan así, con la flema de quien solo mamó de un pecho seco.

Esperó responsable a que el cadáver dejase de dar vueltas. Y una vez estuvo segura de que no habría más ruido extraño a la noche que sus propios pasos, se calzó los zapatos con la esperanza ignorante de

amortiguarlo. Pobre. La madre fue por ella nada más intuir el peligro de ser descubierta. Primero le pegó. Luego le quitó los zapatos. Se los puso. Y después escupió a la muerta, señalándola con el dedo.

—Mírala hija. A mí Dios podrá perdonarme. A ella no, porque Dios niega la entrada en el paraíso a los que se quitan la vida sin su licencia. Los gusanos le raerán el alma cubierta de carne y, con suerte, será veneno de las culebras. Vámonos.

A la luz de un candil que tenía prendido tras la tapia, abrió el papel escrito en una lengua rara, manchado con una gota de sangre, y leyó los nombres que lo firmaban: Aixa y Almanzor. Tampoco sabía leer mucho más. Lo partió en dos, dobló cada mitad varias veces y se los calzó para que no le hicieran llagas en los zancajos. Juntas de la mano, bajaron a la ciudad bajo la luna nueva, sin necesidad de encender el candil, a través del cementerio iluminado por las llamas que a lo lejos se veían en Medina Azahira.

Aixa

El primer sufrimiento de la luz es amarillo. Y su estertor, antes de la oscuridad, es azul como las alas de un cuervo. En medio, el verde. El color de la vida. El color de la línea imaginaria en el horizonte donde se funden la tierra y el cielo. El color de la roca que ocupa la clave de bóveda del universo. El color de los lugares donde se juntan las aguas sin mezclarse. El color de la esperanza. El color de las esmeraldas y de los ojos de Aixa. El color de los omeyas. Y el color de la revolución.

Aixa decidió morir vestida de azul el mismo día que Córdoba intentó evitar su muerte vestida de verde.

Hacía una semana que el alarbe de Sanchuelo cometió la locura de guerrear contra los castellanos en pleno invierno, escoltado por setenta mujeres del harén, su ejército regular y el grueso de sus mercenarios, dejando a Córdoba desguarnecida, a nuestra merced. No pudo escoger peor momento. Las nubes negras se aliaron con sus enemigos vaciándose todos los días desde la marcha como no se recuerda desde el diluvio universal. Cuentan que los caballos se hundían hasta el pescuezo y que los soldados saltaban sobre sus cabezas como si fueran piedras de río para no ser tragados por el barrizal. En el camino quedaron encalladas las carretas con sus bestias, los enfermos, la fruta podrida y la carne echada a perder. A pesar del desastre, el autoproclamado Califa no cesó en la temeridad de proseguir hacia la frontera del Duero, sin reparar un instante en que nosotras ya trajinábamos derrocarlo en su ausencia.

La insurrección en las calles comenzó la misma noche que Ibn Hazm y Maryam salieron de la cárcel. En los barrios se organizaron batallones populares armados con estacas y arbonaidas verdes emulando el pendón de los omeyas. Levantaron barricadas frente a las puertas de la Medina con los burracos de cada casa. Corría el vino a la par que los rumores sobre más ahorcamientos entre las élites del gobierno y de quienes lo sostenían con sus dádivas y corruptelas. Incluso algunos llegaron a quemar sus palacios movidos por el odio, el instinto humano más atávico y animal que se conoce.

El visir siente que una culebra le estrangula el cuello de regreso a casa. Atraviesa la Medina sin soltar a su hijo del brazo, a paso ligero, esquivando al gentío que se arremolina en la Puerta de Roma, con la cabeza escondida bajo la capucha de su chilaba como un vulgar ladrón. Confuso y cobarde, decide no ir a Medina Azahira, reniega de sus responsabilidades por primera vez en su carrera política, abre la puerta de su casa, entra sin avisar, libera a buena parte del servicio, ordena no salir a su familia y se atrinchera en la biblioteca. *Jamás un libro me ha traicionado,* se convence, atenazado por el pánico y la vergüenza. Mientras su mujer ruega protección a Dios recitando de memoria sus noventa y nueve nombres más hermosos con las cuentas de su collar, el visir hace lo propio con el epitafio anónimo que un desconocido depositó en la tumba de Almanzor: *¡Por Allah que no aparecerá en tiempo alguno otro héroe que pueda comparársele, ni habrá ya quien defienda las fronteras de Al Ándalus como viviendo él!* [5]

Ibn Hazm entra en la biblioteca e interrumpe con una retahíla de preguntas la oración laica de su padre, que en ningún momento fue capaz de levantar los ojos del suelo y mirarlo a la cara.

—¿Por qué te ha besado en los labios esa señora? ¿Quién es? ¿De qué la conoces? ¿Por qué no estás en Medina Azahira defendiendo a tu nuevo Califa?

—Ella es nadie y yo estoy donde debo estar. En mi casa, con mi familia.

—Y yo también estaré donde debo estar. En la calle, con la revolución.

—Te lo prohíbo. Pueden matarte. Eres mi hijo. El hijo de un visir.

—Precisamente por eso voy a salir a la calle, con el pueblo, para dejar claro que no tengo nada que ver contigo. Que no soy un traidor. Que no soy un cobarde.

El visir levanta la mano para pegarle, pero se queda suspendida en el aire al recordar cómo se hizo añicos la boronía de barro después de haberla arreglado. Y lo deja marchar con un perdón en los labios y el deseo de que el tiempo y la ternura hagan las veces de pegamento.

* * *

Aixa condujo a la Paloma a las afueras de la aljama de Córdoba, en el umbral de la sierra, justo en la frontera de la *mawta* o tierra muerta: donde el fuego, el pasto y el agua son de todos porque no son de nadie; donde el pueblo sube a celebrar la venida del invierno compartiendo gachas y vino; donde se respeta a quien la posee en la medida que la vivifica. Una mujer anciana aguarda bajo la perpendicular de la estrella polar, engarzada al brazo de un joven armado con un candil y el rostro más hermoso que jamás hayamos visto, al pie de una fuente custodiada por la estatua de un elefante. Parece una pobre vagabunda, diminuta, sucia, descalza, cubierta de lana de la cabeza a los pies como si la hubiera engullido una oveja. Está ciega. Sus ojos tienen el color y la textura de la humareda, pero no asusta mirarla. Entre el cochero y el joven la ayudan a subir a la carroza. Se sienta frente a Aixa, a la vera de la Paloma a la que regala una sonrisa que le abrió la sangre de las venas como se abrieron a Moisés las aguas del Mar Rojo. Huele a rosas. Y su cara brilla más que la luna llena de primavera. Por eso la llaman Qamar, aunque toda Córdoba la conoce como *al masarriya* por ser la depositaria de los saberes y sentires del primer filósofo de Al Ándalus, Ibn Massarra al Yabalí, el asceta libre de la montaña.

—Querida maestra. Reciba la misma alegría y la misma paz que desprende. Cuánta falta nos hacen sus consejos. A partir de hoy y hasta que termine la revolución, vivirá en mi casa. Será la mejor manera de protegerla y de tenerla siempre cerca.

Le conmina Aixa con respeto, a lo que la anciana responde que *así será porque yo lo quiero*. Nunca antes habíamos visto a la sabía sufí lejos de la torre de Belén, en el corazón de la sierra. A pesar de este ampuloso nombre con el que llamamos en Córdoba a los retiros de los eremitas, aquella torre no dejaba de ser un cuarto humilde que

construyó Ibn Masarra con las mismas dimensiones que la casa donde María, la cristiana copta hija de Simón y esposa del profeta Muhammad, la paz y las bendiciones sean siempre con él, parió a su hijo varón en Medina. Allí pasaba los días y las noches, echada sobre el mismo jergón donde murió su maestro. Y hasta allí peregrinábamos para que nos concediera su baraka mirándonos el alma con sus ojos muertos, dándonos de beber agua de sus manos, o mesándonos el cabello mientras nos recitaba sus plegarias.

Aun siendo noche cerrada, la carroza se adentra en los corrales de un tejar donde se amontona la chabasca del horno para no ser descubierta. Alrededor de la lumbre, esperan la mujer velada de amarillo, su hija, Amina, y doce mujeres más ataviadas del azul cielo que distingue a las componentes de su cofradía. En la misma puerta, una de ellas prohíbe el paso al joven, a lo que replica la anciana:

—Se llama Ismail Abd Allah al Ruhayiní y es una de nosotras. Son mis ojos para no perderme por las veredas del campo, igual que yo soy los suyos para que él no se pierda por las veredas del alma.

Todas somos conscientes del enorme peligro que corremos. No solo por quedar en plena madrugada para mantener viva la única *tariqa* sufí integrada por mujeres que nos queda en Córdoba. Los faquíes estallarían en cólera si supieran que entre ellas se encuentra Qamar, discípula de Ibn Masarra y continuadora de su pensamiento revolucionario, tan maldito para ellos como adorado por nosotras. Tras la muerte del segundo Al Hakem, los faquíes aprovecharon la indolencia del nuevo Califa para legitimar la dictadura de Almanzor a cambio de que éste les permitiera imponer su integrismo religioso. A la orden de quemar cientos de miles de tratados científicos de la biblioteca califal, siguieron los destierros de intelectuales de cualquier raza o religión, como Abderramán el geómetra, apodado el Euclides de Al Ándalus, o el músico Said Al Himar de Zaragoza, autor de *El árbol de la ciencia*, un tratado de iniciación a la filosofía por el que fue acusado de ateísmo y del que tuvo que abjurar para salir de prisión y huir a Sicilia.

De entre todos, con diferencia, los más perseguidos fueron los masarríes acusados de trasfundir la libertad y la rebeldía en la sangre del pueblo. La mayoría huyeron al oriente andalusí. Unos cuántos se refugiaron en Moratalla, cerca de Hornachuelos, a la que ellos preferían llamar Murad Allah, los amados de Dios. Pero si la inquisición de los faquíes debía cebarse con alguna persona para darle un escarmiento ejemplar, sin duda, la elegida era ella. Su destierro, su vejez y su ceguera le habían librado de la horca. Hasta ahora. Nadie discutía su liderazgo espiritual entre nosotras y la amenaza que suponía para el régimen amirí. Eso explica que fuera Qamar quien tomase la palabra antes de comenzar con la ceremonia de repetir y

escuchar el nombre de Dios hasta perder la razón y sentir que nuestras almas son una.

—He bajado de la sierra para curar a Córdoba de la enfermedad que la está matando. Que no os confundan las chaladuras de Sanchuelo, la desidia de Hixem o las ínfulas de poder de los ziríes. La raíz del mal se encuentra en la intolerancia religiosa contra los hermanos del Libro, poco importa que la insuflen los ulemas, los rabinos o los obispos. Son ellos los que pervierten la palabra revelada para hacernos sentir culpables de las vilezas que cometen. Os pondré varios ejemplos. —Previendo largo el relato, su lazarillo le acerca una silla de enea que hace topar con delicadeza en las corvas de la anciana para que se deje caer segura—. No es verdad que Dios nos castigara con el diluvio universal. No. Solo nos enseña que la salvación de las generaciones que vendrán nunca pasará por la decisión egoísta de subir al arca a los seres humanos, sino por la de embarcar a todas las criaturas que habitan los mares y la Tierra. No es verdad que Dios nos castigara a hablar en diferentes lenguas por construir la Torre de Babel y desafiarle. No. Solo nos enseña que la salvación de las generaciones que vendrán nunca pasará por la imposición de una sola lengua, de una sola raza o de un solo Dios, sino por el respeto a nuestras diferencias mientras nuestra sangre siga siendo roja y mantengamos el corazón en el lado izquierdo del pecho. No es verdad que Dios nos castigara a que la mitad de los seres humanos terminasen matando a la otra mitad como Caín hizo con Abel, los hijos de Adán y Eva. No. Solo nos enseña que la salvación de las generaciones que vendrán nunca pasará por la envidia o el odio al prójimo, sino por el amor y la compasión entre hermanos. Y por encima de todo, no es verdad que Dios nos castigara con la pérdida de la libertad por morder la manzana prohibida. No. Todo lo contrario. La mordimos porque él nos concedió la libertad para hacerlo. La libertad no fue el pecado sino la virtud. En consecuencia, si el ser humano es libre porque así lo quiso Dios, el enemigo del ser humano será el enemigo de la libertad en nombre de Dios. —Y con esa fuerza telúrica que solo la Naturaleza concede a las fieras cuando se sienten acorraladas, Qamar se pone en pie y nos señala a cada una con el dedo, como si nos viera—. Que no os quepa duda: son los faquíes los enemigos de Córdoba y de Dios. Porque son ellos y no Dios los que nos quieren asustadas y sumisas. Son ellos y no Dios los que rechazan que el islam sea un *din* o modo de vida basado en la concordia y en la libertad, para convertirlo en un ritual vacío que desprecia a quien lo desacata, en el vaso y no en el elixir que contiene. Si queremos curar a Córdoba de esta enfermedad mortal, devolvamos la libertad y la espiritualidad al pueblo. Y para eso los hombres nos necesitan. Jamás podrán conseguirlo sin nosotras. Por la misma razón que Maryam engendró sola al profeta Isa, debió

ser mujer quien diera la vida al primero de los hombres. No es una herejía que Dios tenga para el sufismo nombre de mujer y la llamemos Laila, porque la noche es la que engendra la luz de la mañana. Repitamos su nombre que es el nuestro hasta que despunte el día.

Y tras pronunciar los sietes redobles y recitar de memoria unos versículos del sagrado Corán, todas juntas salmodiamos al unísono que no hay más Dios que Tú, *La illaha illa Anta*, entre palmas cada vez más aceleradas, hasta que una de nosotras arrancó a cantar el *inshad* mientras el resto exclamábamos Allah con el corazón embriagado.

Todas no. A decir verdad, todas menos una. Por cada golpe de voz, la Paloma escudriñó un poro de la piel del joven lazarillo. Por cada palmada, contó las estrías que cuarteaban sus labios. Y en lugar de pronunciar el nombre de Dios, cometió el sacrilegio de repetir el de aquel adolescente hasta perder los pulsos. Tantas veces lo hizo durante la madrugada, que sepultó el de Ibn Hazm bajo la montaña de sus ecos. Y sí, claro que concluyó extasiada la sesión alcanzando la unidad con el Amado, pero esta vez no fue Dios en cualquiera de sus nombres, sino la criatura humana más hermosa sobre la tierra con uno solo: Ismail.

La niña se nos había enamorado.

* * *

Tampoco Dalfa pudo pegar ojo aquella noche. Después de franquear a solas el pasadizo de Medina Azahira, con el vestido arremangado en una mano, el candil en la otra y las babuchas entre los dientes, un eunuco la llevó en una burra hasta la puerta sur del Alcázar donde la esperaba Nizam, la escriba califal y cómplice en el falseamiento de centenares de documentos con la firma de su hijo Abdelmalik. Entre las dos maquinaron cómo esconder su fortuna ante los ojos de toda Córdoba sin que nadie la viera: en la propia ceca del Alcázar. Nizam libró pagarés a nombre de Dalfa que el tesorero pagó en seis cofres con monedas de oro a rebosar. Dos de ellos los cargó el eunuco en las albardas del animal y se fue con la escriba a saber dónde. Más tarde, un hombre feo pero apuesto, alto, rubio, con algo de chepa, ataviado con un alquicel blanco y una espada ceñida a un fajín verde, se apresuró a cargar los otros cuatro en un carromato. Era el Mehdi.

Uno de los baúles se lo llevó a su casa y lo ató al brocal de un pozo sin rendir más cuentas que a Dios en el juicio final. Otro se lo entregó a Tarsus el Mago para sobornar a la guardia de Sanchuelo, a los carceleros del Alcázar y a unos cuantos oficiales del moro Zawi. El tercero lo dejó en casa de Aixa para financiar la insurrección. El último, se repartiría entre el pueblo al día siguiente en la Mezquita Aljama, para celebrar su proclamación con el nombre de Muhammad

II, bisnieto de Abderramán al Nasir, hijo de la esclava cristiana Muzna la Coja y del conspirador Hixem que prefirió suicidarse antes que ser asesinado por Dalfa, cuarto Califa omeya de Al Ándalus y único en el mundo, enviado de Allah y salvador de la tiranía, Dios no quiera que para instaurar otra y que el pueblo la consienta. Malditos sean los pueblos que ansían la libertad tanto como la desdeñan cuando al fin la alcanzan. Y malditas sean las gentes de cualquier raza o religión que nacieron pobres pero libres y que solo aspiran a morir ricas pero esclavas. Con ellas es imposible que ninguna revolución alcance
la gloria.

* * *

El color, como todo lo visible, no existe. Es una irrealidad que solo cobra vida cuando la percibe nuestra conciencia a través de los ojos. El color no duerme en los pétalos de las azucenas, ni en las plumas de la golondrina. La casa del color somos nosotras. La alcoba es nuestra cabeza y nuestros ojos las ventanas. Qamar es ciega porque las tiene cerradas a cal y canto por culpa de unas calenturas que padeció cuando niña. Pero su cerebro, además de no olvidar lo que vio entonces, ha desarrollado la capacidad de ver lo invisible a través de su corazón. Como el color de las traiciones. Y ésta que se nos avecina va vestida de verde. Así se lo advirtió a Aixa camino de la ceremonia.

El Mehdi cruza el puente romano sobre un caballo blanco andaluz, portando en su mano derecha el pendón de los omeyas. Lo escoltan a pie los diez miembros del mexuar, encabezados por el viejo Azaid que sonríe feliz como un zagal. Detrás, los presos que asaltaron el Alcázar de madrugada son vitoreados por el pueblo en su nueva condición de héroes. A nosotras se nos cae la baba mirando el regocijo de la gente que alaba a Dios y el nombre del Califa, que aplaude a los revolucionarios, que agita pañuelos verdes gritando hurras al viento, que abarrota el Patio de Abluciones y los alrededores de la Gran Mezquita.

Un viajero extravagante y chiflado al que llamamos el Azafrán por el color de su piel, encaramado al sabat para que todo el mundo lo viera, mete fuego a una vara cargada con un polvo negro que se trajo de más allá del oriente conocido. Aquel palo se eleva silbando a toda velocidad hasta estallar en el aire como un trueno, desbocando algún caballo, provocando el pánico y enmudeciendo a la muchedumbre. El mismo instinto que nos paraliza cuando nos acecha una fiera, nos imantó los pies al suelo esperando otra señal del cielo que nos devolviera la confianza en la vida. Y así fue. Qamar se había subido a lo más alto del minarete con la ayuda de Ismail para romper la quietud y el miedo llamando a la entronización del nuevo Califa.

Jamás lo había hecho una mujer. Y nadie dudó que no podía ser otra quien osara hacerlo más que la Masarriya. A medida que recordaba la grandeza de Dios con la fragilidad de su garganta, la comitiva fue adentrándose en la Mezquita. Y cuando se repuso el silencio, el pueblo lo descuartizó con vítores y palmas que tronaron más fuerte que un millón de artefactos del Azafrán.

Nada tuvo que ver esta ceremonia jubilosa con aquella mamarrachada de Sanchuelo. Al Califa se le impuso la misma mitra que había coronado a los reyes tartesios, turdetanos, béticos, bizantinos y omeyas de Andalucía. Sus nuevos ministros y demás miembros de la corte portaban los bonetes de colores que simbolizan su cargo a la usanza andalusí. Se cantaron nubas y se bailaron zarabandas en el Patio de las Abluciones, sin distinción entre hombres y mujeres. Se arrojaron pétalos de rosas al paso de la comitiva. Se rasgaron almohadones para inundar el aire con su relleno de plumas de malvasía. Se encendieron pebeteros con incienso y sándalo. Se colgaron de los árboles unos peleles disfrazados de Sanchuelo para que la chiquillería los moliera a palos. Era una fiesta por y para el pueblo. Nunca en la historia de Córdoba la categoría de un acto así dependió tan poco de las sedas y las alhajas de la jassa. Todo lo contrario: sus ausencias lo dignificaron. No estuvo ningún amirí. Ni Abda, la madre castellana de Sanchuelo. Ni los ulemas. Ni los visires. Ni el Califa depuesto Hixem, al que le corría un sudor frío y le temblaban las mandíbulas, la papada y las mollas, del miedo a ser degollado y embutido como longaniza en sus propias tripas. Con él fue a entrevistarse Zawi, más por cumplir con el protocolo que para implorar favor alguno de una mole de tocino que apenas podía levantarse. Le hizo saber la magnitud y el éxito de la revolución, señalando entre otros culpables a sus oficiales corruptos.

—Mi señor, no se lo tenga en cuenta y págueles el doble de lo que han cobrado para traicionarle. Es lógico que quieran más al oro que a sus madres teniendo varios bolsillos y un solo corazón. Yo los comprendo porque hace años que murió la mía. Si mi señor nos ofrece un buen precio, resistiremos unos días el asedio del pueblo a Medina Azahira hasta que regrese Sanchuelo. De lo contrario, no opondremos resistencia. Entienda que mis soldados también tienen familia y que sus hijos tendrán la misma hambre con mi señor, con Sanchuelo, con el Mehdi o con quien sea que les pague lo que merecen.

Hixem asiente dejando caer los párpados. No tiene pellejo para más. El general beréber le besa la mano para sellar el acuerdo y, justo al retirarse, entra en la sala Dalfa acompañada de la escriba Nizam.

—Mi siempre respetado Zawi. Me alegra comprobar que tienes franca la espalda de puñales y sanas las rodillas para someterte al mejor postor. Por ambas razones, te ruego que permanezcas con

nosotras y escuches con atención a lo que hemos venido. ¿Nadie nos ofrece una copa de vino? ¿Nadie va a llamar a los ulemas, a los visires, a la madre del asesino de mi hijo, al resto de la corte, a los soldados, a los eunucos, a las esclavas? —Todo eso reclama en mitad del salón del trono, con una mano agarrada a los vuelos de su rutilante vestido y la otra apuntando al ombligo del universo, dando vueltas sobre sí misma como un vórtice de carne y hueso que devora la atención de cuantos la rodean—. Queremos que se entere todo el mundo de la abdicación de Hixem. Que todo el mundo sepa que un arrebato de cordura le ha hecho darse cuenta de la terrible equivocación que cometió al entregarle el trono a Sanchuelo. Que ha entendido la indignación del pueblo y que por esa razón nombra al Mehdi como legítimo sucesor de los omeyas en prueba de su arrepentimiento.

Dalfa ralentiza sus giros a medida que se acerca a Hixem, el único hombre en la sala que no reparó en las nalgas que dejaba entrever su vestido, quizá porque la pérdida del trono conlleve de manera irremisible la de libido, tanto o más que su obesidad mórbida. Cuando lo tiene a sus pies, para en seco, le reverencia con mofa, y reposa sobre sus genitales la carta de abdicación y un cálamo, a esas alturas de su degenerada vida, mucho más grande, grueso, y duro que su sexo. Ella misma se lo acomoda a la mano deforme del animal quimérico en que se había convertido, mitad humano mitad ballena, y concluye amenazante:

—Así lo harás constar por escrito y con tu rúbrica, de lo que dará fe nuestra escriba y todos los presentes, para que sea leído en la ceremonia de proclamación del nuevo Califa en la Mezquita Aljama. Porque si no lo haces, el pueblo vendrá a buscarte sin piedad y te colgará por los tobillos del puente romano hasta que mueras de hambre.

Hixem era cobarde, muy cobarde, pero no estúpido. La apuesta por Sanchuelo no le garantizaba la vida y además le costaba el doble. Así que, plegándose a las indicaciones de Dalfa, ordena a la corte que acuda a sus aposentos para contemplar su firma en el documento de renuncia que Nizam ya traía redactado. La incredulidad en las caras de los que hasta entonces pertenecieron a la casta más poderosa de Al Ándalus, contrasta con la dicha que se dibuja en las nuestras. La última en llegar fue Abda, desaliñada y pálida, muerta en vida.

El Califa se pone en pie ayudado por sus criados para abdicar por segunda vez en menos de tres meses. Dalfa ocupa su lugar y extiende la mano para que los presentes le rindan pleitesía al desalojar la sala. Zawi se la besa igual que hizo con el último Califa, que hizo con el anterior y que hará mañana con cualquiera que tenga el trasero pegado a esa silla. Un gesto tan coherente con su condición

mercenaria como el plan que bullía en su cabeza desde que intuyó la victoria de la insurrección: enviar un emisario a sus tropas en la frontera del Duero con la orden de regresar a Córdoba, con Sanchuelo o sin él, que ya vería entonces a quién obedecer y cuántos le obedecerían, a quién pasar a cuchillo y a cuántos perdonar la vida. Después del general, besaron la mano de Dalfa todos los cargos civiles, militares y religiosos de la corte en Medina Azahira. Algunos escupieron al salir. La mayoría no tenía saliva en la boca. Abda fue la única en rehusar el besamanos con tal de no humillarse ante los labios de Dalfa, rojos como el rejalgar que envenenó a su hijo.

Con idéntico ritual concluye la coronación del Mehdi en la Mezquita de Córdoba, solo que la cola de gente llega hasta el otro lado del río. A cambio de un beso en el dorso de su mano derecha, el nuevo Califa les hace entrega de una moneda de oro del baúl donde tiene enterrados los pies. En una mañana habrá comprado todas las lealtades que los amiríes perdieron desde que murió Almanzor, y por mucho menos precio.

Unas palabras del viejo Azaid abrieron la ceremonia desde el *minbar* de la Mezquita, con los hombres delante bajo los arcos y las mujeres detrás en el patio. El comienzo de su alegato en el nombre de Dios, el Compasivo y Misericordioso, fue lo único en que se pareció a las rancias *jutbas* de los faquíes. Leyó el acta de abdicación de Hixem. Alabó las luces de nuestra ciudad desde la llegada del primer omeya, Abderramán el Emigrado. Justificó la revolución del pueblo como la única manera de reponer el orden divino vulnerado por la tiranía de los amiríes, el caudillaje de los beréberes y la intolerancia de los ulemas. Y terminó nombrando, uno a uno, al nuevo gobernador, a los nuevos visires, a los nuevos cadíes, a los nuevos faquíes, todos hombres y todos amañados en un consejo de hombres reunido durante la madrugada, al margen de nosotras.

A Qamar no le sorprendió que los sujetos del poder siguieran nombrándose en masculino, a pesar de que el artículo en árabe es único y neutro. A Aixa, sí. Y mucho. Se sintió defraudada, traicionada, mentida. Más aún cuando comprobó que algunos de los nuevos cargos de la corte recaían en algunos de sus antiguos clientes. La misma patraña disfrazada de revolución. Y se fue a casa, sola y sin despedirse, para no tener que aguantar más tiempo la peste a sobaco que transpiraban los oropeles de los farsantes. Ni los flatos de un muerto hieden peor que el aliento de un embustero.

* * *

Nuestras madres nos educaron de niñas a estar prevenidas ante los acontecimientos más importantes de la vida. Por eso siempre tenemos

dobladas y limpias, con antelación, las sábanas del parto, las enaguas del ajuar, el arrullo del recién nacido y los sudarios de la mortaja. Aixa no quiso ser esposa ni madre, pero sí fue una buena hija que mantuvo guardadas en un arca, sin manchas ni arrugas, las sábanas que su madre le regaló para casarse y parir. La pobre se murió amarilla del disgusto por negarse a reconocer la libertad y el coraje de su hija. Para no alimentar los chismes, un médico certificó su muerte a causa de una ictericia grave que se le agarró con saña a los pulmones. Nosotras creemos que la mató la envidia. Sea como fuere, nunca dejaron de quererse.

Tras rociar las sábanas con agua de rosas, Aixa las deposita con cuidado sobre la cama de Maryam, junto a un ejemplar en griego de Antígona al que le falta la última página que guarda desde su juventud en un bolso de cuero. Se viste de seda azul teñida con aspid de Jerusalén. Se calza unos tacones. Se maquilla, perfuma y engalana con sus mejores joyas. Y, entre tanto sus esclavos preparan la carroza para salir sin ser vista, llena el vacío del arca con una soga.

Como le enseñó su madre.

* * *

Su primera parada será en la casa del visir. Golpea la aldaba superior que advierte a las mujeres de la llegada de un hombre, para no abrir descuidadas o sin velo. Sabe que su hijo no se encuentra en su interior porque lo ha visto vestido de viernes en la ceremonia, acompañado de sus amigos poetas. Pregunta por el visir y regala a su joven esposa una bandeja de dulces de almendra bañados en miel. El visir la recibe en la biblioteca, se sientan, y ella rompe el silencio.

—Mis padres discutieron por mi culpa el mismo día que nací. Mi madre quería llamarme Aixa y mi padre se negó argumentando que me acusarían de infidelidad, como hicieron injustamente con la mujer de nuestro último Profeta, que la paz sea con él. Mi padre quería llamarme Casandra y mi madre se opuso a que llevara por nombre una maldición que me condenaría de por vida a inventarme el futuro de los demás, como hacen esas videntes que te dicen lo quieres escuchar por unos feluses. Al final, cada uno me llamó por su nombre en privado, y los dos tuvieron su parte de razón: he sido infiel a todos menos a mí misma, y fui capaz de adivinar el porvenir de todos menos el mío, hasta hoy que sé con certeza cuál será mi final, pero ignoro el de Maryam y el de Córdoba, a las que tanto amamos. —Con discreción, saca algo de su bolsillo y se lo muestra cuando se sabe segura de que no hay más de cuatro ojos en torno a la mesa—. Esta carta que tengo en mis manos estaba dirigida a tu esposa y en ella se revelaban los nombres de los efebos con los que jugabas a escondidas

en las alcobas de mi monasterio. Fue la única carta que no llegó a su destino. —Con la misma discreción, la posa sobre la bandeja y le derrama encima la infusión hirviendo hasta deshacerla en grumos como babas de caballo—. No me des las gracias a mí. Dáselas a Maryam. Ella puso como condición a Dalfa y a los hombres de la revolución que te salvaran la vida y te mantuvieran en el cargo. Al fin y al cabo, tú hiciste lo mismo con su madre. Cumpliendo sus deseos, destruiré esta carta a cambio de que la cuides como si fuera tu hija.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Soy demasiado vieja. Y no le debo ningún favor a nadie.

Antes de marcharse, en el mismo umbral de la puerta, el visir la llama. Tiene los ojos a medio cerrar, cada uno con la medida exacta de lágrimas para contener el llanto. Tirita y no de frío. Jamás lo habíamos visto así de roto. Quedan los dos a la distancia del conato de un beso. Y se confiesa en su cara, con esa voz en ruinas de los inocentes que asumen su condena.

—Soy un miserable. Un mentiroso. Un farsante. Lo que quieras decirme menos un degenerado. Amaba a ese joven. Y aunque me caiga el infierno encima con todas sus maldiciones, nunca tuve la sensación de estar pecando, ni de cometer mal alguno por desearlo con la pasión que jamás sentí por una mujer. En todo caso, gracias. Cuidaré de la Paloma, si deja cuidarse.

* * *

La segunda parada de Aixa será en el cementerio de Um Salama donde enterramos a la madre de Maryam. Durante el trayecto, la carroza se cruza con una turbamulta dispuesta a desvalijar Medina Azahira. La mecha se encendió en la misma ceremonia de coronación. Muzna la Coja, harta de esperar sentada a que su hijo repartiera las monedas entre sus súbditos, o más bien temiendo a quedarse sin ninguna, reveló a voces desde la *maqsura* de la Mezquita que había millones de monedas iguales escondidas en el palacio de Almanzor, y que desde hoy pertenecían al pueblo de Córdoba. Hacia allí nos fuimos todas en tropel con capachos, lebrillos, serones, espuertas, barreños y las manos abiertas para arramplar con cualquier cosa que pudiéramos cargar de vuelta. Córdoba quedó desierta. Solo Aixa vela por ella, de rodillas sobre la tierra que cubre los restos de la madre de la Paloma, con una rosa en la mano.

—Las rosas, como las revoluciones, florecen cuando regresan las cigüeñas. Esta la he cortado para ti y ya está muerta. Tan muerta como tú. Tan muerta como cada una de nosotras desde la primera cicatriz en el ombligo. Tan muerta como esta revolución que acaba de nacer. La dejaré sobre la tierra que te abriga. Y se ajará y se pudrirá y

se convertirá en polvo y no por ello dejará de estar más muerta que hoy. No creo que exista un paraíso para las flores muertas. Con sinceridad, tampoco creo que exista un paraíso para nosotras. Pero si así fuera, seguro que tú estarás en él, mientras que las cafres como yo vagaremos por el infierno. Por eso he venido a verte. Para que le pidas perdón en mi nombre a tu hija cuando os encontréis en el paraíso. Dile que no la abandoné. Dile que me maté para protegerla. —Y se echa a llorar con las lágrimas sin estrenar que tomó prestadas del visir —. Dile que el nombre de Almanzor que lleva tatuado en su cuello hermanó nuestras vidas para siempre. Lo amamos tanto como él despreció a lo que más amábamos nosotras: tú a Maryam, yo a mi libertad. Pero mucho más nos ha hermanado tu hija y la manera cruel con la que el destino nos ha condenado a cuidarla: separándonos de ella. Ahora me toca a mí.

Salma se extingue sobre el suelo que besa. Está rezando. Pero no invoca el nombre de Dios, ni el de ninguno de sus Profetas, consciente del sacrilegio. Masculla su propio nombre, convencida de que nadie más rezará por ella.

—Conseguí que los poderosos respetasen mi libertad a cambio de permitirles hacer lo prohibido en mi casa y no revelar sus secretos. Pero el árbol del poder no tiene raíces, solo cuervos en sus ramas. Creí ilusa que la revolución los espantaría y mira, apenas sí ha servido para que unos se vayan y otros ocupen su lugar, retozando en la misma cama con los mismos hombres. Veo tanta luz en los ojos de la buena gente, en los ojos de tu hija, que no quiero ser yo quien los eclipse. Los cuervos irán por mí. Saben que no los delataré porque un secreto que no corre el riesgo de ser revelado se convierte en inofensivo y a su dueña en vulnerable. Me matarán. Es la mejor manera de que nadie sepa que la corrupción no abandona el poder aunque cambie de bando. Pero en mi muerte, como en mi vida, mando yo. Y prefiero quitarme de en medio para quitármelos de encima. Así no pondré en peligro la vida ni los sueños de tu hija. Haz que lo entienda. Dile que me perdone. Díselo cuando la veas, por favor. Y ojalá que sea tarde.

* * *

Tras despedirse de la madre de la Paloma, Salma contempla atónita nuestra estampida de la Mezquita camino de Medina Azahira, cegadas por la codicia que solo una ciega de verdad como Qamar alcanza a ver, comprender y perdonar. Maryam no se separó un palmo de su lado. Para ser sinceras, del lado de Ismail al que no quitaba ojo sin que él se diera cuenta. Pocas sensaciones son más anheladas e irrepetibles en la vida que el temblor que produce la enamorada timidez adolescente. Y a la Paloma le tiritaban los tuétanos solo de

pensar que sus miradas se cruzasen sin querer, aunque fuera lo que más deseaba en ese momento. Lo que no se le pasó por la cabeza, y mucho menos por el corazón, fue cruzarse con la mirada de Ibn Hazm. Justo lo que quiso Dios que ocurriera. El joven la andaba buscando entre la bulla para contarle cómo se había encarado con su padre y que se había alistado con el pueblo, convencido de que se sentiría orgullosa de su hombrada y más loca que nunca por él.

Apenas quedaban ancianas y tullidas en el Patio de las Abluciones cuando Ibn Hazm la llama por su nombre y ella no hace caso. Se coloca a su espalda y vuelve a llamarla. Y no hace caso. Le toca en el hombro, nervioso, expectante. Ella se da la vuelta con los ojos en la nuca. Lo mira sin ver. Como si le hubieran extirpado el relleno de sus cuencas. No le sonríe, ni siquiera por cortesía. Lo trata como a un intruso. Peor aún, como a un desconocido. No le dice qué alegría verte entre nosotras, en la misma trinchera, con la revolución. Tampoco le pregunta qué haces aquí, desconfiada. No abre la boca. Nada. Y por segunda vez desde que la conoce, Ibn Hazm intenta encontrar un porqué a su indiferencia fortuita en los microbios del aire, en la picadura de un insecto, en la mordedura de un perro, en una amnesia patológica, en lo que fuera ajeno a su culpa, hasta que percibe la indomable atracción que Ismail ejerce sobre sus sentidos. Y lo maldice entre dientes, animalizado por los celos.

* * *

La última parada de Aixa será en un cementerio para marginados, abortos y desconocidos camino de la sierra. Allí ha decidido despedirse de sus esclavos y de la vida. No le importa que la entierren con el trasero mirando a Meca, o que ofrezcan su cadáver a los perros como hicieron con la judía Jezabel. Solo le preocupa el futuro de Maryam y de Córdoba, las únicas razones por las que daría marcha atrás, si no fuera porque siente la impotencia de una enferma terminal que nada puede hacer para salvarse y menos aún para salvarlas.

La noche es un manto oscuro que cubre la ciudad y sus recuerdos, salvo en su extremo oriental donde centellea una luz anaranjada, cada vez más intensa. Aixa barrunta que debe ser Medina Azahira.

Y se encarama por el cuello de un árbol para comprobarlo.

* * *

---

5 *Poesías árabes*, traducidas por Francisco Javier Simonet. Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.

Su casa

Medina Azahira ardió como el pasto seco en el segundo mes de *yumada* del año 399 de la Hégira, segundo mes del año 1009 en los almanaques cristianos.

A decir verdad, la ardimos.

La muchedumbre acudió a la llamada de la madre del Mehdi, nuevo Califa y único del mundo, para rapiñar del palacio hasta las raspas de los peces. Se vistieron con las ropas de la corte, se colgaron sus joyas, comieron sus manjares y bebieron sus vinos en vajillas de oro y pedrería. En sus bestias cargaron las teselas de los mosaicos, los capiteles de las columnas, las esculturas de las fuentes, cualquier cosa de valor por inútil que fuera, al grito de paz y libertad, viva la revolución, esclavas incluidas. Aquellos machos nos repartían como naipes hasta que llegaron los líderes de la asamblea, a pie, dando ejemplo de humildad, civismo y coherencia con los principios de la insurrección que el pueblo se pasaba por la entrepierna.

Les siguen unos pasos por detrás la Paloma, Ismail y Qamar al Masarriya, arrastrando los pies como si llevara a cuestas los miles de años de historia de la tierra que pisa. Con un hilo de voz ordena que nos dejen marchar, y todos obedecen como borregos:

—Ellas nacieron de la misma matriz que vosotros. Y tienen el mismo derecho a ser libres.

Aunque no puede vernos, Qamar sabe que todas la estamos mirando. Se desanuda el velo de la cabeza dejando caer una cascada de pelo cano por la espalda hasta las corvas. Una de nosotras hace lo mismo y ondea el pañuelo en el aire como si fuera una bandera cosida al mástil de su brazo. Después otra. Y otra. Y otra. Hasta que un mar de velos cubre Medina Azahira de libertad y primavera a juego con los almendros recién florecidos. Gritamos hurra. Somos libres. Y lo celebramos desvalijando la que había sido nuestra prisión, nuestra casa.

Ninguno de los miembros del consejo se llevó una mota de polvo de Medina Azahira. Pero tampoco hicieron lo más mínimo para evitar que la saqueáramos hasta convertir la ciudad luminosa de Almanzor en un pozo ciego. Sabían que proyectaríamos nuestra cólera contra el símbolo del poder que nos asfixiaba y, a modo de terapia colectiva, nos dejaron desfogarla sin límite. Todo terminó entre llamas. Medina Azahira parecía un espejo del infierno en la Tierra. A la mañana siguiente, ya era nada. Cenizas. Un recuerdo.

Maryam contempla el desastre con sus ojos adultos de niña grande. Incrédula. Desorientada. Triste. En su retina se reflejan las mismas personas y las mismas hogueras que en las fiestas de marhayán. Pero aquel júbilo que la encandiló entonces se había transformado en una sensación extraña, mezcla de inquina y egoísmo, que le provoca urticaria por todo el cuerpo. Más aún cuando descubre a la Nubia entre el gentío, junto a las demás esclavas de la corte, colmando sus regazos con los collares, pulseras y abalorios de las viudas de los amiríes. Se acerca para pedirle explicaciones con los ojos turbios, desolada, incapaz de pronunciar una palabra de condena. Y la Nubia

se las da, con calma, como siempre.

—No estoy robando, mi Paloma. Todo lo que hay en Medina Azahira es nuestro.

—Y aunque así fuera, ¿por qué lo haces si ya eres una mujer libre?

—Ay, mi niña. Justo por eso, porque soy libre. Dime, ¿para qué nos servirá la libertad? ¿Para ser esclavas de un marido? ¿Para cambiar de amo? Aquí en palacio éramos libres siendo esclavas. Fuera, seremos esclavas siendo libres.

—Nubia, no me digas eso, por favor. ¿Acaso no crees en la revolución?

—Claro que creo en ella, mi niña. —La consuela con un beso en la frente, demasiado tierno para una decepción tan dura—. Pero la culpa de lo que ocurra en Al Ándalus a partir de ahora no será de la revolución, ni del nuevo Califa, ni de los nuevos ministros, ni de los nuevos ulemas. Será de la gente. De ti y de mí. ¿De qué vamos a vivir mientras no se asiente esta polvareda? Quizá algunos destruyan y roben por despecho a la dictadura, pero la mayoría de nosotras estamos cogiendo lo que nos cabe en los mandiles para sobrevivir. Antes era una esclava que tenía donde dormir y comer. Ahora soy una mujer libre que no tiene donde caerse muerta.

Zawi y su ejército beréber huyeron de la quema con el rabo entre las piernas hacia el solar maldito de Saqunda, en la margen izquierda del río grande, donde plantaron las jaimas con sus mujeres, sus caballos, sus cabras y los cuchillos dispuestos a calar en carne viva. Las viudas de los amiríes fueron hechas prisioneras y conducidas a las celdas del Alcázar en una carroza al descubierto, entre los insultos y los salivazos de la multitud que las esperaba. A Hixem lo hicieron pasar por una de ellas, disfrazándolo de mujer con un velo y una túnica verde hecha con dos piezas de cortina, que muchas confundimos con una tinaja de lagar enmohecida de lo obeso que estaba y la papada que tenía. Ocupó el lugar de Dalfa a la que el consejo dejó escapar y ponerse a salvo como pago a sus servicios por la revolución. También respetó a regañadientes la vida y el estatus del visir, cumpliendo lo pactado con Maryam. El padre de Ibn Hazm regresó a su antigua casa de Balat Mugit junto a su familia y las criadas del servicio, con la honra a la altura de sus babuchas.

Todo lo demás que tuviera algo que ver con el régimen amirí fue arrasado como si Dios jamás lo hubiera creado. La vieja Qamar explicaba a la Paloma por qué las cosas tenían que ser así, sentadas en una columna tirada en el suelo, aprovechando que nosotras vaciábamos sin escrúpulos los roperos y las alacenas.

—La revolución es luz. Y cualquier objeto que se interponga en su camino nos causará sombra. Mejor que no quede rastro de Medina Azahira para que nadie sienta nostalgia de lo que fue. Ni de sus

muros, ni de las personas que los habitaban. Que se liberen a los esclavos y se esclavicen a las esposas del hayib y del Califa derrocado, a sus visires, a sus cadíes, a sus ulemas, a sus faquíes, y a cuántos creyeron que el pueblo permanecería impasible frente a su integrismo y tiranía. Solo nos corresponde a nosotras, con la bendición de Allah, elegir a nuestros gobernantes. Ahora somos luz y no permitiremos que nada ni nadie nos haga sombra.

Y tanto caso le hicimos, fue tal la devastación, que hasta borramos del suelo las alcantarillas, los cimientos, las raíces de los árboles, las madrigueras y los hormigueros, para que ni Dios recordara donde estuvo la ciudad luminosa de Almanzor. Apenas quedó una sombra sin quitar. En los ojos de Maryam.

Como un alfiler clavado en el corazón de las utopías.

* * *

Cuando el emisario de Zawi contó a Sanchuelo lo sucedido, se le descompuso el vientre y se cagó encima. El olor a mierda bastó para que los comandantes ziríes no dudaran en desertar y volver a Córdoba con sus jinetes beréberes. No fueron los únicos. Antes del amanecer, ya se habían esfumado sus aliados de las coras del Levante. A la noche siguiente, los portugueses, los mercenarios eslavos y un puñado de gallegos con sus recuas de mulas. Dado que perdía mil hombres por cada jornada de retorno, Sanchuelo ordenó acampar en Calatrava y exigir a sus generales juramento de fidelidad si querían mantener la cabeza sobre los hombros. Ninguno se presentó en la rábida, huyendo a galope con sus tropas y los *almófares* calados hasta los hombros. Solo permaneció a su lado Ibn Gómez, el Conde de Carrión. Aunque su lealtad parecía obedecer a la promesa de ser nombrado gobernador de la marca franca, las malas lenguas cuentan que los sorprendieron más de una vez revolcándose borrachos y desnudos en el mismo lecho.

El destino quiso que la siguiente parada de Sanchuelo fuese en el convento donde Dalfa escenificó el asesinato de su hermanastro, a media jornada de Córdoba. Allí lo esperaba el visir cumpliendo su primera misión bajo las órdenes del nuevo Califa: *Mátalo con tus manos y no te las laves hasta que yo te las vea. Si quieres mantener el cargo, tendrás que ganarte mi confianza.*

Nada más reconocer al visir que fue de su padre y de su hermano y suyo, a Sanchuelo le atenazó la angustia al estrechar su mano ensangrentada y preguntarse si se trataba de un *yin* que venía a salvarlo o de un demonio. La duda se desvaneció de súbito al ver que en la otra sostenía por los pelos la cabeza del Conde de Carrión. Llamó despavorido a su guardia pero nadie vino a socorrerle. Tartamudeó el nombre de su consejero judío pero era sabbat y por nada del mundo

quebrantaría su día sagrado. Hasta llegó a implorar ayuda a nuestras compañeras de harén que ya no estaban para auxilios de ninguna clase, y menos para él. Cuando se supo derrotado y solo, se arrastró como una culebra a los pies del visir para pedirle la clemencia que jamás tuvo con nadie, llorando más que una legión de plañideras. Ay, si lo viera su madre, ella misma lo mataría. Pero lo hizo el visir. Y con sus propias manos le hurgó en el pecho para comprobar que tenía corazón y dárselo de comer a los marranos. El mismo corazón que él había perdido con tal de recuperar el de su hijo.

Siendo un niño, el visir hizo jurar a Ibn Hazm sobre el sagrado Corán que la crueldad es la peor enemiga de la inteligencia.

—Jamás admires a los crueles porque serás tan estúpido como ellos. Y jamás los justifiques. Crueldad y justicia son agua y aceite. Se puede ser imbécil con buen corazón. Pero no llames inteligente a quien demuestre no tenerlo. Solo cruel. A secas.

Eso le dijo la misma persona que acaba de matar a Sanchuelo y sacarle las vísceras en nombre del pueblo, en nombre de la justicia, en nombre de la revolución. Ninguna de esas tres palabras merece la dignidad si está manchada de sangre cruel por muy cruel que fuese la víctima. A la dictadura se le presume la crueldad porque necesita ejercerla para perpetuarse. Pero cuando la comete quien pretende acabar con ella, se convierte en lo que detesta. En el perro que muerde a otro y se contagia de la misma rabia.

Durante toda su trayectoria política, el visir consiguió inmunizarse contra la crueldad de sus gobernantes. No tuvo que lavarse las manos ni la conciencia porque siempre las mantuvo al margen de su corazón. Otra cosa era parecer un hipócrita o un depravado en una ciudad tan cotilla y cainita como Córdoba, riesgo que asumía con naturalidad mientras nadie más lo supiera, dejándose buena parte de su tiempo y de su dinero en que sus vicios no entrasen por la puerta de su casa. Todo ha cambiado tras la insurrección. Ya no teme que salgan a la luz sus trapos sucios, sino que se revele su inaudita crueldad. Toda Córdoba sabrá que decapitó al Conde de Carrión y que dio de comer a los cerdos el corazón de Sanchuelo. Cierto que no tenía más opción. Que solo deshonrándose a sí mismo salvaría su honra, dejando de ser un lameculos de los amiríes para convertirse en el héroe revolucionario que asesinó al dictador. El padre de Ibn Hazm sabía que le perdonaríamos su pasado en público y sus excesos en privado. Pero la verdadera razón por la que el visir aceptó cometer este crimen fue para que su hijo le perdonara su cobardía. Y de eso no estaba tan seguro, porque fue él quien le enseñó a no perdonar a los crueles.

* * *

La Paloma vive en el exilio desde el día en que nació. Su casa fue su madre, no Medina Azahira. De haberlo sido, también ella se sentiría en ruinas como el corazón deshabitado de un amante. Y no. Maryam mostró la frialdad de un muerto mientras arrasábamos el decorado de su infancia. A muchas de nosotras nos cuesta años y años aprender que los recuerdos no son esos líquenes que nacen de las piedras con las que jugábamos a rayuela, ni el polvo que acumula nuestro vestido de boda en el armario, ni la piel de las cosas estropeadas que guardamos creyendo que contienen un jirón de nuestras vidas. Ella lo supo desde niña porque no tuvo más remedio que convivir con el recuerdo de su madre sin más prueba que su nombre tatuado en el cuello. Aunque las llamas devoren Medina Azahira y no dejen rastro de su existencia para la historia, Maryam no olvidará lo que allí vivió pero sin sentir un átomo de melancolía por la que nunca fue su casa. A partir de ahora tendrá que madurar y envejecer entre otras paredes, tan extrañas como aquellas, consciente de que solo tras la muerte encontrará su hogar en el paraíso junto a su madre. Suerte que aún es joven. Y no tiene prisa.

Cuando Maryam regresa a la casa de Aixa, sobre la última llamada a la oración, todas ignorábamos que la anciana había salido a suicidarse. A nadie sorprendía su ausencia porque gustaba pasear por las calles de Córdoba en plena noche, maquillada y desvelada, sin avisar al servicio y sin miedo a ser detenida por vulnerar la ley que nos lo prohíbe por ser mujeres.

Hace un frío nuevo lejos del incendio, más seco que de costumbre. Ismail acuesta a Qamar en un jergón de paja junto a la chimenea del antiguo calefactorio, en la panda sur del claustro, para evitarle subir las escaleras. Él dormirá en una de las celdas de arriba, contigua a la de Maryam, lejos de la sabia sufí por primera vez en mucho tiempo. La joven se lava las manos, la cara, el pecho y su sexo como si fuera a rezar desnuda ante los ojos de Dios, o hacer el amor ante los ojos de un hombre. Viste de limpio la cama con las sábanas del ajuar que Aixa le había dejado como regalo de despedida, y se sumerge en ellas y en las páginas de Antígona para dejarse dormir en calma. Pero no consigue conciliar el sueño, turbada por el presentimiento de la desnudez cercana y simétrica de Ismail al otro lado del muro. Se le vienen a la cabeza las orgías de palacio y sus charlas eróticas con nosotras en el harén. Como por arte de magia, se trae el fuego de Medina Azahira entre sus piernas y se moja con saliva el dedo corazón de su mano derecha para sofocarlo. En vano. Arde por los cuatro costados, respira a bocanadas, se muerde los labios, jadea y se retuerce hasta manchar las sábanas, sudando, con la boca pastosa, los ojos fuera de sus órbitas, el nombre de Ismail en su lengua y el de Ibn Hazm por ninguna parte.

Qué perdido estaba el pobre. La cabeza de Ibn Hazm parecía una veleta en mitad de un torbellino. Se pregunta cómo es posible que su padre siga vivo mientras el resto del gobierno cuelga ahorcado de los árboles. Que se le respete en el cargo a pesar de su conocida lealtad con los amiríes. Que se le encomiende ejecutar a quien había sido su hayib y después su Califa. Y que, para colmo, acepte.

Tampoco entiende las bondades de la revolución al vernos marchar hacia Medina Azahira como lobas disputando una presa. Recuerda entonces a un charlatán *malamati* que divagaba sobre las diferencias entre pueblo y muchedumbre, rezongado en los muros de la Mezquita Aljama, harapiento, esquelético, con los dedos de los pies negros y peludos como orugas, a cambio de una limosna que gastarse en vino.

—Aunque Dios es compasivo y hace salir el sol por igual para unos y otros, solo Él sabe que no son iguales. ¿Sabéis por qué la muchedumbre salvó la vida al ladrón de Barrabás, a uno de los suyos, condenando a muerte al bueno de Isa? Para que su insoportable perfección moral no les recordase a diario la miseria de sus almas. Esa misma muchedumbre fue la que se repartió sus ropas, lo crucificó, escupió sobre sus heridas, y ahora lo reconoce como uno de sus Profetas, le reza para que espante sus males y lo blasfema cuando se sienten defraudados. El pueblo no es así de mezquino. Es mucho peor. Quizá obre de la misma manera que la muchedumbre, pero no por las mismas razones. El pueblo también lo crucificó, lo traicionó, se repartió sus ropas, le reza y lo blasfema, pero siendo consciente de lo que hace, sin sentir la más mínima culpa ni arrepentimiento por ello. Si sois muchedumbre, por favor, dadme una moneda. Y si sois pueblo, dos o ninguna.

Ibn Hazm quiere creer que fue la muchedumbre la que asoló el lugar donde transcurrieron los mejores días de su niñez, donde aprendió a jugar al fial, donde compuso sus primeros versos en árabe, donde compartió baño con nosotras, donde conoció a la Paloma. Pero se le incendian los ojos solo de pensar que lo hizo el pueblo.

De su corazón, mejor no hablar. Apenas le queda el hueco del pecho, quizá lo más desolado sobre la tierra junto a Medina Azahira. Que levante la mano quien no haya padecido un desamor a los catorce años, suplicando morir o que lo maten, cuando la mirada adolescente deforma la realidad y nos hace ver abismos en las grietas más ridículas de las cosas. Así se entiende que Ibn Hazm prefiera no acompañarnos y evitarse el sofocón de tener que soportar ambos saqueos: el de Medina Azahira que también fue su casa, y el de sus ventrículos al encontrarse con Maryam.

Abandona la Mezquita Aljama por su puerta más nueva, se despide de sus compañeros poetas, surca la Medina desierta hacia la Puerta de los Judíos y, sin que nadie lo observe, se sienta sobre el capitel donde

proclamó su deseo de restaurar a los omeyas, donde se sintió un Hércules renacido, dónde se enfrentó a los soldados amiríes, donde fue apresado, donde besó por dos veces a la Paloma, y donde un espasmo de imbecilidad le sacude el cuerpo, ahora.

No muy lejos de allí, saliendo del cementerio de Um Salama, adivina la silueta augusta de la mujer que liberó a Maryam y besó a su padre a la salida de la cárcel, vestida de azul con una enorme toca púrpura envolviendo su pelo. La esperan dos esclavos que la suben a una carroza, camino de la sierra. Se aleja. Y con ella, su Córdoba soñada. Culta, refinada y libre.

Desorientado, se deja llevar hacia los arrabales del oeste, los más miserables de la ciudad a pesar de ser los más cercanos a los palacios de la corte, a su propia casa, que Ibn Hazm jamás había visitado por una razón tan simple como intolerable: desconocía su existencia porque a los ricos se les educa para que entiendan la pobreza como una enfermedad de la que deben alejarse.

Unos niños enjambrados de piojos se le suben por la chilaba mendigando un mendrugo de pan que les rellene el vano del estómago. Todos tienen el barro por zapatos, sucia la cara y apestan. La mayoría son cristianos de allá donde no blanquean las paredes, no hay flores en los patios, ni estatuas en las playas. Hablan lenguas distintas entre sí que en algunas palabras y sonidos se asemejan a nuestro romance. Otros son hijos de esclavas negras que farfullan en sus jergas mezcladas con la algarabía. También los hay con la piel del almizcle que dicen venir allende los mares, y que a escondidas rezan a una religión sin Dios pero con un profeta gordísimo que debió comerse a sus creyentes. Un batiburrillo de eslavos, negros, amarillos y hermanos del mar blanco de en medio, con el hambre como patria.

Cayó la noche tan aprisa que pilló desprevenidas a las estrellas, a las prostitutas y a las luciérnagas. Amarrada del cielo, se enciende la luna con el mismo color del fuego que consume Medina Azahira. De allí vuelven sus padres y madres con hatos a la espalda atestados de comida. La chiquillería se abalanza sobre ellos con ansia. Ibn Hazm los comprende. Y los perdona. Y se reconcilia con la revolución. Y se culpa a sí mismo por su ignorancia e insensibilidad. Y maldice a cuántos le vendaron los ojos para no ver y el corazón para no sentir. Empezando por su padre.

Uno de esos niños lleva colgada del cuello una moneda idéntica a la que tenía la madre de la Paloma. Ibn Hazm le ofrece por ella un dinar de plata y se la queda. A su lado, pasan una mujer con su hija de la mano. Bajan de la sierra y sorprende que no traigan alimento consigo, pero sí un pañuelo púrpura que le roza los tobillos, un bolso de cuero y unos tacones. Al parecer, unos furtivos que no se fían de los vivos ni de los muertos, descolgaron a la ahorcada que los llevaba encima, la

desnudaron, le robaron el vestido y las alhajas, guardaron el botín en un arca que encontraron a sus pies, arrojaron su cadáver a unos ramones de olivo que un carbonero tenía apilados para hacer picón, y le metieron fuego vaya a ser que su espíritu se chivara al demonio.

La noche que ardieron Medina Azahira y Aixa, la Paloma e Ibn Hazm no durmieron en sus casas: ella porque nunca la tuvo, él porque decidió no tenerla.

La luna

Quienes han tenido la fortuna de regresar vivos de su propio entierro, cuentan que el espíritu, antes de abandonar el cuerpo, hace un balance vertiginoso de lo vivido dentro de los ojos, y que por esa razón gesticulan tan aprisa los moribundos mientras se recuerdan y se juzgan a sí mismos, hasta dictar sentencia con la boca: si sonríen es que mereció la pena su tránsito por la vida; si se les descuelgan las comisuras de los labios, es que añoran la vida que deberían haber vivido.

Cuentan que Qamar murió con la boca neutra para enseñarnos que la calma es gris porque que se encuentra entre la vida que vivimos y la que soñamos vivir; entre las palabras que dijimos y las que nos arrepentimos callar; entre el odio que gastamos en balde y los abrazos que se nos quedaron a deber. No hay día en que Maryam no se culpe por no haber dicho más veces a su madre que la quería. No hay día en que Ibn Hazm no se culpe por no haber dicho más veces a su padre lo que pensaba. No hay día en que ambos no se culpen por no haberse dicho más veces las verdades a la cara. Pero el tiempo se les fue como arena entre los dedos y ahora necesitan vivir con urgencia todo aquello que no dijeron para morir en paz.

Con la boca indiferente.

A Maryam le pesa como un ahogado no haberse podido despedir de su madre y de Aixa. Ambas se llevaron consigo los secretos más íntimos de su padre, Almanzor. Ninguna pudo aconsejarle cómo sortear la ingratitud del amado o la traición del amigo. Las dos se fueron sin avisar y sin más testamento que una moneda, unas sábanas limpias, una tragedia griega sin final, y un puñado de sobres que el eunuco le hizo llegar a la Paloma tan pronto supo de la muerte de su ama. En el remite, los nombres de las esposas de los nobles cordobeses que ningunearon los amiríes y que el nuevo Califa incluyó en su gobierno. Al abrirlos y leer las aberraciones de toda índole que Aixa contaba sobre ellos, a la Paloma se le encalló la boca del esófago y nunca más volvió a sentir escrúpulos de nada.

Tampoco pudo hablar Ibn Hazm con su padre cuando entró por la Puerta del Hierro escoltando los cuerpos decapitados de Sanchuelo y del Conde de Carrión, echados sobre una mula como su madre los trajo al mundo. Para ser honestas, no quiso. No le salía de dentro. Los niños del arrabal lo arrastraron hacia allí desde que se pregonó por toda Córdoba que acudiéramos a recibir al destronado para darle su merecido, aunque fuese después de muerto, mezclándose con los vagabundos y tullidos que llevaban horas apostados en la embocadura de la muralla con las palmas extendidas suplicando el azaque. Los restos del hijo de Almanzor llegaron sobre la oración del mediodía. Entre vítores y hurras, el visir abre paso a la comitiva cabalgando con los brazos en cruz, una cabeza cogida por los pelos en cada mano, y la mirada turbia de quien ya no sabe si hace lo que debe. La gente escupe a los cadáveres, le friegan excrementos por la espalda, le meten ortigas por el ano o los insultan llamándolos sodomitas, borrachos y demonios de Dios. Ibn Hazm contempla la escena como si llevara unos ojos prestados, sin atreverse a juzgar quiénes son pueblo o muchedumbre. A su padre, sí. Lo incrimina y desprecia por mercenario. Por falso. Porque ya no se parece en nada al hombre que le enseñó a no perder la calma jugando al ajedrez, a lavarse las manos antes y después de orinar, a leer en voz queda los poemas que nos hacen cimbrar los pulsos. Y no cambiaría de opinión aunque le jurasen que su padre llevaba el alma a rastras desde que se manchó las manos de sangre, por él. Así de injustas son las matemáticas humanas donde no existen ecuaciones exactas.

Asomados por una de las celosías del Alcázar que dan a la Gran Mezquita, el Mehdi y su madre Muzna la Coja reciben a la siniestra cabalgata. Ella le susurra al oído mientras el Califa nos manda guardar silencio batiendo sus brazos como un pájaro que agoniza, antes de tomar la palabra.

—Doy las gracias al visir, en el nombre de Dios y del pueblo de Córdoba, por habernos devuelto el cuerpo de Sanchuelo sin cabeza y

sin corazón. No hay mejor metáfora para describir su tiranía. Y para que no la olvidemos durante un largo tiempo y no caer en la tentación de repetirla, ordeno que disequen su cráneo y su cadáver con romero, tomillo, albahaca y menta, que lo recompongan de una pieza y lo cuelguen de la Puerta de la Azuda para su escarnio público, junto a la cabeza del Conde de Carrión clavada en una estaca. Y, para que no quede fantoche sin burla, que el mismo pregonero que lo vanagloriaba por las calles a su partida, ahora exclame a los cuatro vientos que «éste es Sanchuelo el maricón, el que está a su vera fue su amante y yo su mamporrero, malditos seamos los tres».

De no haber sido coja, a Muzna la habríamos apodado de mil maneras, a cuál más extravagante y erótica: la de los ojos del color de los nogales en otoño; la de la piel con el tacto de las alas de las mariposas; la del cuello espigado como el de una garza blanca; la de los pechos con la turgencia de los primeros albaricoques… Y así hasta rayar la perfección femenina de cualquiera de las esculturas de las diosas romanas que todavía nos quedan en pie en Al Ándalus. Sin embargo, nadie juraría conocerla por dentro porque las pocas sirvientas que la trataron se quedan mudas, sordas y ciegas cuando alguien la nombra. Nosotras sabemos de sobra que esta enfermedad la padecen todas las que bebieron de su mala leche y por eso nos cuidamos de llevarle la contraria. Y su hijo, también. Por eso el Mehdi ordenó desde el Alcázar lo que ella le había dictado al oído. Mejor llamarla la Coja, a secas. Y a huir.

Esta vez no llovieron monedas del cielo, solo decepción a cántaros. Los niños regresan a sus chozos con las manos vacías después de calentárselas aplaudiendo los desatinos del nuevo Califa, o de su madre, a saber. Los más pobres ya maldicen su tacañería pero no su salvajismo. Nosotras nos quedamos a cuadros ante tanta barbarie innecesaria, ante tanto silencio cómplice. Y con peor sabor de boca, si cabe, los miembros del mexuar que se habían acercado a presenciar este aberrante espectáculo. *No hicimos la revolución para la venganza*, sentencia el sabio Azaid. *Al menos, no para vengarnos peor que los vengados*. Y acuerdan sobre la marcha reunirse en casa de Aixa para debatir sobre lo ocurrido.

Es entonces cuando se dan cuenta de su ausencia. Se preguntan entre sí. Nadie responde. Todas miramos a la Paloma que apaga los ojos y niega con la cabeza, avergonzada, porque en los últimos días solo tuvo ojos y cabeza para Ismail. La anciana Qamar parece saber lo que no dice y que ninguna se atreve a sonsacar. En esas, irrumpe Ibn Hazm con su frustración a cuestas, sin duda, la más pesada de todas, pero decidido a extirpársela de la joroba para ser reconocido como uno más de las nuestras. Se acerca a Maryam y, mientras le pone el colgante con la moneda de su madre al cuello, nos cuenta que vio salir

a Aixa del cementerio de Um Salama la noche que ardió Medina Azahira, que después tomó camino de la sierra, y que en el arrabal de los menkubín, ya de madrugada, se cruzó con una prostituta que llevaba sus ropas.

La Paloma sintió como si la zarandearan de los pies, la sumergieran cabeza abajo en una pila de agua helada, y despertase de un letargo de siglos. Lo mira sin deseo, sin amor, pero con agradecimiento y camaradería. A Ibn Hazm le basta por ahora con eso. Y sonríe. También lo estaba mirando su padre en ese instante, encaramado al caballo, con las manos ensangrentadas, rogando a Dios que su hijo se diera la vuelta. Quería decirle con los ojos que los dos forman parte del mismo bando, del mismo ejército, de la misma trinchera. Pero no era cierto. Ibn Hazm se alistó con el pueblo y su padre con la muchedumbre.

* * *

Unos perros de caza encontraron el cadáver carbonizado de Aixa en el ocaso del 4 de *rayab* de 389 para las que rezamos hasta la postración, equivalente al 4 de marzo de 1009 para las que solo rezan de rodillas. Era ella, sin duda. La primera en reconocerla fue Qamar, la sabia ciega, acariciando su porte elegante incluso con la piel escamada por el fuego. Le desata las hebras de la soga que aún la estrangulaba y, en voz alta, nos hace jurar que igual que ella no había visto nada, nosotras tampoco. Ordena abrir una zanja enquiblada unos metros más allá para enterrarla como Dios manda, consciente de estar haciendo lo que Dios no quiere.

—Que Allah me culpe de esta herejía cuando me juzgue y me condene a los infiernos, pero no dejaré que el cuerpo de Aixa termine devorado por las ratas a los ojos de cualquiera, pudiendo ser alimento discreto de los gusanos. Sé que no podremos lavarla y perfumarla como ordena la tradición. Quizá Allah tampoco me perdone por eso, pero estoy segura que ella sí lo hará.

Envolvimos sus restos con nuestros velos y rezamos para que su viaje a la eternidad fuese más tranquilo que su azarosa vida y su terrible muerte.

De vuelta a la casa de Aixa para incorporarnos al consejo, Maryam pregunta a la sabia sufí por las razones que empujaron a la mujer más libre y vitalista de Al Ándalus a quitarse la vida. La anciana detiene el paso y gira la cabeza para hacerle creer que la está viendo. Siempre solía tener las respuestas al alcance de su lengua. Esta vez, tuvo que rebuscarla en el fondo del armario de las excusas.

—Hay cosas que los ojos prefieren no ver y otras que, si no estás ciega como yo, solo la ignorancia o la muerte te evitaría verlas. Aixa

podría ser cualquier cosa menos una ignorante. Jamás hubiese mirado hacia otro lado para no ver cómo estos arribistas nos traicionaban desde el primer día, colocando a los mismos que los otros despreciaron, como en un corral de cerdos donde unos gruñen mientras los otros comen. —Pone boca de asco, escupe al suelo y se limpia la boca con la manga para continuar—. Y te digo más, mi niña. Aixa hubiese aceptado ser traicionada por el bien de la revolución, igual que no existen espejos sin mancha, pero nunca se hubiera perdonado no responder, no intentar limpiarlo, traicionando a los traidores. Y eso no quería que lo vieras. Me confesó hace dos noches que se había acostumbrado a vivir sin amar hasta que se encaprichó contigo. Temía convertirse en el espejo donde tú te miraras. Y lo hizo añicos antes de que te dieras cuenta de lo sucio que estaba.

* * *

El consejo lo presidía el anciano Azaid, desparramado entre los cojines como si estuviera a punto de resbalar y caer al suelo, pero dejando libre el asiento central de Aixa en señal de respeto. La mujer velada de amarillo lo había cubierto con uno de los pañuelos de Aixa, enroscado hacia arriba emulando la toca de su pelo. Asistían a la reunión las mismas personas del último mexuar, salvo el Mehdi. Y todas decidieron esperar a que bajásemos de la sierra tras despedirnos por última vez de quien fue nuestra anfitriona. El eunuco prendió polvo de sándalo por los rincones del salón para mitigar la peste que desprendía el judío Ben Daud, a la par que relajaba la espera ofreciendo *naql* y una infusión de yerbabuena a los presentes. Nada más entrar Qamar y Maryam en la sala, sentimos al muecín llamar a la oración del crepúsculo sobre una tromba de agua de esas que no avisan por primavera. Azaid aguarda a que termine el *adhan* y habla molesto pero sereno.

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, y el Único que sabe por qué el poder nubla la conciencia y ciega el corazón a las únicas criaturas que concibió a su imagen y semejanza. Gracias a quienes habéis podido venir, y a quienes no están y siempre guardaremos en nuestra memoria. A unos y otros os recuerdo que nosotros no prendimos la llama de la revolución para ocupar el poder, sino para cambiarlo. Y de la misma manera que destronamos a los amiríes, lo haremos con el omeya si no cumple nuestros designios. Nosotros somos el pueblo y es él quien nos debe pleitesía, no a la inversa. El Califa es nuestro vasallo y debe saberlo. Así pues, que nos escuche y obedezca.

Todos los hombres aplauden movidos por un nervio que deben tener en las tripas o una cuarta más abajo, que les impulsa a actuar

como pollos sin cabeza cuando una cabeza los trata como pollos. Nosotras, no. Preferimos esperar a que termine. Y, siendo sinceras, tampoco el judío ni el eunuco: aquel porque no tiene tripas, éste porque no tiene nada una cuarta más abajo. Azaid conoce de sobra las capacidades de su aforo, y reconduce el discurso a las fronteras de la razón y el corazón para que cada uno tome la vereda que le plazca.

—Al pueblo le repugna la violencia. No hemos llegado hasta aquí para comportarnos como tiranos desalmados. Así que pediremos al Mehdi que deje de cometer estas atrocidades, y que desde mañana los soldados ronden sin armas por la calles para que aprendan a respetar y ser respetados como iguales. La paz se ejerce cada día. Y nos organizaremos barrio a barrio, casa a casa, familia a familia, para demostrar que la revolución es madre e hija de la paz que los andalusíes nos deseamos en cada saludo, bendita sea. Exigiremos que se levante la prohibición de hablar en romance que impusieron los faquíes a los amiríes y estos al pueblo por boca de Hixem. En Córdoba hay tantas lenguas como religiones y razas, todas respetables a los oídos de Dios. Y ahora que hemos borrado del mapa el símbolo de la dictadura, el palacio de Medina Azahira, pediremos al Califa que declare Aljama a nuestra Mezquita, la única, la grande, la que siempre ha sido, es y será. Condenaremos a muerte a quien se atreva a tocar una de sus piedras, después quemaremos su fosa y la cubriremos con sal para que no quede rastro de su paso por la vida igual que los romanos hicieron con Cartago. —Le aplauden de nuevo, con más fuerza que antes, en pie. También el eunuco. Hasta el judío, por cumplir—. Entendemos, aunque nos duela, que el Califa haya nombrado ministros a miembros de la jassa cordobesa que los amiríes repudiaron, o que conceda tierras a eslavos en el Levante para evitar su insurrección. Pero ya está. Ni un cargo más, ni una finca más. Las tierras pertenecen al pueblo, y el resto de ministros los nombraremos nosotros. Deberán provenir de familia humilde para que no olviden las fatigas que pasaron y procuren que no las pasen los demás, valientes y prudentes a partes iguales. Propongo que el cadí sea Ibn Dakwan, hijo de zapatero, y que el cargo de hayib recaiga en Ibn Durá, hijo de carbonero. También sugiero cambiar al visir por haber demostrado la crueldad y la sumisión de un perro sin importarle el amo, nombrando en su lugar a nuestro querido Ibn Tarif, hijo de panadero. También designaremos a los ulemas entre nuestros sabios más pobres y desprendidos para acabar con tanto boato e intransigencia.

—Ahora es Azaid el que se pone de pie para cerrar su discurso y dejar claro que se marchará sin derecho a réplica—. Y si el Califa no nos hace caso, hablaremos con su madre, Muzna la Coja, para que entre en razones.

Todos celebran sus palabras menos nosotras. Pero antes de que

pudiéramos abrir la boca y manifestar nuestro descontento por este ninguneo, Ibn Hazm nos arrolla con su lengua armada de razón y rebeldía adolescente.

—Soy hijo del visir a quien queréis destituir. Y estoy de acuerdo que así sea. Pero me cuesta entender que no se proponga a una mujer para cubrir su vacante. Esta revolución ha sido posible gracias a las mujeres de Córdoba de las tres razas y religiones, cortesanas y esclavas, ricas y pobres. El Mehdi jamás habría alcanzado el poder sin el dinero de Dalfa, sin las conspiraciones de Aixa, sin el liderazgo espiritual de Qamar, sin las confidencias de Maryam, sin el apoyo incondicional de cada mujer en cada arrabal. Me parece injusto y contrario a los designios de Dios que no se contemple siquiera la posibilidad de que una mujer pueda ser visir de Al Ándalus. Hasta en ocho ocasiones nos recuerda el sagrado Corán que «*Dios no distingue entre los seres humanos, sean mujeres u hombres. Dios solo diferencia a aquéllos que hacen el bien de quienes hacen el mal*». Ellas han hecho el bien para Córdoba y Córdoba les debe un reconocimiento.

Los hombres de la sala se echan las manos a la cabeza, gritando qué insolencia es ésta. Azaid prefiere calmar los ánimos entablando diálogo con el muchacho, convencido de su victoria.

—Querido Ibn Hazm. Créeme que reconozco las buenas intenciones que laten en la osadía natural de un joven como tú, por muy inteligente que seas. Pero permíteme que te corrija, porque en ningún pasaje de nuestro sagrado libro se nos dice que deban ser mujeres quienes ejerzan cargos o responsabilidades. Antes al contrario, uno de sus versículos nos advierte que *«los hombres tienen autoridad sobre las mujeres, en virtud de la preferencia que Dios les ha concedido sobre ellas y debido a los gastos que se ven obligados a hacer para mantenerlas».*

—Admirado maestro. No negaré la evidencia de esas palabras divinas pero sí la interpretación que hace de ellas. Porque de ninguna manera esta responsabilidad moral del marido para acoger y mantener a sus esposas en su domicilio, implica prohibición alguna para que las mujeres no puedan ser investidas en un cargo de gobierno. Sabe mejor que yo que los *malikíes* permiten a las mujeres el desempeño de las funciones de tutora y gerente de negocios propios y ajenos. Que los *hanifíes* asignaron a sus mujeres la gobernanza de sus asuntos públicos. O que la misma tradición nos dice que Omar encargó a una mujer de su tribu llamada Sifa la inspección de los mercados. Y, por encima de todo, no olvidemos que la azora de las Mujeres comienza diciendo que *«Vuestro Señor os ha creado de un solo ser»*, de la misma esencia. Hombre y mujer somos las mitades de una misma manzana.

—Pero no somos iguales, chiquillo. —Le responde el anciano levantando la voz y los brazos, azorado como nunca lo habíamos visto —. Y si no, ¿por qué el Corán declara que *«un muchacho no es como*

una joven» o que *«el testimonio de un hombre vale por el de dos mujeres»*?

—Desde mi más profundo respeto, maestro Azaid, reitero que no cuestionaré una sola palabra del Corán como no cuestiono la luz del sol, pero sí la sombra que proyecta. ¿Acaso Dios nos quiere decir que cualquier muchacho por el hecho de serlo, aunque haya robado o matado, será mejor que las madres de nuestros Profetas? De ser así, ¿por qué Dios eligió a mujeres para gozar del privilegio de recibir su mensaje divino? ¿Por qué informó a la mujer de Ibrahim del nacimiento de Isaac? ¿O a Maryam del embarazo del profeta Isa? ¿Por qué ordenó a la madre de Musa arrojar a su hijo al Nilo? No, admirado maestro. Si la mujer y el hombre son iguales a los ojos de Dios, con mayor razón deben ser iguales para ejercer un simple cargo de visir. ¿Acaso no ha demostrado suficiente valía nuestra querida Nizam como escriba califal, discípula de la mismísima Lubna? Qué gran visir sería.

—¿Y quién eres tú para proponer sucesor a tu padre? A las mujeres les sobra corazón para la política. Y a ti, lengua. El visir que sustituirá a tu padre será Ibn Tarif. Y no se hable más.

El aire se había espesado hasta hacerse irrespirable por culpa de las trazas que la discusión había dejado en el ambiente, mezcladas con el aroma a sándalo quemado y el hedor a sobaco de Ben Daud. Abrimos las ventanas y ni por esas. Tuvo que ser Qamar la que nos ventilase los pulmones e impusiera la calma, golpeando su cayado contra el suelo y hablando la mitad de lo que callaba.

—Dios nos modeló el cuerpo de distinta manera para dejar patente que mujeres y hombres no somos iguales. En verdad, nadie es igual a otro. Ni siendo hermanos gemelos. Claro que se equivoca nuestro joven amigo, Ibn Hazm. Perdonemos su atrevimiento propio de la edad. El sabio Azaid tiene razón y nos ha puesto un revelador ejemplo para demostrar nuestras diferencias al reconocer que la madre del Califa es más poderosa que el propio Califa. Quizá porque los hombres ansíen el poder como sustantivo y nosotras como verbo. Quedaos con los cargos, ya veremos después quién manda. Demos por terminado el consejo y que los hombres abandonen la sala. Nosotras nos quedaremos a rezar por la difunta.

Y se fueron. Unos con la cabeza alta y desafiante como venados en celo. Otros con esos ojos atravesados que ponen los niños chicos cuando se les regaña. El anciano Azaid fue el último en salir, con la boca indiferente, guardándose la hiel para otro momento.

* * *

Desalojado el salón, nos sentamos en círculo sobre almohadones, mirando con admiración a Qamar que comienza a recitar la aleya al

Kursi, ¡*Dios! ¡No hay más Dios que Él! El Vivo, El Sustentador de la Vida*. Todas repetimos cada frase una y otra vez, una y otra vez, en un bucle interminable hasta sentir que hemos dejado de pertenecer a este mundo al que nunca pertenecimos. Solo Maryam se resiste a abandonarlo, con un pie clavado en el deseo por Ismail, y el otro en algo más que afecto por Ibn Hazm, al que vuelve a mirar con los ojos de antes tras devolverle la medalla de su madre y escuchar su alegato a nuestro favor.

Al terminar el *dhikr,* a mitad de la madrugada, todas nos quedamos a dormir en las dependencias que Aixa destinaba a sus negocios sexuales de hombres con hombres. Solo Qamar durmió abajo. El azar quiso que Ibn Hazm escogiera la misma cama en la que Maryam descubrió a su padre cubriendo a un efebo por donde le crece el rabo a las bestias. Más que remordimientos por habérselo ocultado, a la Paloma le da repelús solo de pensar que su piel rozará las mismas sábanas que mancharon aquel adolescente de sangre y su padre de semen. Y llama a su puerta. Ibn Hazm no cabe en sí de gozo al verla en el umbral, que pronto se convierte en desengaño al descubrir que Maryam no viene a darle lo que desea, pero sí lo que en ese momento necesita.

—Yo jamás tuve un padre. Tú sí y gracias a él yo no perdí a mi madre. No seas tonto, no seas orgulloso, y no lo pierdas tú también. Tu padre tiene buen corazón y lo sabes. Seguro que esta atrocidad la cometió para no perderte, para que confiaras en él, para demostrarte que está de nuestra parte, de la tuya. Piénsalo. Como nos aconseja el Corán, juzga sus intenciones, no sus acciones. Esta moneda que cuelga en mi cuello y que tú me devolviste, es suya. Él me la dio. De alguna manera, fue el padre que nunca tuve. Perdónale. —Se le acerca a un dedo de su boca, como tantas veces había hecho, para remontar su cara y besarle en la frente—. Ah, y gracias por lo que has hecho hoy. Eres muy valiente. Y leal. Perdóname si en alguna ocasión lo puse en duda.

Y la Paloma vuelve a su cama cruzando los dedos, como le enseñó su yadati Aurora, con la esperanza de que sea Ismail quien llame esta vez a su puerta.

* * *

Cuando el visir regresó a su antigua casa en Balat Mugit, ya había perdido su cargo y a su hijo. Solo él tuvo la culpa. Y lo sabía. Cometió el error político más imperdonable de su carrera: confundir el remedio con el mal. Lo que hizo por salvarse, terminó siendo su condena.

Se fue derecho a la biblioteca, extrajo el ajedrez de un cajón y colocó con mimo cada pieza en su lugar mientras se lamentaba por no

haber hecho lo mismo con las piezas de su vida. Amaba ese juego tanto como a su hijo. Ambos lo utilizaron para hablarse a través de sus movimientos en el tablero, frente a frente, de igual a igual. Cierto que al principio tuvo que enseñarle las reglas, pero pronto quedó maravillado por el ingenio de Ibn Hazm que las convertía sin esfuerzo en parábolas y poesía. Cuando le dijo que el tablero tenía sesenta y cuatro casillas, su hijo le contestó que son los años de un anciano donde caben infinitas vidas. Cuando le dijo que la partida termina cuando muere el rey que apenas se mueve, pero continúa cuando se muere la reina que se mueve por todas partes, su hijo le contestó con una sonrisa. Al recordar aquella escena sin tenerlo delante, comprendió que se había dado jaque a sí mismo. Sin su cargo y sin su hijo, había perdido la partida. Y Córdoba, también.

Una delegación del consejo compuesta por el sabio Azaid, Al Harrar y Tarsus el Mago, acudieron a la cita con el Califa para negociar las reglas del juego. Faltaban varias piezas sobre la mesa. La revolución se había comido a Sanchuelo y a gran parte de su gobierno. Nosotras habíamos perdido a Aixa. Y aunque nunca supimos en qué bando estuvieron, o quizá porque estuvieron en los dos, el caso es que Dalfa y el visir firmaron tablas y abandonaron la partida.

Muzna la Coja recibe a la comitiva en uno de los salones más rutilantes del Alcázar, con una sola puerta de entrada y salida, bellísima, coronada por un arco de herradura y éste por un alfiz de flores y poemas, custodiada por la réplica en oro de la loba de Baena, fría pero amenazante, esculpida mucho antes de que los romanos pisaran la Bética. La madre del Califa la colocó justo allí para ahorrarse el trajín de amaestrar una manada de lobas, que es lo que le pedía el cuerpo. Azaid, que entendió el mensaje nada más ver el brillo de sus dientes en mitad de la sala, llama aparte al Mehdi y le pide que saque a su madre de la reunión con la excusa de que se hablarán cosas de hombres. A ella, que se le podrían morir las macetas pero que era más lista que el hambre, no le hizo una pizca de gracia. Aun así, acata la orden de su hijo para que nadie dude de la autoridad del Califa, con la seguridad de que se enterará de lo que acuerden tan pronto cojan la puerta. Es Azaid quien toma la palabra, con la voz más grave que nunca.

—Querido Califa, que la paz y las bendiciones de Dios estén contigo. Y las del pueblo. No dudo de las primeras porque el aliento de Allah sopla sobre todas sus criaturas. Pero sí de las que provienen del pueblo, al que el hambre y las ofensas le hacen cambiar de parecer de un día para otro. Nosotros podemos amortiguar su indignación, no impedirla. Créame que respetamos algunas de sus decisiones, aunque nos cueste aceptarlas como si nos tuviéramos que tragar un panal de avispas. Pero todas, no. Y ya sabe lo alto que suben las llamas cuando

metemos fuego a lo que nos molesta.

A cualquier Califa, incluido el mequetrefe de Hixem, le hubiera parecido una osadía imperdonable. El Mehdi sabía que su poder no era del todo suyo, todavía, y que su otro dueño no amenazaba en balde.

—Bienhallado mi sabio Azaid y compaña. Si se refiere a la designación del gobierno, entenderá que no tuve más remedio que guardarme la espalda y convertir en aliados a los enemigos de nuestros enemigos. Por eso nombré ministros a un par de patricios cordobeses de esos que quieren parecer más árabes que los omeyas. Y por eso pagué con tierras a los eslavos que se comprometieron a no levantarse contra la revolución. Pero donde comen diez, comen veinte.

—Así es. Por eso le pedimos que destituya al visir. Lo mismo que ayer hizo con la cabeza de Sanchuelo, mañana podría hacerlo con la suya. Los demasiado leales no son de fiar.

—Hecho.

—También que nombre a gente humilde para que lo sustituya y cubrir los cargos de hayib y de cadí. El pueblo se sentirá representado por el Califa que quiere al pueblo en su gobierno.

—Hecho.

—Y, por último, lo más desagradable para nosotros.

—Azaid mira a sus compañeros para atar sus ojos a los suyos. Necesita sentir que la mirada será una, que la voz será una, que el pueblo habla por su boca—. Por la misma razón que celebramos la Fiesta del Cordero, a veces resulta necesario sacrificar a uno de los nuestros para garantizar el bienestar de la mayoría. Debe saber que el principal enemigo de la revolución es la revolución misma, que no dudará en agitar su descontento contra el Califa y contra nosotros si no conseguimos descabezarla antes de que eso ocurra. Nadie duda de la autoridad moral de Qamar y de la devoción que los cordobeses profesan al masarrismo. Pero sin ella, no son nada. O mejor dicho, serán nuestros. No le pedimos que la mate, que la decapite, que la queme o que la ahorque del puente para que todos la vean. Todo lo contrario. Igual que ella no ve, queremos que Córdoba no pueda verla. Que vuelva a su retiro en la sierra y que allí se muera de vieja y de abandono. Luego le construiremos una zagüía para que vayan a rezarle. Pero muerta. Mientras esté viva, corremos peligro.

—Hecho.

—¿Y cómo lo haremos?

—Se lo preguntaré a mi madre.

* * *

Desde que la vida existe, sabemos que la primavera no comienza en el

equinoccio sino cuando estallan las costuras de la Naturaleza que celebramos con las candelarias, semanas antes de que el día y la noche se repartan la jornada por mitad. A partir de entonces, se injertan las higueras, los cereales sembrados se enderezan sobre sus tallos, los árboles echan hojas, se planta la caña de azúcar, florecen las primeras rosas y los primeros lirios, las habichuelas de las huertas empiezan a engordar, alumbran las codornices, los gusanos de seda salen de sus huevos, los esturiones y las alosas abandonan el mar para trepar río arriba, se plantan pepinos, se siembra algodón, el cártamo y las berenjenas, las larvas de las langostas empiezan a moverse y conviene destruirlas, se siembran las toronjas y la mejorana, y los pavos, las cigüeñas, las tórtolas y muchas otras aves, se acoplan. También las palomas.

Cansada de esperar a que Ismail llamase a su puerta, ella toma la iniciativa.

—Siendo tú los ojos de Qamar, te perdono que no hayas tenido ojos para mí. —Le susurra Maryam en el oído, sentada a horcajadas sobre su sexo—. No hace falta que hagas nada: seré yo quien abra los ojos y las piernas por ti.

Y agarra la verga de Ismail para rasgarse el himen. Siente el dolor y la hinchazón del picotazo de una abeja, algo de asco por hospedar un cuerpo extraño en sus entrañas, nada de gozo. Porque aquel momento que soñó eterno e inolvidable, apenas dura un instante. El joven eyaculó en menos de lo que tarda en orinar.

Aunque la culpa no fue suya, Maryam se arrepiente de su alocado atrevimiento, más propio de las gatas en celo que muerden y arañan con tal de sofocar su calentura. *Desearía haber muerto antes de esto ¡Qué todo sea olvidado con olvido!*, se repite a sí misma poniendo en su boca las palabras sagradas de Maryam, la madre del Profeta Isa, mientras se marcha a su cuarto para lavarse el semen y la sangre que le escurre por la entrepierna en una palangana. A él, no le dio tiempo a mancharse, ni arrepentirse. Eso sí, aquella calamidad sirvió a los dos de sedante, quedándose dormidos sin más rodeos que el de sus cabezas al reposarlas de lado sobre la almohada.

Un revuelo la despierta poco antes de la primera oración de la mañana. La Paloma baja a medio vestir y descubre a la mujer velada de amarillo, a su hija Nurya, a Amina, a Ibn Hazm, al servicio y a todas nosotras, alrededor de Qamar que abandona el monasterio con un hatillo al hombro y la boca torcida. Esa misma madrugada, unos desconocidos metieron fuego a las covachas donde fueron a retirarse los massarríes. La docena escasa de eremitas que no murieron calcinados, la esperan en la calle. Qamar sabe que no pudo ser el pueblo. Tampoco nosotras. *Van a por mí*, nos dice en el zaguán. Y asume resignada que la mala yerba crece en los mejores campos, y que

de nada sirve arrancarla de cuajo porque volverá a nacer.

—Me voy. No quiero que echéis de menos a esta vieja, ciega, cansada, a quien la muerte acecha desde hace demasiado tiempo, sin fortuna. Quizá haya llegado la hora de dejarme atrapar por ella, pero dónde y cuándo yo quiera.

—Toma de la mano a Ismail y se adelanta unos pasos para salvar el poyo de la entrada. Allí se sienta y nos habla de frente como si ocupara el altar en una de esas diminutas ermitas que quedan diseminadas por la sierra—. No temáis. La revolución comenzó sin mí y seguirá en mi ausencia. Cambiarán los nombres de los gobernantes, de los palacios, de las ciudades, hasta los nombres de Dios, pero no el de los pueblos que permanecen aunque parezcan perdidos, como ahora.

—Levanta la mano para señalar al cielo, tentando el calor de la mañana recién parida—. Solo dos veces al año sale el sol por el este y se pone por el oeste. Para no desorientarnos, hace miles de años que construimos templos mirando al lugar exacto donde amanece en primavera y en otoño, y sobre ellos iglesias, y sobre ellas mezquitas, y sobre ellas solo Dios sabe las piedras que las sepultarán. Otros elevaron sus dólmenes y santuarios mirando al sur, al sol del invierno, como nuestra Mezquita Aljama. Otros al norte, hacia el sol del verano. Y otros prefirieron la noche y orientarlos hacia Sirio o hacia la estrella polar. Nosotras no. Quienes creemos en la Única Realidad que existe, rezamos hacia la piedra negra, hacia la *Kaaba* en Meca, no importa que sea de día o de noche, la estación del año o el lugar donde nos encontremos, porque así es imposible perderse. Hacía allí me dirijo cumpliendo con la sagrada obligación del *hach* para ver con el corazón lo que no ven mis ojos. Aixa fue muy valiente desafiando a Dios. Yo solo soy una cobarde que cumplirá con Dios para encontrarme con ella.

Qamar aprieta la mano de Ismail y, en compañía de sus discípulos, toma la vereda que conduce al centro de la verdad en la Tierra. Tras ella, sale Ibn Hazm que regresa a casa para reconciliarse con su padre, sin despedirse de Maryam a la que imputa los jadeos que escuchó anoche y que todavía le zumban en los oídos. Y detrás de él, todas nosotras. Los esclavos negros cierran la puerta. La Paloma se queda sola en el interior de la casa de Aixa. De pie, en mitad del patio, intuye la luz anaranjada del sol que despunta por la axarquía. Pero ella prefiere mirar a la luna que mengua con forma de boca triste y premonitoria, gris como la calma que anticipa la muerte de las personas justas.

* * *

Cafres

Mientras Maryam fue esclava, nunca estuvo sola. Y ahora que es libre, no encuentra más sombra a su alrededor que la suya. Sola deambula por las pandas del claustro. Sola lee en la biblioteca. Sola come. Sola duerme. Sola se masturba. Sola reza. Sin su madre. Sin Aixa. Sin Qamar. Sin Ismail. Sin Ibn Hazm.

Sola.

Lo cierto es que siempre nos tuvo a nosotras pendientes de su cuidado, mujeres libres a las que trata como esclavas, sin darse cuenta. Paradojas de esta revolución capaz de derribar los muros de Medina Azahira, pero no los prejuicios que nos impiden ver lo evidente. Ella que fue esclava, que no olvida que lo fue, que considera la esclavitud como la peor de las lacras humanas, vive despreocupada de sus cosas porque no duda que tendrá su cama hecha cada mañana, el agua caliente para el baño de la tarde, o su cena sobre la mesa antes de dormir, gracias a nosotras. Y nos sonreirá. Y nos deseará la paz cuando nos salude. Y nuestra condición de mujeres libres seguirá siendo invisible a sus ojos, como ella lo era para su padre.

Todo cambió una mañana en la que Maryam decidió salir del monasterio para visitar la tumba de su madre. Sola, por supuesto. Arrodillada a los pies de la fosa, una mujer alta, negra y pordiosera declama en voz baja una de las azoras de nuestro sagrado Corán: «*En verdad te hemos dado la abundancia, así que haz el azalá y sacrifica para tu Señor. Quien odia es estéril*». Era la Nubia.

En menos de dos meses había envejecido más de dos siglos. El negro de su piel perdió el brillo del picón recién hecho. Tiene arrugas en la cara, en los brazos, en las uñas, en el alma, tan profundas que podría esconder un dedo entre los surcos de las patas de gallo. Su pelo rizado se le ha encanecido y caído a rodales. Flaca, el pellejo se le escurre como quien dobla una sábana, formando un buche anómalo con los senos y los pliegues caídos desde el esternón hasta la vagina. Dos cañas por piernas sostienen su enorme osamenta. Y a pesar de que la libertad le ha jorobado la espalda y la vida, por Dios que sigue siendo bella.

La Paloma se le echa encima y la abraza dichosa por el reencuentro. La que fue su nodriza reconoce a la joven por el peso, por el olor, por sus manos, por la textura de su silencio emocionado. Y al rodearse y verse las caras, las dos lloran como veneros, con su amiga y madre muerta por testigo.

La Nubia le cuenta que unos soldados le robaron todo lo que sustrajo de Medina Azahira para gastárselo en putas, que tuvo que lavarse en el río, dormir bajo los puentes junto a otras muchas libertas del palacio, comer lo que le daban por la calle, beber en las fuentes, que perdió la fe y que estuvo a punto de renegar de Dios de no haber caído del cielo la Paloma como un ángel. Ella la consuela con los mismos arrumacos que la Nubia le daba cuando niña:

—Vivirás conmigo en casa de Aixa.

La Paloma dispuso que la bañáramos con perfume de rosas, que la peinásemos lento, que la vistiéramos con túnicas y velos de seda, que la calzáramos con terciopelo, que comiera dátiles y bebiera leche caliente. Pero es la Nubia quien hierve los pétalos en el agua, se

desenreda los rizos del pelo, busca las ropas en el vestidor, sacude las babuchas para quitarle el polvo, sirve su plato y llena su vaso, como una más, como siempre había hecho. Las revelaciones divinas no deben ser muy diferentes a esa sensación de hundir los ojos en el agua que experimentó en ese instante la Paloma, pero seguro que no dejan una vergüenza tan grande como la que se le quedó en el cuerpo. Se vio reflejada en la Nubia como en un espejo roto. Arrepentida, nos convoca en el patio y se humilla ante nosotras como si fuéramos *mihrabs* de carne y hueso.

—Os pido perdón. El lujo y las comodidades ciegan más que unas cataratas. No os podéis imaginar cuánto me abochorna haberos tratado como me han tratado a mí toda la vida. Gracias a la revolución, yo soy dueña de mi libertad y vosotras de la vuestra. Podéis iros.

A todas se nos queda la cara helada, los ojos fuera de las órbitas, la garganta seca y la lengua como piedra de asperón. Sin palabras, incapaces de hacer mohines siquiera, nos atenaza el miedo a responder la verdad y decirle que nos sentimos corderos a los que se les abre el redil para ser sacrificados. Cuando ya nos veíamos condenadas a ser libres cumpliendo las órdenes de nuestra ama, alza la voz uno de los esclavos sudaneses.

—Su gesto le honra y nos honra. Le estamos muy agradecidos, señora Maryam. Pero yo acompañé a la señora Aixa la noche en que se ahorcó, sabía que iba a hacerlo, y no lo impedí porque antes nos hizo prometer que cuidaríamos de usted, y que la obedeceríamos como si fuera ella. Si ahora la abandono, la señora Aixa no me lo perdonará allá donde se encuentre, ni yo seré capaz de perdonarme.

Aunque todas asentimos, la Paloma se obstina en darnos las gracias, *no os preocupéis por mí,* y nos invita a coger la puerta, *sois tan libres como yo*, a lo que el eunuco replica:

—Y porque somos libres, decidimos ser sus esclavos. ¿Acaso nos quiere ver harapientos y muertos de hambre como usted encontró a la Nubia? O peor aún, ¿nos quiere ver asesinados como hicieron los soldados del gobierno con los massaríes?

—¿Qué has dicho? —Balbucea la Paloma, con toda su sangre concentrada en los pies, pálida y fría como un augurio de muerte.

—Toda Córdoba sabe que fue el Mehdi quien ordenó quemar las chozas de Murad Allah, de los amados de Dios, por temor a que se rebelaran contra esta revolución que nos trata como ovejas descarriadas en una cacería de lobos. Aquí tenemos comida y donde dormir. Ahí fuera, el hambre nos quitaría el sueño. Yo prefiero seguir vivo a ser libre. Y como yo, todos los demás.

La Paloma se mantiene en pie a duras penas, algo aturdida. No es fácil asumir dos revelaciones en una tarde. La primera, lo pronto que

había olvidado su condición de esclava. La segunda, que su libertad solo tiene sentido militando en el bando de los más vulnerables. Se pregunta quién desde el gobierno pudo instigar la matanza de los massarríes. Descarta al visir, ya depuesto. Tampoco le entra en la cabeza que los traidores fueran los ministros designados por el pueblo. Por exclusión, los únicos que pudieron alimentar el recelo contra los seguidores de Qamar son los patricios cordobeses de los que tanto abominaron Almanzor, Subh, Dalfa, Abda, y sus desgraciados hijos. Se encambrona. Los maldice. Pierde los estribos. Y recuerda esas cartas que le entregó Aixa, donde describía con pelos y señales las aberraciones que cometieron los de su casta.

Se refugia en la biblioteca, enciende un candil, y moja el cálamo en tinta roja para copiarlas en varios pliegos con letras grandes y su mejor caligrafía. De madrugada, sale con la Nubia para clavar los pasquines en los muros de la Medina. Antes de la segunda llamada del amanecer, Córdoba ya conocía las depravaciones de los ministros de la jassa, abusadores de chiquillos que bien podrían ser nuestros hijos. Uno de ellos se arrojó al vacío. Otro se ahorcó de un olmo. A los demás, la muchedumbre los sacó de sus palacios y los molió a patadas en los testículos para que no volvieran a meterlos donde no debían.

Tan pronto lo supo Muzna la Coja, corrió a despertar a su hijo para advertirle que un Califa no puede quedarse de brazos cruzados ante una conspiración tan grave. Con legañas como babosas y la boca yerma por la resaca, entre bostezo y bostezo, el Mehdi convoca a su consejo para responder a la afrenta. Todos coinciden en acusar a los beréberes de Zawi. Solo a ellos interesa desestabilizar al gobierno, poner al pueblo en su contra, ocupar el mando y restaurar a Hixem como Califa de todos los creyentes y no creyentes. Ninguno de los reunidos podía imaginar que esta crisis la había desencadenado la travesura de una adolescente. Y ninguno fue capaz de prever la magnitud de la catástrofe que se nos venía encima. Ni siquiera Muzna la Coja, cegada por el pánico a perder el trono recién conseguido. Solo una persona en toda Córdoba, el viejo visir, el padre de Ibn Hazm, hubiera tenido la intuición para adivinarla, la inteligencia para resolverla y los arrestos para denunciarla. Pero uno de los rasgos consustanciales del poder es que siempre termina desconfiando de quien más debería confiar. Y siempre se arrepiente a destiempo.

* * *

Aquella mañana de primavera la historia de Al Ándalus quebró como un sarmiento seco al que le cae un rayo. A propuesta de Muzna, el consejo tomó dos decisiones, a cual más infausta y equivocada: reclutar un ejército popular que arrase el asentamiento de los

beréberes en la margen izquierda del río; y simular el funeral de Hixem para que a ningún sedicioso se le ocurra reivindicar su legitimidad dinástica.

Tarsus el Mago fue el elegido para capitanear y adiestrar a los milicianos. Reunió en un descampado cerca de la Puerta de los Sacos a una turba de campesinos, alfareros, plateros, carboneros, panaderos, carniceros, herreros y hombres de todos los oficios conocidos, cualquiera que fuera su Dios siempre que creyeran en la revolución, y sin importar su edad siempre que tuvieran vello en la entrepierna y fuerza para sostener una espada. En dos semanas aprendieron a esperar órdenes y no tomar decisiones por su cuenta, a ponerse las planchas de la *masruda* sobre el pecho con la suficiente holgura para no lastimarse los sobacos, a blandir la cimitarra con la ligereza de una bandera, a cabalgar en tropel cuando hubiese que amedrentar al enemigo, y aprovechar sus acometidas para lanzar el ataque. Cuando llegó la hora de ponerlo en práctica, faltaron más de la mitad a la cita porque era la primera luna llena de primavera, *jamis abril* o jueves santo cristiano, que creyentes y cafres celebramos comiendo almojábanas, buñuelos y pan frito empapado en leche. Los pocos insensatos que se presentaron a batallar habían olvidado cómo ajustarse el cinturón para que no se les cayera la armadura. Su suerte fue que Zawi decidió no morder el anzuelo, huir con su ejército y refugiarse en Ategua, a media jornada de Córdoba, para no provocar una masacre que le hubiera generado más enemistad todavía y la venganza inmisericorde de toda la ciudad. Pero ya sabía a qué atenerse. Y mientras sus casas, jaimas y establos ardían a sus espaldas, comenzó a maquinar alianzas para hacerse con el poder perdido.

* * *

Dos días después, el rabino más gordo de Al Ándalus murió atragantado con el hueso de un faisán. Como no encontraron ataúd donde cupiera, lo metieron a empellones en un pesebre de vacas. Una de las mujeres que lo amortajaban advirtió entre risas el enorme parecido que guardaba con el depuesto Hixem. El mismo color de pelo, de ojos, de piel, la misma hechura, la misma panza, y papada como para llenar una aljofaina de chicharrones. El chisme corrió de boca en boca hasta los oídos de Muzna la Coja que ordenó dar el cambiazo: ella se quedaría con el cadáver, y la familia del difunto con el comedero lleno de dírhams de plata.

Vistieron a Hixem con las faldas, el delantal y el gorro de una campesina, metieron sus mejores galas en un canasto de esparto, y se lo trajeron desde Medina Azahara hasta el Alcázar montado sobre una burra para que pasara desapercibido entre la plebe. Aunque era

imposible no mirar esa mole de carne sin compadecerse del animal, a nadie se le pasó por la cabeza que se tratara del mismísimo Califa. En la cuadra donde tenían al judío oculto entre la paja de los caballos, vistieron a Hixem con el sudario del muerto y a éste con las ropas del vivo para las exequias del omeya más gandul de todos los Califas de Al Ándalus. Desde el alminar de la Mezquita Aljama, un muecín anuncia su fallecimiento y tres días de luto para velarlo, convocando a cuantos lo hubiesen tratado en vida a reconocerlo en el Alcázar, y rezar para que su alma no pese tanto como su cuerpo.

Acuden a dar el pésame gentes de los tres estamentos, las tres razas y las tres religiones de Córdoba. Al principio miraban extrañados su boca torcida en mitad de la cara, su nariz morada y sus ojeras hundidas, síntomas que los médicos achacaron a los males del vino. Ulemas, obispos y rabinos, no dudaron en afirmar que el cuerpo presente perteneció al espíritu de Hixem, deseándole buen viaje al paraíso en cada una de sus lenguas litúrgicas. Las nodrizas que lo amamantaron, los edecanes que lo asearon y los efebos con los que retozó, tampoco cuestionaron su falsa identidad, sin duda, porque ansiaban verlo bajo tierra antes que soportar un día más la manteca de sus espinillas y su halitosis.

El coro de muecines llama al entierro del que fue Califa de Al Ándalus y único del mundo el mediodía del 20 de *sahban* del año 399, campanas del 25 de abril del año 1009 que vuelven a repicar tras el levantamiento de su absurda prohibición por los faquíes. Sobra decir que el ataúd del rabino fue vacío a la tumba. El del falso Hixem, no. Para guardar las formas con el Dios innombrable de los judíos, Muzna ordenó reunir a diez esclavos y ella misma le rezó en arameo medio *kadish* de despedida. Hubo que llamar a los negros más fornidos de Córdoba para que se lo echaran al hombro y llevarlo hasta la rauda califal, a unos quinientos codos tras el Alcázar hacia el occidente, después de rodear en solemne procesión la Mezquita. Por un puñado de *handusíes*, los niños reparten pañuelos humedecidos en almizcle para taparnos la nariz al paso de la comitiva presidida por el Mehdi, primo del muerto que no es el muerto pero que apesta como si lo estuviera. La mayoría de nosotras no abre la boca y calla para cuidarnos en salud más que por respeto. Pero otros muchos lo insultan con razón por habernos vendido a la dictadura de los amiríes, al integrismo de los faquíes y a la barbarie de los mercenarios beréberes. Acompañan al féretro Muzna la Coja, los miembros de la corte y dos ulemas que se turnan en las plegarias y loas a Hixem, que en ese momento se echaba la siesta después de haberse comido medio cordero y beberse una tinaja de vino.

A nadie sorprende la presencia del visir cerrando el funeral con Ibn Hazm de la mano. Acudió por lealtad al enterrado, ignorando que era

un rabino de diez arrobas y no el verdadero Hixem, al que echaron sobre un mulo, roncando como un jabalí, para sacarlo del Alcázar y esconderlo en la casa de Amina. Solo unos pocos conocían la treta, entre ellos quienes aconsejaron al Mehdi acabar con cualquier conato de rebelión por parte de Qamar y los massarríes. Para compensar las molestias y los gastos de su cuidado, nombraron ministro al marido de Amina, a la que también se tragó su casa y la historia como al resto de mujeres de la revolución.

Y fue entonces cuando la soledad de Maryam se hizo más sola todavía.

* * *

Quizá las leyes de la materia nos impidan excavar agujeros en el cielo, pero no en el alma. Que se lo pregunten a la Paloma que la tenía acribillada como un acerico. Más allá de la Nubia, ya no sabía a quién creer, ni en qué confiar. Empezando por la revolución. Vale que no fuera una utopía hecha realidad en la tierra, pero no podía permitir que la convirtieran en un infierno, en lo contrario de lo que soñamos, en la misma perversidad que combatimos. El consejo pasó de reunirse en las ruinas del hamam del cristiano, a las lujosas dependencias del Alcázar. Los impuestos se bajaron para contentar a la aristocracia cordobesa, dejando sin dinero a los pobres y descuidados a los ejércitos de nuestras fronteras.

Todas presentimos la amenaza de una guerra liderada por los beréberes, con el apoyo de eslavos y castellanos. Y a pesar de este aire enrarecido por el polvo que de vez en cuando viene del desierto, que tamiza el sol de bronce y hace que llueva barro, la gente sonríe más que antes porque lo respira más libre, aunque manche su ropa o las paredes encaladas de su patio. A Maryam le cuesta comprenderlo. No entiende por qué asumimos la pobreza como mal menor, a cambio de que alguien del mexuar reparta el azaque en los arrabales cada viernes. O que perdonemos la corrupción de nuestros gobernantes mientras nos dejen ir de jarana para celebrar la vida que nos regaló Dios en cualquiera de sus nombres.

Pero todo tiene un límite y el nuestro se llama dignidad. El sabio Azaid siempre lo supo y por eso prohibía a los miembros del consejo apropiarse de las mansiones de los amiríes o pavonearse con sus sedas y joyas por las calles. *La revolución morirá el día en que dejemos de parecernos al pueblo*, repetía. Y para Maryam, ese día llegó tras cruzar dos frases con Muzna la Coja al terminar el entierro del falso Califa.

—Yo puse los pasquines.

—Y yo mandé quemar Murad Allah. —Contesta a la joven sin pensarlo, en un movimiento reflejo de la lengua.

—¿Por qué?

—Porque me lo pidió el consejo. ¿Y tú?

—Porque me dio la gana.

Contesta la Paloma, con un agujero abierto en el corazón del tamaño de una galaxia, tras descubrir la traición de los que creía suyos. A Muzna la Coja se le abre en la cabeza, porque habría matado por estafadora a la vidente que se hubiera atrevido a vaticinarlo. La habían cagado las dos. Y bien gorda.

—Esto quedará entre nosotras.

La madre del Califa se persigna en señal de que cumplirá su palabra. Maryam hace lo propio besando la moneda que le cuelga del cuello tatuado con los nombres de su estirpe. Y se le viene a la memoria el rostro del niño al que se la regaló, y la miseria del arrabal donde malvivía con libertos de mil razas y creencias, a cuál más hambriento. Recuerda la alegría en nuestros rostros durante las fiestas de *mirhayán,* cuando sintió que su patria era la calle, cuando aquella combinación de penuria y libertad la hizo revolucionaria, a pesar de la revolución.

Regresa a casa de Aixa, descosida por dentro. Se acuesta abrazada a la Nubia como si fuera su madre, porque siente que lo es. Cierra los ojos. Se acuna a sí misma con las nanas que le cantaba su abuela, pero no consigue dormir. El calor no tiene la culpa. Tampoco el zumbido de las chicharras. Saberse vendida por el consejo es un puñal que le horada el costado. Suda. Tiene sed y ganas de vomitar. Se levanta. Enciende un candil y se encierra en la biblioteca para escribir un nuevo cartel. Decide marchar. *Sin amo, no hay esclavos; si me voy, no tendrán a quien obedecer*, se convence.

La Paloma atraviesa la ciudad con la única compañía de la luna decreciente que trae Ramadán. Y sola, al rayar el día, lee en voz alta la azora 109 del sagrado Corán, que acaba de clavar en la pared de la sala del agua templada donde se reunía el consejo, para quien quiera entenderla:

¡Cafres! Yo no reconozco a quien vosotros reconocéis,
ni reconocéis a quien yo reconozco.
Y nunca reconoceré a quien habéis reconocido,
ni reconoceréis a quien yo he reconocido.
Vosotros tenéis vuestro din y yo tengo el mío.

La Realidad

Al caer la noche, solíamos sentarnos en el claustro para escuchar las historias de Qamar sobre la grandeza de Dios y la insignificancia del ser humano. Como aquella en la que nos pidió cerrar los ojos para aprender a distinguir los aromas del azahar, de los jazmines y de las flores de los arriates.

—La Realidad es un inmenso jardín inalcanzable para nuestros sentidos. En él mora lo completo en Su plenitud, lo eterno en Su eternidad. Es el cero metafísico. La nada que lo es todo. El todo que no es nada. Sólo Allah está en contacto con la Realidad porque habita en su tangente, como la piedra que se coloca en el agujero de las macetas para que cale el agua y no se pierda la tierra. Por eso Allah es Uno y Único. La Realidad no tiene nombre hasta que se desborda, igual que el aroma de las flores. Todo lo demás sí, incluido el mismísimo Allah, porque se lo pusimos nosotras. Pero aquello que nombramos y apreciamos con los sentidos no es la Realidad, no existe, es mentira, solo su reflejo sobre el que Allah dejó su aliento divino. Nadie se acercó jamás a Ella. Ni siquiera nuestros profetas. Cuentan que Muhammad, la paz sea con él, se quedó apenas a dos arcos de entrar en el Jardín. La única manera de conocer la Realidad es morir en vida.

Siguiendo los consejos de la sabia sufí, Maryam huyó al arrabal de los miserables, convencida de que la única manera de conocer la realidad del hambre era morir de ella.

Resguardada entre los escombros de lo que fue una ermita de extramuros, la Paloma rompe el ayuno del primer día de Ramadán del año 399 tras la Hégira de Muhammad, quinto día del mes de mayo de 1009 tras el alumbramiento de Jesús. No tiene leche, ni dátiles, ni persona a quien pedírselos porque nadie en su derredor tiene nada que echarse a la boca. Las madres calientan ollas con piedras que lamen sus hijos para engañar a las tripas. Las recién paridas mastican hinojos, chupan vinagritos o comen las flores de las acacias para llenarse los pechos con algo de enjundia que no sea el aire. El hambriento no rompe el ayuno en Ramadán, sea de la religión que sea. No puede. No tiene con qué. Maryam hace el *iftar* con el último mendrugo de pan que le queda. Y le remuerde la conciencia casi tanto como los intestinos. Qué distinto es el ayuno del hambre: uno purifica y la otra mata.

Cada viernes repartimos alimentos por los arrabales a las órdenes de la mujer velada de amarillo y de su hija. Aunque se arrojaban desde un carro para evitar colas y avalanchas, la Paloma prefiere no ser vista, ocultándose en una antigua zahúrda llena de estiércol y chinchones. Por más que se purgó la cabeza con agua y tierra, Maryam amanece enjambrada de picaduras, enferma de fiebres y sarna. Entre los picores y el sudor, la pobre se queda calva como un sapo a fuerza de rascarse. Una pasiega de esas que hablan raro, más parda que blanca, que unas tomamos por bruja y otras por santa, calienta en una sartén unos bichos negros con franjas rojas que llaman aceiteros, y le unta la grasa que soltaron de la nunca a la frente y de una oreja a la otra. A Maryam le crece una costra verde que daba asco mirarla. Varios días estuvo sin velo y expuesta al sol hasta que aquello se le agrietó en escamas como el pellejo de una culebra. A medida que se le caen las postillas, le asoma la sien en carne viva, sin rastro de pelo. Para remediarlo, la misma mujer puso a hervir agua con jara pringosa y le aplica unas friegas con torundas de tela empapadas en el mejunje. Al principio, le supura una mezcla viscosa de sangre y pus. Más tarde, empezaron a brotarle cabellos tiesos como clavos. Durante aquellas semanas de calvario, la Paloma perdió el pelo, las ganas de respirar, mucho peso, pero le creció la barriga. Y eso que apenas comía, que todo lo vomitaba. Aquella norteña le pasó la mano por una hilera de vello que partía del canal del pecho hasta el monte de Venus como un carril de hormigas. *Será niña,* predijo.

Maryam cruza las manos sobre su vientre y cierra los ojos con tanta fuerza que le llueven estrellas fugaces en la retina. Aprieta los labios. Inspira y exhala solo por la nariz hasta que el ruido de su respiración le molesta. Espera en calma a que sus oídos se acostumbren a ella y la ignoren como si estuviera muerta. La noche vierte su negrura sobre todo lo que toca. Ella siente que ya no existe pero percibe cualquier

signo de vida a su alrededor y en sus entrañas. Escucha el crepitar de las raíces de una higuera buscando tierra húmeda con la misma nitidez que los latidos del feto. Huele a celinda y a los cuajarones del parto. Le duelen los adentros como si la estuvieran abriendo en canal. Sueña que alguien posa la criatura sobre su pecho. Descubre el color celeste de sus ojos nuevos. Le escuece la boca de la niña mamando de sus pezones rebosantes de leche tibia. Se deja arañar la cara por las astillas de sus uñas tiernas. Su piel parece migajón de pan recién sacado del horno, pero no quema. Le moja el cuello con sus primeras lágrimas. Y le canta la nana que tiene escrita en su garganta. Nunca estuvo más cerca de la Realidad que imaginando lo que aún no había nacido. Recuerda a su madre y la amargura que debió padecer cuando se la arrebataron de sus brazos, porque ya conoce, sin parirla, que no hay daño más inhumano que la pérdida de una hija. Todo eso pensó mientras aquella mujer le daba a probar un brebaje de ruda y verbena para el aborto, que la Paloma escupe como si la llevaran los demonios.

* * *

Más allá de su naturaleza sagrada y del bienestar espiritual que nos produce, a nosotras nos encanta Ramadán porque la vida se pone del revés como un reloj de arena al permitirnos pasear por la noche y descansar por el día. El zoco abre tras la oración del ocaso y allí quedamos para romper el ayuno al cobijo multicolor de sus tiendas sin preguntarnos por el nombre de nuestros dioses. Somos felices. Y somos hipócritas. Porque no pueden decir lo mismo nuestras hermanas de los barrios pobres que se pasan las horas pidiendo limosna, o buscando sustento en los estercoleros para sus hijos. La Nubia lo sabía por experiencia y echaba el jornal buscando a la Paloma, de sol a sol, segura de que se hallaba en cualquier casa derruida, en una choza, en una cueva o al raso, cerca de los más necesitados. Los suburbios de Córdoba formaban una enorme madriguera con cientos de miles de humanos que sobrevivían como topos. Encontrar a Maryam era más difícil que nacer de nuevo. Ésa era la Realidad contra la que se rebelaba la terca de la Nubia.

También Ibn Hazm estaba preocupado por ella. No había dejado de amarla. Todo lo contrario. Comprender y perdonar a su padre le había servido para comprender y perdonar a cualquier persona por la que sintiera afecto. Y por Maryam sentía mucho más que eso. Entendió que eligiera a Ismail para desvirgarse y albergó la esperanza de que ahora lo eligiera a él para compartir cama y trinchera, por qué no. Y se fue a buscarla por los arrabales, más de una vez acompañado por su padre, sin fortuna.

A nadie más parecía importar la ausencia de la Paloma. Desde

luego, no a Muzna la Coja dedicada en cuerpo y alma a sus cosas, que eran las de su hijo. Como si se tratara de un virus pegado al trono, el Califa de la revolución se contagió nada más sentarse de los peores vicios de sus antecesores, tirándose a las mujeres tanto como al vino. Quizá por eso dejó que lo ocupara su madre y, de paso, endilgarle la podredura moral y los dolores de cabeza que el asiento y el ejercicio del poder llevan consigo. A más de una de nosotras escuchó Muzna la Coja cagarse en la madre que parió al calzonazos, en la madre que parió al depravado, o en la madre que parió al loco que rezumaba azufre por los ojos y espumarajos por la boca en cada juerga. A Muzna no le importaban nuestras ofensas, ni la estrafalaria conducta de su hijo al que ya consideraba caso perdido. A ella solo le quitaba el sueño una repentina sublevación de los beréberes, apoyada por los funcionarios eslavos de la corte amirí a los que ordenó decapitar la noche en que prendimos fuego a Medina Azahira, y que el consejo indultó para no ejercer con ellos la misma crueldad que combatíamos. Qué ilusos pensar que una rata no mordería a los que la liberan del cepo. *Todas las mareas tienen su resaca*, nos advirtió entonces con razón. Y recién salido el sol, presintiendo que las olas pronto volverían a mojarnos los pies, la Coja convoca a Tarsus el Mago y Al Harrar para que rindan cuentas de sus avances en el reclutamiento de un *yund* cordobés, popular, nuestro. Era tal la urgencia que no tuvo reparo en permitirles entrar en su alcoba a pesar de que se hallaba a medio vestir, que una de sus criadas la maquillaba, y que otra peinaba su pelo entrecano y rojo.

—Me avergüenza tener que enterarme por un correo de Wadih, nuestro general en la frontera del Duero, que el moro Zawi espera refuerzos de Castilla en el puente del Guadalnuño para tomar Córdoba. ¿De qué me sirve confiar en vosotros? ¿Así veláis por el pueblo? Ya es tarde y arriesgado pedir al general Wadih que baje desde Medinaceli con sus hombres en nuestra ayuda. Nos tendremos que apañar con lo puesto.

—¿Cuántos son?

—¿Y te atreves a preguntármelo, Tarsus? Eres tú quién debería decírmelo. —Le recrimina echándose una toca sobre los hombros, despidiendo con aspavientos a las mujeres que intentaban adecentarla. Se pone en pie y camina alrededor de Tarsus y Al Harrar como una loba marcando su territorio—. Sean los que sean, habrá que matarlos. Quiero que os apostéis desde esta noche en las puertas de la Medina, en el patio de la Mezquita y en los muros del Alcázar. A Zawi le sobran agallas para plantarse hoy mismo en mi lecho. Pero por muchas ganas que nos tenga, dudo que actúe por pura venganza, a solas y sin plan. Aseguraos que Hixem sigue escondido en casa de Amina, que nadie más conoce su paradero, y buscad omeyas hasta

debajo de las piedras. No me extrañaría que se haya hecho con uno para proclamarlo Califa. Desgraciado al que le toque.

Y acertó. Era casi un niño, canijo, amanerado, rubio como los de su estirpe, con pelusas en el bozo y la frente empedrada de espinillas. También se llamaba Hixem, hijo de Suleyman y nieto del último Abderramán, al que los suyos apodaron *Rashid* o el bien guiado. Suponemos que con sorna, porque de haber hecho honor a su mote, el Mehdi no le habría tajado el gaznate con la misma precisión que cuando lo circuncidaron de pequeño. Vaya por delante que la culpa no fue suya sino de la ambición y la cobardía de su puñetero padre, abducido por la seguridad en la victoria que Zawi infundía a todo aquel que lo miraba. La jugada les salió torcida a los dos, pero no con idénticas consecuencias: el padre perdió a su hijo para siempre, y Zawi a su primer candidato hasta que encuentre a otro. Así le animó su esposa a seguir conspirando después del fiasco, tirada sobre una manta en mitad de la jaima, con la falda remangada hasta las corvas y las piernas abiertas como las alas de un pájaro. Mientras la encimaba con la fiereza de un león en celo, Zawi maldecía entre sollozos que la Realidad no hubiera acatado sus deseos.

Su esposa se hacía llamar la Kahina, igual que la mítica sacerdotisa beréber, judía para unos y cristiana para otros, que blandió su espada contra los primeros musulmanes que invadieron el Magreb. Fue ella quien maquinó la idea de reclutar nuevos mercenarios entre los eslavos de los arrabales, a plena luz del día, por el precio de un vaso de leche agria y unos chuscos de pan con los que se podían descalabrar perros. Sabía que la Realidad habita en las afueras de las afueras, allí donde nadie se atreve a mirar para no verse, donde la muerte se compra más barata que la vida. En esos caladeros de miseria humana, Zawi dobló su ejército con vikingos capaces de arrancar de un bocado la cabeza de su enemigo.

La Kahina era lista para saberse dueña en el tálamo y sierva en la mesa. Se hacía el amor cuándo y cómo ella quería, pero se almorzaba a la hora y lo que su marido mandase. Tenía ese carácter que los hombres llaman huevos, y que para nosotras solo es desdén y señal de inteligencia. Después de robustecer la tropa y encontrar un tonto que aspirase a derrocar al Mehdi, hacía falta que los amiríes dieran el visto bueno a la intentona golpista. Con la barbilla, la frente y las cejas tatuadas con amuletos beréberes, la Kahina se pavonea por los aledaños de la cárcel de mujeres rogando a los guardas que la dejen entrar para escupir en la cara a la madre de Sanchuelo, hasta conseguirlo. Pero cuando la tiene delante, se presenta como la mujer de Zawi y le promete sacarla de allí si le confiesa el paradero de algunos de sus ministros de confianza. Sin pausa, marcha a sus casas y les dice que en dos lunas asaltarán el Alcázar para proclamar al hijo

de Suleyman como nuevo Califa de Al Ándalus, y que les devolverá sus cargos siempre que metan fuego a la casa de Aixa igual que nosotras incendiamos Medina Azahira. Y así fue para desgracia de Córdoba y de la humanidad entera. Los últimos libros prohibidos de la biblioteca del segundo Al Hakem que mandó salvar Almanzor, fueron quemados por sus funcionarios sin saberlo.

Las pavesas inundaron el aire de Córdoba con elixires alquímicos, ecuaciones algebraicas, teoremas filosóficos, intervenciones quirúrgicas o poemas eróticos, que a más de un faquí tuvo con los ojos colorados y estornudando sin descanso por culpa de la alergia. De nada se da cuenta la Paloma. De nada. La cabeza se le hincha a la par que el vientre como si también fuese a parir por los oídos. Después de varios conjuros mezclados con orines y yerbas, aquella pasiega se dio por vencida dejando en manos de Dios el remedio a sus males. Maryam carece de fuerzas para levantar los párpados. Peor aún, de ánimo para intentarlo. En esas ocurre el asedio al Alcázar por las tropas de Zawi.

* * *

Aprovechando que no había una alma en la ciudad durante las horas de sol por Ramadán, beréberes y eslavos penetran a media mañana por las distintas puertas de la Medina, de manera escalonada y dispersa, sin uniforme, cada uno de su padre y de su madre, con la espada bajo las ropas atada al pecho con una trenza de esparto. Atacarán a la siesta. Centenares de mercenarios rodean el Alcázar ante los ojos asustados de los guardianes, que se apresuran a cerrar las puertas y arrodillarse mirando al sureste para pedir clemencia en el nombre de Dios, el Compasivo y el Misericordioso, con las heces asomando por los calzones. A nosotras no nos pillaron desprevenidas, sin embargo.

El ejército de la revolución los deja acampar a sus anchas en la ribera del Guadalquivir. La estrategia consiste en degollarlos de madrugada como a corderos cuando estén dormidos y confiados. Tarsus el Mago ordena a su milicia apostada en la Mezquita que se esconda en las galerías de la *saquifa* y en las letrinas femeninas del *midá*, utilizando sus capas como velo. Al Harrar forma un cinturón humano en torno al Alcázar con miles de mujeres y hombres del pueblo, armados con aperos de labranza, cuchillos de cocina, palos, pucheros, las uñas y los dientes si hicieran falta.

Antes de que llame el muecín a la primera oración del día, un reguero de sangre extranjera tiñe de rojo y mal olor las piedras del que fuera cardo bético desde la puerta primitiva de la Mezquita hasta la boca del Puente Romano. El Mehdi asoma junto a su madre por uno

de los balcones del Alcázar con la cabeza del pobre niño que osó desafiarle, clamando venganza contra el beréber y los de su nación. Nosotras no tragábamos al Califa ni a la Coja, pero muchísimo menos a Zawi y a cualquiera que fuera de su mano para restaurar la dictadura y el integrismo al que vencimos. Vale que Córdoba ya no fuera nunca más el ombligo del mundo, pero para el ombligo el nuestro.

Salimos en estampida a exterminar amiríes, beréberes y eslavos de la faz de la tierra. Quemamos sus hogares, sus rebaños, sus cosechas, sus familias, sus cuerpos, hasta no dejar rastro de ellos en la Realidad, como si Dios jamás los hubiera creado. Algunas fuimos a los arrabales a cazarlos. Y allí aprendimos que la Realidad no es solo nacer, comer, amar, matar y morir. La Realidad es que cualquiera de nosotras lea el nombre de Almanzor tatuado en el cuello de una embarazada moribunda, y la sentencie a muerte por ello. Así de canalla es la ignorancia. Y de injusta.

A Maryam la llevan en parihuelas por las calles de la Medina pregonando su estirpe. Nadie la reconoce de lo flaca, calva y deforme que se encuentra. Más de una le arroja el caldo de la escupidera al pasar por su puerta. Otra, los desperdicios de la cena como si fuera una gallina. Todas la insultamos y escupimos por ser hija de su padre. Pero la Paloma ya no tenía sentidos para sentirse vejada, ni viva. Era tal el dolor por la hinchazón del cráneo que dejó de dolerle, como si hubiera traspasado el umbral de lo soportable. Al escuchar el griterío, la Nubia intuye que puede ser la Paloma y corre esperanzada a reconocerla. Le abrimos paso porque olía a perros muertos. Sudada y sucia, a su negritud natural se le añadía una pátina de humo y carbonilla después de haberse pasado la noche entera intentando apagar el incendio de la casa de Aixa. A la que fue su nodriza no le cuesta trabajo adivinar la Realidad de Maryam en aquel cuerpo raquítico y pajizo que apenas servía para empalmar su cabeza con la barriga. La toma de la mano y le tizna la cara a besos. Suplica en vano que la dejemos libre, que nos estábamos equivocando, que nada tenía que ver con Almanzor, que era una de las nuestras, la Paloma. Y al mentar su apodo, irrumpe entre el gentío una vieja con la cara descubierta y un pegote de carne por nariz, pagando por ella una bolsa de dinares de oro que nos hizo olvidar de repente la aversión que sentíamos por el linaje de la mercancía. La introduce en su casa. Y la lleva a una alcoba para que la cuiden como es debido. Es Dalfa. La que fue amante de Almanzor, la que mató a la madre de Maryam, y la que ahora está salvando la vida a la joven que mató a su hijo.

Demasiadas veces, la Realidad parece mentira.

La guerra

La guerra no es un paréntesis entre períodos de paz. Más bien al contrario. La guerra es un estado de la materia. Y no avisa. Está en el aire como la tormenta esperando impaciente a romper las ramas florecidas de los árboles. Cuando quieras darte cuenta y huir, ya formas parte de ella. La guerra es una discusión a gritos con el amante. La guerra es la saliva de un beso roto.

La guerra es la guerra.

La primera guerra civil de la península comenzó aquella noche de la venganza. Antes no hubo paz. Y tampoco después. Lo que sí existió antes de la guerra fue la utopía. Y aunque sus estertores duraron tres décadas, la matamos aquella noche celebrando nuestra victoria contra Zawi con la misma inocencia que cuando proclamamos la revolución. Así es la guerra. En cada fiesta, allí estaba la guerra. En cada baile, allí estaba la guerra. En cada canto, en cada copa, en cada abrazo, allí estaba la guerra, sin rostro, invisible, pasando a cuchillo los sueños del pueblo.

El viejo Azaid lo barruntó desde el mismo momento en que salimos rabiosas a matar beréberes y vikingos, sin piedad. Y lo que es peor, sin memoria. Porque Al Ándalus solo tiene sentido si cada una de nosotras se confiesa hija de mil leches. Claro que no todas las personas somos iguales. Que siempre hubo y habrá mujeres y hombres, ricos y pobres, poderosos y vasallos, negros y blancos, cafres y gentes del Libro. Pero todos andalusíes. Ya no. La guerra estaba allí para partirnos por mitad y no saber en qué bando alistarnos. Por eso Azaid se retiró a llorar a una cueva hasta secar el manantial de su vida. A su entierro acudió toda Córdoba. El faro de la revolución se había apagado.

* * *

Igual que los buitres huelen a distancia la muerte del animal que será su alimento, los primeros en presentir el ocaso de Córdoba no fueron los vencidos, sino los parásitos de los vencidos, sus alimañas, sus depredadores, los castellanos. Cuando supo del asedio al Alcázar, el Conde de Castilla adelantó a sus emisarios con la orden de esperar la debacle de cualquiera de los contendientes. Si perdía el Mehdi, le ofrecería su ejército para recuperar Córdoba a cambio de llamar Castilla a las tierras de Al Ándalus por donde cabalguen sus caballos. Y si perdía Zawi, además, la cabeza del visir que decapitó al Conde de Carrión como propina. El beréber aceptó. Por venganza. Por ambición. Porque así se lo suplicó Abda, obsesionada en aplicar a los asesinos de su hijo el ojo por ojo y diente por diente. Y porque, de lo contrario, regresaría derrotado a las montañas con los de su tribu, y Zawi nunca supo conjugar verbo alguno relacionado con el fracaso, ni le apetecía sudar su *lizam* sobre un camello a esas alturas de su vida. Y a la Kahina, tampoco.

Los beréberes y eslavos que pudieron huir a nado por el río se refugiaron en las tierras malditas de Saqunda. Tan salvaje fue nuestra represión que el Mehdi se vio forzado a dictar un pregón para salvar sus cabezas a las que antes había puesto precio. Demasiado tarde. El odio ya había enturbiado la sangre que regaba sus cerebros y sus corazones. Solo odio pensaban, solo odio sentían.

Coincidiendo con las hogueras del solsticio de verano, Zawi y los suyos proclamaron Califa en una ceremonia privada a otro omeya de nombre Suleyman, hijo del segundo Al Hakem y bisnieto del tercer Abderramán, al que apodaron *al Mustaín billah*, el que busca la ayuda de Dios. Y a fe que la encontró camino de Calatrava donde sus tropas se unieron a las castellanas de Sancho García y a las partidas de contrariados con el Mehdi, cada vez más diseminados por esas *coras*, hartos de su situación de abandono. Tomaron Guadalajara y después partieron hacia Medinaceli para enfrentarse a Wadih, uno de los pocos *saqaliba* que todavía nos guardaba lealtad Despeñaperros arriba. Después de varios intentos de negociación, nuestro general rechazó el amán y perdió la batalla bajo los calores de agosto en el Jarama, muy cerca de la ciudad a la que castellanizaron como Alcalá de Henares. El siguiente destino de los sublevados sería Córdoba.

Nosotras éramos felices, la verdad, ajenas a ese ruido lejano de sables. La ciudad amanecía y dormía en calma. Humilde, sin los lujosos palacios de antaño, sin las sedas, sin las joyas, con algunos miembros de la jassa molestos por no tener con quien comerciar, pero tranquilos porque su peor amenaza había dejado de ser el chivatazo, la traición, el otro. Tenía razón Azaid cuando nos dijo que la decadencia del cuerpo no está reñida con la dicha del alma. Y Córdoba era prueba de ello, con la sola excepción de la Paloma.

Se nos muere. De nada sirvieron los brebajes que un alquimista preparó calentando agua con mercurio, azufre y sal, principios del espíritu, del alma y del cuerpo, que cada noche hacía beber a Maryam mirando al diminuto planeta *al katib*, a la diosa madre *azzuhra*, al rojizo *al marrij*, al enorme *al mustari* y al anillado *al mukatil*. A cada sorbo, más amarillas se le ponían la lengua, las uñas y las escleróticas de los ojos. A la quinta sesión, Dalfa lo despidió con los bolsillos vacíos de una patada en el trasero, porque siempre tuvo muy claro que a los médicos se les paga cuando curan al enfermo igual que a los alarifes cuando terminan las yeserías.

Pelona, sin carne entre el pellejo y los huesos, con el vientre como el caparazón de un galápago y el cráneo a punto de estallar. En ese lamentable estado contempla Ibn Hazm a la Paloma. Se clava de rodillas a los pies de su cama, impotente, culpándose por no haberla buscado día y noche con el mismo empeño que una madre. Sale a la calle a gritar. Golpea las paredes, las puertas, y corre hacia su casa para pedir auxilio a su padre. Recuerda que era buen amigo del sabio Abulcasis. Sabe que está anciano, que le cuesta levantarse y caminar, pero que no ha perdido la templanza de sus manos para practicar sangrías, abrir la carne o trepanar el cráneo. El visir lo convence argumentando lo extraordinario del caso. A duras penas, ayudado por unas lentes y un candil, el cirujano consigue encontrar unas sondas

con terminaciones en pala y cucharilla, unos ganchos, unas pinzas, unos escalpelos, unas cánulas y una especie de sacacorchos con un astil de cuarta. Lo suben a un burro y lo llevan hasta la casa de Dalfa, sujetándolo por los costados para no caerse. Sube el rebate de la entrada con la dificultad de una tortuga. Y nada más entrar al zaguán, pide a la Nubia unas gasas limpias, dos palanganas con agua hervida y que nadie más salvo ella se quede en el cuarto con la paciente. Le administra una droga hecha con raíz de alcaparra que la deja más cerca del paraíso que de la tierra. Esteriliza uno a uno sus instrumentos quirúrgicos y toma el sacacorchos para abrirle un agujero a la altura de la sutura que une los huesos frontales. Le introduce una cánula con una gasa en su interior que sirva de drenaje. Recita despacio la *fatiha* del sagrado Corán y la extrae llena de líquido. Repite la operación siete veces. La retira. Cauteriza la herida con nitrato de plata. Y se lava las manos, los codos, la cara y el pelo como si fuera a orar en una mezquita. *No morirá*, concluye mientras limpia y seca sus utensilios. *Pero tampoco dejéis de rezar por ella y por la criatura que lleva dentro.*

Termina Ramadán y la Paloma todavía no ha abierto los ojos. Lleva días dormida desde la operación. Le damos de comer papillas y sopas con la cuchara de las infusiones, agua con una caña, y el cariño con besos a un palmo de la cara para no infectarla. Por fin le ha bajado la fiebre gracias a las vendas que la Nubia le pone en la cabeza, humedecidas con el hielo que cada mañana baja un arriero de los neveros de la sierra. Aunque solíamos turnarnos para no dejarla sola, Maryam balbucea sus primeras palabras en mucho tiempo cuando más compañía tiene. Parece que lo hiciera aposta, pero no se le entiende. Dalfa, el visir, Ibn Hazm y la Nubia se acercan emocionados para leer en sus labios. *Qué fea estoy*, repite.

No hay peor bando en una guerra que no pertenecer a ninguno o a ambos a la vez. Ya formes parte del vencedor o del vencido, al menos tendrás la certeza de que los tuyos te defenderán en la batalla. Pero si careces de bandera, nadie velará por ti. Y si ondeas las dos, serás abatido por el primero que te descubra. El cuarto de Maryam era una trinchera abierta en mitad del frente con enemigos a cada lado. A Dalfa la matarían los amiríes por traidora, y los revolucionarios por amirí. Al visir, otro tanto de lo mismo. A Ibn Hazm lo matarían los amiríes por ser partidario de los omeyas, y los revolucionarios por ser hijo de su padre. Y a Maryam, otro tanto de lo mismo. La vida de la Nubia, no importa a nadie. Y los cinco serían apátridas si no fuera porque la madre de la Paloma es la bandera que los une. Ellos lo saben y por eso se respetan, cada cual a su modo. Como también saben que están en la diana de todas las sospechas, pero puestos a elegir, mientras las cosas no cambien, se alistan con la revolución.

En árabe, revolución es *zaura*. Comparte raíz con el infinitivo *zawaran* que significa salir con la fuerza del agua de un manantial, o con el ímpetu de la lava de un volcán. Así son las revoluciones cuando estallan. Cuando pasa el tiempo, el agua se amansa y se emponzoña estancada, o la lava se transforma en una roca infértil donde no brotará la yerba, como si esos fueran los destinos irreparables de toda revolución: la mansedumbre, la corrupción y la nada.

Ser revolucionaria consiste en rebelarse contra el destino. Y Maryam, lo era. Se rebeló contra la muerte de su madre, contra su propia muerte, contra la muerte de la criatura que lleva dentro, y contra la muerte de la revolución. Era consciente de la ridiculez y vulnerabilidad de su ejército. Una anciana y un visir que lo fueron todo, y que muchas de nosotras ya no reconocerían por la calle. Un poeta engreído y adolescente. Una esclava que lo sigue siendo porque quiere. Y ella. Pero juntos tenían lo que la revolución necesitaba en ese momento: mala uva, inteligencia, empatía, dignidad y coraje. Solo le faltaban las fuerzas para ponerse en pie. Maryam, la primera.

* * *

Un mes estuvo postrada en la cama. Quizá, uno de las más felices, puñeteros e inolvidables de su vida. Porque se sintió cuidada, querida y amada. Tanto como utilizada, manoseada y nadie.

Al amanecer, la Nubia la desviste y asea con tanto mimo que cuando Maryam despierta cree haberlo soñado. Abre la ventana para que escuche el coro de muecines bendecir la luz del día. Quema en el alféizar polvo de *lubban* para perfumar el cuarto con la corriente y, de paso, espantar a los insectos y a los malos espíritus. Le trae jugo de mora, queso de cabra y cerezas maduras para el desayuno, y se lo acerca todo a la boca con la ternura que imagina ella tendría con su madre. La Nubia ameniza cada faena cantando en la lengua de los negros, a veces con palmas, otras bailando a pisotones como si estuviera apagando un fuego. Gestos, sonidos y palabras ancestrales que escuchó de sus nodrizas, que no olvida aunque no las comprenda.

Ya hace calor para dormir destapadas, incluso desnudas. La Nubia jamás se quitó el camisón a solas. Desde niña le enseñaron a guardar el recato de las sirvientas y el silencio de las esclavas. Pero callar afuera las cosas que una vea por aquí dentro, no está reñido con compartir entre nosotras de manera discreta lo que se escucha por la calle. Así que mientras quita el polvo de la habitación, la Nubia le va diciendo a la Paloma que el viejo Azaid ha muerto, que unos desconocidos quemaron la casa de Aixa, que no pudimos salvar sus libros del incendio, que Zawi intentó derrocar al Califa y que el pueblo se lo impidió, que apaleamos a beréberes viejos y nuevos, que el

consejo apenas se reúne y que las higueras están cargadas de brevas. Antes de marcharse para seguir limpiando la casa, se despide con un beso en la mejilla y otro en el vientre de Maryam, cantando. Ojalá existiera un trujamán en Al Ándalus para traducir esos cantos que hierven la sangre y que ya ni los negros entienden.

* * *

Dalfa vive dentro de la Medina a espaldas de la muralla, muy cerca de la Puerta de Almodóvar, también llamada del nogal por la dulce sombra que nos proyecta cuando la cruzamos al caer la tarde. La mansión es enorme para una mujer tan sola. Heredera de las casas béticas, el sótano debió ser un mitreo con su altar al fondo y dos asientos corridos a los lados, que ahora utiliza como bodega en honor al dios Baco que protagoniza el mosaico del suelo. El patio es el pulmón de la casa, abarrotado de flores y vida, cercado por arcos califales sobre columnas y capiteles de otros tiempos, un pozo en una esquina y un limonero lunero que trepa hacia las estrellas haciendo honor a su nombre. Dalfa toma uno de ellos y lo lacera de un mordisco para aliñar un vaso de agua fresca con su jugo. Se lo sube a Maryam que descansa en una de las alcobas de la primera planta, la más apartada y la única que no asoma al patio. Maryam lo rechaza orgullosa.

—Mataste a mi madre y ahora me salvas la vida. Si es porque te remuerde la conciencia, me alegra saber que aún la tienes. Si es porque te doy pena, me alegra saber que tienes corazón. Pero no me creo una cosa ni la otra. Así que dime por qué me has salvado la vida y entonces beberé el agua que me traes.

—Tienes los mismos cojones que tu maldito padre y eres tan lista como él. Lo hice por mí, porque me interesa que no mueras. Yo no creo en la revolución, como sabes. Si os ayudé con mi dinero fue para vengar la muerte de mi hijo y darle por culo a esa chula de Abda. Tampoco creo en este omeya borracho ni en su madre coja, chusma como todos los de su ralea. Solo he venido a decirte que las cosas vienen mal. —Y arrastra la silla hasta el mismo borde de la cama, para hablarle casi en susurros, el vestido sonoro de los secretos—. El pueblo pudo parar el primer embate de Zawi, pero me temo que no podrá con el segundo. Me consta que el general Wadih ha sido derrotado y que viene para Córdoba a defenderla de la alianza de beréberes, eslavos y castellanos. Y es muy mala señal que los judíos estén exigiendo al Califa el pago por adelantado de sus compras e intereses. Antes que una rana prediga la tormenta, el dinero presiente la derrota.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso?

—Mucho. Tú y tu hijo. Porque pensarás tenerlo, supongo. Y querrás

mantenerlo a salvo de esta guerra que se nos viene encima, verdad. Malo es ser madre sola, pero mucho peor ser hijo de una madre sola. —Dalfa se sienta en la cama para hablarle aún más bajo, temerosa de ser escuchada aunque sea por las cosas inertes de la habitación—. Conozco a Zabya, madre del que han proclamado Califa con el nombre de Suleyman Al Mustaín. También fue esclava cristiana como tu madre, como yo y como las madres de los reyes omeyas. Seguro que podré convencerla para que te acepte como concubina de su hijo cuando gane esta guerra. Porque ganará, no lo dudes. Si te alistas con los vencedores, tu hijo crecerá en el mismo ambiente en el que tú te has criado. Y estoy convencida de que, a poco que te lo propongas, acabarás siendo su favorita y quien mande en la sombra. Sé de lo que hablo. Suleymán es culto y refinado, ama las letras y las artes, y creo que también ama a los hombres y a las mujeres por igual. Pero será tuyo cuando te vea, cuando te escuche, cuando te toque, cuando lo beses, cuando te penetre y lo poseas en la cama. Entonces podrás manejarlo a tu antojo como una marioneta para que cuide de los pobres que tanto te preocupan y que la revolución ha olvidado. Tu reputación y tu hijo estarán a salvo. —Se echa sobre el costado de la adolescente para decirle al oído el precio del trato, adoptando una postura incómoda que unos juzgarían grotesca y otros, obscena—. Sobra decir que yo también estaría a salvo, gracias a ti, en pago del favor que te he hecho.

Maryam enmudece, y Dalfa le da un poco de limonada para aliviarle la sequedad del aliento. *No me contestes ahora, niña, pero que sepas que has bebido.* Y baja las escaleras con las manos vacías dejando el vaso, sus miasmas y la incertidumbre por todas partes.

* * *

Pasada la siesta, es el visir quien la visita con una bandeja de cuernos de gacela hechos con masa de piñones, canela y agua de azahar. Lleva cruzado al hombro un morral que abre con cuidado para extraer una Biblia manuscrita en latín, ajada y polvorienta. Se acerca a la ventana para soplar sobre sus hojas con más cuidado todavía, vaya a ser que se deshoje como un nogal en invierno. Y la deja en la misma mesa donde se enciende el candil en la noche.

—¡Ay, Maryam, casi no te reconozco, qué mayor te has hecho! El mismo día en que naciste, dejé esta Biblia a tu madre cuando la acogí en mi casa. Sabía que había sido cristiana pero no supe qué hacer para consolarla cuando tu padre decidió apartarla de ti. Hoy te pido que perdones mi torpeza de nuevo. Poco he aprendido de estas cosas en los últimos años. Mi trabajo consistía en complacer a los que mandan, no a los mandados. Por eso he probado a traerte unos dulces para

deleite de los sentidos y una Biblia para sosegarte el espíritu. Y, si no acerté, al menos considera mis buenas intenciones.

Nada se parece aquel hombre que fue visir de Al Ándalus al que se sienta a la vera de la Paloma. Empequeñecido, viejo, desaliñado, vestido de viernes siendo lunes, con la chilaba parduzca y los festones deshilachados, las babuchas soleadas y abiertas por las suelas, como si no se hubiera lavado ni cambiado de ropa desde entonces. Tiene mal aspecto sin parecer enfermo. A medio afeitar, con un dedo de sarro en los dientes, mantiene intacta esa refinada educación con la que se acicala el alma, hasta que la echó a perder por la boca.

—Vengo a ofrecerte mi casa igual que hice con tu madre. No puedo negarte que las cosas ya no son lo que fueron. No tengo el poder ni el dinero que tenía, pero sí lo bastante para contratarte como *jadim* y así daros una vida honrada y digna, a ti y a tu hijo. Sé que el mío bebe los vientos por ti. Yo no puedo impedir que se enamore. Tampoco a ti. Pero no podría autorizar vuestro matrimonio porque le daría un disgusto a mi esposa, lo poco que me queda ya en esta vida.

Maryam toma un sorbo de limonada antes de contestar. Y algo de saliva de Dalfa debió calarle adentro.

—Gracias visir por sus regalos y por preocuparse tanto por mí. De corazón se lo digo. Pero permítame algunas apreciaciones a su oferta. Me consta que hizo las paces con su hijo jugando al ajedrez. Juguemos. Usted salvó la vida de mi madre igual que yo salvé la suya. Tablas. Y le prometo que no perderá a su hijo porque se case conmigo, pero seguro que lo perderá para siempre si le cuento que lo sorprendí penetrando a un efebo en una alcoba de Aixa. Jaque.

El visir siente que le ha mordido un perro de presa en la nuez. La Paloma aprovecha su mudez accidental para rematarlo.

—Descuide. No me casaré con su hijo, ni me iré a su casa. Pero me comeré los cuernos de gacela, si no le importa.

Al bajar las escaleras, el visir se cruza con su hijo. Le cuesta articular palabra, mirarlo a la cara. Y se retira de su lado con la misma poca vergüenza que los desertores en una batalla. Muerto de antemano.

Queda poco para el azalá de *magrib*. Algo ha refrescado pero no lo bastante para cerrar la ventana. Ibn Hazm fue el único que subió a la alcoba sin un presente en las manos, solo con su poesía en la cabeza y en la garganta.

—Desearía rajar mi corazón con un cuchillo, meterte dentro de él y luego volver a cerrar mi pecho, para que estuvieras en él y no habitaras en otro, hasta el día de la Resurrección y del Juicio; para que moraras en él durante mi vida y, a mi muerte, ocuparas las entretelas de mi corazón en la tiniebla del sepulcro.

La Paloma lo mira con esa cara que dice a la vez lo mucho que lo

aprecia y lo cursi que le parece. Sonríe para compensar. Y después de rumiarlo un segundo, le clava un dardo en el ego de dos versos.

—Fuiste capaz de perdonar a tu padre. Yo no.

Y se convence de la porquería de ejército que tiene. Adónde va con ellos. Ni para coger espárragos sirven. Seguro que no los verían aunque estuvieran pintados de rosa, igual que no ven cómo se derrumba la grandeza de Córdoba en sus narices. Solo piensan en sus ombligos o en nada.

Anochece por todas partes, en el cielo, en la sombra de las cosas, en los ojos de la gente, en las utopías. A lo lejos se intuye el retumbar de los tambores de guerra. Miles de hombres bajan de la sierra para tomar Córdoba. Las mezquitas también llaman a la oración con voz de hombre, y a Maryam le asaltan los recuerdos de aquella vez en la que Qamar se subió al minarete de la Mezquita Aljama para celebrar la revolución, o de cuando ondeamos un mar de velos como banderas tras arrasar Medina Azahira, y entiende que la única manera de plantar cara a los beréberes, eslavos y castellanos, será contando con las mujeres de Córdoba.

Su verdadero ejército.

Su hija

Entre los libros que Almanzor salvó de la biblioteca Califal para regalárselos a su amada Aixa, se encontraba el famosísimo y perseguido *Alifato de Ben Sira*, tan herético que si lo encontraran los ulemas no dudarían en dárselo de comer a los puercos. Todas hablamos de oídas de esta obra cabalística porque ninguna la hemos leído.

Eso sí, nos encanta lo que dicen que dice.

Al parecer narra la leyenda de Lilit, la primera mujer en el orden de la creación antes que Eva, y la primera compañera de Adán en el paraíso. Cada vez que Adán la encimaba para penetrarla, Lilit cerraba las piernas, levantaba las rodillas y se negaba a someterse al hombre, alegando que los dos habían sido hechos del mismo polvo. Adán siguió intentándolo por imitación a las otras bestias hasta que Lilit decidió abandonarlo para vivir sola, parece ser que en un desierto entre el Mar Rojo y el Mar Muerto. Desde entonces, unos la acusan de secuestrar a los recién nacidos para beber su sangre y rejuvenecer la suya. Otros, de haberse casado con Satán, que sí la trató de igual a igual, con el que engendró a todos los demonios que pisan la tierra. Hasta dicen que fue ella la serpiente que sedujo a Adán y Eva para que mordieran la manzana. Mentira: Lilit fue la primera revolucionaria.

Y por eso la Paloma pensó que ningún otro nombre sería mejor para su hija.

El visir enfermó de remordimiento y miedo a que su hijo supiera de su secreto por boca de Maryam, enterrándose vivo en su cama hasta marchitarse como una flor cortada. Así estuvo los últimos tres años de vida. No hubo médico, espagirista, curandero o santón, que diera con el diagnóstico de su tristeza. Solo Maryam lo sabía. Y poco más podía hacer por él. Ocultar su sodomía era, a la vez, veneno y medicina. Revelarla, su sentencia de muerte.

Ibn Hazm sospechó desde el principio de la Paloma. Y quería no creerlo, pero las evidencias eran tozudas. A su padre le talaron el alma a la altura de los pies aquella tarde en que los dos hablaron con ella. Y para qué negarlo, también a él. Solo que Ibn Hazm no se metió en la cama para dejarse morir de pena por el enésimo desplante de Maryam. Era joven, culto, apuesto, canalla, acostumbrado desde chico a espantar a más mujeres que moscas, y ya estaba harto de ser veleta de sus aires. Claro que le dolía su desprecio, pero escupió sobre la herida, se dijo una y no más, y resolvió apartarse de la mujer que había intoxicado de melancolía a su padre para que su mal no le infestara.

También Dalfa y la Paloma rompieron unos días después, pero de manera amistosa, dejando un hilo pendiente entre las dos, por si acaso. Acordaron que Maryam no aceptaría ser concubina de nadie, y muchísimo menos de un omeya puesto a dedo por quienes pretendían aniquilarnos, a menos que fuese la única manera de salvar a su hija. A cambio, dormiría en casa de Dalfa hasta el parto. Sellaron el pacto bebiendo un trago de aguardiente, ambas con los dedos cruzados debajo de la mesa. Desde ese día, Dalfa ya no subió más a verla.

Se pudrieron las brevas, los higos, las ciruelas, los albaricoques, las peras y los melones, con Maryam encerrada en su cuarto. La Nubia la cuidó de los calores del verano con la delicadeza de un jarro de porcelana, hasta que llegó el otoño y pudo caminar sola.

* * *

Cuando anochece lento, una luz ocre tapiza todo lo que miramos y la ciudad se viste de una bellísima decadencia. Aunque Córdoba está abierta a todas horas, la mayoría de los hombres de las tres razas y religiones regresan a casa con sus mujeres antes de la media noche. Otros, no. Van a cortarse el pelo, a pasear de la mano de otros hombres para tomar caracoles y lo que no son caracoles, o a las cuevas que huelen a taberna donde las putas esperan en el zaguán, apoyadas en las jambas de la puerta, con dalias y crisantemos en el pelo. Niños en harapos las miran, las insultan y corren descalzos. Las niñas solo miran.

Las más atrevidas de nosotras volvemos de rezar en la mezquita o de bañarnos en el hamam, como muy tarde, cuando las tres estrellas

del cinturón de Orión subrayan el horizonte. Y veladas, por supuesto. A esas horas creímos ver a la Paloma que salía por fin de casa de Dalfa. Camina despacio, descansando en cada esquina, con las piernas zambas y las manos entrelazadas sujetándose la barriga. Las hojas de los árboles se caen con la misma levedad que su velo de la cabeza. Llega a la puerta del Alcázar. La detienen los soldados que
la custodian.

—Vengo a hablar con Muzna. Decidle que soy la niña de los pasquines. —Se abre el cuello de la blusa—. Y la hija de Almanzor.

Como era previsible, la Coja no se digna a bajar y los soldados cargan con la preñada, escaleras arriba. La recibe en el salón presidido por la loba de Baena, su alter ego hecho del mismo metal que su alma.

—¿Qué hace una niña preñada y sin velo vagabundeando a estas horas de la noche? Me has estropeado la cena. ¿Qué quieres?

—Salvarte.

—¿Cómo te atreves a ser tan presuntuosa delante de la madre del Califa? ¿En qué líos piensas meterme ahora? ¿No tuviste bastante con la que armaste aireando la corrupción de nuestros ministros?

—Si he venido a hablar contigo es para que no vuelva a ocurrir y evitar más confusiones. Tenemos que ir de la mano. Nos necesitamos juntas.

—¿Y yo para qué necesito a una niñata como tú?

—Para salvarte. Escúchame.

Es tanto el aplomo que transpira la Paloma, que ni el mismo Dios se atreve a interponerse en su palabra. Otra cosa es que el peso del embarazo la obligue a echarse sobre unos cojines, hecho que nadie con un corazón sano interpretaría como una muestra de debilidad. Más bien lo contrario. Con las piernas abiertas hasta el límite de sus caderas, las manos cruzadas sobre su sexo, y asegurada la espalda contra la pared, Maryam parece un centauro al que hubieran cambiado el caballo por un animal deforme por definir. Toma un buche de aguardiente para paliar los dolores del espinazo, y habla serena con la intención de convencerla.

—Las dos sabemos que bajan miles de hombres a tomar Córdoba. Zawi quiere derrocar a tu hijo. Proclamará a otro omeya para hacer el paripé y acallar al pueblo. Lo acompaña un ejército de mercenarios y castellanos. Son demasiados en número y en crueldad. Las dos sabemos que no podremos pararlos, ni armando hasta a los dientes a todos los hombres de Córdoba. Son panaderos, artesanos, comerciantes, no soldados. La mayoría, son pobres. Tan pobres que no dudarán en cambiar de bando si ellos les ofrecen más pan que nosotras. Además, muchos son eslavos y cristianos, Y nos odian. Como nos odian los beréberes nuevos y viejos. Como nos odian los ulemas. Pronto nos odiarán también los judíos ricos si no les pagamos a

tocateja. Y ya sabemos que la patria de los nobles es el pesebre del poder, no importa cuál sea. —La Paloma apura el trago de aguardiente y la mira con una frialdad que no puede disimular su esperanza—. Solo hay una forma de resistir: que nosotras también vayamos a la guerra.

—¿Armadas de cucharas y tenedores? ¿Con los hijos en un canasto a la espalda? ¿Qué disparate estás diciendo, niña?

—Tenemos las manos en el mismo sitio que los hombres y, muchas de nosotras, más fuerza que ellos. Con esas manos abriremos fosos, calentaremos aceite y lo arrojaremos por las troneras de la muralla, dispararemos flechas, empuñaremos espadas, curaremos a nuestros heridos y prepararemos su alimento. Triplicaríamos al enemigo. No diré que venceremos. Pero sin nosotras, seguro que Córdoba está perdida.

Muzna calla. Su lengua querría seguir reprochando pero el sentido común le tira de la raíz y se lo impide. Esa niña pedante y preñada hasta las cejas, tiene razón.

—Qué me pides.

—Papel y tinta. Volveré a colocar pasquines por toda Córdoba para convocar a nuestras mujeres en la Fuente del Arenal y explicárselo yo misma. Ordena a los hombres de Tarsus el Mago que nos dejen en paz. Seremos sus aliadas, no sus súbditas. Por último, te ruego quedarme a dormir aquí. Paraba en casa de Dalfa, pero no me fío de ella.

—¿Y te fías de mí?

—No. Pero tú me necesitas tanto como yo te necesito a ti.

—Con sinceridad, no creo que esta locura tuya llegue a buen puerto, pero no seré yo quien ponga palos en las ruedas. Por cierto, niña, ¿quién es el padre?

A duras penas, la Paloma consigue incorporarse, le devuelve el vaso vacío y le contesta.

—Seré yo.

* * *

Ibn Hazm solo tuvo padre. Al mes de parirle, su madre comenzó a escupir sangre, a dolerle la boca del estómago como si la sacudieran a patadas, a perder la cabeza y cagar azufre. Murió amarilla, podrida por dentro. La enterraron embadurnada de un perfume empalagoso, envuelta en treinta y cinco lienzos blancos, a varios codos bajo tierra, en el rincón más apartado del cementerio. Ibn Hazm era muy chico. No la recuerda. Ni siquiera sabría reconocer su tumba. Pasados los tres días de luto, el visir contrajo matrimonio con una joven de familia noble que bien podría haber sido la hermana mayor de su hijo. Nunca durmieron en la misma cama. Y aunque su nueva esposa se afanó en

querer al niño como una madre, el visir cedió este papel a Salma, la criada, la madre de la Paloma. Fue ella quien lo amamantó, lavó, vistió y riñó con la misma autoridad que si lo hubiera parido. Ibn Hazm la respetó mucho. Muchísimo. Pero nunca la consideró su verdadera madre, porque no lo era.

Tampoco tuvo abuelas. Las dos le premurieron al nacer y hasta su padre tartamudea inseguro cuando le preguntan por sus nombres. Su vecina Esther, la judía, hizo el papel de ellas desde la primera nana. Enviudó con la misma edad que el visir, sin hijos y sin ánimos de volver a casarse. Todo aquel amor almacenado se lo fue regalando a Ibn Hazm cuando venía a merendar; a encender las lámparas de dos, siete y nueve brazos; a celebrar las pascuas; o a llevarla cada sábado a la sinagoga. Como aquella mañana del 29 de *safar* del año islámico 400, un día menos de octubre del año cristiano 1009, primer día del mes de *hishvan* del año judío 4770. Amanece raro, con una pátina de nubes plomizas que enturbian el cielo como si estuvieran quemando rastrojos. A Esther le afecta en el humor, se vuelve más susceptible, más cabrona, insoportable, hecha una fiera por cualquier tontería. Ibn Hazm lo sabe por experiencia y no le da palique durante el trayecto. Entran cogidos del brazo por la Puerta de Sevilla. Clavado en la muralla, un cartel en árabe alerta de un asedio inminente a la ciudad, convocando a las mujeres de todas las razas y religiones a una asamblea para el lunes en la Fuente del Arenal. Ibn Hazm reconoce la letra y Esther también. Es la misma de las cartas que Salma cruzaba con su hija en Medina Azahira. Los dos callan.

Los judíos se lavan las manos antes de entrar al oratorio, hombres y mujeres por separado. Cuando los primeros forman un *minyan*, se sientan a ras de suelo orientados hacia Jerusalén. El rabino saca la Torá del arca sagrada y la recita sin tocarla desde un altar diminuto al que en Al Ándalus llamamos *tebah*, iluminado por la luz perpetua del candelabro de siete brazos. Ibn Hazm ayuda a subir a Esther a la galería de las mujeres que se encuentra justo encima del vestíbulo. Cuando concluye la liturgia, con la sala todavía repleta, Esther se echa sobre la baranda, baja la cabeza en señal de respeto, e interpela al rabino desde arriba.

—Shalom, mi rabino. Toda Córdoba sabe que se aproxima una guerra, que nuestras familias y nuestras casas están en peligro. ¿Qué debemos hacer? ¿Cruzarnos de brazos a esperar cómo nos roban y nos matan?

—Shalom es paz. Nosotros no queremos la guerra. Y si nos sobreviene, protejámonos de ella.

—Mi rabino. Un sabio judío dijo que *el pacifismo es el deleite de los asesinos*[6]. Si no hacemos nada nos matarán nuestros enemigos.

—¿Y quiénes son nuestros enemigos? ¿Esos amiríes que nos

trataban como apestados o estos revolucionarios que simulan enterrar a Califas con los cadáveres de nuestros rabinos?

—Al menos, estos revolucionarios son andalusíes y comparten nuestra misma patria.

—Se equivoca. Nosotros somos judíos antes que andalusíes. Vivimos exiliados de nuestra tierra. Y solo aquí en la sinagoga, mirando a nuestra añorada Jerusalén, hablamos nuestra lengua y rezamos a nuestro Dios, el único verdadero. Nuestro enemigo no es el enemigo de Al Ándalus, sino el enemigo de Dios. Y contra él, como dice el proverbio, nuestra mejor arma es besar su mano hasta que se le parta.

—Pues yo prefiero partírsela hasta que me la bese.

—Hasta aquí ha llegado su insolencia. Prohíbo a todas las mujeres y hombres creyentes en nuestro único Dios, que se impliquen en esta guerra. El que necesite refugio, aquí tiene su casa.

* * *

Al día siguiente no sonaron las campanas de las iglesias. Tanto nos acostumbramos a su silencio durante la dictadura amirí, que a casi nadie sorprende. Quienes cayeron en la cuenta, desconfían con razón. No hacía falta ir a misa para que un obispo les recordara que aquellos cristianos del norte no eran sus enemigos. Los mozárabes se consideran andalusíes, por supuesto. Hablan y escriben en dos de las lenguas de Al Ándalus, cuando menos. Pero por encima de eso, su patria es Cristo, y tienen la certeza de que los castellanos intercederán por ellos para mejorar sus condiciones de vida, aunque termine gobernando el más despreciable de los omeyas o de
los beréberes.

Distinto es el caso de los marginados en los arrabales. La mayoría son eslavos que bajaron a Córdoba buscando el edén para acabar confinados en el averno. No hablan ni leen el árabe. Ninguna de sus mujeres pudo entender una palabra de los carteles escritos por la Paloma y, aunque lo hubieran hecho, ya no albergan la más mínima confianza en los andalusíes ni en la revolución. Vinieron a quitarse el hambre, no a cambiar de limosnero. Con suerte, si ganan los suyos, podrán mendigar el pan en cristiano.

* * *

Llega el lunes. Arrecia la lluvia con tal violencia que cuesta entender a los almuédanos llamar a la primera oración del día. La Paloma besa la moneda que lleva colgada al cuello, se cubre la cabeza con una manta y enfila la ribera del Guadalquivir camino del este, al paso que le

permite su barriga hinchada. No se arredra a pesar de presagiar que el mal tiempo echará atrás a muchas de nosotras. Nadie la acompaña, ni la Nubia siquiera. Atraviesa el arenal con las babuchas llenas de fango. Encuentra la fuente desierta. Espera, espera y espera. No pierde la fe. Vendrán cuando escampe, se convence. Entonces les dirá que de nada nos sirven los pañuelos en la cabeza si con ellos podemos hacer torniquetes a nuestros soldados o ahorcar a nuestros enemigos. Y nos pedirá que los icemos al viento en memoria de Qamar, de Aixa, de su yadati Aurora, de su madre. Espera, cada vez más nerviosa, dando vueltas alrededor de la fuente como nuestros sabios dicen que hace la tierra alrededor del sol. Deja de llover y no asoma un alma. Está empapada igual que si hubiera caído al río. Estornuda, moquea, limpia las babuchas, retuerce y tiende la manta en el frontal de la fuente. Nadie a su alrededor. Ni los pájaros se acercan. Arranca a llorar, derrotada. Una mano le acaricia el pelo. Es Nurya, la hija de la mujer velada de amarillo, quizá la única amiga de su edad que haya tenido.

—Me manda mi madre. —Le cuenta mientras la arropa con sus brazos para aliviarle la tiritera—. Quiere que te diga lo imbécil y prepotente que has sido al no contar con nosotras. Que las revoluciones no las forjan personas solas por muy brillantes y valientes que sean. Que era una temeridad. Que no conoces a las mujeres de Córdoba. Que a tu llamamiento jamás hubieran acudido las judías, ni las cristianas, ni las musulmanas, sin el permiso de sus maridos y, lo que es más importante, sin el nuestro. Que lo haremos a nuestra manera. —La besa en la frente con esa ternura compasiva de nuestras madres cuando se arrepentían después de habernos reñido—. Y que contamos contigo.

Vuelve a llover con más ímpetu todavía. La Paloma se apoya en Nurya para salir del barrizal. Se hunden hasta los tobillos. Pierden las babuchas, tropiezan y caen, varias veces. Desde el suelo, enfangadas de los pies a la cabeza, vislumbran a medio millar de guerreros que se acercan. Un par de jinetes se adelantan y las suben a la grupa de sus caballos. Preguntan al general qué hacer con ellas. *Comérnoslas*, responde con sorna un eslavo grande y cuadrado como dos alpacas de paja. Es Wadih que regresa con sus hombres tras la derrota en Medinaceli para socorrer al Mehdi.

Se precipita la batalla.

* * *

Tras el entierro de Azaid, dejó de reunirse el consejo. Al Harrar continuó ejerciendo de correo entre las cofradías de los barrios y la corte. Tarsus el Mago asumió el cargo de general del yund andalusí formado por artesanos, campesinos y libertos. La aristocracia

cordobesa mantenía relaciones amables y discretas con el Califa, dentro y fuera de su cama. Ben Daud y su camarilla de prestamistas cobraban al día, incluso por encima de lo debido. Bajaron los impuestos a ricos y pobres, aun a riesgo de dejar desprotegida la ciudad y sin alimento a los más necesitados. Los cargos más relevantes de Al Ándalus quedaron en manos del nuevo cadí, hijo de un zapatero; del nuevo hayib, hijo de un carbonero; y del nuevo visir, hijo de un panadero. El pueblo volvió a acostumbrarse a que otros gobernaran sus asuntos, sin rechistar, ya fuese por pereza, por indolencia o por miedo a sufrir las mismas represalias que los masarríes. En resumidas cuentas, todos contentos menos nosotras que, sin Aixa y sin Qamar, nos habíamos quedado fuera del estrecho círculo donde se toman las decisiones capitales. De qué nos ha servido la revolución si volvemos a ser lo que fuimos. Cierto que Muzna la Coja es quien manda en la sombra. Pero nosotras necesitamos más luz que las buganvillas.

Todo cambió a peor con la llegada del general Wadih a Córdoba. Si el consejo estaba moribundo, él fue quien lo remató. A nosotras, poco nos afectó este ninguneo porque ya no éramos nada.

Se abren las puertas traseras del Alcázar para dejar paso al general y su ejército. Los recibe el Califa, sobrio por sorpresa. Manda habilitar todos los baños del palacio y cuántas esclavas y vino precisen para desfogar sus instintos. Solo el general renuncia a su oferta, por ahora. Hay prisa por reunirse. Él mismo toma en sus brazos a la embarazada que se despide de su amiga, a saber hasta cuándo. Suben a las estancias nobles. Allí la atiende una esclava negra de esas que se tragaría la noche sin darnos cuenta, vestida de blanco para que eso no ocurra. Se agacha para auscultarle el vientre y el feto le arrea una patada en la oreja por chismosa. *Te quedan unos días para romper aguas*, le advierte con una sonrisa.

A pocos metros de ella, Wadih se desprende de su coraza y de su espada, se desnuda sin pudor, se seca con lo primero que pilla, y pide a gritos que le traigan una chilaba. Es Muzna quien se la lleva, sin poder quitar ojo al tamaño descomunal de su miembro que muchos mulos envidiarían. También le trae algo de *tarama* y cerveza para que se vaya calentando el estómago. Y se sientan los tres en torno a una mesa baja, la Coja en el centro, su hijo a la derecha, y Wadih a la izquierda, que toma la palabra.

—En tres jornadas se nos echarán encima las tropas de Zawi y de Sancho García. No tenemos ninguna opción de victoria. Ninguna. Son unos diez mil y atacan como lobos hambrientos.

El Mehdi se levanta airado, da un puñetazo en la mesa, le recuerda que ya los venció en el asedio del Alcázar y que no les tiene miedo. Su madre le agarra por los bajos de la chilaba para que vuelva a sentarse y escuchar.

—Entonces eran unos cuantos beréberes y eslavos, mi Califa. Hoy les acompañan todos los mercenarios del norte y cristianos de Castilla. Si queremos evitar una masacre, negociemos con ellos. —Habla, mastica y traga con la boca llena. Lo normal es que apenas se le entienda, pero cuando se trata de salvar el pellejo, el oído desarrolla una agudeza que ya quisieran para sí los murciélagos—. Se me ocurre que podríamos reponer a los beréberes en sus cargos militares y ofrecerles las cabezas de Dalfa y el visir para vengar el asesinato de Sanchuelo, a cambio de que nos respeten la vida y, a ser posible, algunas migajas de poder. A los castellanos debemos darles más tierras y sumisión de lo que Zawi les haya prometido. Y si tampoco aceptaran estas condiciones, a mi parecer, sacaría a Hixem de su escondrijo y le devolvería el Califato.

Por encima de mi cadáver, responde el Mehdi con los ojos vueltos de cólera, otra vez en pie. La madre le pega dos bofetones y lo manda sentar y callarse: *el general lo dice para que no pasen por encima de tu cadáver, imbécil*. Muzna sopla, cabecea y habla.

—El pueblo no lo consentirá. Eso sería volver a la dictadura. Ordenaré que detengan a Dalfa y al visir, aunque me temo que los tomarán como aperitivo del convite y no como precio de nada. Tampoco creo que nuestra palabra sirva de mucho a Zawi y al Conde de Castilla. Llegamos demasiado tarde para doblar la apuesta. No nos queda otra que pelear y morir en el combate.

El general niega con la cabeza. Ya ha devorado todo lo que había en la bandeja. Se levanta de la mesa, cruza la sala hacia donde descansa la Paloma, y se arroja sobre un cúmulo de cojines abierto de brazos y piernas. Con sus propias uñas se limpia los restos de comida de entre los dientes, mientras retoma la palabra.

—No tienen por qué darse ambas cosas a la vez. Le propongo una vía intermedia, mi señora. Informe al consejo de lo que ocurre para que se les vaya haciendo el cuerpo. Envíe una comitiva con los nuevos cargos salidos del pueblo. Que sean ellos los que negocien con el enemigo y les ofrezcan las cabezas de Dalfa y el visir. Seguro que Zawi y los castellanos las aceptarán porque a nadie le amarga un dulce, aunque los dos sabemos que seguirán adelante con la conquista de Córdoba, prometan lo que prometan. Cuando el pueblo vea que incumplen la tregua, que su ejército se enfrente con ellos en las afueras. Morirá mucha gente, pero no tanta como si los esperásemos en la Medina. A esas alturas de la batalla, nosotros ya no estaremos aquí. Mi ejército os escoltará hasta Toledo donde estaremos a salvo. Ganaremos tiempo. Cruzaré la marca y conseguiré el apoyo de algunos nobles navarros y aragoneses, y, con toda seguridad, de los Condes de Barcelona y de Urgel, que codician tanto como odian a los castellanos. Incluso habrá desertores en la familia del Conde de Castilla que se

alíen con nosotros si les pagamos con alguna ciudad importante como mi querida Medinaceli. Y aunque nos cueste un ojo de la cara y la mitad de Al Ándalus, con la ayuda de sus ejércitos, recuperaremos Córdoba.

Ahora sí, los tres se ponen en pie. Brindan mirándose a la cara, a cuál más falsa y egoísta. Cuando Muzna vuelve la vista, Maryam ya se ha ido.

* * *

Frente al Alcázar, se yergue imponente el bosque de columnas más hermoso del mundo. La Paloma se refugia en su interior buscando la paz de una placenta materna. Está desorientada, no sabe qué hacer. Teme por las vidas de Dalfa y del visir tanto como desea que se esfumen para siempre de la suya. En su cabeza martillea que les debe una. No importan las razones, los dos le salvaron de la muerte y merecen al menos que Maryam les devuelva el favor avisando de su detención inminente. Pero un susurro maligno le sopla en el oído que nada pasará si no la hace. Aún más, que sería mejor para ella y para la revolución que no lo hiciera. Ambos morirían como mártires, llevándose sus secretos a la tumba. Y se da asco, se siente sucia por pensar así, a pesar de haberse purificado para entrar en la Mezquita. Se siente humana, capaz de besar a un cerdo y de morder a un perro. Se arrodilla y se extingue con el cuerpo en quibla mientras recita en voz queda la última azora de nuestro sagrado Corán:

Me refugio en el Señor de la Humanidad,
Dueño de la Humanidad,
Dios de la Humanidad,
frente al mal del susurro que pasa desapercibido,
de aquel que susurra en el corazón de la Humanidad,
ya sea genio o humano.

Y antes de salir por uno de los arcos que da al Patio de Abluciones, se toca el vientre, mira al cielo y ruega con las manos unidas en cuenco: *Protégela de mí.*

A duras penas, la Paloma llega al cementerio de Um Salama. Hacia allí la condujo la brújula de la sangre. Se postra en la tumba de su madre y con sus manos excava en la tierra para abrazarla. No la encuentra. Sigue y sigue hasta que una toquilla de lana se le enreda entre los dedos. La reconoce, llora, grita. Ya no le caben más derrotas en el pecho. Vuelve a llover. Se acuesta en los charcos abiertos en la fosa, encoge las piernas y se las abraza, imitando la postura de la criatura que lleva dentro. Le vienen a la cabeza los rostros de Aixa y

de Qamar. Y las maldice porque no están, porque ejercieron su libertad para quitarse de en medio, para dejarla sola, justo ahora cuando más las necesita. Y recuerda a Lilit. Y se pregunta qué habría hecho ella en su lugar. ¿Se habría quedado a parir sobre los huesos de su madre, a salvo de la Humanidad que no la echará en falta, igual que no echamos en falta la cadena ininterrumpida de huesos anónimos que hizo posible que estamos vivas? ¿O se hubiera rebelado contra la indiferencia y la injusticia como hizo Lilit contra Adán y contra Dios? Se palpa el vientre. Nadie como ella sabe lo que significa vivir sin una madre. Se levanta, sacude la toquilla que la suya bordó con palomas en la cenefa, se la echa por la espalda, besa la moneda que le cuelga del cuello y decide escapar del paraíso para casarse con el demonio.

* * *

---

6 Leonard Cohen.

El azar

Los ulemas prohibieron los juegos de azar durante la dictadura, aunque no se arriesgase dinero ni se pusiera en peligro la familia o el afecto de otras personas. Creían que desafiábamos a Dios al confiar nuestro destino a la flor de los dados que da nombre a la suerte en romance. Qué disparate y qué ceguera. Hasta mandaron encarcelar por herejes a cuantos pillasen apostando unos feluses a lo que fuera, sin importarles su edad ni su sexo. Por eso jugábamos a enterrar una moneda cuando niñas. Y hacerlo a escondidas. No ser descubiertas por los alguaciles también formaba parte del juego. Ganaba quien encontrase la moneda sin ser descubierta y, cuando eso ocurría, nos sentíamos diosas.

Maryam siempre lleva colgada del cuello una moneda a la vista. Una especie de amuleto que le trae buena sombra. Una manera de sentir el recuerdo de su madre y de su abuela Aurora cerca de la vena yugular. Y una prueba más de su rebeldía. Los ulemas también prohibieron por paganismo toda clase de amuletos que no incluyeran aleyas del Corán o los nombres de Dios, pero fracasaron porque las mujeres de Al Ándalus no renunciamos a lucir las figas contra el mal de ojo que heredamos de las primeras madres.

Ahora es Córdoba la que juega al fial con sus enemigos y la moneda se llama Hixem. Desde el mismo día de su falso entierro, Maryam intuyó donde lo tenían oculto. La tierra hizo con Amina lo que no había hecho con el Califa. Se la tragó. Y era muy extraño que una de las mujeres más inteligentes y comprometidas con la revolución dejara de aparecer por el consejo, por el zoco, por las calles, por las mezquitas, por los baños, por la vida. Cuántas veces no vemos lo que tenemos delante de las narices. Nadie busca en lo evidente. Hacía allí se encamina la Paloma.

Amina vive en una casa enorme, alargada y profunda, de esas que abundan en la Medina, con docenas de cámaras, patios y corrales, aunque de fachada diminuta, en la plaza de la alhóndiga. Es casi imposible sospechar que hayan escondido a Hixem en uno de los lugares más bulliciosos de Córdoba. Y menos aún si comparamos su formidable panza con una puerta tan estrecha y exigua. La abre una criada vieja con el tamaño exacto para no dejar resquicio a los ojos de los cotillas. Maryam pregunta por su ama. La criada levanta la palma de su mano izquierda y hace como si llamara al aire en señal de paciencia, encaja la puerta, se adentra en la casa arrastrando las babuchas, regresa al rato, y la despacha con un chusco de pan tomándola por una pedigüeña. Es verdad que hay cabras menos sucias y malolientes que la Paloma, que daba grima mirarla tan andrajosa, pero no merecía el desprecio de nadie y menos de una criada, demasiadas veces más clasistas que sus amos para que no duden de su servidumbre.

—Dígale que soy la Paloma. —Contesta rechazando con orgullo la comida—. Tengo hambre, pero de otra cosa.

La vieja entorna de nuevo la puerta, se repite la escena y la espera, pero es Amina quien asoma en su lugar con la cara descompuesta nada más verla, pero sin perder un átomo de su extraordinaria belleza. *¡Ay, mi niña, qué te ha pasado, qué te han hecho!* Y la abraza como a una hermana en el día que enterraran a su madre. Se la lleva al baño. Ella misma la desviste, la sienta desnuda en un barreño, escancia agua templada sobre su nuca, le frota el cuerpo con una pastilla de lavanda, la enjuaga y la seca con una toalla. Como suele ser costumbre entre nosotras, Maryam se lo agradece con una burla.

—Te ha encanecido el pelo desde que desapareciste.

—Y a ti te ha crecido la barriga como si te hubieras comido a un obispo. ¿Quién te la hizo?

—Qué más da. He venido a verte para echarle la culpa al hombre que escondes en tu casa.

A las dos les sobra lengua y seso como para malgastarlos en negar lo obvio. Lo que les falta es tiempo. A las tropas de Zawi y del Conde de Castilla ya se las adivina desde el castillo del Névalo bordeando la selva morena. Córdoba a tiro de piedra. Y Córdoba jugando a los dados con su destino. La Paloma toma la palabra sin pausa.

—Escuché decir al sabio Azaid que una de las obligaciones de la política consiste en *no ocultar a la población la realidad en la que se vive ahora y pueda vivirse en el futuro*[7]. Habéis engañado al pueblo. Hixem sigue vivo. En tu casa. Yo lo sé igual que tú deberías saber que Córdoba va a ser tomada por la fuerza. No somos imbéciles. Tampoco cobardes. Solo buenas personas. Hemos confiado nuestro presente y nuestro futuro en vosotros, en el consejo, en el Mehdi, en la revolución. Y nos habéis traicionado enterrando la verdad como si estuvieseis jugando al fial con el pueblo.

—¿No venías a culpar a Hixem de tu barriga? ¿O también yo tengo la culpa de lo que te pasa? —Contesta Amina, airada y ofendida en idénticas proporciones.

—He venido porque necesito tu ayuda. —La cadencia serena de la voz de Maryam relaja los ánimos e invita a la racionalidad, tan necesaria cuando sentimos que se nos hunde el suelo bajo los pies—. Sé con certeza que el Mehdi no irá a la batalla. Mandará a nuestro ejército al desastre mientras huye con su madre y el general Wadih para preparar la revancha. Y está bien que así sea, pero sin sacrificar al pueblo, sin causar una matanza. Debemos evitarlo.

—¿Y cómo?

—He pensado negociar nuestra rendición con Zawi y los castellanos ofreciendo mi hijo como precio.

Y señala su vientre, apabullando a Amina con una frialdad impropia de las madres que desearían no serlo. Sabe que no es el caso. Y por eso la admira todavía más, consciente de que solo ella en toda Córdoba vela por nuestras vidas, poniendo en riesgo la suya y la que lleva dentro. Le ruega a Maryam que continúe y así lo hace, sin perder la calma.

—Si les digo que su padre es Hixem, además de su sangre omeya, la tendría amirí por parte de su abuelo Almanzor y cristiana por parte de mi madre. Los dos bandos pacificados en las mismas venas. Habría que convencer al consejo para que Córdoba consienta en reponer a Hixem en el Califato hasta que mi hijo pueda gobernar, y darle a los invasores los cargos, el oro y las tierras que pidan con tal de que no

nos maten. Pero el pueblo debe saber que todo es una farsa, que yo no aspiro a ser regente, y decirle la verdad: que el Mehdi y Wadih están buscando aliados en los condados del norte para devolvernos Córdoba. Y entonces, sí, nos dejaremos la vida en la guerra porque la ganaremos.

—¿Y qué te hace pensar que Zawi y los castellanos aceptarán tu ofrecimiento?

—Lo harán porque no son imbéciles. Porque se harían con la ciudad más codiciada de la tierra sin derramar una gota de sangre, porque saben que Hixem sería un pelele en sus manos, porque mantendrían su ejército intacto para defenderse de otros enemigos, y porque nos interesa hacerles creer que el pueblo los teme más que al diablo. —A la Paloma se le inflama el pecho de esa alegría contenida fruto del deber cumplido, aunque traiga consigo la peor de las catástrofes—. Y ahora dime, ¿dónde tienes encerrado al Califa?

* * *

Amina nació en un establo. Sus padres murieron de mordiscos de rata cuando ella aprendía a caminar. Alguien la abandonó en el patio de la mezquita que mandó construir Assifa, esclava y después esposa del segundo Abderramán, en el arrabal occidental de extramuros. Una esclava yariya la recogió para criarla en el harén de Medina Azahara. Allí la apodamos la *katiba* porque aprendió a leer y escribir con la misma destreza que hacer el amor con los herederos al trono. Uno de ellos la dejó preñada. Apenas tenía trece años lunares. Sus pechos eran tan pequeños como su malicia. Se lo confesó al padre con la ilusión de que la manumitiera y se casara con ella convirtiéndola en madre de reyes. Pero nada más decírselo, con la luz rebosándole los ojos, aquel sinvergüenza le arreó una coz en el vientre que le hizo vomitar vísceras. Y luego otra, y otra, y otra más hasta que la pobre juró guardar silencio a cambio de seguir con vida. A su hijo lo parió muerto. Ya no pudo tener más. El hombre que la dejó yerma sí que es un malnacido. Se llama Hixem y hoy duerme en el mismo establo que las vacas. En su casa.

—Se lo diré al consejo, pero no te puedo prometer nada.

* * *

El sol nunca sale antes de tiempo. Tampoco la luna, ni las estrellas. Los gallos no anuncian la mañana al caer la noche, ni los búhos ululan al amanecer. La Naturaleza acata el orden de Dios porque Ella y Él son una misma cosa. Los seres humanos somos la única especie sobre la tierra irrespetuosa con las leyes de la creación. Cantamos de

madrugada y dormimos la borrachera a plena luz del día. Nos creemos eternos cuando somos jóvenes, y niños cuando se nos llevan las parcas. Maryam remonta en burro la ribera del río para desafiar al Mehdi y a Zawi, que también parecen la misma cosa. Los dos quieren dominar Córdoba igual que desdeñan al pueblo que la habita. Los dos consideran la ciudad un decorado, una cáscara. Los dos destruirán, matarán y se condenarán al infierno con tal de gobernar el paraíso en la tierra. Los dos desacatan las leyes divinas porque se creen dioses humanos. Los dos son la cara y la cruz de la misma moneda, pero no ésa que Maryam lleva colgada del cuello para tener a su madre siempre presente, sino la que pone precio al poder y por la que ambos no dudarían en colgar a sus madres del cuello.

La Paloma mete en el bolsillo la carta redactada por Amina en la que Hixem reconoce su paternidad. La firmó borracho, sin leerla, igual que hubiera firmado su ahorcamiento. Cuesta reconocerlo a oscuras. Se ha quedado en los huesos de compartir comedero con las bestias, pero su hedor sigue provocando arcadas. Al cerrar el establo, Amina entrega la llave a Maryam para que también la haga valer en la capitulación.

—No es la llave de Córdoba, pero guarda lo poco que nos queda de su grandeza.

Se abrazan al despedirse. Una debe convencer a los buenos y la otra a los malos. En medio, nosotras.

Víctimas de los dos.

* * *

La envidia se agarra a los huesos como el reuma y no se suelta hasta que nos hacer ver lobos donde hay hormigas, puñales donde hay labios, malas intenciones donde sólo hay un corazón lavado en la nieve. La envidia se parece a los piojos en que no distingue entre sexos, razas ni religiones. La envidia nos enfermó la sangre, la lengua y la mirada contra la Paloma. A todas. Y ya no supimos sentir, decir y ver otra cosa que no fuera antipatía por ella cuando la nombraban.

Es media tarde y los almuédanos se alinean por tercera vez en el día con la Naturaleza y con Dios para hacérselo saber a los hombres. Amina llama a las puertas de la mujer velada de amarillo, de Al Harrar y de Tarsus el Mago. No están. Marcharon al Alcázar donde fueron convocados de urgencia por el Mehdi para advertirles del gravísimo peligro que corríamos. Allí les contó la verdad a medias, pero se la creyeron entera. Cuando Amina llegó para contarles la otra mitad por boca de la Paloma, ya era demasiado tarde. Y ella, demasiado odiada. La llamaron de todo. La niña de los pasquines. Engreída. Mentirosa. Petulante. Egoísta. Nadie tuvo los ojos limpios

para reconocer el coraje de una chiquilla que se estaba jugando su vida y la de su criatura para salvarnos. Habían enfermado de envidia.

Unos jinetes beréberes detienen de madrugada a la Paloma camino de al Qusayr. Se sorprenden al descubrir que se trata de una joven embarazada y sola. Le preguntan adónde va y Maryam responde que a negociar con vuestros generales. Incrédulos ante tanta osadía, la toman por los brazos para desmontarla del burro. Ella se zafa como puede y se abre el cuello de la túnica para enseñarles el tatuaje a modo de salvoconducto:

—Soy hija de cristiana y de Almanzor, me llamo Maryam la Paloma y seré la madre del hijo de Hixem, futuro Califa de Córdoba.

Atraviesan un mar de jaimas donde duermen decenas de miles de soldados dispuestos a batallar cuando amanezca. En la más grande y vigilada, los candiles se mantienen encendidos. La Paloma distingue la silueta de Zawi entre las sombras y la invita a entrar. Lo acompañan el nuevo Califa Suleyman y el Conde de Castilla. Algo le estremece y no es el miedo. Se lleva las manos al vientre. Resiste. Mira a Zawi. Y habla.

—Vengo a ofreceros la paz y la llave de Córdoba.

—¿En nombre de quién? ¿Del Mehdi? ¿De su madre la Coja? ¿Del consejo? ¿Tuyo?

—En nombre del pueblo y de Hixem, Califa de Córdoba, único verdadero y sin par en el mundo.

Abre la carta con su firma y coloca la llave sobre la mesa. A Suleyman le sienta como una patada en los testículos que una mujer lo humille en su propia cara, pero calla al comprobar la plácida reacción del moro Zawi, entre la compasión y la sorna. La lee en voz alta mientras a la Paloma se le retuerce la vida que lleva dentro pidiendo salir. Aprieta las piernas, aguanta los dolores y toma la palabra.

—Evitemos la masacre. El pueblo no quiere la guerra. Y tampoco quiere al Mehdi. Nos ha engañado. Persiguió a los massarríes, abandonó a los más necesitados, traicionó a la revolución. Es verdad que la gente moriría por él antes que restaurar una dictadura en manos extranjeras. Pero también es verdad que Córdoba ama la vida por encima de todas las cosas, y que cedería ante vosotros con tal de no empuñar un alfanje. Al pueblo le repugna la guerra habiendo vino y primaveras para beberlo. Por eso estoy aquí. Para daros la garantía de que la ciudad será vuestra, sin desenvainar la espada, si reconocéis como Califa a un hijo de omeyas como el que llevo dentro, por el que también corre sangre de Almanzor y sangre cristiana.

Zawi coloca su manaza, ruda como el pedernal, sobre el vientre de Maryam y lo acaricia. Más bien, lo araña a su pesar. El moro no quiere hacerle daño, prendado por su valentía que habría embotellado para hacérsela beber a la mitad de su ejército. Una duda le ronda la cabeza

que le impide aceptar el trato.

—¿Y si nace niña?

Varios soldados entran en la jaima con los emisarios que envía el Mehdi, maniatados por la espalda. Son unos pobres desgraciados a los que hicieron pasar por el hayib, el cadí y el visir. Saludan a los generales con diplomacia, bajando la cabeza. Zawi responde a sus reverencias ordenando que se las corten, sin escucharlos y sin contemplaciones.

—Su oferta nunca será mejor que la tuya.

* * *

El sol sale contra su voluntad, acatando a regañadientes las leyes de la Naturaleza y de Dios, el 8 de *rabi al awwal* del año 400 para los musulmanes, 5 de noviembre de 1009, día de Nuestro Señor para los cristianos. Un jinete encapuchado arroja tres cabezas a los pies de la Puerta del Hierro y se aleja galopando hacia el este. Las tres pertenecieron a tres hombres buenos, a tres hombres del pueblo. Lloran por ellos sus madres que los amamantaron, sus padres que les enseñaron sus oficios, sus amigos con los que jugaron en las plazas, sus mujeres que los amaron en sus camas, sus hijos condenados al recuerdo. Córdoba entera. Nos han decapitado. Ya no hay marcha atrás, ni perdón posible.

La ciudad se prepara para la guerra. El Mehdi pasa revista sobre un caballo blanco al ejército de cordobeses y libertos comandado por Tarsus el Mago. Muchos son críos, pálidos y fríos como el mármol, muertos de miedo. A todos bendice, a todos alienta, y a todos desatiende para escapar a escondidas con su madre y los hombres de Wadih lejos del frente. El pueblo despide a los suyos entre palmas de orgullo y lágrimas de resignación. A los que se quedan en la retaguardia, Al Harrar les ordena abrir fosos en los alrededores de la Medina, mordiéndose los labios para que no se les note que tiemblan.

La aristocracia mira en su armario ropas que puedan gustar a los conquistadores. Los ulemas rezan para que Dios no se equivoque de bando y se alíe con quienes creen en su palabra más allá de la verdad que contenga. A los pobres de los arrabales les importa una mierda defenderse de otro enemigo que no sea el hambre. A nosotras nadie nos llama, pero hemos colocado los cuchillos cerca de la puerta, por si acaso.

No se escucha a los muecines. Tampoco suenan las campanas. Ibn Hazm decide que el campo de batalla está en el lecho de su padre y coloca las piezas del ajedrez sobre sus piernas para echar una partida. A Dalfa le falta valentía para vestirse de fiesta y suicidarse como hizo Aixa, a la que envidió hasta su muerte. Así que opta por bajar a la

bodega, abrir una botella de vino y brindar a solas por la vida mientras viva. La Nubia escondía unos dinares en el fondo de una vasija decorada con cuerda seca. Se los echa al bolsillo y se marcha al zoco para comprarse un vestido de novia. *Si me van a matar, quiero ser la más guapa en el paraíso*, se piropea. Esther mantiene encendidas las velas de sabbat en domingo con la esperanza de morir en día sagrado, aunque el Dios lleve otro nombre. La mujer velada de amarillo y su hija Nurya reclutan a un puñado de mujeres del barrio para encaramarlas a la muralla y aparentar que somos algunos soldados de más. Qamar peregrina a Meca con el padre del hijo de Maryam como lazarillo. Ninguno de los dos sabe ni quiere saber lo que pasa en Córdoba, porque solo aspiran a conocer la Realidad dentro de sus almas. Amina regresa a casa con la lengua seca por el desaliento, le arroja unas mondas de naranja a Hixem desde un ventanuco, y busca entre sus libros el *Alifato de Ben Sira*, el único libro al que venera y el único que se salvó del incendio de la biblioteca de Aixa, junto con un manuscrito de Antígona que la Paloma siempre lleva consigo. También hoy que ha roto aguas.

La Kahina ordena traer paños limpios, palanganas y agua de culebra que ayude a desprender la placenta. Suleyman espera ansioso enfrentarse al ejército del pueblo a la altura de Alcolea. Zawi se dirige a la Paloma, sin quitarle sus torpes manos de encima.

—Juguemos. Si sale varón, negociaré la tregua y saldremos ganando. Si sale hembra, atacaremos sin piedad, mataremos a todos los hombres, mujeres, niños y animales que se interpongan en nuestro camino, destruiremos Córdoba y saldremos ganando.

Maryam abre las piernas para que la vida se abra paso. Grita. Empuja. Se lleva la moneda de su madre a la boca y aprieta los dientes con tanta fuerza que podría partirla por mitad. Grita y empuja sin saber a qué Dios rezar para que le calme los dolores. Grita y empuja con la esperanza puesta en que sea niño. Grita y empuja por última vez. Alumbra unos ojos nuevos.

Y apaga la luz que fuimos.

Andalucía, primavera de 2022.
Mil años antes, Ibn Hazm escribió en Xátiva *El collar de la paloma.*

---

7 Julio Anguita.

Nota del autor

La luz que fuimos se desarrolla y culmina en uno de los acontecimientos más apasionantes y desconocidos de nuestra historia: la revolución cordobesa de 1009. El pueblo de la que entonces era capital del mundo se levantó contra la dictadura de los hijos de Almanzor, destruyendo la ciudad palatina de Medina Azahira y proclamando un nuevo Califa. Más que una conspiración de las élites para acabar con la tiranía de los amiríes, se trató de una verdadera revolución popular que vertebró políticamente la sociedad cordobesa, reclutó su propio ejército y llegó a formar parte del nuevo gobierno. El intento de los partidarios de la dictadura por recuperar el poder, unido a la resistencia del pueblo de Córdoba a perderlo, provocaron una de las guerras civiles más largas y cruentas que hayamos padecido jamás, llevándose consigo la grandiosidad de Medina Azahira, de Medina Azahara, y del califato omeya con la proclamación de la república en 1031. Los amiríes y beréberes contaron con la ayuda de Castilla, mientras que el pueblo de Córdoba fue auxiliado por los Condes de Barcelona y de Urgel, la nobleza aragonesa y navarra. El pueblo perdió. Y aunque hubo varios conatos para restaurar la legitimidad de los omeyas, llegándose incluso a elegir al Califa entre varios candidatos en la Mezquita de Córdoba en 1023, nada volvió a ser como antes.

Casi todos los personajes de esta novela existieron. También son veraces los escenarios y el contexto histórico en que se mueven, pero todo lo demás es fruto de la imaginación. Quizá la única incertidumbre pese sobre la ubicación de la desaparecida Medina Azahira, que hemos preferido mantener en el oriente de la ciudad, cerca del río. Las narradoras de esta novela son las mujeres de Al Ándalus. Sus protagonistas son mujeres. Y la mayoría de ellas, también existieron. Gracias a ellas, la revolución no hubiera sido posible. Gracias a ellas, seguimos vivos aún.

He preferido utilizar los nombres y expresiones en árabe asumidas por el castellano para facilitar la comprensión lectora y, de paso, evidenciar su profunda huella en nuestra lengua. Para el resto, asimilo su escritura a su pronunciación andalusí de la manera más asequible, acompañando un glosario al final para aclarar cualquier duda sobre su

significado.

Como suele ocurrir en obras de esta naturaleza, he bebido en cientos de fuentes bibliográficas. Al no tratarse de una publicación académica, estimo inadecuada su cita. Pero creo que sería injusto si omitiese la relevancia de algunas de ellas, en especial, *La mujer en Al Ándalus. Reflejos históricos de su actividad y categorías sociales*, un clásico editado por la erudita María Jesús Viguera, así como *La amma de Córdoba en la época califal* y los numerosos estudios en árabe sobre este periodo histórico del Profesor Ahmed Tahiri, a partir de fuentes originales.

También quiero dar las gracias a todas las personas que me animaron a escribirla y se atrevieron a leerla. Ellas saben quiénes son. Y a Elia, siempre.

Glosario de términos

ADAFINA: Plato sefardí con garbanzos y caldo que podría traducirse como «la que se cocina sola», aunque también lo comían en Al Ándalus por igual musulmanes y cristianos. Solía ponerse en el fuego desde el ocaso del viernes hasta el ocaso del sábado. Tras la conquista, al plato se le añade la conocida «pringá» de tocino y carne de cerdo, para evitar la sospecha de que el comensal fuera judío o musulmán. A partir de entonces pierde el nombre y es llamado cocido, puchero o incluso olla podrida. Queda como bellísimo resabio de la memoria que se siga cocinando los sábados, e incluso con agua de lluvia, no solo por la leyenda de que ablanda los garbanzos, sino porque evoca el maná y la naturaleza sagrada del plato. Y que la pringá se coma las manos.

ALIF: Primera letra del alifato árabe como un rasguño en la hoja. Siempre se escribe sola.

AMÁN: Seguridad o cuartel que pide quien se rinde.

AMIRÍ: Nombre de la dinastía a la que pertenecía Almanzor y, en especial, la surgida a partir de éste. El linaje de Almanzor proviene de la tribu yemení de Máafir, a la que pertenecía su antepasado Abu Amir Muhammad ibn al Walid, conquistador de la península junto al célebre Tariq. También era de linaje árabe su madre Burayha bint Yahya.

AMMA: Pueblo llano.

ALADAR: Caracol del pelo.

AL KOHL: Polvo que usaban las mujeres andalusíes para pintarse los ojos, y de la que deriva la palabra alcohol para referirse a cualquier sustancia obtenida por trituración o destilación.

ALMÓFAR: Voz antigua proveniente del árabe almigfar y que alude al casco o armadura de la cabeza y cierto gorro de tela que se ponía debajo.

ALQUICEL: Sayo andalusí y después morisco, que solía ser blanco y de lana.

AL QULAYA: Diminutivo de al-qal`a (Alcalá), algo así como pequeña fortaleza, castellanizado como Alcolea, localidad muy cercana a Córdoba.

AL QUSAIR: Castellanizada como Alcocer, población que se hallaría en el entorno de lo que después se denominó El Carpio.

AQIQA: Ceremonia de bienvenida por el nacimiento de un hijo y de asignación del nombre o *tasmiya*, a los siete días o múltiplo de siente a contar desde el que sigue al alumbramiento, consistente en cortarle el pelo, recitarle la *shahada* en el oído izquierdo y la *iqama* en el derecho, algún rezo final sobre la cabeza y recibir a cambio el peso del cabello en oro y plata.

ARBONAIDA: Una de las formas andalusíes de llamar a la bandera y con la que se conoce a la verde y blanca de Andalucía. La palabra deviene de «al bulayda», diminutivo de «balad» que significa «tierra, patria o país».

AZAFEA: Invento andalusí de observación astronómica universal porque permitía la observación de la bóveda celeste desde cualquier latitud de la Tierra, al saberse esférica.

AZALÁ: Castellanización del término en oración en árabe az-salat. En el islam, se

llama al rezo cinco veces al día. La primera se llama al fajr, al rayar la mañana; la segunda, az zuhr, después de mediodía; la tercera, al asr, a media tarde; la cuarta, al magrib, en el ocaso, y la última, al isha, ya en la noche

BAYYANA: Baena, Córdoba.

BORONÍA: Cazuela de barro cocido que da nombre a un guiso de verduras también conocido como pisto, de la misma manera que son llamados por el continente el potaje, puchero, perol o paella. Responde a la misma raíz árabe-andalusí de «borona» en la palabra «desmonorar», quizá para referirse a cuando la cazuela se desborda o se hace añicos.

BURD: Manto.

DAR ARMILAT: Explanada, palacio y posada (manzil al hani) que servían de parada militar en el camino hacia Toledo, situado en Adamuz frente al Monasterio mozárabe de San Zoilo Armilatense, a unos 40 kilómetros de Medina Azahira, y que da nombre al río que pasaba a su vera, el Guadalmellato. En este lugar cuentan que asesinaron a Abdelmalik Al Muzaffar y cuatro meses después a su hermanastro Sanchuelo.

DIRHAMS: Las monedas andalusíes por excelencia eran el dinar de oro (aunque también podía ser de plata), el dírham de plata, y el felús de cobre. También existían los handusíes o fragmentos de dirhmas. El sayrafi se encargaba del cambio de las monedas, así como de pesarlas para determinar su valor exacto.

CODO: Unidad de distancia peninsular que en Al Ándalus equivalía a medio metro, aproximadamente.

CORA: Cada una de las provincias en que estuvo dividida Al Ándalus, tanto interiores como en la marca o zona fronteriza con los reinos y condados del norte. La palabra podría ser una arabización de país o territorio en griego (χῶρα).

DHIKRA: Recitación de plegarias, la fatiha y otras aleyas del Corán hasta alcanzar el éxtasis entre los presentes.

ESPAGIRISTA: Quien cultiva la alquimia y otras artes similares, especialmente, para curar enfermos.

FATIHA: Aleya que abre el Corán y la plegaria más repetida por un musulmán a lo largo de su vida.

FIAL: Juego infantil andalusí en el que se esconden objetos en la tierra y se hacen montones para luego descubrir donde se encuentran.

FURNUYULUS: Hornachuelos, Córdoba.

GAWARI: Concubinas. En singular, gariya.

HACH: Peregrinación a Meca, una de los pilares del islam.

HAMÁN: Baño andalusí, heredero de las termas romanas, con sus tres pilonas de agua caliente, templada y fría.

HAYIB: Cargo político de la corte que ejerce el máximo poder delegado por el Califa, más que un valido, como si él fuera. Su traducción literal sería parecida a «oculto», el tapado, como el camarlengo en la corte vaticana.

HULLA: Túnica

IDDA: Periodo de la pureza de la mujer de tres meses

IFTAR: Comida a la puesta del sol con la que se rompe el ayuno diario durante Ramadán, habitualmente en comunidad y comenzando con un dátil.

INSHAD: Canto sin medida rítmica y que conserva el modo musical gracias a la tradición oral, que el munshid o solista de la cofradía sufí eleva durante la sesión de dhikr y samá, consiguiendo arrancar con su maestría de los cofrades la exclamación Allah, similar al Ole en el Flamenco, hasta alcanzar el estado de éxtasis espiritual o sikiriya (de donde proviene la palabra que da nombre al palo de la siguiriya en el cante jondo). Desgraciadamente, en las cofradías actuales se está suplantando el inshad andalusí por el género del mawal más orientalizado.

IQAMA: Segunda llamada a la oración en la intimidad de los presentes.

JADIM: Criada en Al Ándalus, en virtud de contrato en el que se estipulaba un salario anual y el derecho a ser alimentada, alojada y vestida, con la obligación de amasar pan, preparar la comida, barrer, hacer las camas, ir a buscar agua, lavar la ropa, hilar y tejer la lana.

JASSA: Aristocracia.

KADISH: Palabra y texto en arameo de una de las oraciones más importantes y repetidas por los judíos, en la que se exalta a Dios para pedirle que venga pronto el mesías y la redención. Solo se realiza en público previa la constitución de un minián de diez varones adultos, especialmente en los funerales.

LAQAB: Sobrenombre o apodo que se añade al nombrar a la persona.

LEVIRATO: En virtud de esta costumbre judía denominada ley del levirato, la viuda de un hombre al que no dio hijos debe contraer matrimonio con el hermano del fallecido para evitar que se pierda su nombre, aunque ya estuviera casado. En el caso de que ambos no quisieran o que el cuñado prefiriese no casarse por cualquier motivo, se celebraba la ceremonia del «descalzamiento» o halisah por la que la cuñada quedaba libre a cambio de percibir su porción matrimonial.

LIZAM: También conocido como tagelmust o cheche, es el pañuelo de color índigo que cubre el rostro menos los ojos de los hombres adultos de las tribus beréberes del sur, especialmente los tuaregs, los hausa del norte del Níger y los songhay.

LUBBÁN: Incienso en árabe. Del árbol de la abyssinica se extraía una resina anaranjada que se quemaba para perfumar el ambiente. Contaba Avenzoar que avivaba la cordura y la memoria.

MAQSURA: Zona de la mezquita inmediatamente anterior al mihrab, que está decorada exuberantemente y se destina al califa o al *imam*, para que dirijan la oración, o al sepulcro de un santón.

MAMARONES: Literalmente, ir por un pasillo o uno detrás de otro. Se decía «irse de mamarones» cuando los jornaleros y jornaleras se iban de noche a otro cortijo a pasar la noche cantando o de fiesta.

MAQBARA: Cementerio en las afueras de la ciudad. De este término deriva «macabro».

MASRUDA: Armadura andalusí hecha de placas metálicas agujereadas. Cuando va tejida o trenzada se llama yadla.

MAWDA: Apertura de las bóvedas de los baños. Suelen tener la forma de pequeñas estrellas tartesias y sirven para regular la iluminación y temperatura del interior.

MENKUB (plural. Menkubún/Menkubín en genitivo): Desahuciado, marginado. Una de las dos raíces en árabe morisco de la palabra Flamenco, junto a «felah» que significa campesino y también bendición.

MEZÉ: Plato de la cocina andalusí que consiste en unas empanadillas, tarama y otros entremeses.

MEXUAR: Sala para realizar reuniones o asambleas y, por extensión, la asamblea misma.

MIDÁ: Sala de abluciones situada junto a la Mezquita de Córdoba, pero fuera de ella por ser un lugar impuro. Es un lugar con letrinas y pilas de agua para hacer todo tipo de abluciones antes de la oración.

MINBAR: Lugar en las mezquitas donde el *imam* se sube para a dar sermones o *jutbas*.

MINYAN: Número mínimo de diez varones mayores de 13 años para poder realizar la oración en la sinagoga y otras ceremonias comunitarias. Maimónides recordaba la permisión de rezar en la mezquita de no existir la posibilidad de hacerlo en la sinagoga.

MIRHAYÁN: Nombre de origen persa para designar en Al Ándalus la fiesta por el solsticio de verano. La noche de San Juan era celebrada por cristianos y no

cristianos encendiendo hogueras y comiendo tortas de queso blanco, con canela, bañadas en miel llamadas «al muyabbanat», hoy conocidas como almojábanas.

MOZÁRABE: Palabra de origen tardío, proveniente del árabe musta`rab y que significa «arabizado», con la se designa a los cristianos de Al Ándalus.

NAQL: Aperitivo andalusí que se sirve con la bebida.

PIOSTRO: Cabalgadura típica de Pedroche donde se suben jinete y amazona.

PLANETAS: Se desconoce el nombre de los planetas en romance, pero sí el que tuvieron los cinco planetas que podían apreciarse a simple vista: al katib (Mercurio), azzuhra (Venus), al marrij (Marte), al mustari (Júpiter) y al mukatil (Saturno).

QAYNA: Mujer culta libre. También esclava cortesana. En plural, quiyan.

SABAT: Pasadizo que conducía desde el Alcázar omeya al mismo muro de la qibla de la Mezquita de Córdoba.

SAQALIBA: Para los andalusíes, las personas eslavas de origen europeo, incluidas vasconas, cántabras y astures, ya libres, ya esclavas, ya creyentes, ya infieles o cafres.

SAQIFAS: Galerías laterales del patio que sirven también para dar cobijo a los fieles, en especial a las mujeres que tienen en ellas un lugar reservado para la oración.

SHAHADA: Testimonio de reconocimiento de la unidad y de la unicidad de Allah (No hay Dios, sino Dios), y de Muhammad como su profeta.

SIETE REDOBLES: Denominación popular del comienzo del Corán y de cada uno de sus capítulos, en atención a los golpes silábicos de *Bismillah Rahman Rahim*, por el nombre de Dios, Compasivo y Misericordioso.

SINAGOGA: Templo sagrado orientado a Jerusalén y lugar de reunión de los judíos. En Al Ándalus, los rollos de la ley o Torá se encontraban en un arca sagrada llamada Hejal. Delante, se encuentra encendida la luz perpetua (Ner Tamid) en un candelabro de siete brazos denominado Menorá. El rabino sefardí leía la Torá desde una especie de altar pequeño llamado Tebah.

TARAMA: Pasta de huevas de pescado secas, con miga de pan, cebolla cruda y aliño de limón y aceite.

TARIQA: Vía mística en el Islam.

TARUB. Nombre de la esclava yariya de Abderramán II y madre de Abd Allah a la que está dedicada una Mezquita en la misma entrada del arrabal occidental de Córdoba, una de las zonas monumentales de la Medina.

TAQWASYA: Introducción instrumental a las nubas. Una de ellas, en el modo al istihal, se corresponde miméticamente en sus centones con las notas del himno de España. Se interpreta para mostrar hospitalidad al visitante.

TASMIYA: Asignación del nombre al recién nacido

YAMUR: Elemento arquitectónico que remata los alminares de las Mezquitas, compuesto de una barra vertical en la que se ensartan bolas o manzanas de bronce, de mayor a menor, y a veces una media luna.

YARIYA: esclava de placer, educadas para satisfacer al hombre, no solo sexual sino estética e intelectualmente. En plural, yawaris.

YIN: Espíritu de la mitología árabe preislámica, creado por Dios en estado de fitra o de pureza.

YUND: Aunque en su origen significó tropa, durante el califato omeya designó el espacio o la colonia militar donde asentaban los soldados que se enviaban a las campañas y aceifas, así como cada una de las columnas que la formaban o al conjunto de todas en el Estado. Durante la dictadura amirí, los yunds fueron formados por mercenarios beréberes y eslavos.

ZAGÜÍA: Del árabe zawya, alude a una comunidad relacionada con una un escuela religiosa o cofradía sufí, así como al edificio de reunión, muchas veces dedicado a un sabio o sabia allí enterrado.